ENERGÍA Y PUREZA

Tihamér Tóth

Energía y pureza



New York–2013

Manufactured in the United States of America.

IVE Press
113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470 9590
Fax (855) 483 2665

E-mail ivepress@ive.org
http://www.ivepress.org

ISBN 1-939018-11-0
ISBN-13 978-1-939018-11-3

Library of Congress Control Number: 2012942975

Printed in the United States of America ∞

CONTENIDOS

PRÓLOGO AL LIBRO «ENERGÍA Y PUREZA»

Querido joven frente a ti se abren dos caminos ante tu vida, que se pueden sintetizar en dos palabras: ¿Águila o sapo? Tú eliges. No se pueden elegir dos cosas opuestas entre sí, como dijo, en el Sermón de la Montaña, con inmortal palabra, Jesucristo: «Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). ¡No puedes tener ideales de alto vuelo y, a su vez, vivir una vida rastrera! ¡No puedes dejar en tu vida, como huella de tus pasos, sólo una baba interminable, como hace el sapo!

Este es un libro genial que ha llenado de altos ideales a generaciones enteras de jóvenes, sabiendo que ideal es aquello por lo «cual el hombre vive y es capaz de morir» (Cuando muchacho se lo escuché decir al Doctor Jorge Olivera, el Tihamér Tóth argentino). Ha generaciones enteras se les llenaron los ojos de lágrimas al leer este libro, por poder contemplar tanta hermosura de alma, que el Autor te hace descubrir en la tuya.

Es un libro que no debería faltar en ninguna familia donde haya habido, alguna vez, una cuna meciéndose.

¡La Madre del Amor Hermoso te haga gustar la alegría inmarcesible e imperecedera de vivir la pureza triunfal!

P. Carlos Miguel Buela, IVE.
8 de febrero 2013,
aniversario de la muerte del joven
Marcelo Javier Morsella.

INTRODUCCIÓN
LOS DOS LAGOS

En los años mozos, cuando estudiante iba yo frecuentemente de excursión a un lago de las montañas. Sobre el espejo magnífico, cristalino, del agua bailaba jugueteando un rayo de sol. El agua pura brillaba con amabilidad y dejaba entrever en el cauce lleno de guijarros el alegre hormigueo de los pobladores del lago. Ágiles pececitos zigzagueaban de una a otra parte, no sabiendo qué hacer de puro alegres al sentir el rayo acariciador del sol.

Por la orilla soñaban miosotis[1] de ojos azules, y lirios acuáticos estaban de guardia, tiesos, con sus hojas agudas en forma de espada. Los sauces inclinaban con majestad su ramaje hasta rozar el terso espejo del lago, y soñadores se deleitaban mirando la bóveda sonriente, sin nubes, reflejada en la superficie. Una brisa fresca, vivificadora, jugaba entre las ramas, y a su paso se inclinaban con suave murmullo las cañas.

Este lago montañés era, como el alma del joven, rebosante de vida, sonriente, feliz; o como los ojos del niño, abiertos con admiración, ojos que tienen luz de estrellas...

No ha mucho volví otra vez. Ya habían pasado largos años.

Quedé espantado al ver en qué se había convertido mi amado lago. Un pantano lleno de limo, un lodazal amarillento, verdoso. Su agua estaba sucia, turbia. La abundancia de espadañas no per-

---

[1] El diccionario de la Real Academia Española define como: Nombre científico o latino: *Myosotis sylvatica.* También llamada: Nomeolvides, Miosotis. Planta pelosa y presenta hojas basales, pequeñas y generalmente lanceoladas u ovaladas. (En adelante DRAE) (*N. del Ed.*).

mitía ver lo que en su seno se escondía; pero el aire mefítico[2] bien delataba que sólo había podredumbre. El croar soñoliento de unas ranas de ojos abultados salía del limo del fondo; y asquerosos reptiles, al oír pasos, se asustaban y se zambullían en el agua verdosa, podrida.

¿Qué ha sido de los lirios altivos que hacían la guardia?

¿Cómo se deshizo la suave corona de follaje que ostentaban los sauces?

¿Dónde está el cielo azul, sonriente, que se reflejaba en el espejo del agua?

Todo, todo había desaparecido. Una vegetación inútil llena la orilla, juncos que para nada sirven se inclinan a la más leve brisa, ¡no tienen carácter! Podredumbre, destrucción, asquerosidad por todas partes…

Sentí oprimírseme el corazón. ¿Es éste el magnífico lago cristalino de mis años mozos?...

* * *

Los ojos de los muchachos son hermosos como las miosotis de las aguas de ensueño; y su alma es bella, como el magnífico cristalino lago montañés.

¡Ay, cuántas se truecan más tarde en lodazal fétido, lleno de espadañas!

* * *

Para que tu alma se conserve siempre limpia, joven mío, he escrito este libro. Porque conservar el alma y llegar así a la madurez... es el más bello arte de vivir.

---

[2] DRAE, Mefítico, adj. Se aplica al gas o aire que, al ser respirado, resulta nocivo para la salud. (*N. del Ed.*).

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PLANES DEL CREADOR

«Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios le creó, los creó varón y mujer. Y les dio Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y enseñoreaos de ella».

Gn 1, 27-28.

Hacía ya millares de años que la tierra iba corriendo con ritmo vertiginoso por su órbita alrededor del sol. En su interior se agitaba aún la lava encendida; con ruido espantoso rompíase de tiempo en tiempo la capa exterior endurecida; pero el proceso del enfriamiento aún proseguía... Por toda la haz de la tierra tupidos bosques mostraban su verdor. La primavera florecía con deslumbradora pompa; alegres trinos de pájaros volaban en alas de una brisa suave. Todo rebosaba de vida, de fuerza; había una energía de gran tensión... Pero faltaba algo.

Mejor dicho, faltaba alguien.

Faltaba aquel a quien cantara el mirlo, para quien se desplegara la flor y diera el fruto el árbol. Faltaba el ser racional, consciente, que abarcara en su alma, llena de anhelo, todo este piélago de hermosuras; el que, en vez de ser una parte más del gran mecanismo de la naturaleza, lo sintiera todo y gozara con el canto del pájaro, el murmullo del arroyuelo, el perfume de las flores, el cuchicheo de los bosques, el suave rumor de la brisa, la augusta majestad de las montañas gigantescas coronadas de nieve, el zumbido de las abejas..., y se levantara con amor en alas de la gratitud, con el espíritu embriagado de las bellezas creadas, al Hacedor Supremo.

1. El primer hombre y la primera mujer

Entonces creó Dios la primera pareja humana: un hombre y una mujer. Esta y aquel tienen cada cual su sexo; uno y otra son seres acabados en sí mismo; no obstante, han de completarse mutuamente.

En el conjunto de los dos realizó el Creador la idea íntegra del «hombre». Cada sexo tiene sus notas peculiares; pero unidos, sirviéndose mutuamente de complemento, realizan el concepto adecuado del «hombre».

Es característica del sexo fuerte la actividad creadora que supone valentía, energía. Su voluntad es firme; su carácter, recio; su decisión, inconmovible. Gusta en oponer con ánimo tenaz de triunfo su ancha frente, cual muro de granito, a las mil tempestades que levanta la lucha por la vida.

La mujer se quebrantaría en este rudo combate. Su sitio es el blando nido de la familia, en que cuida con amor y espíritu de sacrificio inagotable su hogar, sus hijos...; y pone un tinte de sonrisa en los labios del esposo cuando éste vuelve del rudo trabajo cotidiano. Su fuerza creadora no es tan grande como la del hombre; en cambio, son mayores su perseverancia y su paciencia.

Justamente creando los dos sexos quiso Dios que se tradujesen en realidad los más hermosos designios de nuestro linaje. El encanto inagotable de la vida de familia, el amor conyugal, el cariño

de los hijos; aún más: la nostalgia, y en parte el mismo amor patrio, se fundan en la diferencia de los dos sexos.

Por tanto, es necesario que haya hombre y mujer. Es necesario que junto a la fuerza del hombre esté la ternura de la mujer. Es necesario que al brío y actividad del hombre correspondan el amor, la hermosura, el sentimiento profundo de la mujer. Los dos sexos son necesarios y mutuamente se reclaman. Por esto colocó Dios la primera mujer junto al primer hombre; por esto formó, ya al principio de nuestra historia, la primera familia.

2. Los planes del Creador

Nos acercamos con esto a otros planes de Dios más profundos, más santos. Con la distinción de sexos comunicó el Señor fuerza creadora a los hombres. Quería que éstos participasen en su función divina de Hacedor y compensasen las brechas abiertas en nuestro linaje por la muerte, dando vida a nuevas generaciones. Tal era el plan sublime, misterioso, del Creador al instituir el matrimonio. De modo que los jóvenes esposos -rebosantes de fuerzas, desarrolladas, según la voluntad de Dios, en una virginidad intacta-, unidos como en un solo cuerpo, vienen a ser la expresión de un solo designio creador.

Por la Sagrada Escritura sabes que Dios creó a nuestros primeros padres, a Adán y Eva, sin intermediarios, por Sí mismo. Pero llega el día en que se te ocurra esta pregunta: ¿Quién ha hecho a los demás hombres? Claro está que Dios no los ha creado inmediatamente, como a nuestros primeros padres; entonces, ¿cómo han llegado al mundo? Y ¿cómo he venido yo? Y ¿cómo nacen los niños?

Realmente es una cuestión muy seria, y que excita en gran modo la curiosidad de todos los muchachos. Más vale que te lo explique yo, y así no tendrás que curiosear con otras personas.

Fíjate, joven: seguramente sabes que los sabios dividen todos los seres creados en dos grupos: el de los seres orgánicos y el de los inorgánicos. A los del primer grupo (plantas, animales, hombres), Dios no solamente los creó, sino que les comunicó una parte de su propia fuerza creadora, de modo que ellos pueden transmitir la vida a otros pequeños seres, semejantes a ellos mis-

mos. La planta da nuevas plantas, el animal pare sus pequeñuelos, el hombre comunica la vida a los hijos.

A los cuerpos inorgánicos (sol, estrellas, minerales, montañas, mares, etc.) Dios no les concedió esta fuerza creadora. ¿Por qué? Porque éstos no perecen con tanta facilidad como los seres vivientes; y así, no era menester que, para compensar lo efímero de su existencia, llamasen otros a la vida. Pero sí es esto menester cuando se trata de seres orgánicos. El pez y el pájaro, el árbol y la planta, el animal y el hombre, envejecen, mueren...; millones de seres vivos dejan de existir en un año. Si este proceso prosiguiera siempre y no hubiera la compensación de seres nuevos, la vida se extinguiría en breve lapso de tiempo. Bien es verdad que Dios podría crear inmediatamente, por Sí mismo, seres nuevos en sustitución de los fenecidos. Pero su voluntad santa, misteriosa quiso realizar una cosa sublime; dio a todos los seres vivos la fuerza de comunicar por sí mismos la vida a nuevos individuos, y esto de modo tan misterioso, que los sabios más eruditos del mundo no han podido aún penetrar el secreto.

¿Te has fijado, acaso, amado joven, en las yemas de los árboles, que durante el invierno se esconden silenciosas, casi imperceptibles? Cada yema es el nido de un nuevo germen, de una nueva flor, de un nuevo fruto, de un nuevo arbolillo. Las yemas acechan el beso del sol primaveral para empezar a abrirse, a desplegarse, a florecer.

Las flores esperan la visita de los insectos o de la fresca brisa en el mes de mayo, cuando el viento en sus alas o las abejas en sus patitas traen el polen de una flor masculina y empolvan con él el pistilo de una flor femenina. Cuando el polen toca el pistilo, en el mismo momento podríamos decir que las dos flores se juntan en un amor mutuo. Entonces empieza un proceso misterioso. El ovario fecundo crece, madura. De día en día es más grande, más desarrollado, hasta que por fin —al cabo de unas semanas o de unos meses— cae a nuestros pies el fruto completamente maduro; y dentro del fruto hay la nueva semilla: el germen de un nuevo árbol, de una nueva vida. De esta manera cuida el Creador de que la Naturaleza vaya renovándose siempre.

3. El germen de la vida humana

De la misma manera provee a la renovación, a la conservación de nuestra especie. Dio al hombre una fuerza en cierto modo creadora: una fuerza misteriosa, una capacidad casi divina, de comunicar nueva vida, llamar a la existencia nuevos hombres. Semillas de vida en el hombre, pequeños gérmenes en la mujer, para que mediante la unión de ambos se produzca un nuevo ser viviente, un nuevo hombre. Esta fuerza engendradora, esta semilla de vida y estos gérmenes laten como adormecidos durante años en los niños, como las yemas del árbol durante el invierno. Pero llega la primavera de la vida, el niño se convierte en hombre, y la niña en mujer; sale el rayo de sol sonriente, vivificador; el joven se enamora de la muchacha, se casa con ella y en el santuario de la vida matrimonial se funden realmente, se unen en una sola cosa, las dos almas y los dos cuerpos.

Y esta unión corporal, y este amor que une a los esposos, no solamente los llena de gozo, sino que produce en la mujer el mismo efecto que el beso del príncipe del cuento al rozar la frente de la Bella Durmiente; el pequeño germen empieza a vivir, el capullo humano empieza a brotar, a crecer, a desarrollarse; y cuando, después de nueve meses es bastante vigoroso para salir de la envoltura, cae el fruto del árbol, y decimos: ha nacido un niño. Un niño, un nuevo hombrecito, que ya no es ni el padre ni la madre en miniatura, sino el resumen de ambos; un tercer hombre, aunque su vida se ve influida en muchos puntos por el modo de vivir

que tuvieron el padre y la madre, por la vida anterior de éstos, santa o pecadora. Por eso no hay amor en el mundo como el de los padres a sus hijos, ya que éstos son, en el sentido más estricto de la palabra, carne y sangre de quienes los engendraron.

4. Madre e hijo

Oye la conversación íntima que sostuvieron un muchacho y su madre, muy prudente por cierto, que prefirió contestar ella misma con toda sinceridad a las preguntas de su hijo antes que él pidiera explicaciones a sus compañeros.

—Mamá —preguntó a su madre un muchacho del primer curso de segunda enseñanza—, ¿cómo era yo, de qué tamaño, cuando era muy pequeño?

—¿Cuando eras muy, muy pequeño? ¡Oh, entonces eras como un punto! Más pequeño que la cabecilla de un alfiler. Tan sólo con lupa habrían podido descubrirte.

—¡Jesús! —exclama el muchacho—. ¡Pues entonces cualquiera me habría podido pisar!

—Sí, así es —contesta la madre—. Todo ser viviente, al principio, es un punto diminuto, pequeño germen, semilla, que es necesario esconder, como se esconde la simiente bajo la tierra, para que esté resguardada, al empezar a crecer. Y, ¿ves?, el Dios bondadoso veló también por ti, para que no te sucediera nada mientras eras tan pequeño. Te preparó un lugar recóndito en mi propio cuerpo, bajo mi corazón. Un nido caliente, blando, resguardado, para que allí pudieras crecer seguro y tranquilo.

—Y ¿yo podía comer allí, mamá? ¿Y respirar?

—Todo esto lo hacía yo en tu lugar. Durante aquel tiempo comía más para ser más fuerte y darte fuerza a ti. Lo que comía se transformaba en sangre, y la sangre corría hacia ti para alimentarte.

—Pero mamá, ¿sabías que yo estaba allí, en aquel lugar resguardado?

—¿Si lo sabía? ¡Oh!, hijito, ¡y tanto como lo sabía! Algunas veces ya sentía tus movimientos, y entonces empezaba a hablarte: «¡Buenos días, pequeñín! ¿Ya estás despierto? Tu mami está velando, vela por ti, piensa en ti. Ve creciendo, robusteciéndote, para que cuando seas bastante fuerte puedas salir del lugar resguardado y yo pueda verte con gran gozo».

«Tú me miras ahora con unos ojos tan abiertos, que no parece sino que es la primera vez que oyes estas cosas. Y, sin embargo, las sabías; sólo que no las comprendías. ¿No rezamos juntos todos los días en el Avemaría: «...y bendito es el fruto de tu vientre Jesús?» ¿Pues ves? Así como la manzana es el fruto del manzano, así también el niño es el fruto de las madres. Pero como quiera que el niño vale más que la manzana, por esto Dios nuestro Señor quiere velar más por él. Por esto está escondido durante mucho tiempo en aquel lugar caliente, blando, resguardado, allí, debajo del corazón de la madre.

—¿Y cuánto tiempo estuve yo allí, mami?

—También lo sabes. ¿Cuándo se celebra la fiesta de la Anunciación?; ¿cuándo saludó el ángel a la Virgen María y le hizo saber que tendría un hijo? El 25 de marzo, ¿verdad? ¿Y cuándo celebramos el Nacimiento de Jesús? El 25 de diciembre. ¿Cuánto tiempo media entre estas dos fechas? Nueve meses.

«También sabes en qué día se celebra la Concepción Inmaculada de María: el 8 de diciembre. ¿Y cuándo es el día de su nacimiento?: el 8 de septiembre. El lapso de tiempo que media entre ambas fechas también es de nueve meses. ¿No es verdad que sabías estas cosas? Sólo que no parabas mientes en ellas, y yo no te hablaba de ellas hasta que has llegado a ser un muchachito crecidito. Ahora ya lo sabes.

«Durante aquellos nueve meses, yo rezaba muchísimo, porque quería que tú también fueras muchacho piadoso, devoto, entregado a Dios. Siempre estaba de buen humor, siempre me sonreía, porque quería que tú también fueras así. Así ibas creciendo, robusteciéndote de día en día. Y cuando ya fuiste bastante fuerte, se abrió un día la puerta del lugar resguardado y tú saliste, tú naciste. Muchos dolores me costó, pero no importa. Porque tú, al llegar al

aire, gritaste fuerte, lloraste..., te pusieron en mis brazos y yo te estreché contra mi corazón; también yo lloraba, pero de alegría; y te besaba, te besaba... Ahora ya sabes por qué te quiero tanto».

—Sí, mamá, y también sé ahora por qué quiero yo también a mamá mucho más que a cualquiera de este mundo —dijo el muchacho—, y con lágrimas de gratitud en los ojos abrazó a su madre.

5. Pensamientos serios

Basta una breve meditación para que nuestra alma se sienta presa de emoción y admiración sin medida ante el magnífico pensamiento del Creador. ¡Cuán sublime es el plan de Dios!

No quiso crear a todos los hombres en estado de desarrollo, como a Adán y Eva, porque, de hacerlo así, ¡cuán extraño, cuán frío, cuán árido sería todo en torno nuestro! No habría familia, ya que ésta se forma del padre, la madre y los hijos. No tendríamos padre, ni madre, ni hermanos, ni deudos. Cada cual estaría solo en el mundo. Naturalmente, el uno no amaría al otro, no habría con quien compartir nuestras alegrías, con quien explayarnos en nuestras penas.

Y no habría niños en el mundo. Sólo el pensarlo nos causa extrañeza; todos serían señores graves, con barba, o respetables damas. No resonaría la casa con las argentinas carcajadas de los niños que juegan. No habría niñez, y nos serían desconocidas las innumerables, deliciosas, despreocupadas alegrías de la edad infantil.

¡Qué indecible amor el de Dios, al escoger justamente esta manera de conservar la especie humana! Directamente sólo creó al primer hombre y a la primera mujer; pero dio a estos dos, y mediante ellos a todos los demás, algo de su propia fuerza creadora; estableció que fueran ellos los que diesen vida corporal a los demás hombres.

¡Plan admirable, santo, sublime, del Dios creador! ¡Qué profundo respeto nos merece su santa voluntad: que en la labor de renovar continuamente la humanidad —labor en cierto modo

creadora— haya querido la colaboración del hombre! Y a la par, ¡con qué rigor nos obliga su severo mandato, el de emplear nuestros cuerpos para el fin santo a que Él los destinó, para renovar y conservar la especie, para que nazca de la unión amorosa del hombre y la mujer un nuevo hombre...; y de buscar este fin solamente dentro del marco que Él trazó desde el principio, dentro del matrimonio indisoluble de un hombre con una mujer!

En la Naturaleza no hay fuerza más sublime, más noble, que la de transmitir la vida. También el hombre tiene este poder, el de dar vida a nuevos hombres; pero así como el alma levanta al hombre a alturas inconmensurables sobre los demás seres visibles, así también el hombre ha de levantar, con el cumplimiento exacto de la ley moral, esta fuerza creadora, sacarla del círculo meramente material y sublimarla a la altura del mundo espiritual.

Renunciaríamos a nuestro más hermoso privilegio, a «nuestra naturaleza racional», si consintiéramos en nosotros una sola manifestación de la vida corporal sin referencia a un fin espiritual digno, sin levantarla por encima de la actividad meramente animal.

Por lo tanto, amado joven, piensa en este misterio de la vida con la más profunda gravedad; no escuches conversaciones licenciosas relativas a este punto, ni hables tú en este sentido. No mires ni toques sin motivo los órganos que Dios destina a tan altos fines. Cuida, eso sí, de su aseo.

El plan del Creador es que todos, sin excepción, conserven pura el alma y puro el cuerpo hasta el matrimonio; y si algunos, por un fin más excelso —como, por ejemplo, los sacerdotes, por la salvación de las almas; o algunos sabios, por amor a la ciencia—, no se casan, han de vivir en castidad hasta la muerte.

Dios no permite la unión de ambos sexos sino dentro de las formas por Él prescritas; es a saber, en el matrimonio indisoluble; y aun en éste, sólo con el fin primario de dar vida al hijo.

Quienquiera que use de otra manera del cuerpo (tanto a solas como en compañía de otro), con el fin de procurarse goces y placeres, peca gravemente contra sí mismo, contra la sociedad humana, contra la misma naturaleza y contra la voluntad santísima del Creador.

A uno que otro joven puede ocurrírsele este pensamiento: ¿Cómo es posible que la vida sexual sea una cosa lícita, una cosa

santa dentro del matrimonio, y se la tilde de cosa mala y de pecado fuera del mismo? ¿Cómo es posible?, y sigue dándole vueltas y más vueltas: Una cosa o es siempre pecado o no lo es nunca...

Fácil es la respuesta. Fue Dios quien creó el cuerpo y sus órganos, quien regaló el instinto y la vida sexuales; por tanto, el instinto en sí es recto, su actividad no es mala; lo que hace Dios, forzosamente es bueno. El malo es el hombre que usa de los dones de Dios en el momento y en las circunstancias en que Dios no lo permite. Y es una verdad clara como la luz meridiana que, según la voluntad de Dios, este instinto sólo puede satisfacerse en el matrimonio, y en éste solamente de manera que tenga por fin primordial el nacimiento de los hijos.

Se podría replicar: ¿Por qué lo ordenó Dios de esta manera? Contestación: Dios es Señor absoluto; a nadie debe dar cuenta de sus leyes. El que ha construido una máquina sabe mejor que cualquier otro qué cosas necesita la máquina para funcionar bien y no deteriorarse; Dios creó al hombre. Él es quien mejor sabe cómo ha de vivir la humanidad para no corromperse.

Si ahondamos un poco, la misma razón descubrirá hasta qué grado sirve a los grandes intereses de la humanidad esta ley severa de Dios, que no permite la vida sexual a no ser en el matrimonio. Solamente en él es posible esta vida sin rebajar al hombre ni humillarle delante de sí mismo. Solamente en el matrimonio es «santa» la vida sexual, porque sólo en él no causa detrimento a la parte más noble del hombre: al alma. Tan sólo en el matrimonio la satisfacción de este instinto deja de ser mera caza de placeres para trocarse en el germinar de nuevos capullos humanos, la procreación de nuevos hombres, cuya esmerada educación sólo puede realizarse dentro del matrimonio indisoluble. En resumidas cuentas: ni el estado ni la sociedad podrían subsistir si Dios no hubiese señalado de un modo exclusivo para el ejercicio del instinto sexual el matrimonio indisoluble.

Por consiguiente, el que satisface su instinto fuera del matrimonio, bien tocando su propio cuerpo para suscitar en él un placer pecaminoso, bien teniendo relaciones sexuales con una mujer

que no es la suya, es el verdugo de la honra y felicidad propias y ajenas[3].

[3] Si la instrucción sin educación es perjudicial en Pedagogía general, lo es mucho más en el problema sexual. La educación en este asunto debe tener tres períodos cuidadosamente diferenciados y graduados: *a) período maternal; b) período de iniciación;* y *c) período de perfección.* El autor apenas da un esbozo del primero, más juzgamos un deber encarecer a los educadores íntimos del muchacho y del joven que el primer período es tal vez el decisivo, no sólo para preservar al joven de las caídas, sino para formar su consciencia y resolver sin tormentos y angustias morales equivocadas los futuros conflictos de su vida sexual.

Este período maternal tiene por eje la confianza íntima del muchacho o del joven, ya con sus padres, ya con un director experimentado de consciencia, ora con un educador intachable, que inspire veneración y confianza por su virtud, ciencia, experiencia e interés maternal a favor del muchacho. El joven que cuente con este apoyo material resolverá sin tragedias angustiosas ni fatales las crisis de su desarrollo psicofisiológico sexual.

El autor desarrolla este mismo pensamiento en varios párrafos y particularmente en el párrafo XXIX del capítulo VI, sobre la Confesión y su valor pedagógico preconizado hasta por los psicoanalistas como el procedimiento psiquiátrico más eficaz. (*N. del Ed.*).

6. Chapucería pecaminosa

Casi no hay un solo don de Dios que el hombre, ingrato, no haya aprovechado para el mal; pero hemos de hacer constar, con profunda tristeza, que nunca trastornó el plan de Dios, ni lo desvió de su fin originario, en el grado en que lo ha hecho con el instinto sexual.

El germinar de la vida suele traer siempre consigo una alegría profunda. Mira en la primavera cómo al desplegarse la Naturaleza gorjea el ruiseñor, arrulla la brisa, zumba la abeja, cuchichea el arroyuelo, todo se alegra de la nueva vida. Las relaciones sexuales del hombre y de la mujer también van acompañadas de placer por voluntad de Dios; pero así lo dispuso el Señor para que se acepten los muchos sacrificios que exigen la educación de los hijos y la conservación de la especie.

El plan de Dios se muestra con toda claridad a nuestra mente: la unión de un solo hombre y una sola mujer en el matrimonio indisoluble tiene por fin dar nuevos retoños a la humanidad. Pero, hoy día, millares y millares de obras teatrales, películas, cuadros, fotografías, novelas, diarios, pseudoprofetas, pregonan a la faz de la sociedad que el hombre y la mujer, aun antes de fundar una familia, allá en los años de adolescencia, y más tarde fuera del matrimonio, tienen derecho de procurarse, bien a solas, bien con otra persona, el goce corporal, que según el plan del Creador, solamente es lícito en el santuario de la familia, en el matrimonio.

Amado joven: también llegarán a tus oídos estas voces seductoras.

A la edad de trece a catorce años, cuando el cuerpo del niño empieza a desarrollarse y sentir nuevos bríos, notarás, cada vez con mayor insistencia, que muchas manifestaciones de la vida moderna están contaminadas de frivolidad.

A cada paso, en la calle, en el teatro, en los libros, en compañía de tus amigos, en todas partes tropezarás con la befa luctuosa de los planes del Creador; te acometerá con vehemencia la tentación, la hidra espantosa de la inmoralidad, de la impureza. Llegarán a tus manos libros seductores, te llevarán a piezas teatrales de esta índole, te encontrarás con jóvenes de semejante calaña[4].

Aún más —con el corazón oprimido lo escribo—: muchachos de tierna edad, ya en los años de las primeras letras son iniciados en cosas que normalmente sólo después de algunos años, cuando el cuerpo estuviese más desarrollado, se les podrían ocurrir. Muchísimos son los que así caen víctimas de la seducción, víctimas de sus compañeros.

También se acercarán a ti amigos que con lenguaje soez te hablarán de la excitación del goce corporal, del origen de la vida, del nacimiento del niño..., amigos que ya están contaminados por la terrible maldición de nuestra época; maldición que rebaja a instrumento de asquerosas liviandades el don altísimo del Creador.

---

[4] DRAE, del ant. *calaño*, semejante, este de **cualaño*, y este der. del lat. *qualis*, cual, por analogía con tamaño. Índole, calidad, naturaleza de alguien o algo. (*N. del Ed.*).

7. Secreto santo

Tú ya sabes cuan dignos de compasión son estos amigos. Porque si conocieran su sagrado deber, el noble fin que fijó Dios a este instinto, no hablarían de él con una libertad que hace salir el rubor a la cara.

Juzga tú mismo, amado joven, qué sentimiento más rastrero, qué espíritu más degradado se necesita para entretenerse con bromas de mal gusto y hacer befa de una de las propiedades más nobles y santas de que dotó Dios al hombre.

«¿Por ventura no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?»[5], pregunta la Sagrada Escritura. Pues bien, en el templo son santos todos los objetos: también en nuestro cuerpo todo es santo, ya que todo salió de las manos del Creador. Santos han de ser para ti los órganos en que reside una participación de la fuerza creadora, y sólo has de pensar en ellos con el mayor respeto.

Cuanto mayor sea la emoción y más profundo el respeto con que pienses en esta fuerza misteriosa que se despierta en ti alrededor de los catorce o quince años de edad, cuanto mejor te des cuenta de que en tu cuerpo se guarda por voluntad admirable de Dios la vida, la felicidad de generaciones enteras y el porvenir de la patria, tanto más te abstendrás de reírte y de hacer befa de ella...; ni siquiera querrás mencionarla en tus conversaciones.

---

[5] 1Cor 6,19.

En toda la Naturaleza, el origen de la vida es un misterio. ¡Misterio conmovedor, misterio sagrado! El Dios creador extiende un velo doquiera empieza una nueva vida.

La crisálida[6], para transformarse en mariposa, se encierra en una envoltura; nadie la ve. ¿Y quién ha visto jamás cómo germina la simiente? Nadie. Allá abajo, en el seno de la tierra, está escondida..., y de ella brota la nueva vida. ¿Quién ha visto cómo cristaliza la amatista o el rubí de color de fuego en el silencio recóndito del seno misterioso de las rocas? Nadie.

En principio, el nacimiento, el brotar de la vida queda envuelto en el velo del misterio. En vano busca el hombre el origen de la vida; el más sabio y erudito investigador siente al final de su camino que toca al umbral de un santuario cerrado. Un paso más y... se encuentra ante el acatamiento de Dios.

Y ¡en este misterio sublime quieren curiosear tus amigos con lenguaje grosero! ¡Este instinto, destinado a la conservación de la especie; este designio, acaso el más sagrado, misterioso y sublime del Creador, ellos lo hacen objeto de sus juegos frívolos y licenciosos, de sus afanes de placer y de sus bromas rastreras!

Tú ya sabes qué sublime destino te reserva el porvenir. Sabes que un día —si contraes matrimonio según los planes de Dios— llamarás a la vida capullos humanos, besarás en la frente a la Bella Durmiente. Tú sientes la enorme responsabilidad que pesa sobre tus hombros, y el deber que tienes de conservar intactas hasta aquel momento sagrado las fuerzas de tu cuerpo y no malgastar las energías latentes de tu organismo.

Sabes que satisfacer tus instintos fuera del matrimonio es inferir oprobio a la dignidad humana. Sabes que, aunque en cada joven hay escondido un padre y en cada muchacha una madre, el que no supo vivir castamente antes de casarse, no podrá permanecer fiel y casto en el matrimonio. La suerte de las futuras generaciones depende en gran parte de que los jóvenes cumplan la ley del Creador.

---

[6] DRAE, f. *Zool.* En los insectos con metamorfosis completa, estado quiescente previo al de adulto. (*N. del Ed.*).

Las raíces del árbol se esconden en el seno silencioso de la tierra, y desde allí envían savia vital y fuerza al tronco, a la copa; si sacamos las raíces a la luz del sol, se seca el árbol.

El proceso de desarrollo de la virilidad, de la maduración sexual, ha de verificarse también en este silencio de misterio, en un sagrado ambiente de piedad, lejos de toda mirada curiosa, de todo pensamiento indiscreto. Por esto tú nunca hablarás por curiosidad de estas cosas con tus amigos, porque lo que la sabiduría de Dios ha querido ocultar a nuestra vista no ha de sacarlo a la luz del sol la curiosidad humana.

Por esto apreciarás tu cuerpo y no querrás abusar del mismo contra los planes del Creador para satisfacer tus ansias de gozar. En los años mozos no solamente edificas o desmoronas tu propio cuerpo, tu propia alma, sino también a la generación futura.

No prestarás oído a la seducción, sea cual fuere la forma aliciente, literaria o artística con que se te presente, porque ¡ay del peregrino que se lanza a perseguir los fuegos fatuos que se levantan de las lagunas palúdicas!: perece en el lodazal.

El desarrollo de esa semilla, que ahora está madurando en ti, puede tener buena o mala dirección, según tu comportamiento de ahora, según tu recato y tu pureza; y de ello depende que, al llegar a la edad madura, seas la bendición o la maldición de la familia que fundes. ¡No olvides que muchas enfermedades físicas y fisiológicas de los hijos se deben a los pecados y excesos juveniles de sus padres!

La buena voluntad, el recto sentir que ahora tienes, se verán expuestos, por desgracia, a mil pruebas y tentaciones. Libros, cuadros, obras teatrales, películas, anuncios, tarjetas postales, diarios humorísticos, canciones de cabaret, sainetes, escaparates de librerías, artículos de periódicos..., te acometerán en tropel y te gritarán al oído que «no seas mojigato», que «no seas anticuado, medieval», que «no seas chiquillo», que «no esperes hasta el matrimonio» y que «ríete después de la felicidad»..., que busques el placer sensual donde puedas, cuando puedas y tanto como puedas. En este mundo moderno tan revuelto no oirás otra cosa que esto: el amor y el placer son el único objetivo de la vida.

Y te encontrarás con la cabeza aturdida en medio de ese ruido de mercado.

No sabrás qué hacer, qué pensar, qué norma de vida has de seguir.

Llegarás a la bifurcación de los caminos, decisiva, de que depende la suerte de tu vida. Y te encontrarás con la cuestión —¡cuestión grave!— que reclama contestación: ¿A dónde, por dónde he de ir?

CAPÍTULO SEGUNDO

¿A DÓNDE, POR DÓNDE HE DE IR?

«Sei deines Willens Herr, und deines Gewissens Knecht!»

«Sé dueño de tu voluntad y esclavo de tu conciencia»

M. v. Ebner-Eschenbach.

«Se equivoca el que cree que, siendo débil en la juventud, adquirirá más tarde, cuando hombre, un carácter más firme»

Barón József Eotvos.

¿Conoces la historia de Hércules, el héroe más famoso de la mitología griega? Era la personificación de la fuerza y arrojo varoniles. Su enemigo quiso suprimirle ya en la cuna; puso en ésta dos serpientes; pero el niño, dando ya entonces pruebas de robustez, las estranguló. Su vida está tejida de hazañas a cuál más gloriosa. El mató la hidra de Lerna, él amansó el toro de Creta, él venció a las amazonas, él barrió las caballerizas de Augías, él tomó la manzana de oro de las Hespérides... Y, sin embargo, este héroe legendario tampoco se vio libre de aquella prueba a que tienen que someterse los hijos de los hombres; también él se encontró un día en un cruce de caminos y hubo de tomar una resolución definitiva y grave: ¿a dónde, por dónde he de ir?, ¿qué camino he de escoger?

1. En el cruce

Acaeció en su mocedad, cuando el muchacho entraba en la adolescencia. Estaba a solas en cierta ocasión, y de repente vio delante de sí a dos mujeres. Empezó, a hablarle una de ellas:

—Veo, Hércules, que estás meditando sobre qué camino has de escoger en la vida. Si me aceptas a mí por amiga, te llevaré por un camino ameno; la vida sólo te brindará placeres, no encontrarás dificultad alguna. No tendrás que pensar sino en comer, beber y satisfacer tus sentidos... Si eres mío, tendrás todos los goces sin trabajo, sin fatiga...

Hércules la interrumpió: —Mujer, ¿cómo te llamas?

—Mis amigos me llaman «Felicidad» —contestó ella—; mis enemigos, «Culpa».

Se acercó entonces la otra mujer.

—Yo no quiero engañarte —le dijo—. Te digo sin eufemismos que los dioses no otorgan su favor sino al que trabaja y se fatiga. Si me sigues a mí, tendrás que trabajar rudamente. Si quieres que toda Grecia te alabe por tus virtudes, procura hacer el bien en toda Grecia. Si quieres lograr fama en el combate, aprende bien el manejo de las armas de hombres curtidos en la guerra. Si quieres ser fuerte, somete tu cuerpo a las normas de la razón y acostúmbralo a soportar el trabajo rudo.

La «Culpa» la interrumpió:

—¿Oyes, Hércules, por qué caminos te quiere llevar esta mujer? Yo, en cambio, ¡con qué holgura te conduzco a la felicidad!...

— ¡Miserable! —exclamó la «Virtud»— ¿Qué felicidad puedes dar tú? ¿Puede haber junto a ti el más leve asomo de ella, si nada haces para conseguirla? Comes antes de tener hambre, bebes sin tener sed. Durante el verano suspiras por tener nieve y hielo. Deseas dormir, no por haberte cansado el trabajo, sino porque has pasado el tiempo en la holgazanería. Instigas el amor antes de que lo pida la naturaleza y causas oprobio a la condición humana con los abusos del placer sexual. Acostumbras a tus prosélitos a cometer desórdenes durante la noche y a pasar durmiendo las horas preciosas del día.

«Aunque eres inmortal, los dioses no te admiten en su compañía y los hombres bien nacidos te desprecian. Tus jóvenes amigos sufren en su cuerpo; los más avanzados en edad pierden la lucidez de su espíritu. En su juventud se sumergieron en los placeres hasta la hartura, y ahora, envejecidos, van arrastrando su vida con lamentos. Se avergüenzan de lo que hicieron en días lejanos y sufren las duras consecuencias de haber apurado la copa del placer.

Yo, en cambio, habito con los dioses y tengo la simpatía de los hombres más honrados. Nada noble se ha hecho en el mundo sin mi ayuda. Los dioses y los hombres me respetan. Los artistas me aman como a su auxiliar; los padres de familia, como a la guardiana de su hogar. Mis adictos encuentran sabor en la comida y en la bebida, porque las toman cuando las necesitan. El sueño es más dulce para ellos que para los holgazanes, porque lo concilian con el sentimiento del deber cumplido. Gozan del aprecio de los amigos; la patria los honra. Y cuando llega su último momento no pasan a las sombras del olvido, sino que su recuerdo glorioso vive en labios de las generaciones.

Hércules, hijo de raza preclara, si obras de esta manera, alcanzarás una gloria inmortal...»

Tal es la historia de Hércules, según nos la cuenta un autor griego antiguo, antiquísimo, Jenofonte, en el libro tercero de su obra «*Anábasis*» o «*Cyri expeditio*». He querido referírtela ahora, porque tú también te encontrarás un día u otro en el cruce de dos caminos; comprenderás de un modo cabal las palabras siempre

vivas de la Sagrada Escritura: «La carne tiene deseos contrarios a los del espíritu»[7]; y tú también habrás de tomar una decisión.

Escúchame.

---

[7] Ga 5,7.

2. De niño a joven

Entre los catorce y los dieciséis años de edad, y acaso antes, notas en ti mismo cosas asombrosas, cosas nuevas. Así tu cuerpo como tu alma sufren un cambio, como si empezaran a bullir; se inician en ti nuevos fenómenos y sientes deseos que antes no conocías. Te pasa lo que al mosto cuando empieza a fermentar para trocarse en vino sabroso. Es el período de transición: el niño inconsciente se transforma en joven que tiene conciencia clara de su estado.

Este importante cambio invade y sacude las más pequeñas partículas de tu cuerpo. Casi diríamos que el niño, condenado a perecer, lucha en ti con el joven, que ha de nacer. Así como en primavera la fuerza intensa de la vida sube a las ramas de los árboles adormecidos durante el invierno, y la circulación fresca, rebosante, de la savia empieza a abrir las yemas y las hace estallar, reventar, así también hierve en ti la sangre fogosa de la primavera de la vida y palpita en tus venas y remueve tus deseos, tus pensamientos...

Y tú, ¿qué haces?

Medio aturdido, avergonzado, en plena efervescencia de sentimientos nuevos, sin comprender nada, miras tu alma y casi te sientes como un extraño frente a ti mismo, frente a tu antiguo «yo». Como las aves de paso a los primeros rayos del sol otoñal, tú te sientes presa de fiebre, de inquietud.

Dime: ¿no es así?

3. Tu organismo se desarrolla

En primer lugar, tu cuerpo experimenta un gran cambio. Tus miembros se alargan, tu figura tiene algo de cómico. No sabes qué hacer con tus manos largas, torpes, a no ser que las metas en tus bolsillos. ¡Qué aprisa te viene corto el primer pantalón largo! Durante las vacaciones creces quince centímetros: y en dos o tres años te conviertes, como cualquier otro de tu edad, en una escoba espantosa que servirá para blanquear el cielo. Ya no corres con la facilidad de los pequeños, pero tampoco tienes el andar tranquilo de los grandes. Tu pulmón se ensancha, tus huesos se ponen más gruesos, tu tórax empieza a abultarse. En tu rostro de niño, hermoso y liso, empiezan a marcarse los primeros rasgos varoniles, duros. Dentro de poco será una ruina tu hermosa voz de tiple[8]... y cuando nadie te ve, estás ensayando delante del espejo, a ver si puedes atusar la barba que ya apunta.

¿No es así?

Todo indica que estás en la primavera de la vida. Y la primavera es un tiempo de valor inapreciable: ¡decisivo para la cosecha de todo el año! Después de una mala primavera es estéril el verano, espantoso el otoño.

---

[8] DRAE, Tiple: (De or. inc.).m. Voz humana más aguda, propia especialmente de mujeres y niños. (*N. del Ed.*).

Y no es tan sólo tu figura exterior la que cambia, sino que van desarrollándose también los nobles órganos de tu interior. El corazón, el pulmón, el cerebro, todo el sistema nervioso, se lanzan, crecen, se ensanchan con un trabajo interior enorme, para estar en consonancia con todo tu cuerpo.

Esta transición de la niñez a la adolescencia es una verdadera tempestad, un vendaval. Muchas veces sientes dolor de cabeza, vértigos, echas sangre por la nariz, y tu corazón empieza a latir con asombrosa vehemencia. No temas; todo esto es consecuencia del desarrollo verificado en tu organismo. Con buena alimentación, durmiendo bien, solazándote razonablemente, puedes cuidar tu salud.

Pero tenlo bien entendido: esta edad, la «edad brutal» es la más importante de la vida.

¡Cuántos hay, sin embargo, que por ignorancia echan a perder esta importante época de su desarrollo!

4. En tus abriles

Tu estado psíquico es también variable, caprichoso, se excita con facilidad, es egoísta, obstinado, terco, no reconoce autoridad alguna; y te endiosas, y exiges que todos te aprecien, que te aplaudan siempre. Ahora estás de buen humor, un momento después tienes un humor de perros. Te pareces al mes de abril: por la mañana sale el sol con cara de sonrisas, al cabo de media hora un chaparrón te coge en la calle y te deja calado, y cuando llegas refunfuñando a casa, el sol ya calienta de nuevo con sus rayos.

Tú también sufres la influencia de todas las impresiones y cambias a cada momento. Ora te enardece un entusiasmo que sube hasta el cielo, ora te sientes hundido en el polvo por el sentimiento de la derrota, de la desesperación, sin que conozcas el motivo. Se apodera de ti el afán de emigrar a tierras desconocidas. Te consumes en deseos de aventuras, de gloria; quieres llevar a cabo grandes hazañas. No es raro el caso de que en esta edad el muchacho huya de su casa. En estos meses, en estos años, tu alma llega a estar... congestionada. La más pequeña corriente de aire la irrita y le produce inflamación. ¡Bronquitis del alma! Una fiebre intensa se apodera de ti: refunfuñas, estás descontento, te enfadas. Empiezas a sudar, vas eliminando muchas «burradas»; en el momento álgido casi no sabes hablar... decorosamente, sino sólo con groserías, con despecho, de un modo ofensivo.

Sobre todo, lo que desean los muchachos en esta edad es ser ya hombres realizados. ¡Cuánto darían por tener cuatro o cinco años más! De ahí el esfuerzo y la desazón con que procuran imitar a los mayores. Y lo sorprendente es que no imitan las virtudes y

los actos nobles, sino las exterioridades de la vida; se visten como ellos, se mueven como ellos, se peinan como ellos, hablan como ellos, y, naturalmente, fuman y beben como ellos.

Los que no conocen esta edad, cometen la imprudencia de reírse de ti; se mofan del «mozalbete desmañado». Acaso no te comprenda tu misma madre. No sabe explicarse cómo tú, que antes eras tan obediente, ahora replicas y eres quisquilloso. Los pequeños te temen, los viejos toman berrinches por causa tuya, y todo esto te desespera.

No es extraño, porque eres un misterio para ti mismo: se te debe ayuda y no desprecio.

¡Oh, cuán feliz es el que en esa edad encuentra un guía prudente, discreto, a quien consultar con entera confianza todas sus dificultades! ¡Y cuán desgraciado el que acude con sus dudas, con sus graves problemas, a la iniciación insensata de compañeros corrompidos!

5. Nuevos pensamientos, deseos insólitos

Sientes aún otras cosas extrañas. En tu alma, alma de niño hasta ahora, serena, armónica, sin preocupaciones, se verifican cambios de importancia. Una bruma extraña cae sobre ti. Vaga neblina envuelve tu ser. De las tinieblas de lo ignoto suben pensamientos y deseos que antes ni siquiera sospechabas y que ahora, al encontrarte con ellos por vez primera, te confunden. Recuerdas la tranquilidad anterior de tu espíritu, su serenidad y tersura de hace unos años; y en medio de la turbación que te causan los pensamientos nuevos, escuchas con pavor la voz de la duda. ¿Qué pasa? ¿Me he degradado ya?

No, no. Está tranquilo: todavía no tienes por qué acongojarte.

Pero quiero inculcarte una idea. Has de saber que todo tu porvenir, la rectitud moral de tu vida, se decide en estos años, en la llamada «edad brutal». Ahora es cuando se echa el dado sobre esta disyuntiva: o el espíritu, que es el único llamado a gobernar, logra enseñorearse de los bajos instintos, y entonces te conviertes en caballero de nobles sentimientos y elevado pensar, o te sometes como pobre esclavo al yugo de los hábitos pecaminosos.

Lo que acabo de escribir y lo que iré escribiendo en las páginas siguientes se refiere a los jóvenes que han llegado a este período de su desarrollo sin haber sentido ninguna influencia nociva exterior; porque, por desgracia, son muchos los que, prematuramente

iniciados por compañeros corrompidos, atravesaron antes de tiempo la crisis... pero no la pasaron incólumes.

Empieza a manifestarse en ti una fuerza nueva, de que nada sabías hasta ahora, cuya existencia ni siquiera sospechabas: la llamada «fuerza sexual».

El plan de Dios es admirable. El niño nace impotente; y despacio, por grados, va adquiriendo fuerzas, según lo reclama la edad. Al principio no tiene dientes; no los necesita. Pero a los doce meses de edad ya ha de masticar alguna comida; entonces le salen los primeros dientes. Aumenta el número de éstos a medida que crecen las necesidades. Es cierto que ya al nacer tiene todos los dientes como en germen, pero éste se esconde bajo las encías, esperando con paciencia su tiempo, el tiempo en que la necesidad reclama sus servicios.

De un modo análogo está latente la fuerza sexual hasta la edad de catorce o quince años. Los muchachos nada saben de ella, no saben siquiera que exista, a no ser que los amigos perversos les hablen de ella con lenguaje obsceno. Pero en esta edad empieza a despertarse esta fuerza; y a medida que saca la cabeza en una u otra forma, espanta y llena de temor a los muchachos de conciencia delicada. Este proceso dura desde los catorce o quince años hasta los veinticinco aproximadamente y tiene su período álgido entre los catorce y los dieciocho.

Pero, ¿qué es esta «cosa» nueva que empiezas a sentir?

En primer lugar, paras mientes cada vez con mayor frecuencia en el hecho, que desde luego conocías antes, pero no lo pensabas con curiosidad, de que la humanidad está dividida en dos sexos.

En una parte, los hombres; en la otra, las mujeres.

Es un hecho que nunca te había preocupado. Las relaciones que pudiste tener con las niñas se limitaban a esto: al jugar, tirabas fuertemente de sus trenzas, y te divertías con sus estridentes gritos.

Ahora no lo harías por nada del mundo. Si hablas con muchachas en sociedad, se apodera de ti un encogimiento extraño, que antes no sentías; después sientes calor, alegría. Procuras parecer guapo, listo; les dejas entrever tus buenas cualidades, reales o imaginarias: tu talento, tu educación; y en vez de tirarles del cabello

—¡Dios me libre!— les ofreces «tus servicios de caballero»; y si te es dado recoger el pañuelo o el guante que se le ha caído a una de ellas, se lo devuelves con profundas inclinaciones, y no parece sino que te echarías de cabeza en un pozo para complacerlas.

6. El primer amor

De nuevo en casa, entre tus libros, has de apelar a todas las energías de tu voluntad para salir del paso con la lección del día siguiente. Tú también quisieras aprender, quisieras saber cómo se eleva un número al cuadrado y cómo se extrae la raíz cuadrada... pero... ¡he ahí! de repente notas que a la raíz cuadrada le salen ojos, orejas, boca y ¡en un momento —ni tú mismo sabes cómo— ves dibujada en el cuaderno de matemáticas... una encantadora cabecita de muchacha!

Sacas la literatura: Preparas la lección de poética. ¡No estaría mal hacer práctica de las reglas aprendidas! Masticas un poco el lápiz, vas grabando como con un punzón en el papel una estrofa, después, otra y otra...; ya está acabada tu primera poesía... poesía amorosa. Indudablemente, el profesor de poética, al ver esta «obra», se creerá que es un hallazgo de la época neolítica o de la de piedra pulida. La rima es siempre la misma, como en los primeros tanteos de versificación al nacer el romance; el ritmo procede a saltos, como un carro viejo por el camino desigual; pero tú estás convencido de que esta poesía tuya vale tanto como cualquier obra de los clásicos.

Y, sin embargo, esto no es más que el principio.

Después te vas dando cuenta de que éstos y semejantes pensamientos ganan terreno cada vez mayor en la cabeza, hasta embargar todo tu ser. No hay que darle vueltas: has de confesar que estás enamorado. Y tu conciencia honrada empieza a agitarse, y no llegas a comprender qué es lo que pasa contigo. Algo misterioso empieza a madurar en ti. La semilla ha estado oculta y dormida

en el fondo de tu alma, y ahora tu mente de niño, aturdida, acaso pregunte con espanto: ¿es trigo, es cizaña?

7. Este desarrollo entra en el plan de Dios

Una vez más, amado joven, te lo repito: todavía no hay de qué temer. Todo esto es cosa natural, es un proceso que un día u otro ha de entrar en la vida. Aún más —para hablarte sin ambigüedades— estos movimientos y sentimientos forman parte del plan de Dios.

Recuerda lo que te dije en el primer capítulo, tocante al *«Plan del Creador»*, según el cual está encomendada a la mayor parte de los hombres la conservación y propagación de la especie. Ya viste en aquel pasaje con qué admirable y santa sabiduría proveyó Dios a la conservación de la humanidad. Es voluntad del Señor que en el santuario de la familia se junten y se fundan el amor mutuo de un hombre y una mujer, y que con la unión de los cuerpos y el amor de las almas, la humanidad vaya contando nuevos niños, nuevos capullos humanos, y de este modo se llenen las brechas abiertas en la tierra por la muerte.

Por tanto, brotan en ti estos nuevos sentimientos, según las leyes de la Naturaleza; y las leyes de la Naturaleza son santas y se conservan tales mientras el hombre no las trastorna con mano imprudente y pecadora. Nuestra alma es santa si sigue las leyes de Dios; santo es también nuestro cuerpo, morada de incomparable hermosura, preparada para el alma.

Ves, pues, joven amado, cuál es el plan del Creador. Por su divina voluntad empieza a despuntar en el adolescente el interés, el

atractivo de las muchachas, entre las cuales has de encontrar también tú un día la compañera de tu vida. El amor, es decir, la inclinación reciproca de ambos sexos, en su tiempo y lugar, no solamente no es pecado, sino, por el contrario, uno de los dones más preciosos de Dios.

Pero el amor es al par… ¡una fosa oscura!

8. Puros hasta el altar, fieles hasta el sepulcro

Según la santísima y eterna voluntad de Dios, estos instintos que empiezan a despuntar en ti y en adelante se intensificarán a medida que crezcas en años, sólo pueden encontrar satisfacción en el matrimonio, que el mismo Creador instituyó con vistas a la conservación de la especie humana. Pero ¡tú estás todavía lejos del matrimonio! ¡Muy lejos!

Por tanto, ahora tienes el sagrado deber de guardar estos deseos e instintos en su pureza, en su virginidad incontaminada, hasta el día en que conducirás al altar del Señor a tu novia, blanca como la nieve.

Antes del matrimonio, nunca, por ningún motivo, ni a solas ni con otra persona, has de dar satisfacción a estos instintos, ni prestar oído a su voz seductora. Fuera del matrimonio no es lícito complacerse a sabiendas y con plena deliberación en pensamientos, sentimientos y actos que se refieren a la llamada «vida sexual».

Está alerta y no consientas nunca en dar entrada a tales pensamientos, miradas, conversaciones y acciones. Y si, a pesar de todo, tu organismo en pleno desarrollo propone semejantes imágenes a tu fantasía, ahuyéntalos —en cuanto las adviertas—con alguna oración jaculatoria a Jesús o a María, o con otros pensamientos, y no olvides jamás que antes de contraer matrimonio no te es lícito dar satisfacción a tales sentimientos. Si de esta manera obras, irás

por el camino recto. Esto es lo importante; encarecidamente te recomiendo que tomes nota de ello para no olvidarlo nunca.

Un peligro de especial gravedad te amenaza en estos años por parte de la fantasía. En esta edad todo joven se vuelve más o menos soñador. Te conviene estar siempre sobre aviso para no caer en el mal de tantos y tantos muchachos, que durante semanas y meses están locos por el héroe de alguna que otra lectura, reviven en su fantasía novelas enteras, y mientras van tejiendo planes magníficos y brillantes respecto de su porvenir, se descuidan de sus deberes, de sus trabajos, y se quedan muy atrás en todos los campos. ¡Alerta! ¡Que la neblina de la fantasmagoría sentimental no envuelva tu alma!

Repito lo que ya dije. Estos nuevos deseos, estos ensueños, estos instintos, se despiertan en todo adolescente, sin excepción. El instinto sexual que sientes es de suyo algo santo, ya que es participación misteriosa de la fuerza creadora de Dios. Por tanto, no ha de causarte inquietud el hecho de sentirlo. Esto solamente indica que ya ha empezado en ti el proceso de maduración, y van acumulándose en ti, según los planes de Dios, las fuerzas que más tarde necesitarás para cumplir la misión de padre de familia.

Cuanto más tarde entres en este período, mejor. Los que más pronto lo experimentan (a los doce o trece años de edad) son los enfermizos y los que tienen un sistema nervioso débil; los más tardíos son los sanos (hacia los dieciséis o diecisiete años). Por tanto, alégrate de ser mucho tiempo «niño»; así podrás desarrollarte con más tranquilidad. Las frutas primerizas y los jóvenes precoces no son de gran provecho. Tú mismo has podido observarlo. Vas al jardín; el manzano está cargado de frutos, no maduros aún en su mayor parte; pero acá y acullá se ve una que otra manzana de colores vivos. Aprisa y con alegría vas a cogerlas, ¡son tan hermosas! Les das un mordisco y... las echas: están llenas de gusanos, todas son taradas. *«Gute Dinge brauchen Zeit»*, dice el alemán: las cosas buenas necesitan tiempo.

Y cuando tu desarrollo llega ya a madurez, ha de ser para ti un sagrado deber no excitar, no alimentar con lecturas, conversaciones, miradas, imágenes o acciones sensuales los instintos que se despiertan, sino refrenarlos con el pensamiento de los deberes que te esperan, según el plan del Creador.

9. En medio del peligro, en medio del huracán

He ahí, joven amigo, cómo tú también llegas un día en el proceso de tu desarrollo a la bifurcación de los caminos. Delante de ti aparecen, como aparecieron delante de Hércules, la «Culpa» y la «Virtud», y te invitan a seguir sus respectivos caminos. La «Culpa» se te presenta en una forma encantadora y te ofrece a manos llenas sus voluptuosos placeres.

Los instintos, de que más arriba hablamos, a medida que pasan los años (estudiante ahora de segunda enseñanza, universitario después), querrán mandar en ti cada vez con más exigencia y tiranía.

Como el ronco aullido de hienas y chacales feroces da escalofrío a la caravana que por la noche descansa en el desierto, así las vehementes embestidas de los bajos instintos turban de continuo los años de tu juventud. Con colores hechiceros se te presenta el placer, el gozo, que la satisfacción inmediata de tu instinto sexual te promete de un modo seductor. Tentaciones incesantes te invitan a abandonar el camino de la pureza; no parece sino que un diablo, libre de sus cadenas, se agita en ti, y te suplica, y te hace promesas, y se ríe de ti, y te empuja a la desesperación, y te lanza... ¡adelante!, ¡adelante!, y te instiga a echarte de cabeza en los goces sugestivos de tus instintos.

En el bramar de esta deshecha tempestad casi no te percatas de la noble figura de la «Virtud»; apenas oyes su voz de amonesta-

ción en medio del motín y gritería de los sentidos: ¡Muchacho!, no creas en la «Culpa». Consérvate puro. No peques, ni de pensamiento, contra la pureza. Guarda intactos, según el mandato del Señor, tu cuerpo y tu alma; guárdalos para la futura compañera de tu vida. Créeme: únicamente así podrás ser un día hombre honrado, hombre feliz, hombre de carácter...

Y el huracán sigue desencadenándose. Es espantoso alrededor de los dieciocho, veinte, veinticuatro años. Tú, querido joven, has de permanecer firme; has de erguirte inconmovible, en medio de las olas encrespadas, espumeantes. Has de sostener el combate de las pasiones durante varios años; pero mira: estos años de guerra son realmente años «que cuentan doblemente». Doblemente, porque en este tiempo se forma en definitiva tu carácter. Ahora se decide la suerte de tu vida entera.

Como duros martillazos resuenan las palabras del pagano Ovidio: *«Nulla reparabilis arte laesa pudicitia est: deperit illa semel»*[9]. «No hay arte capaz de reparar el pudor herido: perece éste para siempre.» Sólo una vez puedes perder tu virginal pureza. ¡Ay de ti si das el primer tropezón, porque ya empiezas a deslizarte por la pendiente! El hombre de carácter es aquel que en sus años mozos supo sujetar a duro freno sus pasiones. Fácil es el primer desvío, difícil el corregirlo. Fácil es caerse de la silla de montar, difícil colocarse otra vez en ella. ¡Cuidado!, que por un paso no hayas de llorar un día la felicidad y la áurea inocencia de tu alma con palabras semejantes a las de Grillpazer[10]: «Malvado, devuélveme la áurea paz de mi alma, toda la felicidad de mi vida, mi inocencia. Devuélvemelas».

Amado joven, ¿quieres conservarte puro? ¿Comprendes que en el período de desarrollo tus nuevos deseos no tienen derecho todavía de exigir satisfacción porque sólo son avisos de Dios respecto del trabajo sublime, creador, a que te tiene destinado en el porvenir? ¿Quieres preservar el vergel de tu alma de la devastación que causa la escarcha de mayo? ¿Quieres tener a raya, con mano vigorosa, tus vehementes instintos? ¿Quieres poner orden en tus pensamientos? ¿Quieres tener firmeza de granito y no errar tras la

---

[9] *Her. V.* 103, 104.

[10] Grillpazer, *Die Ahnfrau,* III, 109. *«Bösewicht, gib mir zurück, Meiner Seele goldnen Frieden, Meines Daseins ganzes Glück, Meine Unschuld mir zurück»*

luz falaz de fuegos fatuos? ¿Quieres esposar con las leyes del espíritu los instintos animales, cuando un infierno de deseos quema tu sangre? Joven, amado joven, ¿quieres conservarte puro?

Hay jóvenes —por desgracia— que no vigilan, que emprenden sin recelos ni suspicacias el camino de la pendiente. Y, sin embargo, ¡ay de aquel que empieza a bajar...! ¡Ay de aquel cuya alma, en pleno florecer, recibe la escarcha de una noche de mayo![11]

---

[11] Joven lector, no pienses que los peligros que amenazan tu pureza sean siempre combates novelescos al estilo poético que aquí se te describe para impresionar fuertemente tu sentimiento de caballero y de cristiano. Muchas veces, la contaminación microbiana de tu alma puede tener lugar en las circunstancias más vulgares, y te encuentras preso del ambiente mefítico sin darte cuenta de ser víctima del mismo. ¡Alerta siempre y oración!

A los educadores hay que advertirles que la literatura y educación estimulante a lo Marden, Smiles, etc., está desacreditada en pedagogía, porque alientan un espíritu romántico-caballeresco de la vida artificial, descorazonador y falso en la mayoría de los casos. La vida no son las excepciones que no constituyen el ideal a que se debe aspirar, sino la vulgaridad de la lucha diaria, incolora y sin personalidad de heroísmo ejemplar. La literatura estimulante ha hecho florecer rápida y extemporáneamente muchas primaveras de héroes, que marchitó el primer frío de la vida real ordinaria. (*N. del Ed.*).

CAPÍTULO TERCERO

ESCARCHA
EN UNA NOCHE DE MAYO

«Integritas morum iuvenem facit esse decorum»

«El mayor decoro del joven es su integridad moral»

Un día tú también llegas a la bifurcación del camino. ¡Cuidado! ¡No escojas la senda seductora! Le será muy difícil detenerse al que ha empezado a bajar por la pendiente. Mira sino la triste suerte del muchacho que ha emprendido el camino resbaladizo de la frivolidad.

También en ti, como en todos, se despertarán un día instintos y deseos, según decíamos en el capítulo anterior. Se despertará en ti una curiosidad indefinible, un deseo vago de indagar los secretos del origen de la vida y satisfacer los instintos incipientes; una curiosidad que te arrastra a hablar con personas que saben decirte mucho de esas cosas.

Ahí tienes el caso de un joven estudiante.

Tenía unos catorce o quince años de edad cuando un día fue al cine.

Se pasaba precisamente una película soez, un drama de amoríos. Hombres y mujeres, todos mezclados, de juerga en un cabaret. Los hombres estaban fuera de sí, las mujeres iban apenas vestidas. Copas de champaña que chocan, música desenfrenada...

En el alma del pobre muchacho se asomó un sentimiento, un deseo, un pensamiento antes no conocido, como si al mismo tiempo hubiera experimentado una grave caída. ¿Qué caída era ésa? ¿Quién lo sabe? Un castillo amado, todo un mundo yacía en ruinas.

—Oye, tú, no estaría mal que nosotros también lo probáramos. ¿Qué te parece?— le susurró al oído con los ojos encendidos, uno de sus compañeros, un adolescente.

«¡Sí!» —gritó una voz en el interior del muchacho— «¡No!» —le contestó al momento otra voz. De nuevo «¡Sí!», y otra vez «¡No!»— Él se callaba. Miraba... miraba con los ojos pegados a la pantalla la escena excitante. Su rostro se encendió, sentía hormigueo en la sangre de sus venas; pero cuando, terminada la sesión, salió a la calle y el aire fresco rozó sus mejillas, apoderóse de su alma una tristeza sin nombre: «He cometido pecado mortal».

Volvió a su casa. Quiso estudiar la lección del día siguiente. ¡Imposible! Su mente estaba como embotada, su alma llena de turbación. «Iré a confesarme». Y sólo se tranquilizó cuando acariciaron su alma alborotada las suaves palabras del director espiritual:

—En adelante, ten más cuidado, hijo mío.

—Prometo, nunca más...

Por desgracia, después de algunos meses fue a ver una pieza teatral. ¡El título era tan inocente! ¡El despertar de la primavera! ¿Quién podía sospechar que jóvenes y muchachas iban a desmandarse en el escenario? Y desnudarse como no podrían hacerlo en la calle, porque aquí el guardia los arrestaría al momento. En cambio, en el teatro, hasta se paga la entrada a subido precio para ver el espectáculo.

El muchacho no podía consigo mismo. Con los ojos abiertos hasta rasgárselos, miraba el escenario. Su corazón latía con fiebre.

Cuando volvió a casa, pensamientos sucios remolineaban en su cabeza. Al acostarse y querer rezar la acostumbrada oración de la noche, sintió el aguijón del remordimiento. «¡Otra vez he pecado!» No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Sollozaba el alma, sollozaba con vehemencia. «Mañana iré a confesarme...» Con este propósito se durmió por fin. Era hacia la madrugada.

Mas por la mañana, al despertarse, ya no estaba dispuesto a ir a confesarse. Aún más: se animaba así mismo de esta manera: «¡A fin de cuentas, ya soy estudiante avanzado! ¡Tengo que saber ya estas cosas! ¡No soy ningún chiquillo! Y, además, todas estas cosas sólo me interesan desde el punto de vista científico».

Algunas semanas más tarde, un «amigo» del último curso le llama aparte en el corredor, durante un descanso, y le mete un folleto en el bolsillo del gabán:

—Oye: aquí tienes ¡un bocado exquisito! Está lleno de fotografías artísticas.

El muchacho se muere de ganas, espera con fiebre el toque que anuncie el final de la clase. Corre a casa y empieza a tragarse las fotografías «artísticas», las fotografías impúdicas. Todavía su conciencia levanta su voz de cuando en cuando en las noches silenciosas; pero su acento es cada vez más débil, su oposición

mengua, hasta que un día calla por completo. Un silencio envuelve el alma del muchacho. Silencio de muerte, el silencio de las tumbas...

Es justamente lo que él deseaba: que nadie le cerrase el paso cuando él se lanzara a vivir su vida.

Y el joven ahora... «vive su vida».

1. Por la pendiente

Ya ha oído, leído, visto y hecho muchas cosas. Paso a paso se ha ido transformando en un «joven curtido». En los primeros meses todavía le bastaban las poesías amorosas que iba escribiendo una tras otra con una perseverancia a toda prueba. Al principio sólo hacía versos en los ratos libres, y cantaba a un nuevo «Sol», del que él se hizo «pálida Luna»; pero después ya soñaba con «Ella» aun despierto, y se despertaba del sueño viéndola a «Ella». Al tener que estudiar no podía librarse de la pesadilla de las rimas que faltaban a su poesía, o pensaba en el paseo de la tarde, imaginándose que las muchachas iban a quedarse pasmadas al ver su pantalón de última moda y sus puños tiesos, de deslumbrante blancura.

Nuestro joven no falta nunca en el paseo de moda. Una tarde y otra tarde va dando vueltas con una elegancia encantadora (por lo menos, él está convencido de que es inimitablemente encantadora…), zapatos de charol, polainas blancas, guantes de glasé, con el pañuelo de seda que le sale del bolsillo...; un dandi[12] acabado. Comparado con él, el mismo Príncipe de Gales se queda pequeño. Su profesor, al pasar a su vera, no comprende de dónde viene aquella nube de penetrante perfume. ¿Cómo sospechar que su discípulo, el del eterno «suspenso», es aquel pájaro raro que manda suspiros a la Luna, que sufre pasmos de lirismo, que está locamente enamorado? «¡Cómo brillo!» —piensa nuestro joven—. Y

---

[12] DRAE, (Del ingl. *dandy*) m. Hombre que se distingue por su extremada elegancia y buen tono. (*N. del Ed.*).

no se le ocurre que aún la leña podrida puede brillar en la oscuridad.

«Voy por caminos de conquista» —es lo que se imagina— «Pobre maniquí» — piensan las personas serias que se cruzan con él por la calle.

«¡Qué elegante soy!» —se dice satisfecho— «¡Mira qué máscaras!» —dicen otros.

Suerte que no se haya inventado todavía la lente con que se pueda ver el alma de los hombres. ¿Sabes qué contestaría esa lente? *«Aussen fic innen nix»* «Por fuera estirado—por dentro vacío».

2. Entre compinches

Sigue él paseándose por la calle en compañía de unos amigos de la misma calaña; y corre la conversación «edificante». ¡Ay de la muchacha que tiene la mala suerte de tropezar con esta camarilla! Ya de lejos la atraviesan con sus miradas agudas, impertinentes: y al pasar a su lado dejan caer en voz fuerte alguna que otra frase; y se ríen del chiste hasta encontrar una nueva víctima.

Entretanto, uno de ellos da la noticia de que el librero ha recibido nuevos folletines; en vista de lo cual, el grupo entra en la librería, y con avidez pide las «cosas buenas» que llegaron últimamente.

—Ya sabe usted, don Pepe, que puede dárnoslas; no somos ya chiquillos.

Pagan los impresos inmundos con el dinero hurtado del cajoncillo de su madre; y después se dirigen a un tabernucho para tomar «un refresco». Allí pueden estar tranquilos, allí no los pescará el profesor:

—¡Mozo! ¡Dos vasos de cerveza!

Sacan de sus bolsillos los cigarrillos del «viejo», ¡del padre!, y sacan también los folletos obscenos que acaban de adquirir. Mientras chocan los vasos, empieza la «noble» conversación, se despachan anécdotas, enseñanzas, iniciaciones. Pocas veces los cerdos llegan a revolcarse en los charcos podridos bajo tanta inmundicia como remueven estos estudiantes con su lengua en media hora. Cuando ya se han enseñado mutuamente las bromas, los chistes, las canciones de doble sentido (es decir, de un solo sentido, dema-

siado claro) que se les ha ocurrido, y cuando ya no les queda un céntimo del dinero hurtado para encargar nuevamente bebida (al tener que pagar ya niegan medio litro), como quien ha hecho concienzudamente su trabajo, vuelven a casa... vuelven quizá tambaleándose.

Es una escena frecuente de la «edad brutal». La caída de algunos jóvenes sigue otros derroteros; hay muchos que llegan por sí mismos a ese pecado que al principio miraban como juego inocente. Pero es mayor, mucho mayor, el número de los que emprenden el camino de la moral por la iniciación y seducción de compañeros corrompidos.

3. Debate

Por la noche no puede conciliar el sueño. Lo que le pica no es por cierto, el hecho de no tener más que el esbozo de la composición que ha de presentar mañana en clase. Al fin y al cabo, con una leve mentira ya se excusará. Son las conversaciones de la tarde que bailan en su fantasía y ahuyentan el sueño; aquellas conversaciones en que los compinches explicaban cómo se puede provocar el placer en la propia persona. Aquel Juan, ¡cuántas cosas sabe!

Un pensamiento sigue al otro. Pensamiento cuyo solo nombre le hacía estremecer hace algunos años. Su corazón empieza a golpear locamente, su sangre hierve, se rebela. Le gustaría saber si realmente es un placer tan inconcebible el jugar con su propio cuerpo. El deseo le quema a llamaradas. «Estoy solo, nadie me ve»; a probarlo, pues; a cometer el acto prohibido en su propio cuerpo, aquel acto que sabe es pecado infame contra Dios y contra la propia honra y la dignidad humana...; pero, ¿quién tiene en cuenta esas cosas cuando el instinto tiraniza; el instinto, cuya voz imperiosa ha adquirido incremento por la bebida, la conversación, la lectura, el cantar de la tarde...?

4. Destrucción del templo

El primer pecado solitario está cometido. El desgraciado joven se metió por sí mismo en el pantano... se corrompió a sí mismo. El «placer» apenas si duró medio minuto. Pero se abrió la primera brecha en el baluarte de la fortaleza... Por esta brecha se escurrirá poco a poco toda la fuerza, toda la energía, todo el vigor del cuerpo joven y todo el empuje del alma.

La conciencia adormecida gimió profundamente al despertar de su letargo. El joven se siente presa de un remordimiento amargo que le oprime. Por un momento contempla su alma pura, hermosa... así como era antes; y ahora, después de la primera caída, causa espanto a su fantasía la destrucción, la ruina repentina de mil y mil ensueños brillantes y hermosos.

Así debió de estar Napoleón, con los brazos cruzados, sumergido en tristes reflexiones, delante de Moscú, que ardía en el gran desierto de nieve de Rusia. Así debió de llorar el profeta Jeremías sobre la ruina de la metrópoli judía y de su templo. Si en los entierros lloramos por el cuerpo, que se ve abandonado del alma, ¡cuánto más hemos de llorar ahora por el alma que se ve abandonada de Dios!

¡Ojalá llorase, y llorase lágrimas de sangre, este joven por la profanación del templo que él ha cometido! Porque mil y mil templos no son sino montones de tesoros sin vida, riquezas de valor exiguo, si se los parangona con el templo vivo de Dios! En esto pensaba San Pablo al escribir su primera Carta a los Corintios: «¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Pues si alguno profana el templo

de Dios perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es»[13].

Pero el despertar de la conciencia no dura más que unos días. No pasa mucho tiempo, y el joven ya está otra vez en la misma compañía. Oye nuevos «acontecimientos», aprende cosas nuevas, se divierte con nuevos chistes. Al cabo de una semana cae en el mismo pecado, y reincide después a la semana siguiente, y la caída es cada vez más frecuente. Durante algún tiempo su conciencia se debate todavía, como la llamarada de un tizón que está para apagarse, como la noble fiera caída en la trampa. Pero después se cansa, se acalla, queda reducida al silencio. De todos modos, no se la escucha; ¿para qué hablar?

¡Pobre joven!... La gran energía, la acérrima fuerza de voluntad de tus años mozos... es una ruina. Aplicas el labio al borde de la copa para libar el néctar, y no te das cuenta del veneno que sorbes del fondo. ¡Ah! ¡Si a la edad de quince años pudieras prever el diluvio de lágrimas amargas que verterás a la edad de veinte años, debido a la influencia maldita de ese pecado! ¡Ah!, ¡si pudieras prever aquel trozo de lava endurecida en que se convertirá tu corazón a causa del fuego destructor, tu corazón que ahora es fresco y robusto! ¡Ah!, ¡si te fuera dado ver de antemano aquel harapiento sucio a que se verá reducida en unos años de pecado tu alma pura y noble! ¡Ah!, ¡si pudieras oír su grito: «¡Ay de mí!».

«¡Ay de mi corazón!, en que ardía un fuego que irradiaba calor y despedía luz a lo lejos. ¡Ay de mis ojos!, que, calientes y puros, reflejaban la sonrisa de Dios. ¡Ay de mi sangre!, su ritmo es más lento. ¿Dónde está su brío, su hervor juvenil? ¡Ay de mí!, ¡qué lástima, qué lástima! Todo cuanto era, toda mi dulce juventud yace ahora aquí sin vida» (Rádvanyi).

En el partido de ajedrez, si equivocas una jugada, vuelves atrás la pieza, diciendo que «no vale»; pero en lo moral, las jugadas no pueden rectificarse ya nunca, nunca jamás.

«Se esfuma en nuestra memoria todo cuanto de sabio hemos escrito o hecho; tan sólo es inolvidable aquella hora en que nos olvidamos» (János Vajda).

---

[13] 1Cor 3,16-17.

5. La juventud en ruinas

¡Y qué decir del carácter!

Valentía, magnanimidad, amor patrio, piedad filial, orgullo noble, caballerosidad, heroísmo, todo lo hermoso del alma… ceden su puesto a la indolencia y disipación en la vida de este joven. Un árbol joven, en plena primavera, cuando tenía que estar cargado de flores, está sin capullo, sin follaje, sin corono[14], con el tronco retorcido, con las ramas que cuelgan tristemente. ¿Puede darse más triste espectáculo? Tal es el cuadro de la inocente pérdida; de la inocencia que el huracán desatado de las pasiones puestas en libertad azotó y deshojó. El árbol más lozano ve caer sus hojas, secarse sus ramas, si recibe una herida en su tronco y por ella se escurre su savia vital. Tal es la destrucción que el pecado solitario causa en quien se hace su esclavo.

La pureza es para el alma como el rocío, que brilla a guisa de diamante en los pétalos de las flores cuando éstas se despiertan por la mañana. ¡Es una sencilla gota de agua!, y ¡brilla tan hechicera!; pero si la imprudencia humana la quita del cáliz de la flor, no bastan todos los océanos del mundo para suplirla.

Conoces sin duda la leyenda de Pandora, aquella mujer de maravillosa pareja. Llevó en arras a su esposo una magnífica caja de oro. Al abrirla éste se escaparon de ella la miseria, el dolor, la enfermedad, e invadieron el mundo. Amado joven, los placeres

---

[14] DRAE, (Del lat. *corōna*). f. Cerco de flores, de ramas o de metal con que se ciñe la cabeza, como adorno, insignia honorífica o símbolo de dignidad. (*N. del Ed.*).

prohibidos se parecen a esa capa de oro, que aparenta un contenido magnífico..., pero por de fuera. ¡Ay de aquel joven que imprudentemente la abre!

Y no creas que ese joven —aunque dé en pago la tranquilidad de su alma—saboree por fin la felicidad. Si así fuese, no correría afanoso en busca de nuevos placeres. Su cuerpo, al que concedió diferentes veces un placer prohibido, es usurero impertinente. Nunca se harta, aunque reciba un placer tras otro, aunque agote el alma. El resultado de la vida voluptuosa es que el alma misma parece convertirse en carne; se hace egoísta, cruel, dura. El alma se oscurece, pierde sus bríos, se encuentra desolada, y el cuerpo es perseguido, azotado por pasiones demoníacas que andan sueltas. ¡Qué profunda degradación! El bruto no comete inmoralidades; únicamente las comete el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios; el hombre dotado de razón y de libre albedrío.

El que, imprudente, deja caer sobre su lengua una sola gota de la miel prohibida, se vuelve como la rata que comió veneno: un fuego horroroso quema su interior, corre desesperada de un vaso a otro, en busca de agua; bebe, engulle todo cuanto encuentra en su camino; pero ¡ay!, el fuego no se apaga hasta que sucumbe el animal envenenado. Una hoguera semejante enciende en su interior el joven... con un acto inmoral. *«Die Wohllust scherzt, ihr Ende schmerzt»*, dice el alemán. El placer, el gozo, juega contigo; pero su fin es miseria y muerte...

6. Por el camino de la degradación

Al llegar a este punto en la bajada, el joven siente todavía deseos de indagar más profundamente los secretos de la naturaleza humana. Quisiera saberlo todo, cuanto se relaciona con la vida sexual, con el origen de la vida. Él es «estudiante de los últimos cursos», ya es bastante hombre para averiguarlo todo. Averiguar cosas que la voluntad sagrada del Creador ha escondido en el santuario de la vida matrimonial. Todo esto quiere él saberlo y practicarlo ya ahora, antes de casarse. Sus camaradas son peritos en este terreno. Con entusiasmo le llevan a los antros del pecado, a casas donde muchachas todavía más desgraciadas que ellos, jóvenes degradadas, los inician en todos los secretos que a ellos se les antoja conocer. Y lo que es peor, muchas veces ni siquiera se necesita un amigo corrompido; por ciertas calles de las grandes ciudades no puede pasar un joven durante la noche sin que la hez más miserable de la humanidad, las muchachas caídas, le dirijan la palabra, le echen sus redes y le inviten a la horrenda caída...

El cuadro de la destrucción siempre oprime el corazón. Triste es ver la destrucción que causa en un magnífico templo la furiosa tempestad. Pero mil veces más triste es ver la destrucción que causa una palabra obscena en el templo vivo de un joven, donde no ha mucho tiempo brillaba el mármol blanquísimo del altar santo y ardía el fuego sagrado de nobles ideales.

Ahora ya no hay secretos para el joven. Ahora ya lo ha oído, visto, experimentado y hecho todo. Ahora ya es feliz, ¿verdad? No lo es.

¿Por qué sus ojos revelan una profunda tristeza? ¿Qué significa aquella sombra misteriosa que oscurece las facciones de su rostro? ¿Por qué esquiva la mirada de los hombres honrados? ¿Por qué se queda escandalosamente rezagado en sus estudios? ¿Por dónde vagan sus pensamientos durante la clase? ¿Qué serpiente se le enrosca y estruja su alma? ¿Por qué se siente extraño entre los compañeros honrados? ¿Por qué no encuentra complacencia en el juego de los camaradas?

Mas, por otra parte, ¿no es cierto que él ya lo sabe «todo»?

Sí, lo sabe todo, y por esto es desdichado; porque sabe que la felicidad, que perseguía con fiebre y aun a costa de su pureza, de su carácter, de su honor, ha desaparecido. La buscaba donde no podía hallarla.

Si acercamos a nuestro oído un caracol marino, percibimos la voz sublime de su antigua patria, el mar; así percibe también el joven, en las horas de soledad, en las horas largas de la noche, la voz de los antiguos deseos y de los nobles afanes, que solloza; la voz del alma, que también solloza ahora atormentada. Cuando, con las mejillas encendidas, con el corazón palpitante, alargó la mano para captar la mariposa de refulgentes colores, la mariposa de la supuesta felicidad, ésta se escapó, y en la mano del pobre muchacho no queda más que el polvillo oscuro, despreciable, de las minúsculas escamas de la mariposa.

En cambio, la mariposa se ha llevado consigo la tranquilidad, la felicidad, el porvenir del alma.

¿Qué es lo que quedó en el lugar del antiguo Paraíso? Un vacío de fauces horrendas; un vacío sin esperanzas, sin alegrías, sin estrellas; un vacío de letargo, de muerte... Cuervos que revolotean a manera de espectros graznan en el alma del joven, en el alma que habría de estar llena de trinos sonoros del ruiseñor.

Carlos IV, el rey desterrado de la Hungría Grande, al agonizar en la isla de Madera, rezaba así por sus hijos: «¡Señor, llámalos de esta vida antes que permitir que te ofendan con un pecado grave!».

Blanca de Castilla, reina de Francia, dijo en cierta ocasión a su hijo, San Luis: «¡Hijo mío! Te quiero más que a mi propio corazón. Tú eres mi único consuelo en la tierra; tú eres la esperanza del país; a pesar de todo, preferiría verte muerto antes que oír la noticia de que habías cometido un pecado mortal».

¡Antes morir que caer en pecado grave! ¡Oh, cuán amargas serían las lágrimas de los padres, cómo se quebrantaría bajo el peso de dolor el corazón materno, cómo sufriría en silencio mudo el corazón paternal, al ver la tragedia del hijo en medio del pecado, si conociese la medida de su degradación!

Hijo cruel, ¿por qué no ahorras este dolor a tus padres, que tanto se afanan por ti?

San Leónidas, mártir del Cristianismo primitivo, besó con piadoso fervor el pecho de su hijito Orígenes, que dormía, porque sabía que en aquel pequeño y puro corazón moraba el Omnipotente. ¡Y tú, joven desgraciado, has salpicado con el fango del lodazal tu pecho blanco, el más hermoso templo, que no ha mucho estaba todavía ataviado con la pompa de níveas flores!

Y, sin embargo, todo esto no es más que la primera etapa de la pendiente. No hemos llegado todavía a lo más profundo del pantano.

7. La ley de la gravedad

Hay una ley en Física, según la cual, el cuerpo, al caer, no baja con una velocidad uniforme, sino que ésta va acelerándose a medida que el cuerpo se acerca al abismo, adonde lo atraen misteriosas fuerzas de la tierra.

Esta ley de la gravedad no rige tan sólo en la naturaleza material, sino también en la vida espiritual. El alma tiene sus tendencias, sus inclinaciones torcidas; en cuanto empezamos a ceder, nos arrastran con empuje cada vez más irresistible hacia los oscuros abismos del pecado. Una sola ligereza, la primera caída... y entra en vigor la ley de la gravedad.

Por doquiera que pase con sus terribles escuderos el pecado de la inmoralidad, allí se marchita el verde césped, se inclinan las cabezas jóvenes antes erguidas, se comba el dorso antes recto y firme como el acero, palidecen las rosas de la cara, se quiebra el carácter, es reseca hojarasca[15] lo que había de ser sonriente flor, se hace astillas lo que había de desplegarse con lozana pompa.

Amado joven: perros hambrientos, lobos sanguinarios se esconden en el fondo de nuestra naturaleza caída. No des de comer a estas fieras... ¡Beberán tu sangre, tu sangre joven, fresca, pura! No desencadenes los perros rabiosos... ¡Clavarán los colmillos en tu carne y soliviantarán tu alma!

---

[15] DRAE, hojarasca f. Conjunto de las hojas que han caído de los árboles. 2. Demasiada e inútil frondosidad de algunos árboles o plantas. (*N. del Ed.*)

«Cualquier otro pecado que cometa el hombre —así escribe San Pablo— está fuera del cuerpo, pero el que fornica, contra su cuerpo pecan»[16].

---

[16] 1Cor 6,18.

8. Junto a los lagos Masurianos

En la guerra europea de 1914, el ejército ruso sufrió un descalabro horroroso junto a los lagos Masurianos. Hindenburg, el generalísimo alemán, que conocía palmo a palmo toda la región pantanosa, hizo retroceder sistemáticamente las tropas rusas hacia los lagos. A medida que flanqueaba el frente ruso y sus brigadas retrocedían, los alemanes las perseguían con bravura. Los rusos no tenían tiempo para deliberar, huían a la desbandada. Delante tenían los pantanos sin fin; detrás, a los alemanes, que los perseguían.

La caza no duró mucho tiempo.

De repente se detuvo el ejército perseguidor.

Como si las piernas de los soldados alemanes hubiesen echado raíces, todo el ejército se detuvo en un momento, a la vista del terrible espectáculo.

Los rusos, que huían sin tino, se lanzaron al terreno, que parecía firme por estar cubierto de césped; pero debajo del verde césped había oculto un mar de limo; y el ejército perseguidor, el ejército alemán, clavado al suelo de puro espanto, presenció cómo se sumergían en el pantano miles y miles de rusos... Primero, los pies; después, las rodillas; después, la cintura... Ya no se ven más que las manos; nada más que la cara de espanto, convulsiva... Un aullido que hiela la sangre, gritos de socorro que penetran en el

corazón. No hay alma humana que pueda ayudarlos. Y el pantano los atrae... los atrae hacia el fondo.

* * *

Medita, amigo lector, la suerte que va a correr el joven que pisa suelo pantanoso de la vida inmoral y empieza a sumergirse.

CAPÍTULO CUARTO

EN EL FONDO DEL PANTANO

«La fornicación y toda especie de impurezas... ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde a santos; ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, lo cual desdice de vuestro estado»

Ef 5, 3-4

«La suerte de los deshonestos será en el lago que arde con fuego y azufre»

Ap 21, 8

No hay joven que no oiga, tarde o temprano, el canto hechicero o la voz imperiosa del deseo impuro. Su razón cabal, su alma honrada, su corazón puro, sus nobles entusiasmos, se aprestan para preservarle de la caída; su conciencia, como campana tocando a muerto, estremecida, grita en su interior: ¡Oye, no lo hagas, no lo hagas!

Y, sin embargo, en estos trances vibra el canto de la sirena, canto sugestivo, hechicero, cautivador, canto que embruja los sentidos; y la voluptuosidad deslumbra con el goce furtivo de un momento de placer a la pobre alma, que se debate. No te dice esta voz lo que sucederá después de ese momento, hasta dónde te rebajarás, cuánto perderás, qué es lo que te espera; no te dice que das los primeros pasos para atacar y debilitar tu sistema nervioso, para causar la ruina cierta de tu carácter.

Cuando en el cine la máquina de proyecciones lanza su luz y toma posesión de la pantalla, tu mirada, quieras que no quieras, queda clavada en el blanco y deslumbrante lienzo, sin percatarse de nada más en aquel momento, sin ver nada en torno suyo. Del mismo modo deslumbra al joven el fulgor del placer sensual; y el pobre, aturdido, no piensa, no delibera, sigue el deseo ciegamente.

Empieza a bajar por la pendiente.

Y ¡ay de aquel que empieza a caminar cuesta abajo...!

1. Roble tronchado

No hay en el mundo placer más corto que el de la impureza, ni hay uno más caro, puesto que el hombre ha de pagarlo a un precio tan subido como es el propio cuerpo y la propia alma. Sin exageraciones, en su plena realidad, quiero pintarte la triste suerte del joven que ha caído. Acaso en algunos momentos te parezca inverosímil el cuadro. Lo tildarás de exagerado; dirás que un solo pecado, el pecado de la impureza, no puede acarrear tantas y tan graves consecuencias; que una miseria tan espantosa no puede ser efecto de un solo traspiés. Pues sabe, joven lector, que las siguientes líneas no trazarán el cuadro completo de la degradación inmensa, de la ruina del cuerpo, del alma, con que la inmoralidad se cobra muchas veces durante toda una vida humana, otras veces durante la vida de generaciones enteras, los placeres sensuales de unos breves momentos.

No afirmo que el pecado solitario siempre y necesariamente causa la ruina del cuerpo; pero es lo corriente que el que se hace esclavo de este vicio haya de pagarlo con el trastorno de su sistema nervioso; es regla general que cuanto más pronto se somete el joven al yugo tiránico y triste de esta pasión y cuanto más fuerte se manifieste ella, tanto más se sienten las funestas consecuencias en el cuerpo.

Donde es segura la ruina es en el alma. Los daños que le causa este pecado, aunque el joven sea de constitución robustísima, son incalculables. Querido joven mío, no te dejes engañar por el aspecto acaso robusto que presente el pecador. Es posible que sus mejillas conserven el color de rosa, que sus fuerzas hayan quedado

incólumes; pero, a no dudarlo, ha sufrido mengua su vigor espiritual, se ha debilitado su memoria, ha sido socavada su capacidad intelectual. Gime en él el espíritu, aplastado debajo de ruinas. El alma, llamada a ser reina, sufre el yugo vergonzoso de miserables pasiones.

Este pecado es falaz y ataca a mansalva. Sonriente y astuto, te promete cielo y tierra... antes de cometerlo; pero cuando te has rebajado a servirle de esclavo, te abandona a ti mismo en medio de la desesperación torturadora, despojado de los tesoros más sagrados de tu alma...

Y lo más triste del caso: es muy difícil curar este pecado. A medida que se comete va embotándose el alma respecto a toda influencia oral; son ineficaces las súplicas del padre, son inútiles las amonestaciones del sacerdote, que le habla con la autoridad que le da la religión. La fuerza de voluntad es nula.

El desgraciado joven quiere y no quiere. Ya por la mañana pierde muchos cuartos de hora, porque su voluntad es débil y no logra hacerle saltar de la cama. Si se pone a trabajar, antes delibera largamente por dónde ha de empezar. En medio de grandes bostezos va hojeando ora este libro, ora aquel otro, pero no se decide a estudiar ninguno. Está sentado en un cómodo sillón durante media hora, sin hacer nada, soñando, pero no es capaz de tomar una decisión seria.

De cuando en cuando suspira y piensa con sinceridad: «¡Oh, si las cosas fueran así... y asá!». Quisiera cambiar de conducta, pero nada hace por lograrlo. Se parece al soldado de plomo: tiene la espada siempre levantada para dar el golpe, pero nunca llega a darlo. De tiempo en tiempo, después de una más profunda conmoción espiritual, se estremece y dice: «¡Ahora sí, cobraré fuerzas! En adelante seré casto...». Propósito infructuoso. El cohete estalla, dejando tras de sí una oscuridad mayor que antes. Este joven difícilmente podrá salvarse..., porque él ya no lo quiere seriamente.

2. «¿Sólo una vez?»

En el capítulo anterior viste al adolescente camino del primer pecado. Es posible que el pobre fuese empujado a ese camino por la curiosidad más bien que por otra cosa. Le alentaba la promesa falaz con que se engañaba a sí mismo de que «tan sólo lo haré una vez», una sola vez, para ver. No sabía que el primer pecado es el más difícil; los demás ya son mucho más fáciles; por el camino trillado anda el carro sin esfuerzo, y si llega a la pendiente, corre sin que se le pueda detener.

No vayas a creer que si las tentaciones son muy vehementes, si parecen ponerte cerco invencible y te asaltan aun en medio del trabajo, sea prudente rendirte para estar en paz. Hay jóvenes que creen poderse librar de la tentación cometiendo el pecado. ¡Terrible error! El primer pecado de impureza llena la fantasía de imágenes tan obscenas, tan vivas y tan insistentes en exigir que se cometa un nuevo pecado, que ni pensar puede ya, en trabajos serios. Entonces se da cuenta, horrorizado, el pobre joven de que si antes de cometer el pecado aúllan en su interior chacales hambrientos, de todos modos estaban sujetos con cadenas; pero el primer pecado les quitó el bozal, les soltó sus cadenas, y ahora son sumamente molestos y exigentes. Los cachorros del león son mansos hasta ver sangre; pero al dar el primer mordisco en carne fresca, se transforman, se vuelven feroces.

«Tan sólo una vez para ver...» —le dice la tentación antes de cometer el pecado—. Y después prosigue: «Ahora ya está hecho; ahora lo mismo da que lo cometas pocas o muchas veces».

Sé fuerte desde el primer momento, porque «se engaña quien piensa que, siendo débil en la juventud, más tarde, al llegar la virilidad, logrará adquirir un carácter más firme» (Barón Eotvós).

Llega tarde la medicina, si gimes ya en la esclavitud de un hábito inveterado.

¿Quién puede decir en qué momento empieza el otoño? Primero no son más que unas pocas hojas que caen del árbol; poco a poco se queda desnudo el ramaje, y de repente un crudo viento de invierno azota ya los árboles desnudos del bosque.

Algo análogo pasa con el pecado: insensiblemente pasamos de uno a otro grado. ¡Ay de aquel que empieza a jugar ligeramente con el pecado solitario o complacerse en la fuerza de la atracción de los dos sexos, y quiere disfrutar «una sola vez» de aquel placer que sólo es lícito en el matrimonio! ¡Oh, cuántos muchachos confesaron entre sollozos, con el alma dolorida, cuánto habían bajado y dijeron que se avergonzaban de su acto, y prometieron reunir todas sus fuerzas, y, costase lo que costase, emprender nueva vida y no volver a pecar jamás! La promesa era sincera; pero en cuanto se quedaron a solas y los asaltó nuevamente la tentación, la voluntad era tan débil que reincidieron casi sin ofrecer resistencia. Estaban perdidos.

3. El primer paso en falso

¿Cómo ha llegado a tal extremo el desgraciado joven?

No fue bastante fuerte en el primer momento. No sabía que la vida humana es como una partida de ajedrez, en que cada jugada, es decir, cada paso en falso, pronto o tarde ha de pagarse. Las conversaciones, lecturas, acciones inmorales, que al principio eran poco frecuentes, poco a poco llegan a trocarse en hábito de todos los días. No piensa seriamente en librarse de ellos, porque su conciencia ya no se subleva; y, hemos de confesarlo, aunque lo quisiera de veras, necesitaría una enorme fuerza de voluntad para sacudir el yugo de los sentidos que le tiranizan.

Tanto se enseñorea de él el hábito impuro, que muchas veces, aun en el sueño, en estado de inconsciencia, le impulsaba al pecado. Cuantas más veces se comete el pecado, tanto más exigente es la pasión; la repetición frecuente engendra el hábito, el hábito se convierte en necesidad. Al principio, el pecado no era más que un peregrino casual que pedía albergue para la noche; después ya se instala como huésped; finalmente, manda en plan de dueño.

Según la mitología griega, Anteo, al luchar con su enemigo, Hércules, todas las veces que tocaba tierra cobraba nuevas fuerzas. La pasión también cobra fuerzas y se hace más tirana cuando el alma toca el fango, la suciedad. Cuando el pobre joven, despavorido, quisiera librarse del horroroso peso, se debate impotente bajo una maldición.

Según los griegos, Prometeo robó el fuego del Olimpo, y los dioses, para castigarle, le encadenaron a una roca del Cáucaso. Un águila venía todos los días y le sacaba el hígado. El hígado volvía a

crecer, y al día siguiente llegaba otra vez el águila... Cuadro angustioso del adolescente que encendió en sí el fuego de la lujuria; sus actos le encadenan a la roca de la vida pecaminosa, y su «placer» abyecto le roe a diario el alma. Cuantas más veces se entrega al pecado, tanto más ruge en él la pasión: ¡más, todavía más! El joven llega a asemejarse al tonel agujereado: le echan continuamente agua, y nunca se llena. El pecado se convierte en una necesidad, así como se llaman «necesidades de la vida» la nicotina, el alcohol, el opio.

Estado espantoso: ¡el pecado, necesidad de la vida!

Los viajeros que vuelven de África del Sur hablan de una clase peculiar de serpientes, que con su mirada hechizan los pájaros. La serpiente no hace más que mirar su víctima, y el pobre pájaro, batiendo las alas, salta de rama en rama; pero no puede resistir, no puede quitar la vista de los ojos de la serpiente; algo lo atrae, algo lo subyuga, algo lo hipnotiza, el ojo embrujador de la serpiente lo domina, y él va acercándose... acercándose, más y más... hasta que la serpiente lo apresa con un movimiento y lo estrangula.

Imagen exacta del alma que se debate y cae en los brazos de la inmoralidad... que la estrangula.

Y, sin embargo, el pobre joven acaso cayó sólo por imprudencia o por ignorancia.

En muchos casos, el pecador ni siquiera era consciente al principio. Al encaramarse por un palo, al montar a caballo, al deslizarse por la barra, sintió el muchacho por vez primera un placer sensual y se creyó que era cuestión de juego. Al saber que era un pecado contra la naturaleza, era ya tarde; no pudo vencer el triste hábito, ya inveterado.

Posible es que algún muchacho fuese iniciado en temprana edad por un compañero corrompido, que le enseñó a procurarse ese «placer». Y es lo regular que él sintiera en seguida que aquello era pecado, porque nunca y por nada lo hubiese hecho delante de su madre o de su padre. La misma naturaleza le advertía que aquello era pecado, pues era cosa que se había de ocultar. Y al principio se habría dejado cortar la mano antes de descubrir a su madre o hermano el acto que solía cometer.

Seguramente has oído o leído lo que pasa con las plantas insectívoras. El insecto se pone incauto y sin recelos sobre sus hojas

vellosas; al instante queda pegado, y la hoja se enrolla con avidez. Cuando, al cabo de algunos días, se abre nuevamente, no quedan ya del pobre insecto más que los miserables despojos: la planta chupó toda la fuerza, chupó la vida a su víctima...

El pecado de la inmoralidad chupa también la fuerza espiritual del adolescente que, incauto, cae entre sus garras.

De ahí los cambios llamativos de su carácter, de su comportamiento, y en ciertos casos aun de la salud corporal; cambios que por mucho que quiera ocultar el joven no lo logra. El águila no puede volar si llenamos sus alas de barro.

4. «*Descensus Averni*»

Cometiendo actos inmorales, el joven ha malgastado fuerzas irrecuperables de cuerpo y alma. Fuerzas que durante los años juveniles habría tenido que invertir en la acertada modelación de su vida futura. Los profesores y compañeros en la escuela, los padres en casa, notan el gran cambio que en él se ha producido, ven cómo se ha transformado en unos pocos años el joven vivaracho, robusto, de mente despejada. Lo notan y se admiran de ello.

Se admiran de que el estudiante antes bueno, acaso sobresaliente, pase ahora a ser contado entre los negligentes. El que un día estaba entre los primeros, ahora si llega apenas a aprobar el curso. Guarda silencio durante la explicación del profesor; pero el que quiera observarlo más de cerca, verá que sus pensamientos están vagando muy lejos. Su mirada se pierde en la lejanía, se fija en un solo punto, sin verlo realmente y sin pensar en nada. Va tejiendo planes para las diversiones de la tarde. Si le llaman para decir la lección, se ruboriza, se estremece. Se ve que su conciencia ha tenido que volver desde lejos. El trabajo mental más insignificante le cuesta sudores.

Además se distancia de sus antiguos e íntimos amigos. Las bromas más inocentes le sacan fuera de sí, y contesta groseramente. No tiene más que un amigo o dos de confianza: muchachos de la misma calaña. Continuamente está con ellos: durante los descansos, al salir de la escuela; con ellos va trazando planes, siempre en el más riguroso secreto. Si por casualidad tropiezan con un «no iniciado», sus narices se alargan como la sombra del álamo al po-

nerse el sol, y ponen todos ellos una cara tan dura que el recién llegado se apresura a despedirse.

El profesor puede hablar de lo que quiera; el muchacho por nada se interesa. Aunque quisiera, no podría reconcentrar la atención en una misma cosa durante largo rato. El director, que le conoce desde hace años y le amaba por su carácter noble y franco, nota, con sorpresa, que ahora le coge en mentira y no pocas veces. ¡Aquel antiguo y amado discípulo que tanto se preciaba, y con razón, de decir siempre la verdad! Si tiene el alma roída por pecados graves, ¿cómo va a preocuparse de las faltas leves? Ya no titubea ni se ruboriza al mentir. Siente el desorden y suciedad de su interior; y para aparentar delante de los otros una vida honesta, miente, miente con un aplomo que desconcierta. Es maestro en la mentira, y la emplea con los profesores, con los compañeros y con los padres. La veracidad es hija de la inocencia, y la mentira es hermana de la impureza.

Juntamente con la sinceridad pierde las demás virtudes: cortesía, franqueza, gratitud, afecto, entusiasmo por lo bello y lo noble. Se comprende, ya que la pureza es la piedra de toque de la firmeza moral. Si falta la pureza, entra la corrupción. Y ¿qué importa el color rojo de la manzana si por dentro la carcome el gusano? ¿Qué importa el ataúd dorado si esconde podredumbre? El joven impuro se embrutece cada día más; su antigua y amable figura desaparece como la fragancia y belleza de una rosa al ser deshojada por una mano ruda.

Va y viene en la vida sin objeto, sin voluntad.

Cerca de Roma había antes grandes regiones pantanosas. Durante miles de años. Hasta nuestros días sus exhalaciones corrompían el aire de toda la región, dañando el cuerpo y oprimiendo el ánimo de los habitantes de los pueblos cercanos. Estos hombres, pálidos como la cera, de mirada triste, iban empujando con indolencia sus barcazas por el agua pantanosa; y cuando en toda Italia, a la pregunta amable del forastero: *¿Come sta?* (¿Cómo está?), se contestaba con un: *Si vive* (Vamos viviendo), sólo en esta triste región oíase esta respuesta: *Si muore* (Vamos muriendo).

—*Si muore, si muore* —¡podrían repetir muchos jóvenes!

Es natural. Los robles no se lanzan hacia las alturas en oscuros túneles, ni las rosas se despliegan en sótanos llenos de moho. A lo

más, crece allí una flor raquítica y corren pálidas arañas en medio de un hormigueo de asquerosos ciempiés: «El que tiene el alma esclavizada—escribe el Conde Esteban Ezéchenyi en sus *«Artículos de periódico»*— no puede mostrar ninguna flor moral; lo que muestra con su gusto estragado es la marca del bruto».

Por esto se ensombreció el rostro, antes sonriente. De ahí los surcos en su frente juvenil. ¡Triste espectáculo el del irisado y magnífico arco iris que empieza a esfumarse!

Este joven sufre otra quiebra; pierde el sentido moral del derecho de propiedad. Compra muchas publicaciones humorísticas y obscenas, va al cine siempre que se lee en los anuncios: «Sólo para personas de dieciséis años para arriba», juega, tiene tertulias...; y, naturalmente, esto cuesta mucho. Y su madre, su pobre madre, no hace más que repetir: «¡Cómo están hoy las criadas! No pasa una semana que no me roben dinero del cajón».

Todas las facultades se debilitan. El desgraciado no sabe interesarse por cosas serias, no es capaz de recibir nuevas impresiones de estas que elevan. No hay que invitarle a estudios serios: es inútil hablarle de progreso científico. Sus sentimientos se hacen desabridos, sin aliento; y siempre van bajando de un modo espantoso. Está cerca de la desesperación. Se apaga la alegría varonil que brota del trabajo. Los bríos juveniles se agotan, las bellas osadías del espíritu desaparecen, el afán de construcción no da señales de vida. Siempre divaga. No puede adelantar en ninguna carrera.

También él suelta sonoras carcajadas, pero falta en ellas el sonido limpio y argentino de la risa pura. También él emprende el trabajo, y algunas veces con gran empuje, pero le falta la perseverancia.

Sus pensamientos ruedan casi exclusivamente en torno de imágenes impuras. Estas dominan su fantasía. Son las únicas que le interesan.

Su energía está paralizada. Su voluntad es débil, simple muñeca, nada.

Este joven se vuelve cobarde, hipócrita, rastrero, pierde su carácter. Por doquiera que va allí deja un aire pestilente. En las paredes, en los libros, en los retretes, en las casetas de baños, estam-

pa los dibujos obscenos de su fantasía. Es nervioso e insoportable. Pensamientos locos cruzan por su cabeza.

¡Cuántas veces se cumplen en él las palabras de Petofi!:

«Hay noches en mi cabeza, noche de noches; y la noche está llena de tentaciones; de un pensamiento nace otro pensamiento, y se destrozan entre sí como fieras. La sangre de mi corazón febril está hirviendo como hierven los males hediondos en la caldera de la bruja. Mi fantasía escondida corre a guisa de meteoro por el mundo y me arrastra consigo. Mi compañera es la desesperación, mi vecina es la locura»—*Felhök* (Nubes).

Y no puede ser de otra manera. Di al fuego flamante que no queme; imposible. Di al mar alborotado que se ponga terso como un espejo; imposible...

«El ladrón roba los bienes de otro, pero el que lleva una vida impura se roba a sí mismo los tesoros de más valor, las fuerzas del alma». *Descensus Averni*... (Hacia el Averno).

5. Los estudiantes «de ideas avanzadas»

Cuando el joven ha socavado su carácter y abierto brechas en él, cuando ya ha perdido una tras otra sus buenas cualidades, llega a la ruina moral completa, a la incredulidad.

Si la cosa no fuera tan seria y de tan funestos resultados, nos daría risa el desprecio, la despreocupación, la ironía, la incredulidad con que un muchacho de segunda enseñanza habla de moral, de religión, de Dios, es decir, de temas que los representantes más eximios y eruditos de la humanidad sólo se atreven a abordar con el más profundo respeto. No llama ya la atención el que uno u otro alumno declare abiertamente que «ya puede hablar el profesor; yo sé pensar por mi cuenta, ya he aprendido mucho»; es decir, que él sabe ya que no hay cielo, ni infierno, ni Dios, ni alma inmortal.

Pero ¿qué habrá aprendido este muchacho?, ¿qué conocimientos habrá adquirido superiores a los que tuvieron los representantes más destacados de las ciencias naturales y de los demás ramos del saber? Porque no se puede negar que los grandes sabios de la humanidad también estudiaron un poco y sabían algo.

Me viene a la memoria el epitafio que compuso para su propia tumba el inventor del pararrayos, Franklin. Lo transcribo, prescindiendo del verso y reproduciendo tan sólo sus pensamientos sublimes: «Aquí descansa, hecho pasto de los gusanos, el cadáver de Benjamín Franklin; se parece a las tapas de un libro cuyas hojas

han sido arrancadas. Pero espera: el libro no se ha perdido para siempre, antes al contrario, aparecerá de nuevo en forma más hermosa, en edición revisada y corregida».

¿Puede ser incrédulo el que con fe tan inquebrantable espera una vida nueva, una vida más hermosa después de la muerte?

Y Képpler, Newton, Bayle, Linneo, Hérschel, Leverrier, Fresnel, Frauenhófer, Foucault, Fáraday, Lavoisier, Liebig, Pascal, Ampère, Galvani, Volta, Pasteur, etc. —todos estos nombres te son muy conocidos en los estudios de segunda enseñanza—, ¿no sabían tanto como el colega que tanto se jacta? ¿Cómo se comprende que estos sabios y las demás eminencias del saber humano, a pesar de sus vastos conocimientos, creían, casi sin excepción, y con fe firme, en Dios; más aún: muchos de ellos eran católicos fervorosos; y por otra parte, tu compañero haya sido llevado a la incredulidad justamente por la ciencia?

Pasteur dijo en cierta ocasión: «Por haber estudiado mucho, tengo la fe de un bretón[17]; si hubiese estudiado aún más, tendría la fe robusta de una bretona».

Así retrata un poeta a su compañero «sabio»:

«Mira la espiga del trigo. Se yergue altiva hacia el cielo mientras está vacía; pero al madurar inclina su cabeza hacia el suelo. El estudiante se jacta de su tesoro sin madurez; mientras que el sabio de mente colmada se humilla».

¿Verdad que no fue la ciencia la que empujó a tu compañero a la incredulidad?

¿Qué cantidad de ciencia puede caber en aquella cabeza de quince primaveras?

Pero se te dice que, a pesar de todo, hubo y hay todavía sabios renombrados que no creen. No lo niego. Los hay. Pero yo quisiera escudriñar. Yo espero con curiosidad el gran día del Juicio, que descorrerá el velo que oculta nuestros pensamientos secretos. Entonces veremos con sorpresa que eran esclavos del pecado muchos de aquellos que durante su vida atribuían su incredulidad al hecho de no haber podido compaginar las enseñanzas de la

---

[17] DRAE, Bretón, na. (Del lat. *Britto*, *-ōnis*, bretón). Perteneciente o relativo a esta región de Francia. (*N. del Ed.*).

religión con «sus convicciones científicas». No, amado joven, la ciencia en sí nunca es peligrosa...; sólo sus pregoneros pueden serlo. La ciencia sólida nos lleva siempre a Dios; y lo que nos aleja de Él es el corazón corrompido.

«Erst kommt die Lauheit, dann der Zwifel,
Dann Wiederspruch, dann Hass und Spott;
Das halbe Denken führt zum Teufel,
Das ganze Denken jührt zu Gott»

F. W. Weber

«Primero viene la tibieza; después, la duda; más tarde, la oposición; por fin, el odio y la mofa. El pensar a medias lleva al diablo; el pensar perfecto lleva a Dios».

¡Cuánta verdad encierran las palabras de la Sagrada Escritura!: «El hombre animal no puede percibir las cosas que son del Espíritu de Dios»[18].

[18] 1Cor 2,14.

6. ¿Por qué «no hay Dios»?

La corrupción del corazón es la que empujó a tu compañero a la incredulidad. La continua contradicción se observa entre su fe y su vida; el reproche constante que siente en su conciencia; la idea persistente de que «hay Dios»; «un día tendré que rendirle cuenta de todos mis actos, de todos mis pensamientos...»; tal es el motivo de su incredulidad. «¡Qué tranquilidad si Dios no existe!... Claro. No..., no hay Dios».

Si fuesen el Álgebra o la Física, y no la Religión, las que enseñaran los preceptos serios y severos de la moral, seguramente nadie tendría dudas respecto de la fe, y, en cambio, serían muchos los que pondrían en tela de juicio los teoremas de Álgebra y Física... Y lo harían en nombre de la «cultura», del «progreso».

Prueba clara de que en la mayoría de los casos la corrupción del corazón es la causa de la incredulidad: ésta regularmente se manifiesta en los años de desarrollo, corre parejas con las pasiones, y al desaparecer éstas, desaparece también aquélla. El niño no es incrédulo, todo lo contrario, ¡cuán dichoso se siente con Dios! Y el anciano tampoco es incrédulo; precisamente ancla su única esperanza en la fe, en la religión.

Entre estas dos edades se halla la época tempestuosa de las pasiones, a la que bien puede aplicarse las palabras de Pascal: *«Le coeur a des raisons, que la raison ne connait pas»* (El corazón tiene razones que la razón no comprende). Unas son las razones del corazón y otras las de la razón. No cabe duda: el corazón corrompido puede hacer incrédulo al hombre; la razón sosegada, disciplinada...

¡nunca! Quien niega la existencia de Dios es que tiene interés en que Dios no exista.

El joven que logra conservarse puro suele ser firme en la fe. En cambio, el que lleva una vida inmoral empieza por no hallar gusto en la oración; después se siente molesto por las prácticas religiosas, por la religión en general, y al final llega a perder la fe. Es lógico que la pierda. Ha de justificar el desorden y corrupción de su interior; ha de explicar su modo de vivir pecaminoso; y recurre a toda clase de afirmaciones filosóficas, libros, hipótesis, falsa ciencia; busca en los libros teorías para negar la existencia de Dios, que ya ha negado en la práctica, puesto que la vida depravada prescinde de Dios, que exige de todos la santidad.

La vida pura no es solamente consecuencia de la fe, sino también su requisito previo. Para que el espíritu no se vuelva pagano, es necesario preservar del paganismo el cuerpo. «Cuida tu alma de modo que desee la existencia de Dios, y así nunca dudarás de Él» (Rousseau).

Conoces, sin duda, la leyenda del avestruz: Cuando se ve perseguido, esconde de puro miedo su cabeza en la arena; y así, no viendo al enemigo, se cree que éste no existe. Yo no sé si estos jóvenes «incrédulos» también esconden su cabeza por miedo: no ven a Dios, no quieren verle... pero ello no significa que Dios deje de existir en realidad. Con violencia empujan su razón hacia la incredulidad para no tener que cambiar de conducta. ¿Por qué no quiere el reo creer en Dios? Porque siente que ha contraído grandes deudas con la Divina Majestad, y ya se sabe, suele evitarse con cautela la casa del acreedor.

En cambio, el joven de alma limpia, blanca como el lirio, tiende sus brazos con confianza alentadora de la fe viva hacia el Cristo lleno de amor. La Bruyére, profundo conocedor de los hombres, escribe: «Quisiera encontrar a un hombre sobrio, moderado, de vida pura, que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; por lo menos, él sería imparcial. Mas ese hombre no existe»[19].

Cuántos y cuántos jóvenes podrían repetir palabra por palabra lo que el célebre escritor François Coppée confesó después de su

---

[19] *Charactères,* 16.

conversión en la introducción de su libro titulado *La bonne soufrance* («El buen sufrimiento»): «Fui educado cristianamente, y en los años que siguieron a mi Primera Comunión cumplía con fervor de niño los deberes religiosos. Lo confieso abiertamente: fueron las aberraciones de mis años juveniles y el miedo a una confesión sincera los motivos que me desviaron del camino recto. Muchos de los que se encuentran en situación análoga reconocerán conmigo, si son sinceros, que al principio lo que los distanciaba de la religión no era sino el rigor de ésta en punto a continencia, y que sólo más tarde sintieron la necesidad de hermosear y justificar con sistemas científicos la transgresión de las leyes morales».

«Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios»[20] —dice Nuestro Señor Jesucristo—. ¿Y los que tienen el corazón manchado? Esos no ven sino excitaciones sexuales, inmundicia, obscenidades, degradación, incentivos.

«Señores —dijo en una tertulia de intelectuales el escritor de fama mundial Chateaubriand—, pónganse la mano sobre el corazón y contesten bajo palabra de honor: ¿No tendrían valor para creer si tuviesen valor para vivir castamente?».

Todas las veces que oigo hablar de jóvenes incrédulos, de su «modo de pensar más maduro», de sus «ideas avanzadas», de su «juicio libre de oscurantismos», me acuerdo de la frase de San Agustín: *«Nemo incredulus, nisi impurus»* (No es incrédulo sino el impuro). Con toda la convicción me atrevo a dar al joven incrédulo el consejo de Pascal: «Si quieres convencerte de las verdades eternas, no multipliques las pruebas, sino ve extirpando tus pasiones». Rompe con tus pecados... y mañana tendrás una fe firme.

---

[20] Mt 5,8.

7. ¿Es esto la alegría? ¿Es esto la felicidad?

Pero ahora, pobre amigo, por lo menos serás feliz. Es verdad que has pagado la felicidad a muy alto precio, pero la habrás logrado. ¿Es así? Dime: ¿eres realmente feliz?

Me contestas: «Sí. Por lo menos, he visto algo de la vida».

Despacio, despacio, querido. No lo creo. No te creo. Te engañas a ti mismo. No eres sincero contigo mismo. Porque si de veras eres feliz, ¿por qué sientes que te caen encima horas bochornosas, en que te abruma una depresión indecible? Horas en que nada del mundo, absolutamente nada, puede darte alegría. ¿Por qué estás sentado delante de tus libros, con la mirada vacía, perdida en el aire, con los ojos sin luz, con ojos en que se apagó el fuego? Tu corazón, ¿no se siente asaltado de dudas? Te acaricias la frente pálida con tus manos temblorosas, con tus manos que en seguida se cansan. Quisiste tener una «vida alegre»; ¿por qué estás triste?

¿Qué es ese abismo que hay en tu alma, esa tristeza, ese abatimiento, ese desconsuelo, esa aridez? ¿Qué es ese sollozo triste, descorazonante, con que en los momentos de silencio se levanta de lejos —¡ay!, ¡de cuán lejos!— un pajarito tímido, despavorido? Un pajarito amable, que tenía por nombre «vida pura»... Mientras lo conservabas en el cálido nido de tu alma, iba desgranando notas de dulces gorjeos y sonrisas en tu vida.

En los momentos de reflexión, ¿por qué te atormenta el triste pensamiento: «¡No hay alegría en el pasado, no hay esperanza en el porvenir!...»? ¿Por qué es así? Porque la inmoralidad, que con una mano nos ofrece el placer, con la otra nos hurta un tesoro de inestimable precio.

¡Y qué ha sido de tu energía? ¿Dónde está aquella fuerza que te decía obstinadamente al oído: Sé libre? Pues bien, ya eres libre; ya has sacudido el yugo de la Ley de Dios, pero gimes en la esclavitud de tus instintos, nunca satisfechos. Mira con qué alegría saben reírse aún tus compañeros de clase. ¡Oh, si un día fueses sincero contigo mismo! ¡Y si reconocieras sinceramente que, al buscar la felicidad por caminos prohibidos, encontraste y bebiste la hiel hirviente del Averno!

«Es falaz la alegría de la vida; mientras corremos en pos de ella, con su sonrisa nos promete cielos; en cuanto la alcanzamos, su encanto se esfuma» (K. Kisfaludy).

8. El árbol roído por el gusano

Este es uno de los funestos resultados que se derivan de la inmoralidad: la ruina espiritual. Esta la sufre, sin excepción, todo pecador. Ningún delincuente puede evitar este terrible castigo: «la plaga de su propia degradación».

Pero puede suceder que sobrevenga otro castigo: la pena corporal. «El estipendio del pecado es la muerte»[21], muerte del alma en todos los casos, y tal vez también del cuerpo. Aun aquellos que cometen el pecado a solas, en la propia persona, gastan muchas y valiosas fuerzas vitales; y, si persisten durante largos años en ese vicio, también se cierne sobre ellos el peligro de que se turbe su sistema nervioso. Pero quien comete el pecado con mujeres desgraciadas, degradadas, es casi seguro que habrá de sufrir la más terrible enfermedad.

¿Conoces la leyenda de la Atlántida, el magnífico continente en el Océano? Dícese que en días de gran calma, la mirada puede penetrar hasta el fondo del mar, donde se sumergió el gran continente. Torres, cúpulas, casas fantásticas, se presentan a la vista del marinero que por allí navega, y llenan su alma de espanto; él siente estremecerse el corazón con escalofrío cuando ve aparecer en el fondo de la tumba, tumba de olas, la misteriosa hermosura de un continente sumergido.

---

[21] Ro 6,23.

¡Para cuántos jóvenes es una triste realidad esta leyenda del fondo del mar! ¡Cuántos jóvenes, agotados prematuramente, jóvenes de esperanzas tronchadas, lloran en vano las bellezas de su alma, para siempre perdidas, sumergidas en el fondo del pecado! ¡Todo un mundo magnífico desaparecido!

Ya indiqué, amado joven, que el pecado de impureza viene a ser un verdadero atentado contra los planes del Creador. Es grave desatino. El que se deja dominar por este pecado pisotea con aire de reto las leyes de la Naturaleza. Y ello no puede hacerse impunemente. La transgresión de estas leyes nos causa detrimento.

Este hecho se demuestra de un modo espantoso por las consecuencias físicas que van anejas a la mala vida. Verdad es que todos los pecados producen un rasguño en la dignidad humana, pero este pecado puede arruinar la misma salud del cuerpo. He ahí un pecado que tiene ya su sanción acá abajo, en la tierra, y esta sanción es horrorosa. El Código penal de los diversos Estados no la tiene para este pecado; pero la Naturaleza es más severa que todos los jueces de la tierra. Por esto, los hombres de época diluviana hubieron de sufrir la inundación de las aguas; por esto, los habitantes de Sodoma fueron consumidos por el fuego, y por esto, una infinidad de hombres modernos han de padecer un castigo más duro que el fuego y que el agua: el agotamiento prematuro.

9. Castigo físico

Quien se atreve a perturbar los planes de Dios, reduciéndolos a mercancías de placer, ha de pagarlo caro. Ahora tú confías en tus fuerzas jóvenes. Ahora vas bebiendo ciegamente la copa del placer, y ni siquiera se te ocurre pensar que pronto, acaso dentro de unos meses, ya la habrás vaciado: te quedarán solamente las heces amargas, asquerosas. ¿Crees que no hay cosa capaz de dañarte? ¿Crees que puedes hacer impunemente estos grandes derroches? ¡Ay! ¡Con qué espanto mirarás cuando, más tarde, la naturaleza te presente las cuentas para el pago!

Cuanto más fino, más perfecto y más complicado es un organismo, tanto más necesita la Naturaleza para formarlo; el cuerpo humano, organismo admirablemente fino, necesita más de veinte años para desarrollarse por completo. Durante tantos lustros va trabajando la Naturaleza en silencio, de día y de noche, en esa obra maravillosa; y es de suma importancia que el sistema destinado a la conservación de la especie humana se desarrolle en silencio, sin estorbos.

Si hubiera un muchacho que se cortara cada semana un trocito de sus pulmones, ¿adónde llegaría a parar dentro de uno o dos años? Considera, pues, amado joven, qué influencia ha de ejercer la excitación sexual sobre el organismo en pleno desarrollo, que pide en esta edad la mayor tranquilidad y un descanso virginal; y qué ruinas ha de producir el malbaratar a los catorce, dieciséis, dieciocho años, esas fuerzas jóvenes que la naturaleza ha de atesorar para los veinticuatro, veintiséis, veintiocho años de edad, es decir, para el tiempo del matrimonio.

Medítalo bien: los elementos que desperdicia una vida sexual desordenada son necesarios para alimentar la médula espinal y los nervios. Medítalo bien: la excitación vehemente producida por el pecado en el organismo del muchacho y el estado espasmódico en que se encuentra el sistema nervioso en el momento de pecar son argumentos de perniciosas influencias.

Medítalo y comprenderás por qué hoy día vemos con harta frecuencia jóvenes distraídos, cuya mirada ha perdido la viveza, la frescura y la amable manifestación de la pureza interior, en cuyo rostro se ve ya marchita la rosa de la juventud, cuando apenas se dibujan en él los rasgos de la madurez; cuyos músculos están relajados, cuya voz ha perdido el timbre, cuyos ojos aparecen hundidos y cercados en un color oscuro...; jóvenes pálidos como la cera, con la punta de la nariz brillante y entre sudada; jóvenes que siempre están cansados, por mucho que duerman; que sufren de continuas jaquecas e insomnio; amenazados con la perturbación total de su sistema nervioso, con la locura. No tienen ninguna enfermedad; no obstante, su cara es lívida, de color amarillento sucio...; su mirada es vacía.

Llevan en sí el terrible castigo público de su vida inmoral. *«Es ist Gerechtigkeit auf Erdens, dass Geister Gesichter werden»* «Hay una justicia en la tierra: el espíritu revelase en el rostro». La frase es de Goethe, y nunca se realiza tanto como en la fuerza corruptora de los actos libidinosos.

Nada predispone tanto el organismo a la consunción como el pecado. A manera de sanguijuela insaciable, va chupando el buen humor, hace desaparecer del rostro las rosas de la juventud, apaga el fuego vivo en los ojos.

Según las recientes observaciones de la Medicina, el estado del alma influye mucho en el del cuerpo. Un nuevo método, la psicoterapia, intenta la curación del organismo enfermo, fundándose, justamente, en este principio. Pues bien: a la vista está que la continua depresión de espíritu que experimentan esos desgraciados jóvenes dejar sentir sus efectos también en el sistema nervioso.

La tensión continua de los nervios y el despilfarro de la fuerza vital durante años no pueden menos de acarrear tan graves consecuencias. Durante cierto tiempo, el organismo procura todavía

compensar las pérdidas; pero esta compensación no puede hacerse sino en detrimento de todo el organismo.

Ninguna actividad del organismo influye tanto en el sistema nervioso como la labor de los órganos sexuales.

10. ¿Qué es la hormona?

El organismo humano está lleno de glándulas. Estas son pequeños órganos que producen una secreción, la cual puede salir fuera del organismo o quedarse en él para servir a la economía del mismo. De ahí la división de las glándulas en exteriores e interiores. De secreción exterior son, por ejemplo, las glándulas lagrimales, las salivares, las sudoríparas, porque la secreción sale fuera del organismo. Hay, en cambio, otras glándulas cuya secreción (técnicamente, la hormona) se queda dentro del organismo, penetra en la circulación de la sangre y hace el trabajo magnífico y misterioso del desarrollo y la conservación del organismo. Son las glándulas de secreción interna.

De éstas las hay que empiezan su actividad ya en una edad muy tierna, como, por ejemplo, la glándula *timo*, cuya hormona sirve para la formación y crecimiento de los huesos; esta glándula va atrofiándose a medida que se acerca el término del desarrollo corporal. En cambio, las hay también que no empiezan a producir la hormona hasta más tarde, a los doce o trece años de edad, y van aumentando poco a poco, gradualmente, la cantidad de la producción. A éstas pertenecen las glándulas sexuales. Su actividad se deja sentir en el *timo*, que estorban y hasta atrofian, de suerte que el timo va muriendo según aumenta el desarrollo del cuerpo.

Pues bien: para el desarrollo armónico es necesario que haya magnífico equilibrio entre los productos de hormonas segregados por las glándulas internas (correlación de hormona), y que este equilibrio no sea turbado por actos desordenados, porque ello podría acarrear consecuencias muy tristes.

La actividad prematura de las glándulas sexuales puede ocasionar graves disturbios en la correlación de hormona, por cuanto atrofia demasiado aprisa la glándula *timo*. Y es de advertir que el *timo* es importante, porque sirve para alargar los huesos de las extremidades; por tanto, ayuda al crecimiento del cuerpo en general, y además favorece el desarrollo de todas las células, es decir, contribuye a la formación del calcio en los huesos, por lo cual influye en el robustecimiento de todo el sistema óseo.

En el joven que lleva una vida de pureza, las glándulas sexuales entran en actividad lentamente, después, de desarrollarse gradualmente durante varios años, y la hormona producida por ellas hace cesar también despacio, gradualmente, la actividad del *timo*; éste es el camino sano, normal, del desarrollo corporal. En cambio, en el joven que lleva una vida depravada, la actividad violenta, excesiva, de las glándulas sexuales acarrea la atrofia prematura y rápida del *timo*, y la falta de equilibrio que de ahí resulta puede tener consecuencias muy graves para todo el cuerpo.

Nuestro cuerpo es un «sistema de fuerzas cerrado»; y por este motivo, si en alguna actividad gastamos más energías, no podemos compensar este plus con algo de fuera, sino que hemos de sacarlo de otra parte del organismo. Cada *plus* significa, al par, un *minus* en otro punto. Pues bien: la gran tensión ilícita de los órganos sexuales causa un *minus* espantoso en otros terrenos: se disminuyen en gran medida la salud, la buena memoria, la capacidad intelectiva, la alegría de la vida.

La continua excitación sexual socava el organismo joven, disminuye su fuerza de resistencia, estorba el trabajo de los órganos de digestión, de respiración, de circulación de la sangre. El joven se vuelve pálido y anémico, porque quita fuerzas a su propia sangre, y adquiere una predisposición espantosa para la tuberculosis, enfermedad que por sí misma hace ya tantas víctimas. Hay joven que acorta su vida muchos años, y lo que le queda por vivir sea acaso también miseria, porque la naturaleza, ultrajada y profanada, se venga en él. ¡Cuán triste es el arco iris cuando pierde definitivamente sus colores!

Miro los ojos de uno de esos jóvenes desgraciados. ¡Dios mío! ¡Esos ojos hundidos son todavía ojos de niño! ¡Esos rasgos del rostro en contorsión son todavía rasgos de muchacho! ¡Ese joven no ha vivido aún el tiempo necesario para que las facciones de su

cara adquieran la reciedumbre de la virilidad! «¡Tan niño y tan pecador!», exclama San Agustín. *«Tantillus puer, et tantus peccator!»* ¿Tan fácil es trocarse la promesa primaveral en languidez de otoño?

¡Amado joven! Al pactar por primera vez con el diablo, ¿pensaste que él te exigiría la contribución con una puntualidad inexorable? ¿Qué habrías de darle, como pago de sus favores, tu sangre, tu fuerza, tus ojos puros, tus nervios, tu alma?

Pero ¿qué es esto? ¿Qué es lo que ha caído ahora sobre mi papel? En mi escritorio hay una maceta, y al escribir estas líneas ha caído delante de mí un pétalo. Me detengo un momento en mi trabajo. Miro la flor. ¿Por qué ha caído este pétalo? ¡Ah!, ya comprendo: estaba marchito, ya no servía de adorno a la flor..., y ésta lo ha expulsado. ¡Pobre pétalo! ¡Y tú, pobre capullo humano, que has empezado a secarte antes de llegar a plena floración! La vida te echa de sí porque no le sirves de adorno...

Amado joven, pesa ahora con serenidad tu vida. Pon en un platillo de la balanza aquel placer momentáneo que el pecado de la lujuria te puede brindar, y en el otro platillo pon todo aquello que habrás de pagar por este goce efímero: la tranquilidad del alma perdida, los años malgastados, las esperanzas tronchadas, el carácter roto.

Haz un balance: qué es lo que «gozas» en el pecado y qué es lo que has de «dar» a trueque del placer.

Y no hemos llegado al final del terrible castigo. Todavía no estamos en lo más profundo del lodazal...

11. Podrirse vivo

Las relaciones ilícitas con mujeres de mala vida pueden causar enfermedades especiales. Tiembla la pluma en mi mano al escribir estas cosas, porque forzoso me será poner al descubierto la terrible tragedia de un sinnúmero de jóvenes; tragedia que hasta ahora quizá no hayas oído mencionar, pero que yo te he de mostrar para que veas a qué extremos puede llevarte un solo pecado de sensualidad, para que un día no hayas de maldecir, como millares tuvieron que hacerlo, el momento fatal de lograr el placer por vía ilícita, en el antro del vicio, con mujeres desgraciadas, con hijas de perdición.

Has de saber, amado joven, que las relaciones sexuales con mujeres degradadas que se dedican a ese triste oficio pueden causarte de una sola vez enfermedades, cuyos estragos habrás de sufrir durante largos años, sin que te cures acaso en toda tu vida, y que, si llegas a fundar una familia, puedes transmitir a tu esposa y legar en maldita herencia a tus hijos, a tus nietos, a todos tus descendientes. Se verán ellos contagiados y maldecirán el recuerdo de su progenitor, que por los excesos de su juventud les dejó una herencia tan espantosa.

Fíjate en la extensión del mal. Según afirma la Medicina, el que peca con una de esas mujeres, casi con toda seguridad recibe de ella alguna enfermedad venérea. Hoy día, la sociedad empieza a buscar con verdadero pánico los medios de aislar estos males contagiosos; y ya ha habido quien ha lanzado la idea de examinar a todos los habitantes del país desde el punto de vista sanitario, y en caso de encontrase síntomas de tales enfermedades, señalar a los

enfermos con una marca en el cuerpo, marca que advierta a los hombres honrados el peligro que hay en tratar con aquellos desgraciados.

Hay tres clases de enfermedad venérea. Y una sola de ellas, la sífilis[22], hace más víctimas que la peste, el cólera y la malaria juntos. Y, sin embargo, ¡con qué espanto pensamos en la peste, en el cólera!

Las estadísticas de las Sociedades de seguros de vida son terribles. Según ellas, el sifilítico, a pesar de todas las curas que haga, verá abreviada su vida unos diez años.

En el tercer grado de sífilis, el cuerpo del enfermo se cubre de llagas, entra la fiebre, se siente en los huesos un dolor agudo, los músculos se sienten también atormentados, una jaqueca enloquecedora no deja momento de reposo; se notan síntomas de enfermedad en la piel, en los párpados, en los intestinos; el organismo parece agotado; el paciente no puede conciliar el sueño, a pesar de sentir siempre ganas de dormir.

Las enfermedades más variadas van jugando realmente con la víctima, y ésta no sabe ofrecerles la menor resistencia. Cuando el mal llega al período de su máximo desarrollo, el paladar se agujerea, a consecuencia de las llagas; muchas veces se pudre el hueso nasal, y el rostro del enfermo queda completamente desfigurado. Se parece a un espectro. Los huesos se vuelven muy frágiles.

Hay grave peligro de contraer la enfermedad de las arterias, en cuya consecuencia el enfermo sufre calambres cardíacos. Si la enfermedad se ahínca en la arteria aorta —la que sale del ventrículo izquierdo—, entonces la arteria no resiste la presión de la sangre, se va dilatando y llega a romperse. El pobre enfermo todo lo prueba, quisiera sanar.

Muchas veces parece que realmente se ha restablecido por completo. El mismo médico lo cree. Pero un día —después de varios años— cuando acaso ya no piensa el enfermo en su antigua dolencia, ésta estalla con fuerza irresistible. Los bacilos ocultos en el organismo han cobrado nuevo vigor. Entra la extenuación de la

---

[22] Recordamos que el autor escribe a inicios del 1900 cuando la ciencia no había aún avanzado tanto. Lo mismo que el autor dice de la sífilis podríamos aplicarlo hoy día, *mutatis mutandi*, al sida (HIV). (*N. del Ed.*).

espina dorsal (*tabes*), la idiotez, la parálisis, la ceguera. Tratándose de esta enfermedad, difícilmente se podrá hablar de una curación completa y segura. Aquel desdichado que en sus años juveniles era motivo de esperanzas las más risueñas, acaba hecho una miseria, siendo un peso terrible para la familia y para la humanidad.

No quiero hablar de los dolores atroces que causa la tabes, ni del presentimiento que obsesiona al enfermo —al progresar de día en día la parálisis y la debilidad mental—, el presentimiento de acabar en un manicomio. Ojalá todos los jóvenes, al lanzarse por vez primera a «conseguir el placer vedado», tuviesen muy presente en su memoria esa terrible tragedia. Por unos momentos de «placer», acaso una medula extenuada y el manicomio... No es realmente un negocio ventajoso.

Y no vayas a creerte, joven amigo, que yo exagero, que yo quiero espantarte. No me digas que si estas enfermedades fuesen realmente tan peligrosas, no se hablaría de otra cosa y continuamente oiríamos: éste y aquél, y aquel otro también, murieron de enfermedad venérea. Es muy natural que el que padece alguna de estas enfermedades quiera ocultarlo a los demás. Añade a esto que muchas veces la enfermedad se resuelve en otra, de nombre muy distinto; solamente los médicos son testigos de la terrible tragedia que se desarrolla entre los hombres; únicamente ellos podrían decírnoslo en cuántos casos la sífilis fue justamente la causa verdadera de una enfermedad del pulmón, del hígado, de las arterias, del cerebro, de los huesos.

«En el apogeo de su actividad, a los cuarenta y cinco años de edad, después de largo y doloroso sufrimiento, se durmió en el Señor...». La familia ni llorar sabe ya de tanto padecer. En el entierro, una asociación tras otra se despide del alto empleado que ha acabado sus días prematuramente y tiene por sepulturero el terrible microbio llamado *spirochaeta pallida*. Lo cogen los jóvenes que no saben dominarse. Se creen que porque no se ve por fuera no existe.

Pero a medida que van desarrollándose, aunque gocen al parecer de salud perfecta, también se desarrollan clandestinamente en ellos esas bacterias. Necesitan ellas quince años justos para llegar al pleno desarrollo; y así, cuando el joven que dio un paso en falso llega a la virilidad, cuando a los cuarenta o cuarenta y cinco años alcanza el grado máximo de la actividad humana, a pesar de las

mejillas bermejas y los músculos robustos, va derecho hacia la tumba. La bacteria ha alcanzado su virulencia y pone fin repentinamente a todo el florecer del hombre. En el cénit de la vida, en medio del tiempo más propicio para crear, después de grandes sufrimientos, ha de bajar a la tumba el que no prestó oído atento a las palabras de la Sagrada Escritura: «No fornicarás»[23].

Examina con detención el gráfico que pongo a continuación. Es un cuadro estadístico compuesto según los datos de la *Deutsche Gesellschaft zur Bekämpfung der Geschlechtskrankheiten* —Sociedad alemana para combatir las enfermedades venéreas—, la cual tiene su sede en Berlín. Verás en él con toda claridad que los que padecieron de sífilis (aunque hayan llegado a curarse) mueren de otras enfermedades en número mucho mayor que los que nunca tuvieron enfermedad venérea. Si tomamos el número ciento como unidad para indicar los casos de muerte de los no sifilíticos (y lo señalamos con la línea de trazo perpendicular), puedes ver que, excepción hecha de la tuberculosis y las enfermedades de los órganos respiratorios, en todas las demás, los sifilíticos mueren en proporción que supera dicha unidad, sobre todo cuando se trata de parálisis, consunción dorsal y aneurisma.

MUERTE DE SIFILÍTICOS, SEGÚN LAS DIVERSAS ENFERMEDADES

		Mortalidad de los asegurados, 100
		Tuberculosis, 48
		Enfermedades de los órganos respiratorios, 99
		Enfermedades contagiosas, 110
		Enfermedades de los riñones, 164
		Enfermedades del estómago y los intestinos, 184
		Enfermedades de los órganos de la circulación, 216

[23] Walter: *Napsugarak* (Rayos de Sol). 1931, t. III, p. 41.

Suicid
Apopl
Enfermedad fuera de la p
Id
Co
A

Los antiguos mitos griegos hablan de un monstruo, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, que el rey Minos había encerrado en el laberinto de la isla de Creta. A este monstruo se le daban semanalmente, por alimento, siente jóvenes y siete muchachas de Atenas. Es un mito. Mas todos los destrozos de ese monstruo mitológico son cosa baladí si se comparan con la devastación maldita que causa el pecado de impureza. En las siniestras fauces de la perdición espiritual y corporal son precipitados aun hoy día incontables jóvenes.

Un antiguo médico francés, uno de los que mejor conocían las enfermedades venéreas, dijo: «El que no teme a Dios, tema a la sífilis. Sólo aquellos que han experimentado las miserias que la sífilis lleva anejas podrían ponderar la gravedad de esta plaga; y aún más podrían hacerlo los médicos, que ven en sus numerosos variantes y en centenares de enfermos el desenlace terrible, desolador, de la misma».

«Tenemos noticias de casos en que la sífilis de nacimiento estuvo oculta durante treinta o cuarenta años, sin dar un solo indicio, y después se manifestó como consunción dorsal (tabes) y como idiotez sifilítica, llamada ordinariamente parálisis».

¡Cómo se realiza en estos casos lo expresado por el verso alemán!:

Lust und Freude sterben jung und bald:

Der Kummer wird hundert Jahre alt.

«El placer y la alegría mueren pronto y aprisa; el dolor dura cien años».

Conoces el nombre de Leonardo da Vinci, uno de los mejores pintores. Has visto una copia de la más célebre de sus obras, *La última Cena*, pintada en la pared del refectorio de un convento de

Milán. Pero quizá no conoces el acontecimiento conmovedor que se relaciona con ese cuadro.

Pensaba el artista dónde podría encontrar un modelo adecuado para trazar el rostro sublime de Jesucristo, cuando descubrió con gran entusiasmo, entre los cantores de una iglesia, a un joven que llamaba la atención por su hermosura extraordinaria. Pietro Bandinelli —que así se llamaba el joven— se prestó gustoso a servir de modelo para el rostro del Salvador.

Pasaron meses, pasaron dos años.

Leonardo iba recorriendo calles, malhumorado, porque no encontraba modelo para pintar a Judas. Buscaba a alguien en cuyo rostro se revelase bien manifiesta toda la maldad de la que creemos capaz a Judas. Por fin encontró a un hombre, todavía joven, pero envejecido antes de tiempo; tras los rasgos duros de su cara se adivinaba un alma corrompida. Llamó a ese desconocido, le colocó delante del cuadro de *La última Cena*, y cuando iba a pintar el rostro de Judas, de repente salió un sollozo desesperado del corazón de su modelo.

El desconocido no era otro sino Pietro Bandinelli. ¡Se había entregado a una vida depravada, y en dos años escasos, el horroroso pecado desfiguró tanto su cara, que ya pudo servir para el rostro de Judas...! Y no era más que una consecuencia exterior, corporal. ¡Cómo debía de estar su alma!

¡Oh, si las tumbas silenciosas del cementerio pudiesen hablar un día! ¡Aquellas tumbas mudas, en que el pecado de impureza precipitó antes de tiempo tantas vidas jóvenes, de risueñas esperanzas!

Cierra ahora, hijo mío, el libro y medita con espíritu de oración las palabras de perenne validez de San Pablo: «Si alguno profanare el templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es»[24].

---

[24] 1Cor 3,17.

12. Responsabilidad tremenda

¡Y si por lo menos te perdieras tú solo! Pero puedes perder a otros. Así como basta un momento de placer prohibido para que una mala mujer te transmita la *spirochaeta pallida*, el bacilo de la terrible enfermedad, del mismo modo y con la misma facilidad tú puedes ser la causa de que se ciernan mil y mil peligros sobre tus deudos. Ellos, los inocentes, sin falta propia, pueden recibir de ti, pecador desgraciado, la contagiosa enfermedad.

Con tu mano infectada tocas el picaporte, o acaso estrechas la diestra de tu más íntimo amigo; tienes el lápiz en los labios, y después pasa a manos de otro; hay peligro de contagio. La máquina de cortar el pelo o la navaja de afeitar con que te arregla el barbero, la cuchara, el vaso, el cepillo de dientes, la toalla que usas..., son medios para comunicar a otros la enfermedad. Serás la amenaza continua de todos tus inocentes prójimos, de todos los que se encuentren contigo en la vida.

Un estudiante, muchacho de quince años, tuvo el paladar agujereado por la sífilis, tan horrorosamente, que había como un conducto entre la boca y las fosas nasales. Sin embargo, el pobre muchacho era bueno y puro. En verano había bebido en la misma botella que unos albañiles atacados del mal venéreo.

Por sentimiento de honor, habrás de rechazar a tu madre y gritarle desesperado: «¡Váyase, váyase, madre, no me bese; llevo en mi el infierno!». Pero tú, cuando partes de casa, tal vez para empe-

zar los estudios universitarios, besas hipócritamente a tu madre, y es posible que le transmitas con tu beso el bacilo contagioso de tu enfermedad. Y se aumenta el peligro por el hecho de que el enfermo, al principio, no nota su mal; no siente dolores; muchas veces sólo por casualidad descubre en sí mismo ciertas anormalidades.

¿Sientes la tremenda responsabilidad que pesa sobre ti? ¡Oh aquella primera noche, aquella noche miserable, maldita; aquella noche de pecado...!

13. Tus pobres hijos

¿Te atreverías a fundar una familia teniendo tal enfermedad? ¿No te daría vergüenza unirte para siempre con una joven inocente? ¿Una muchacha que en sus años de más pura ilusión pensaba con santo pudor en su futuro caballero, hombre de alma sin tacha; en su joven esposo, hombre de carácter? Tú, ruina y desecho de la naturaleza; tú, pábulo del infierno, ¿te atreverías a ligar para siempre, con los lazos matrimoniales, a esa muchacha inocente y contaminarla para toda su vida, cuando ella, por su pureza, merece un joven digno, un joven también puro?

La vida ofrece casos espantosos. Hay muchachas bellas, puras, que a las pocas semanas de matrimonio se ven de repente contagiadas por esta enfermedad destructora, y durante años, durante decenios, van arrastrando una vida de dolor y de sufrimientos. ¡Así pasan sus mejores años!, por la enfermedad que recibieron de su esposo pecador.

¡Y llegarán los hijos! ¡Pobres, inocentes criaturitas! ¡Más les valdría no haber nacido! A los tres o cuatro meses de edad ya se ven en ellos los indicios de la funesta herencia; y al cabo de medio año mueren la mayoría de ellos. O si viven se manifestarían en ellos las consecuencias de la enfermedad entre los diez y veinte años de edad; crecen débiles, raquíticos; padecen enfermedades de la vista..., y también ellos transmitirán su luctuosa herencia a los hijos. ¡Joven lector, tu vida miserable irá estrangulando con la maldición de la sangre a tus inocentes nietos!

Una de las enfermedades venéreas, la gonorrea, además de causar otros daños terribles, quita a muchos hombres uno de los

mayores tesoros: el de la vista. Si su bacilo, el *gonococo*, llega al ojo, causa una fuerte inflamación, y después priva al enfermo de la vista (*blennorrhea neonatorum*). En el Instituto de Ciegos de Munich, el 73,8 por 100 de los ciegos eran víctima de una inflamación de gonorrea.

Conozco a una familia en la que el primer hijo perdió la vista poco tiempo después de nacer. También el segundo la perdió pronto. Y el tercero también. Los padres, desconsolados, no sabían cuál podía ser la causa. Entonces se le ocurrió al padre, que ya había olvidado por completo sus pecados juveniles, que también él padeció de gonorrea. El desgraciado se volvía loco al pensar que sus pecados de la juventud podían ser la causa de que sus tres desgraciados hijos no pudiesen ver la luz del sol.

Muchas veces he visitado el Instituto del Archiduque José, el Instituto de Ciegos de Budapest; y todas las veces que me paseé entre los doscientos niños ciegos que con los ojos apagados van buscando a tientas su camino, me estremecí. ¡Dios mío! Gran parte de estos pobres niños no serían ciegos si sus padres hubiesen llevado en su juventud una vida pura.

Un temible ejército de desequilibrados, de niños idiotas, de tullidos, da testimonio del pecado, es argumento de los estragos que causa la inmoralidad en los jóvenes que entran en los antros de perdición.

Y toda esta miseria, ese sinfín de desgracias familiares, esa ruina trágica de la felicidad del hogar, ¡acaso vienen de un solo contacto sexual pecaminoso!

Joven, ¿vale la pena de pagar a precio tan subido aquel momento fugaz de goce carnal? ¡Cuánta razón tenía el pagano Demóstenes, que a las palabras seductoras de una cortesana contestó de esta manera: *«Tanti poenitere non emo!»* «¡No, yo no quiero comprar por tan grande penitencia un momento de goce!».

Se realiza palabra por palabra aquello de que los hijos expían los pecados de los padres hasta la tercera o cuarta generación.

En cambio, el que no ha contaminado su sangre, el que antes del matrimonio no se denigró con una vida inmoral, deja a sus hijos una herencia más valiosa que si les legara una fortuna de millones. «Si mi hijo me mira con sus ojos brillantes —así me escribía un padre—, si mi corazón se llena de gozo al ver la fuerza

y la elasticidad de su cuerpo, si su humor y frescura infantiles se irradian hacia mí, entonces no me pesa de haber luchado durante años; entonces me doy cuenta de que no he trabajado tan sólo por mi propio provecho, sino que hice algo también por la generación futura, algo por lo cual valía la pena de fatigarse y sudar».

14. Esperanzas tronchadas

Una mañana contemplaba yo, sorprendido, las aguas del Tisza[25]: corrían por su cauce las sucias, llenas de basura. «¿De dónde tanta inmundicia? —me pregunté—. Hace días que no ha llovido por aquí, ni en todo el condado».

Al día siguiente leí en el periódico que, lejos de nosotros, cerca de las fuentes del Tisza, había caído un terrible aguacero, y que el río iba arrastrando aquel limo y aquel fango, que había recibido allá lejos, «en su juventud», allá donde no es más que riachuelo, arroyuelo débil. De nada le servía que, en pleno curso, cerca de su desembocadura, no se hubiera añadido más fango a sus aguas. No se había purificado, ¡a pesar de que sus afluentes eran puros!

¡Querido joven! Es un símbolo de la vida... enturbiada de la juventud; es una maldición que seguirá pesando sobre el hombre maduro. Te ruego que no olvides este principio: mucho más fácil es conservarse puro que devolver la blancura a la vida una vez manchada.

A medida que las primeras ediciones de este libro iban corriendo, en manos de los estudiantes, por todo el país, el correo me traía cartas y más cartas de los jóvenes lectores. Al leer algunas de esas cartas, muchas veces me caía el papel de las manos y no

[25] El Tisza, es uno de los principales ríos de Europa central, y el mayor de los afluentes del Danubio. Nace en Ucrania, atraviesa Hungría y termina en desembocando en el Danubio en Serbia. Tiene una longitud de 1.358 km. (*N. del Ed.*).

tenía fuerzas sino para levantar la mirada hacia el Crucifijo que tenía delante de mí, en el escritorio:

«Señor mío, Jesucristo, ayuda a estas pobres almas que se debaten».

¡Cuánta miseria! ¡Cuántas luchas! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántas esperanzas tronchadas! ¡Y que son tantos los que lloran por el primer desvío! Lloran por aquellos primeros meses, en que conocieron el pecado y no tuvieron cerca de sí a nadie que los detuviese en la pendiente. Y dicen acongojados: «¡Oh! Yo miro ahora con los ojos arrasados de lágrimas al que yo pudiera ser!».

Copio a continuación algunas de estas cartas, sin cambiar una tilde. Tan sólo omito la firma. Aprende de ellas, hijo mío. Saca las consecuencias, para que tú nunca, nunca, tengas que escribir de esta manera.

Reverendo Padre:

No sé por dónde empezar. Una fuerza irresistible me empuja a escribir. Reverendo Padre, escúcheme. Acaso sea un poco largo lo que tengo que decirle; pero si usted me escucha, devolverá la felicidad y la esperanza a un alma quebrantada.

He sido la esperanza de mi madre, viuda. Al abandonar, hace dos años, el hogar paterno, ella me besó y suplicó a Dios que me tomara bajo su amparo. Y Dios me ayudó de veras. Todas mis calificaciones eran de sobresaliente. Pero las del último semestre... —¡Dios mío!—, suspenso en tres asignaturas. Y todo ello, ¿por qué? Porque se apoderó de mí un pecado o una maldición, o qué sé yo qué; triste es su nombre. Fui un esclavo. Subyugó mis fuerzas, me dominaba por completo. En las vacaciones de Navidad ví en casa de un amigo —Dios le bendiga por ello— el libro de usted, intitulado Energía y Pureza. Lo leí, Padre. ¿Cómo decirle lo que sentí? Mi alma hervía, y gracias a este libro hice un voto solemne. Aquel grupo de jóvenes, puros como el lirio, acaso me reciba también a mí, el descarriado. Y fui bastante fuerte para cumplir el voto; ya estamos en abril y no he reincidido. Me sostengo desde que cayó en mis manos un libro de usted. Lo tengo también hoy.

Aquí llevamos una vida triste. Muchos son los muchachos que quieren penetrar con su mirada en los más íntimos arcanos de la Naturaleza. Padre, ya somos varios los que hemos leído su libro e hicimos el voto solemne: ¡no, no, nunca!

Padre, escríbame usted. Mi carta es agitada, pero agitado es también el estado de mi alma. Escríbame usted, me bastan dos palabras. Dará la felicidad a un alma.

Lee también estas líneas conmovedoras, que me escribió un antiguo discípulo —sobresaliente siempre—, que había echado al olvido mis palabras.

Amado Padre:

Fuera silba el viento, bailando locamente por las ramas desnudas de los tristes álamos. Dentro, chisporrotea el fuego, ora llorando, ora riendo; y yo me entrego a la contemplación del pasado, le escudriño con ojos encendidos de fiebre... Busco la pura serenidad del pasado, busco el antiguo y vigoroso timbre de mi voz, busco la imagen de amigos sonrientes, busco el principio de la vida, lleno de flores.

¡Cuán lejos está todo! Desde entonces acá turbaron el azul puro de la vida manchas sucias, grises; el rostro se me puso pálido y enrojeció antes de tiempo; se quebró la campanilla de oro de mi voz, y, ¡ay!, la flor blanca de la primavera yace en el fango...

¡Me gusta tanto salir de cuando en cuando de este ambiente extraño, que me oprime con sus brazos fríos, y pasearme por las praderas del pasado, sembradas de flores! Como si fuese ayer... Y, sin embargo, cuan viejo me siento, cuan terriblemente viejo, con no tener más que veintidós años...

Del cajón en que guardo las cartas se escapa el perfume de tiempos lejanos, que jamás volverán. Como los trocitos policromos del caleidoscopio, se me presentan con una rapidez fantástica planes, objetivos, piedras con que construir el edificio del porvenir... ¡Es el puro pasado! Pasó por el tierno sembrado el soplo vehemente del aquilón, y lo arrancó de cuajo.

Encontré una carta de usted, Padre. Ella me pone la pluma en la mano. No he podido resistir el deseo de escribirle algo de mi infinita miseria. ¡Ojalá lo hubiese hecho antes! Pero no, no me atrevía a extender delante de otro la ropa sucia de mi alma. Y, sin embargo, lo sabía, estaba convencido de que usted, Padre, me enseñaría con amor el camino que lleva a una vida nueva. Pero ya no tenía fuerzas. Evitaba cada vez más el trato con los hombres, huía del aire de la luz.

Me pasaba lo que a aquel que ve una hermosa planta en el pantano y desea tomarla, y al extender la mano siente que el suelo se abre debajo de sus

pies, y cuanto más se esfuerza por salir, tanto más lo sujetan los garfios pegajosos.

¡Oh, si alguien me hubiese agarrado con mano firme y me hubiese llevado a la piscina de Siloé! Pero no, no hubo nadie. Estaba solo en la vida. He de confesar que tampoco pedía ayuda a nadie, por un orgullo necio; quería librarme por mis propias fuerzas. Quería... ¡Ah, cuántas veces lo he querido! El humo del sacrificio, el incienso de mi voluntad, no subía al cielo. Siempre hubo algún obstáculo que lo abatía hasta el fango.

Con la confianza de antiguo discípulo, me dirijo a usted, amado Padre, para pedirle consejo. No le pido más que unas líneas; pero éstas, lo creo firmemente, me darán nuevas energías, serán para mí como el sorbo de agua fresca para el sediento peregrino.

Ahí va una tercera carta.

Distinguido y amado Maestro:

Dispénseme que, sin conocerle, me tome la libertad de dirigirme a usted con tanta confianza, cuando sólo me sería lícito hablarle con el mayor respeto; pero sus palabras, cálidas y de profundo significado, aun estampadas con letras de imprenta, tienen una fuerza celestial, y me animan a prescindir de los formulismos rígidos, y escribirle con el corazón en la mano. Al leer su precioso libro, me pareció sentir en cada una de sus letras la irradiación de un amor cálido, amor de Cristo, y se apoderó de mí un arrepentimiento profundo y sincero.

Ha de saber que también yo, por desgracia, empecé a resbalar por aquella pendiente fatal; mejor dicho, no resbalaba, sino que estaba en el primer peldaño años y más años..., y en vano hacía propósitos: "Dios me es testigo, no volveré a hacerlo"; pero reincidía una vez y otra vez, aunque me daba cuenta cabal de que corría hacia la perdición. Habría necesitado una mano fuerte que me librara de estos referidos tropiezos. Pero hasta que tuve en las manos su precioso libro no encontré mi guía espiritual. Después de leerlo, sentí los pinchazos de un fuerte remordimiento; lo siento todavía que me dice: "Ya lo ves: tú mismo eres la causa de tu fin prematuro. ¿Te acuerdas?, ¡cuántas y cuán hermosas esperanzas acariciabas en tu corazón! Mira: tus compañeros son robustos, desarrollados; tú eres enfermizo, enclenque...".

Bien lo merezco.

Otra:

Grito del fondo del abismo, para que, si no es tarde todavía, me libre usted, Padre. No ha mucho, quizá una hora, cometí nuevamente aquel pecado de que soy esclavo hace ya tres años, y me parece que es terrible. Como si algo se hubiese roto en mí. Algo se ha roto otra vez en mi alma. Como si ella se hubiese aniquilado. Siento que ya no resistiré por mucho tiempo esa vaciedad que me atormenta. No puedo soportar ya por mucho tiempo este peso que me aplasta con fuerza irresistible. Mejor sería encontrarme ya allí fuera, en el cementerio; allá abajo, en el seno de la tierra, donde pudiese pudrirse mi cuerpo tirano.

Reverendo Padre, permítame que le descubra con sinceridad, sin ocultar nada, toda la suciedad de mi alma, todas sus sombras. Aunque me parece sentir que ya todo es en vano, que ya es tarde, no obstante, un instinto inexplicable me empuja, me instiga a hacer una última tentativa, a buscar refugio cerca de alguien, a acudir a usted pidiéndole ayuda.

Recordé algo que había visto hacer a un compañero de juego a la edad de nueve o diez años; lo probé una vez y después lo repetí mil veces. ¡Oh, si a la sazón, después de cometer el pecado, me hubiese llamado alguien la atención y me hubiese detenido con mano vigorosa, no oiría yo ahora continuamente, como fallo inapelable: "No hay alegría en tu pasado, no hay esperanza en tu porvenir...", "Ya es tarde", "se acabó todo..." no agobiarían mi alma los recuerdos puros de tiempos pasados! ¡Cuánto daría por empezar de nuevo la vida! ¡Vivir de nuevo pura y felizmente!

¡Cuántas veces pasa por mi alma el loco pensamiento de que esta vida fea no es más que sueño, y que cuando me despierte seré de nuevo el joven antiguo, puro, feliz! Pero el despertar es amargo, muy triste. Desde la primera caída he ido bajando, bajando siempre por la pendiente. Al principio, mi conciencia lloraba, sollozaba; pero se ve que el placer es un buen narcótico, y así la voz de mi pobre alma se ha hecho cada vez más débil y más señor el cuerpo. No hubo quien oyese mi sollozar terrible, mudo; no hubo quien me detuviese en la pendiente; no hubo nadie, ya que no me atreví a hablar con mis padres, y con los otros no tenía confianza. Además, me daba vergüenza mi pecado.

Me encuentro como embotado, nervioso. No sé estudiar, no hay nada que me interese. Mi alma está a oscuras, como apagada, se cansó de tanto vivir..., está vacía, muy vacía. No hay salvación. Si con un esfuerzo de mi voluntad me contengo durante una o dos semanas, después he de caer, porque la vida me parece demasiado árida. No sé alegrarme ya ni siquiera del triunfo; mi alma está vacía, muy vacía. El placer ha matado mi alma.

No sé ni siquiera creer. No veo más salida que la muerte; pero ahora ni me siento con fuerzas para suicidarme. Soy un muerto que anda. Mi capacidad intelectual se ha embotado. No sé estudiar. Me ha matado el pecado que más odié y aborrecí en la niñez. Siento que este camino me lleva a la muerte. Me encuentro en completa bancarrota del alma y del cuerpo.

Le suplico, Reverendo Señor, que, si a usted le parece que todavía puede ayudarme, me saque del abismo, tenga piedad de mí.

Otras:

No encuentro palabras para expresar lo que he sentido al leer el libro de usted Energía y Pureza, y al meditar lo que hay escrito en sus páginas. Aún más: he tenido la osadía de acercarme al escritorio de usted, y presentarme con esta carta agitada. ¡Oh! ¿Cómo voy a hablar? Me vuelvo loco. Su amable libro me obliga al arrepentimiento y a la conversión. Ya comprende usted, ¿verdad?, lo que quiero decir con esto... «¡Oh, cuántos muchachos gritaron ya en medio de sollozos y exhalaron su queja en noches oscuras, sin esperanza!: ¿Por qué no me llamó nadie la atención a su debido tiempo sobre las consecuencias terribles del pecado...?» ¡Oh, cuánta razón tiene! También yo sufro. Gimo bajo el yugo de esa maldita costumbre en que me inició un hombre miserable.

¡Ah!, Padre, aconseje usted a un pobre muchacho que ya hace tiempo andaba en busca del camino de la salvación y lo encontró en su libro!

Me da vergüenza. Yo, que antes estudiaba bien, que antes trabajaba, ahora soy capaz de dejarlo todo por un momento de placer... Pero donde manda la pasión, allí se calla la razón, ¿no es cierto?

Esperando grata respuesta, se despide de usted un estudiante desgraciado de segunda enseñanza.

***

Reverendo Señor de toda mi consideración:

Por la gracia de Dios, hoy amaneció para mí un día de alegría, y no sé perpetuar mejor el recuerdo de este día, extraordinariamente feliz, que expresando a usted, Reverendo Padre, mis más sentidas gracias por sus fatigas. Porque «el mayor galardón de mis fatigas —como escribió usted en la Introducción de sus obras de juventud— será el que, mediante estas líneas, haya podido encaminar a un solo joven y haya prestado fuerzas a una sola alma para que permanezca, durante su desarrollo, en el sendero recto». Esto puede aplicarse a mí; y por esto soy tan feliz; porque también yo puedo ofrecerle una

palma por sus fatigas, porque en mí se realizó su deseo; si antes no lo ha tenido, ahora ya tiene un hijo espiritual, encaminado hacia un ideal noble, un hijo que en su desarrollo va pisando el sendero recto.

Mis padres me dieron una educación religiosa, y yo procure seguir sus orientaciones y aun darles incremento. Hice los estudios de segunda enseñanza en la escuela X... hasta el quinto curso. En este tiempo sufrí un cambio profundo. Compañeros perversos hablaban y hacían delante de mí, sin que yo pudiera evitarlo, cosas indecentes, y se mofaban porque yo me ruborizaba. Yo no me preocupaba de ellos. Pero un día me di cuenta —y no sabría decir cómo— de haber cometido algo malo. Me puse nervioso y me sentí cansado... Lo recuerdo aún muchísimas veces, lo recuerdo llorando. Nadie me dijo: No lo hagas. Sin embargo, la conciencia, siempre despierta, me lo revelaba. A la sazón no lo veía claro. Y seguí repitiendo aquello. ¿Cuántas veces y hasta cuándo?

Ahora me da vergüenza. ¡No pensaba entonces que "Dios me ve"! ¡Oh Dios mío!, yo no sabía lo que hacía, sólo lo sospechaba vagamente. ¡Pobres padres! A vosotros no os lo dije, para no entristeceros, para que no supierais que me había profanado a mí mismo.

Muchas veces sentí deseos de descubrirme a alguien. Pero ¿a quién? Me daba vergüenza. Además, no me daba cuenta cabal de lo que hacía. Ahora veo toda su trascendencia; y por esto mismo escribo temblando. ¿Cómo llegué a saberlo? Por el libro de usted.

Por esto es tan feliz para mí el día de hoy, porque he fallado sobre mí mismo.

¡Dios mío! Ahora me doy cuenta, Padre —no lo tome usted a mal— de que le he llamado con harta confianza. Perdóneme usted por ello; pero ¡me ha sido tan dulce poder mostrar mi alma con todo su revuelto oleaje a la bondadosa mirada de usted!

Ahora, Padre, pongo mis manos en las suyas...

Miro sus ojos... detenidamente..., con firmeza...; así... y le digo:

Me alisto en las filas del ejército blanco, blanco como el lirio. ¡Yo quiero tener el alma limpia!

Amado Padre espiritual:

Todavía resuenan en mi aposento los ecos de mis sollozos: todavía están húmedas de lágrimas las páginas de su libro, mi pluma aún no quiere obede-

cer a mis dedos, aún me falta aire, cuando intento trazar estas pobres líneas. Si las encuentra dignas, léalas..., ¡escúcheme usted!

¡Oh, Padre! ¿Cómo he de describirlo?... Hace cinco años hubo también en mi vida un momento maldito... Se rompió la cuerda de mi violín... Se quebró el roble de risueñas esperanzas... Empezaba en mi cielo la negra noche... ¡Oh, si por lo menos hubiese entrado en seguida la oscuridad!... Si todo se hubiese derrumbado por completo, acaso no habría sido tan amarga, tan espantosa mi vida... ¡Sentir nuevos desmoronamientos..., mirar cómo se va ennegreciendo mi cielo!...

Lo más triste es que yo sabía que aquello era pecado. Sabía que hay quien puede ayudarme, que Jesucristo extiende también hacia mí sus manos para socorrerme... Pero ¡ay! No sabía asirme a ellas. Y, sin embargo, no hubo un solo caso en que no procurase arrepentirme en seguida; en el primero ya dije: Este es el «último». Pero ¡ay!, no tenía fuerzas.

¡Oh Padre! ¡Padre espiritual! ¿Verdad que usted no me desprecia, si así se atreve a llamarle aquél, a quien usted echó un salvavidas, cuando ya parecía que iba a perecer irremisiblemente en el horroroso remolino?...

Se mitiga la quemazón de mi llaga, al pensar que ahora podré confesarme—aunque temblando—, porque ha de saber que antes no lo hacía.

Desde que caí en el horrible pecado de impureza, no pude ser sincero con nadie..., evitaba la compañía de los hombres honrados, no me sentía a gusto con ellos, no adelantaba ni poco ni mucho en los estudios; de nada estaba satisfecho, toda mi vida era una terrible lucha; si no la he roto, sino he puesto punto final, se debe acaso a que allá lejos, en la tierra bendita de Transilvania, una madre amorosa levanta muchas veces, acaso todos los días, sus manos benditas hacia Dios, implorándole bendiciones para su hijo, pidiéndole que le guíe por el camino recto... Gracias a Dios, no sospecha nada cuando le escribo la consabida frase: «Estoy bien...» ¡Qué terrible si lo sospechase! Se le rasgaría el corazón.

Me hice de los scouts, pensando que quizá así podría encontrar remedio; pero, ¡ay!, no, no me sentía a gusto entre las caras risueñas. No me atrevía a volver a la casa paterna, tan deseada... No me sentía bien en ninguna parte..., y ahora, hora, lejos del hogar, y aun de mi dulce patria, me postro ante Dios y canto acción de gracias a su santo nombre, por haberse servido de la mano y de la pluma de usted para salvarme a mí. Porque usted escribe: «Todavía es posible la vuelta..., todavía no es el fondo del pantano..., todavía puedo empezar una nueva vida», si quiero».

¡Oh Padre, no tengo fuerzas a no ser para poner mi mano temblorosa en la suya... Y mirarle con toda confianza a los ojos, y así suspirar: Con la ayuda de Dios yo... quiero..., quiero... entrar nuevamente, si es que aún soy digno, en las filas de los jóvenes honrados... Señor mío Jesucristo, ayúdame: Quiero ser puro».

No quiero ser prolijo. Sólo una carta más, la última. La escribió un joven a un amigo suyo. Cuando el pobre muchacho se debatía en el pecado, su amigo le aconsejó que viniera a verme, porque quizá habría aún remedio para su mal. He aquí la respuesta, que realmente causa pavor:

Querido amigo:

Sé que me has esperado, y yo fui a verte. No te enfades si te hice esperar, porque mi estado de ánimo no es normal: mis sentimientos y mis facultades se han embotado por completo.

No fui a verte porque he renunciado definitivamente a la enmienda, y dejo por completo los acontecimientos ulteriores a la ley natural de la muerte. Mis días pueden contarse ya con facilidad; no soy capaz de mejorarme, es absolutamente imposible. Comprendo que en la tierra esto es el principio de la condenación, porque he de estar preparado para la muerte, no sólo temporal, sino también eterna. Quisiera poderme arrepentir de mi pecado, pero no me siento con fuerzas para ello, no tengo fe. Durante dos meses fui por el calvario del sufrimiento, y no logré convertirme.

He aparentado un pequeño cambio en la vida espiritual, pero ello obedecía al temor. Ahora ya me tiene completamente sin cuidado el mundo, y espero la caída del telón. No te preocupes de mí.

Te saluda tu amigo, si es que me consideras aún como tal...

Al cabo de pocos meses murió ese muchacho.

15. Estudiantes suicidas

He ahí una vocación altísima... pisoteada en el fango; un águila creada para volar en las alturas... debatiéndose con las alas rotas en medio del pantano; todo un carácter... quebrantado; una vida joven... en ruinas.

He ahí: el que quiso acaso en su entusiasmo juvenil redimir el mundo, se revuelve ahora, atado con cadenas de esclavo, en una miseria irremediable. Aquel joven brioso, de grandes alientos, en cuya alma hervían planes para el porvenir, se doblega ahora cansado, agotado, bajo un peso que le abruma, porque no supo cultivar los tiernos brotes primaverales y defenderlos del cierzo de mayo.

«La orgullosa galera no trae al volver sino sus velas rotas, como harapos de mendigo».

A lo dicho hemos de añadir los reproches de la conciencia, que pronto o tarde se despierta; el miedo a las consecuencias físicas y morales del acto cometido. Siente el joven en su alma como la sombra de un cuervo negro, el cuervo de la melancolía y de la desesperación. Y este pobre muchacho, inútil total, inválido de cuerpo y de espíritu, sólo tiene dieciocho o veinte años. Ya se realiza acá en la tierra lo que dice la Sagrada Escritura: «En orden a los deshonestos..., su muerte será en el lago que arde con fuego y azufre»[26]. Hay muchachos que al darse cuenta del lastimoso estado a que los ha conducido su maldito hábito, ya han gastado tanto su fuerza de voluntad, que su más firme propósito, cual

[26] Ap 21,8.

mezquino trozo de papel, se rasga en medio de la deshecha tempestad con que los cerca el hábito de pecar. Cuando a pesar de todas las promesas, cometen de nuevo el pecado, sienten que una amargura indecible se apodera de su alma; llegan al extremo de romper, de destrozar todo cuanto encuentran al alcance de su mano...; es algo como fatal, no saben refrenarse.

Lee todavía este otro fragmento de una carta que escribió un estudiante, ya mayorcito, a un compañero suyo:

«Tú ya hace tiempo que me demuestras cariño en medio de mi gran tristeza, y siempre te sorprendiste de que yo no sepa encontrar consuelo. Pero no sabes todavía lo peor de mí. Muchas veces estuve a punto de decírtelo; pero la confesión expiró al llegar a los labios. Ahora lee y... despréciame. ¡Dios mío, que yo tenga que escribir así! Mientras estaba alabándome todo el mundo y todos me daban muestras de gran cariño, yo me degradaba en secreto con el hábito de un pecado inmundo. ¿Ves? Esta es mi enfermedad. La más negra tristeza me atormenta; estaría dispuesto a sufrir en castigo cualquier dolor corporal; pero lo más horroroso es que también mi alma está descentrada. Ni pensar puedo ya. El trabajo científico es un tormento para mí, mis pensamientos andan vagando, mi fantasía galopa y se agita en medio de imágenes obscenas, que no me dejan descansar, por mucho que me subleve, grite y luche contra ellas. ¡A qué abismo he llegado!

Acaso me dirás que he de rezar; lo haría gustoso, pero no puedo. No hay salvación para mí. En varias ocasiones ya he señalado día, hora y lugar en que matarme de un balazo; pero entonces vi en espíritu a mis padres. Mis amados, mis buenos padres y hermanos queridos no sospechan cuán indigno es aquel a quien ellos aman. ¿He de precipitarlos en la horrible desgracia de tener un hijo, un hermano suicida? Es el único motivo que me detiene. Ven a verme cuanto antes... No, no vengas… no lo merezco. Reza para que Dios se apiade de mí, si es que para mí puede haber todavía misericordia...».

Has leído muchas veces que, ora en tal parte, ora en tal otra, jóvenes de dieciséis, de dieciocho años de edad, se han suicidado «hastiados de la vida». ¡Hastío de la vida, con dieciséis primaveras! Medita el caso. Un muchacho que casi no conoce la vida, ante el cual se abre risueño el porvenir, con empresas serias, dignas de un hombre acabado..., ¡está harto de la vida! La mayoría de suicidios en la juventud se explican por el paso falso, por el acto inmoral. La bala que se clava en la frente del joven suicida pone triste punto final a una vida joven descarriada.

Entérate de este caso histórico. Una pobre madre, viuda, tenía un solo sostén, su hijo. Pronto empezó éste a ganarse la vida. Era un muchacho serio, un joven de carácter. Con una seriedad moral imponente rechazó reiteradas veces las invitaciones de sus compañeros, que querían seducirle y llevárselo a los antros de perdición. Las amonestaciones de su director espiritual y la palabra del Dios vivo le servían de broquel. Pero los camaradas no le dejaban en paz. Es natural, el que se ha pervertido siente el deseo malicioso de arrastrar consigo al inocente y meterle en el fango. Los camaradas le invitaban una y otra vez...; se mofaban de él, le animaban; por fin dio su consentimiento. No había pasado mucho tiempo, y el cuerpo y el alma del joven, que poco antes exhalaban salud, tenían la marca espantosa de la negra enfermedad. No pudo soportar por mucho tiempo ese peso horrendo, y se quitó la vida, que le daba asco. Junto a su cadáver se encontró una tarjeta, la única herencia que dejó a su pobre madre: «Mamá, ¡perdóname y reza por mí!».

Los hombres tuvieron lástima del desgraciado; pero tú sabes que fue él mismo la causa de su perdición; quiso tomar rosas prohibidas..., y se asieron a su alma, con un abrazo mortal, los garfios asquerosos del Averno. Se rebeló, desatinado, contra la ley inscrita por el mismo Creador en el alma de la humanidad, contra la ley que tiene una sanción terrible... contra el mandato que dice: ¡No fornicarás!

* * *

Roble joven, que se lanzaba a las alturas... roto ahora; arco iris extendido en el firmamento... pisoteado ahora en medio del fango; bellas promesas de un porvenir risueño... envueltas para siempre en oscuros velos...

Ahora estamos en el mismísimo fondo del abismo.

Triste suerte, triste final...

CAPÍTULO QUINTO

LUCHA CON EL DRAGÓN DE SIETE CABEZAS

¡Muchachos, alta la frente; resuena el clarín, en fila todos, con alegría! Nos espera el mundo, ésta es nuestra guerra; las armas son nuestro brazo vigoroso, nuestros ojos encendidos, nuestro cantar alegre; doquiera que miremos, allí está la victoria, la victoria.

Himno de los scouts de Hungría

Amado joven, mírame; mírame de modo que yo pueda ver bien tus ojos. Así... ¿Ves? ¡Esto es lo que esperaba! La llama de una voluntad inquebrantable brilla en tus ojos. Tu corazón palpita vehemente de firmes y santos votos. Tus labios tiemblan en silencio bajo el peso de tu decisión enérgica. Tus ojos encendidos y tu corazón palpitante, ya que no tus labios mudos, me revelan el santo propósito que has concebido ahora en el fondo de tu alma: «Si Dios me ayuda, yo llegaré... aquí! Aunque se derrumbe el mundo, aunque tiemble la tierra bajo mis pies, aunque las estrellas caigan sobre mí... ¡aquí no! ¡No! ¡No! ¡Nunca...! *Malo mori, quam foedari* — antes morir que mancharme».

Bien, muchacho. Esto esperaba de ti. Por esto te digo otra vez: mírame.

De veras ¿no quieres llegar aquí? ¿No quieres caer prematuramente del árbol a guisa de fruto verde agusanado?

¿No quieres manchar con los pies llenos de barro el vergel magnífico de tu alma?

¿No quieres verte en el trance de tener que esquivar, tímida tu mirada, los ojos de tu madre o de tu hermana, llenos de interrogación?

¿No quieres ser miserable presa de bacilos que matan la vida?

¿No quieres ser el peligro continuo, la amenaza de contagio para tus prójimos, sanos de cuerpo y de alma?

¿No quieres arrastrar tu cuerpo joven como asquerosa piltrafa, como esqueleto de sibarita, a lo largo de una vida desolada? ¿No quieres trocarte en miserable fracasado? ¿No quieres llevar a la bancarrota tu salud, tu carácter, tu honor?

¡No, no lo quieres! Lo he visto en tus ojos.

Amado joven, no temas. Si tu voluntad es tan fuerte el día de mañana como lo es ahora tu decisión... no llegarás aquí.

1. Hay retorno

Pero acaso descubra otra cosa en tus ojos. Veo una sombra, triste, dolorosa. Veo recuerdos... descorazonantes, espantosos. Te turba de continuo la imagen maldita de pecados empezados en la inconsciencia. Te envuelven, te retienen los innumerables garfios del poder espantoso del hábito del pecado. Una tristeza indecible solloza en tu interior. «¡Oh!, ¿por qué no cayó este libro en mis manos dos o tres años antes?». Todo esto lo veo; veo tu combate incierto; veo tus titubeos; veo la tristeza descorazonante, que renuncia a toda esperanza.

Al leer los dos capítulos que anteceden, una luz nueva se encendió en tu alma, y por ella ves con espanto que ya en la tierna edad, acaso en los años de escuela primaria, en compañía de otros muchachos malos, hiciste cosas cuya malicia a la sazón ni siquiera sospechabas, y cuya gravedad se descubre ahora. Acaso se te ocurre en tu turbación el triste pensamiento: ¡Entonces ya hace tiempo que yo soy un muchacho corrompido! ¡El templo de mi alma hace tiempo que yace en ruinas...!

No, amado joven; no has de desalentarte. Somos responsables de nuestros actos en cuanto tenemos conciencia de su malicia en el momento de cometerlos. Tan sólo el Omnipotente sabe si los deslices de tu niñez pueden o no considerarse como pecados y hasta qué punto. No te lamentes de las antiguas e inconscientes caídas, sino prepárate para una vida nueva, para una vida ideal.

No te consumas en amargura por lo acaecido, sino alégrate de la vida pura que llevarás en adelante. No eres un muchacho definitivamente descarriado, y el templo de tu alma no está arrasado

hasta el suelo. Con tal que no pronuncies aquella palabra que ya está para escaparse de tus labios. No, no la pronuncies. No te lo permito.

Aquella palabra no existe. Por lo menos, no existe para un joven. No pronuncies jamás la fatídica palabra «tarde», no digas nunca: «Ya es tarde para mí».

Ya sé lo que quieres decir con ello; pero no es verdad, no es tarde. Y cuanto más hayas retardado tu reacción, más urgencia tiene.

Conoces la parábola del hijo pródigo. Has oído o leído algo de aquel hijo menor que pidió a su padre la rica herencia y se fue de casa y gastó todo su caudal, y acuciado por el hambre, se puso de porquerizo, y llegó al extremo de no poder satisfacer su hambre, ni siquiera con las algarrobas y mondaduras que comían los cerdos...; y recuerdas que allí, en medio de la miseria y de innumerables humillaciones, cruzó por su mente, como última esperanza, este pensamiento: «Me iré. Volveré a mi padre..., quizá él tenga conmigo entrañas de misericordia».

Y el padre, con negra ingratitud abandonado, abrió los brazos y estrechó contra su corazón al hijo pródigo, que había vuelto...

Una voluntad enérgica, una decisión firme, necesitaba el hijo pródigo para dar ese paso. Porque el pantano le invitaba también a él, los garfios de las plantas palúdicas también le sujetaban, sobre él pesaba también un hábito inveterado; pero él, con un golpe recio, rompió los garfios del fétido pantano, se puso en pie —¡ y quién sabe cuánto había luchado con el limo!— y con decisión inquebrantable, con perseverancia en su buen propósito, alentado por la esperanza de un porvenir más puro, se puso en camino... hacia la casa paterna. En todos los hombres, aun en los más abyectos, parpadea una débil lucecita del bien; pero esta luz tan sólo sabe notarla quien ama al desgraciado y en él confía. Hijo mío, por más veces que hayas caído, por mucho que hayas rasgado la hermosura de tu alma, aunque no haya más que ruinas en el lugar del antiguo templo, yo te ruego con el mayor encarecimiento: confía en ti. Confía sin vacilación. Sirva para aumentar tu confianza la frase de Séneca: *«Pars sanitatis velle sanari fuit»* «El que quiere curarse, ya está curado en parte».

2. Ánimo a los combatientes

Unas palabras de aliento para aquellos que, por su desgracia, se encontraron demasiado tarde con este libro, y por una imprudencia pueril o por las seducciones de compañeros corrompidos fueron débiles; cayeron, acaso, muchas veces; mas por fin quieren levantarse y triunfar en el combate de la pureza.

Estos tales se dan cuenta cabal, muchas veces con desaliento, de lo difícil que es vencer el hábito inveterado. Algunas veces luchan durante años con esfuerzo heroico, y, no obstante, reinciden. A estos heroicos combatientes quisiera infundirles ánimo y valentía.

Amado joven, aunque caigas una vez y otra vez, sabe que el pecado ya no es el mismo que antes. Nuestro Señor ve tus esfuerzos, sabe que ya no quieres pecar, como lo querías antes; que ahora es la triste y maldita costumbre la que te hace caer; que sinceramente, con toda el alma, quisieras levantarte. No temas, no te descorazones por reincidir... Sigue luchando con tesón, corre aprisa hacia la victoria definitiva, después de la cual no habrá ya caídas.

Conozco a muchos jóvenes, de los cursos superiores y hasta de los universitarios, que cuando niños, con inocencia infantil, aprendieron de compañeros perversos ese pecado. Los pobres se creían al principio que aquello no era más que un juego divertido; y cuando se dieron cuenta de su gravedad sintieron ya sobre sí el incontrastable poder del hábito. Pero no importa. Tomaron a pecho el combatir. Lucharon durante mucho tiempo. Reincidieron de tiempo en tiempo. Y ahora, a los diecisiete, dieciocho,

diecinueve años, aunque a costa de heroicos sacrificios, triunfan y llevan una vida pura, en reparación de las malas acciones que cometieron antes. ¡Y qué indecible alegría se apodera de estas almas penitentes!

«No daría un solo día de mi vida actual por todo mi pecado». Así me escribió un muchacho después de su conversión. El que recobra a tiempo la pureza, el que vuelve a tener el blanco lirio, ni siquiera ha de temer por las graves consecuencias físicas de la propia contaminación; el joven organismo vence las influencias nocivas tanto más aprisa cuanto más pronto emprende el camino de retorno. «Un acto imprudente basta para echar a perder definitivamente nuestra felicidad», escribe en su *Diario* el eximio Conde Esteban Széchenyi. Pero, a renglón seguido, añade en tono de aliento: «Pero ningún hombre ha llegado todavía a tal punto de degradación que ya nunca jamás pueda ser bueno. No hay pecador que no pueda levantarse»[27].

[27] *Diario,* I, 606.

3. El águila en libertad

Leí no sé dónde un emocionante episodio respecto de un águila poderosa. Cuando joven llegó a parar en manos de un muchacho malo, que le puso una cadena a los pies y la ató a una roca. ¡Cómo se debatía la pobre águila real para salvarse! Pero en vano. Por fin llegó a cansarse de esta lucha, lucha de largos años, lucha sin esperanzas, y el sentimiento abrumador del cautiverio se apoderó de ella por completo. Un día se rompió, por casualidad, un eslabón de la cadena; pero la pobre águila no lo notó. Allí estuvo acurrucada, con los ojos turbios, todavía durante semanas; delante de ella el inmenso cielo; en su corazón, el deseo intenso de la libertad; en sus alas, la fuerza...; todo inútil, porque no se daba cuenta de ello. ¡Oh, con dar un paso hacia adelante! ¡Con sólo probar suerte una última vez! ¡Sólo que diera ahora un aletazo!

Mira, joven mío: yo creo firmemente que, aunque hayas sido hasta ahora un príncipe encadenado al pecado, en cuanto llegues al final de este libro se habrán aflojado ya los eslabones de tu esclavitud.

Pero ahora, ¡adelante! ¡A lanzarte hacia las alturas!

¿Puedo yo enmendarme todavía?

—¡Sí!

¿Quiero enmendarme?

—¡Oh, sí!

Pues ¡a empezar!

¿Cuándo? ¿Algún día? No, no algún día. Hoy mismo, en este mismo instante.

Conoces la leyenda de Aquiles, el héroe griego. Su madre, temerosa, le disfrazó de muchacha, y entre muchachas le hizo educar para librarle de ir a la guerra. Cuando Odiseo hizo sonar el clarín delante del palacio, y las muchachas verdaderas huyeron espantadas, el brioso temperamento varonil de Aquiles se manifestó, y aprisa se fue a tomar el arma.

Pues bien, amado joven; cuando tus instintos sensuales te acometan de nuevo con furia, no eches a correr huyendo de ellos, ni capitules, sino muéstrales el pecho con orgullo de hombre, con firmeza, y entabla el combate. Aunque te hayas debatido durante largo tiempo entre los tentáculos de la voluptuosidad, que quieren estrangularte, da un golpe en medio de ellos con el puño recio, y diles: ¡No es verdad! ¡No es tarde! Me levanto, emprendo el camino hacia casa... hacia la vida pura, hacia la juventud honesta, hacia un porvenir más hermoso, lleno de promesas.

«Delante de ti está la lucha, ahí está la palestra. El débil se desalienta, resiste el fuerte. ¿Sabes qué es la fuerza? Voluntad, que pronto o tarde cosecha laureles».

Tú sabes, y yo lo confirmo de antemano, que si eres esclavo de ese pecado desde hace mucho tiempo, tu liberación será difícil, dificilísima. ¡Cuántas veces sentirás tu alma presa del desaliento, al ver con amargura que tu deseo de enmienda, tu firme propósito, que brotó del fondo de tu alma, se frustran una y otra vez al ver que luchas desesperado ante el buen propósito y el hábito, que te oprime con una fuerza inmensa! He caído, he caído de nuevo, y, sin embargo, ¡cómo prometí no reincidir jamás...!

En los últimos decenios se multiplica el número de los valientes viajeros que se ponen en camino para descubrir el Polo Norte o el Polo Sur, y soportando privaciones superiores a las fuerzas humanas, van avanzando a través de campos y montañas de nieve, que nunca terminan... y ninguno llega a la meta. No obstante, siempre salen nuevos y nuevos exploradores dispuestos a la aventura. Pero, aun logrado su propósito, ¿qué provecho reportaría a la humanidad? Se diría con satisfacción que un viajero ha pisado un punto del Polo donde antes no puso el pie hombre alguno. Y

por esto no vacilaron enfrentarse cien veces con la muerte. ¡Por un resultado tan trivial!

Y te digo yo ahora: ¿te es lícito a ti desalentarte, aun en medio de una lucha constante, a pesar de las continuas reincidencias, en el combate que sostienes, no por amor al Polo cubierto de nieve, sino por la tranquilidad de tu propia alma, por la conquista de las regiones puras del alma?

No te lo oculto, carísimo joven: te espera una lucha ardua, pero no te desanimes. Puedes purificarte si quieres. Todo el poder del Averno no podrá inducirte a pecado si tú no lo quieres, y vencerás si no te acobardas, si tienes la energía triunfante de la bondad deseosa de vencer. Vencerás... si logras pasar algunas semanas, algunos meses sin pecado. En este caso, ya tienes la causa ganada; porque te vas convenciendo de que tienes todavía voluntad, y el saberlo da temple a tu decisión.

Amado joven: si tu alma se mantiene todavía incólume, da de rodillas gracias al Creador y conserva con firmeza tu precioso tesoro; y si ya has caído, te lo suplico encarecidamente: entabla el combate contra el dragón de siete cabezas, contra la impureza. De ti depende el porvenir de la patria amada, y de ti depende también la salvación de tu propia alma. ¿Qué más puedo decirte?

4. Por la Patria

Eres patriota, sientes orgullo de tu nación. Así me gusta. ¿Pero sabes que el joven impuro es traidor a la patria? ¿Sabes que el vigor o la debilidad de nuestra raza en el porvenir depende en gran parte de este hecho: de que la juventud actual sea una juventud de nuevos bríos, o se vaya precipitando por la pendiente de la inmoralidad hacia la ruina fatal, que es lo que intentan de un modo sistemático, corrompiendo a la juventud en el alma y en el cuerpo, esos enemigos de la nación, los propagadores de la vida obscena, de las imágenes, de los impresos, de los libros inmorales? Se hace un verdadero y demoledor trabajo de zapa en toda la sociedad, en el teatro, en el cine, en los libros, en los periódicos, contra la vida pura de la juventud; y los que hacen esta labor solapada saben muy bien que en cuanto una raza degenera en lo moral y, por consecuencia, en lo físico, ellos, los invasores, pueden repartirse el país sin encontrar resistencia.

El presente de la juventud es el porvenir de la patria.

«Es un fenómeno de todos los días, que los hijos y los nietos de hombres ricos, que sólo heredaron dinero, mas no una vida moral, llegan en poco tiempo a la bancarrota. Lo mismo puede afirmarse de los pueblos, cuya ruina no se puede detener con ningún arte de gobierno, por efecto de la inmoralidad que va en creces» (Hiltu).

Lee lo que escribe Tácito junto a la tumba del altivo pueblo romano, que un día conquistó todo el mundo a la sazón conocido. Lee cómo canta el escritor, junto a la tumba en que una vida li-

cenciosa precipitó a los romanos, las alabanzas de la vida pura, gala de los germanos, los paganos victoriosos:

«Las mujeres hacen valladar de su honestidad, y no las corrompen piezas teatrales licenciosas ni banquetes que excita los sentidos... Poquísimos son los adulterios en un pueblo tan numeroso; y su castigo es inmediato y un derecho de los esposos: el marido expulsa en presencia de los deudos a la mujer, a la que se cortan los cabellos y se quitan los vestidos, y va dándole latigazos por toda la población. La que ha prostituido su honestidad no encuentra venia: ni por su hermosura, ni por su juventud, ni por sus riquezas podrá encontrar marido. Porque allí no se ríen con el pecado, y la seducción y la caída no pasan como cosas mundanas»[28].

Es casi increíble que entre los infieles germanos pudiese reinar un concepto tan puro de la moral. De todos modos es cosa puesta en razón que nosotros, pueblos cristianos y civilizados, ante la gran inmoralidad que cunde en nuestros días, nos ruboricemos de ver cómo se expresaba un escritor pagano.

Muchachos, si amáis a vuestra patria, si os preocupáis del porvenir de la nación, apreciad la sangre pura, la juventud sin tara, y no cojáis en la mano las publicaciones obscenas, propagadas por hombres no cristianos y advenedizos, publicaciones cuyo fin es debilitar la raza y envilecer la lengua patria. «La base de todos los países es la moral pura; si ésta se echa a perder, se derrumba Roma y ha de llevar el yugo de la esclavitud». En el altar del amor patrio sólo es aceptado el sacrificio de aquellos esforzados que supieron vencerse a sí mismos.

Satanás —así lo leí en una poesía— pasó revista en cierta ocasión a sus adictos. Cada uno iba jactándose de su poder. El espíritu de ira, de la envidia, de la borrachera, de la pasión del juego y otros espíritus malos porfiaban por tener la primacía en este punto: a ver quién sabía causar más daño a la humanidad. Satanás adjudicó el premio al espíritu de la impureza con las siguientes

[28] Tácito, *Germania,* 19. *«Saepta pudicitia agunt, nullis spectaculorum illecebris, nullis conviviorum irritationibus corruptae... Paucissima in tam numerosa gente adulteria, quorum poena praessens et maritis permissa, abscisis crinibus nudatam coram propinquis expellit domo maritus, ac per omnen vicum verbere agit; publicatoe enim publicitiae nulla venia: non forma, non aetate, non opibus maritum invenerit. Nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum vocatur».*

palabras: «Él es quien tiene la espada más afilada y el veneno más mortífero, porque si él quiere, puede destruir naciones enteras».

¿Acaso intento yo volverte sombrío? Por nada del mundo; el que está en su primavera ha de tener el alma fresca, llena de rocío. Quiero que en tu corazón palpite la energía de tu futura y grande misión. Quiero que seas hombre de pies a cabeza. Yo miro siempre con ilusión a la juventud y le tengo profundo respeto. *«Res sancta puer»* «El muchacho es cosa santa». Delante de vosotros, jóvenes, se levanta la cordillera de grandes deberes; por esto los respeto.

Pero también se abre a vuestros pies el precipicio de inmensos peligros; temo por vosotros. El doble pensamiento del respeto y del temor me pone en los labios este grito: ¡Jóvenes, aprecien la llama divina que arde en ustedes: su alma! Más difícil y elevada que cualquier obra de arte es la modelación del alma, porque el arte sólo trabaja con colores, con el pincel o con el cincel; pero ustedes trabajan con su alma viva.

5. Por la integridad del lirio

¡Joven, sé tenaz y noblemente orgulloso! Grita a todo pecado, a toda degradación: *¡Ad maiora natus sum!* (¡He nacido para mayores cosas!) No consientas que un joven de tu patria sea esclavo del pecado a los dieciséis años, viejo a los veinte y completamente inválido a los veinticuatro. Porque, si no se pone remedio, la bandera nacional se quemará en el fuego de tu propia vergüenza. Yo quisiera que con verdad pudiese decirse a todos nuestros jóvenes: Ustedes están aún henchidos de esperanzas, tienen lozanía, no están quebrantados por la vida. Ustedes se sienten impulsados a un trabajo creador por la *«inexhausta pubertas»* (Tácito), por una juventud no agotada, por la fuerza de la adolescencia no malgastada. Vuestra musculatura todavía es elástica, vuestra frente tersa, el fuego de vuestros ojos brilla aún; con vosotros se solazan los ojos de la patria, arrasados de lágrimas. Aprended a ser diligentes en el trabajo, entusiastas de la virtud y constantes en la paciencia.

La suerte de la patria depende de vosotros, y ¡ay!, no hay más que una sola patria.

Por encima de las leyes de la estética están las leyes de la ética. Todo cuanto da incremento a la fuerza moral de los hombres es obra patriótica; todo cuanto le perjudica es una traición villana. El sexto mandamiento es el broquel de las naciones. Rige también para nosotros lo que dijo Salviano respecto del imperio romano: «Los enemigos no pudieron vencerlo; lo venció el pecado. Grande es la pérdida de sangre en las guerras; pero cien veces peor es la corrupción de la misma. En la sala del festín de Babilonia, en que Baltasar hizo befa de las cosas santas, apareció una mano terrible

que escribía en la pared. Esta mano sigue escribiendo todavía hoy la historia universal».

La prescripción décima de los exploradores húngaros reza así: «El explorador es puro en el cuerpo y en el alma». ¡Con qué austeridad y acierto explica la *Asociación de Scouts*!: «La sangre pura es el fundamento de la fuerza y de la grandeza de las naciones. La impureza afea la semblanza de Dios en el hombre, debilita el cuerpo, contamina la fantasía, embota la mente, mata el carácter y hace pudrir las generaciones.

«Conserva con santo orgullo tu pureza. No te dejes impresionar por nada que sea impuro: por mucho que brille en el exterior, encubre inmundicia y podredumbre en su interior.

Evita, y con desprecio, la compañía de hombres corrompidos, las conversaciones, los libros, las funciones de doble sentido y perversión; en una palabra, todo cuanto lleva la impureza. Busca lo que comunica fuerzas: moderación, trabajo serio, diversiones nobles, abnegación varonil, amistad según el alma. Todo esto ayuda con eficacia»[29].

Sólo puede ser realmente patriota aquel en quien vibra la energía de la actividad; aquel que no permite se vea envuelto su corazón encendido, bermejo, por el crespón luctuoso de la vejez prematura. Sólo ha de alistarse en nuestras filas aquel que con su paso hace retumbar la energía de lisonjeras esperanzas; aquel cuyos ojos brillan de puro vigor; cuyo pecho se ensancha por el deseo de obrar; cuyo rostro tiene suavidades de terciopelo por la irrigación de una sangre pura; aquel que sabe estremecerse al fijar la mirada en la misión santa que le espera; aquel que sabe ser manantial de fuerzas férreas, de que se nutre la voluntad de vivir.

¡Muchachos! ¡Vosotros sois la patria! La patria no es el mapa, la patria no son los montes ni los valles. La cosecha del porvenir está latente en vuestra sangre, en ella vive y se trueca en realidad... si no es que marcha a la bancarrota por malgastarse vuestras fuerzas jóvenes. La integridad de la patria sólo puede lograrse con una juventud que sabe ser fuerte y sabe luchar por la belleza de su alma, por la integridad del lirio.

---

[29] Sik: *Magyar Sserkészezetök könyve*. Libro de los jefes *scouts* húngaros. Budapest 1922, p. 60.

El porvenir de la patria sólo puede labrarlo una juventud que no tiene sus complacencias en lo sórdido ni derrocha sus fuerzas en juergas nocturnas; una juventud cuyos ojos son como luceros; una juventud que lucha por el ideal y es dura consigo misma...; una juventud que no dobla cobardemente la cerviz delante de la tentación, sino que sabe enfrentarse tenazmente con todas las inmoralidades y lanzarles el grito de «No, no, nunca jamás» de la integridad moral.

Créeme, amado joven: los que levanten en alto la bandera nacional y la hagan ondear en las cimas de las sierras, no serán esos pollos prematuramente envejecidos, de dorso encorvado, pálidos, hastiados, con anteojos y polvos, sino aquellos otros que tienen el alma pura, la frente serena, los ojos brillantes; aquellos en cuya alma canta la vida pura, brilla el rayo de sol; es decir, aquellos que traen primavera, fuerza, bello florecer, ánimo de vida... nuevo milenario a la patria cubierta de oprobio.

6. La espada de fuego

La Naturaleza sabe vengarse. Tiene una terrible espada de fuego. Ya Tácito, al ponderar la fuerza de los germanos, señaló como fuente principal de la misma la *«inexausta pubertas»*, la juventud no agotada. De suerte que la misma Naturaleza tiene esta ley: la felicidad y la desgracia de la generación venidera dependen de esta disyuntiva: o miramos con sagrado respeto las relaciones del hombre y de la mujer, o bajamos por la espantosa pendiente, a la que fue precipitada la nación, principalmente la clase intelectual, por corifeos que ni son cristianos ni pertenecen a nuestro pueblo.

Amado joven, ¿no ves que la patria atribulada necesita a sus hijos, necesita constantemente toda la fuerza moral y física de todos y cada uno de ellos? Nelson, famoso almirante inglés, antes de la batalla de Trafalgar, comunicó a toda la escuadra, por señales de banderas, la siguiente orden, que adquirió celebridad mundial: *«England trusts every man to do his duty»* «Inglaterra espera que cada uno sabrá cumplir su deber». También tu patria puede esperar de cada uno de sus hijos que se conserve puro y le apresta sus fuerzas incólumes para la acción.

Roma confió la guardia del fuego sagrado, garantía de su porvenir, a unas vírgenes, las Vestales; la patria espera su nuevo milenario de los puros ardores de tu alma.

Cada joven ha de ser un día un árbol de copiosos frutos, pero «¿habrá fruto en el árbol que no tiene flor, o eres tú la flor, juventud de mi patria?»... Volver de la guerra con el cuerpo quebrantado es glorioso, porque indica un sacrificio a los ojos de Dios y noble virtud delante de la patria; pero ser inválido de cuerpo y

alma por una vida de libertinaje y excesos es ignominia que delata un crimen contra Dios y contra la patria.

«El joven que ama a su patria y tiene un pensar reposado —escribe el Dr. Lajos Nékam, profesor de Medicina en la Universidad de Budapest— ha de rumiar estas ideas: Reúno todas mis fuerzas para ser corporal y espiritualmente miembro valioso de la sociedad. Para lograrlo y no marchitarme antes de tiempo, tendré continencia completa durante el período de mi desarrollo y robusteceré mi cuerpo, cultivaré mi fuerza de voluntad, aumentaré mis conocimientos. Después procuraré llegar a una posición en que pueda asegurar el porvenir de una familia, y en cuanto lo logre, me casaré, con la esperanza de educar ciudadanos buenos y útiles para la patria, y yo mismo podré llevar con mi familia una vida sana y feliz»[30].

Suele decirse que «el estudiante es un don Nadie, capaz de llegar a ser cualquier cosa». ¿Sabes qué significa esto, amado joven? Significa que ustedes, los muchachos, son el porvenir de la patria; ustedes, los que leen este libro; ustedes, que hoy no son más que estudiantes», pero mañana serán los dirigentes de la nación. Ustedes siembran con cada uno de sus actos lo que más tarde han de cosechar: el bien o el mal, la felicidad o la desdicha. Tú eres ahora el germen de la futura generación, y mañana serás el héroe o el sepulturero de la patria.

Todo joven ha de poner cuanto esté a su alcance para ser, después de una juventud pura y continente, hombre sano que, como padre de familia, pueda transmitir salud a sus descendientes. Lo que más urge para el porvenir de la patria es tener padres de familia sanos y de carácter. Hoy acaso no lo comprendas todavía; pero créeme, joven amado, el tesoro más valioso de una nación no son las redes ferroviarias, los grandes almacenes de madera, las minas de diamantes, la industria, sino una juventud incontaminada, una juventud que sabe entusiasmarse y sabe trabajar, una juventud briosa y pura.

Perder la integridad territorial no es mal tan grave para una nación como lo sería perder la integridad espiritual de su juventud. En el concierto de las naciones se llevarán la palma únicamente

---

[30] Temming: *Sexuális élet és a férfiviláq* (La vida sexual y los hombres). Budapest, p. 11.

los pueblos que tienen hombres acabados, hombres de cuerpo entero, con energía y ánimo de actividad; hombres de carácter y de perseverancia. ¿Cómo puede brotar la vida de corazones destrozados, de esperanzas truncadas? Y con una juventud de sangre corrompida, con una juventud afeminada, degenerada, que va de continuo a caza de placeres, ¿cómo podrá construirse el castillo roqueño de la vida nacional, castillo que ha de desafiar victoriosamente las olas embravecidas, la recia tempestad de los siglos, capaces de corroer el mismo granito?

7. Por la felicidad de tu alma

Por vía de triste experiencia ha llegado la humanidad a la conclusión de que los mejores planes son los del Creador: «¿Qué utilidad trae a Dios —dice la Sagrada Escritura— el que tú seas justo?, o ¿qué das a Él si tu proceder es sin tacha?»[31]. Realmente, nada. No reporta a Dios ninguna utilidad ni detrimento el que tú, hijo mío, cumplas o no el sexto mandamiento. Sus eternos designios de todos modos se cumplirán. Se cumplirán sin ti. Aún más, contra ti. En cambio, a ti te importa mucho vivir según las leyes divinas, porque de ello depende el rumbo de tu vida terrena y la suerte de tu vida eterna. El destino de tu alma, la formación armónica de tu vida futura, dependen de esto: de que aceptes o rehúyas el combate contra el dragón de siete cabezas, contra el monstruo de la inmoralidad. ¿Quién puede esperar una virilidad seria después de una juventud depravada? *«Qui non assuescit virtuti, dum juvenescit, a vitiis nescit deciscere, quando senescit»* «El que no sabe acostumbrarse a la virtud cuando joven, no sabrá deshacerse de los vicios cuando viejo».

Te conozco bien, joven mío. Tu ideal es caballeresco, varonil; es tener carácter, ser hombre «completo». Justamente por tal razón te encarezco que medites bien esta verdad: el perfecto carácter varonil exige también una fuerza de voluntad extraordinaria; una fuerza capaz de amasar mundos, dispuesta a imponer el pre-

[31] Job 22,3.

dominio de nuestra parte mejor, de nuestros afanes espirituales sobre las exigencias de las bajas pasiones. Tú bien sabes que si los instintos sexuales levantan pronto la cabeza, si gritan y alborotan mucho antes del matrimonio, no por ello has de darle satisfacción. No tienen derecho a exigirla.

Si quieres lograr un día aquel carácter varonil, que hoy no es más que un puro objetivo, ten por entendido que sólo podrás conseguirlo mediante un trabajo arduo. Has de trabajar rudamente para alcanzar el más hermoso encomio: «¡Este sí que es un joven de carácter!». El carácter no es un regalo para el día de tu santo, no lo encontrarás preparado y hecho sobre tu mesa, sino que es un tesoro que se ha de adquirir a fuerza de trabajo consciente.

Al escalar un alto monte, tienes que sudar antes de llegar a la cima. Cuanto más alto sea el ideal que perseguimos, tanto más difícil será el trabajo para conseguirlo.

Para el joven no hay objetivo más alto que la modelación perfecta de su carácter.

Por este ideal lánzate al combate... de vida o muerte.

8. De vida o muerte

Este combate es de vida o muerte. A todo joven se le presenta esta grave cuestión: ¿Ha de ser el alma noble caballo que el cuerpo, a manera de jinete cruel, instigue sin descanso, y lo canse, y lo agote, o bien el alma ha de ser el jinete que refrene con brida y rienda corta el caballo del cuerpo? ¿Ha de empujarte el instinto sexual, como si fueras un buque sin timón, a la perdición segura, o bien has de gobernar con mano vigorosa el bajel en medio de la tempestad y sin hacer caso de los cantos seductores de las sirenas?

O logras pasar incólume a través de innumerables escollos, venciendo las vehementes tentaciones de la juventud, y entonces, más allá de los peligros, te espera la misión sublime de una vida sería: o naufragas en el mar alborotado de la juventud, y entonces arrastras contigo, durante toda la vida, la maldición tremenda de tus excesos juveniles.

Pero no, no establezco bien las disyuntivas. Porque si miro tus ojos, veo en ellos una decisión firme, una voluntad fuerte que promete victoria. Me parece oír tu respuesta: «Estoy dispuesto a aceptar el combate, enciendo ya en santos afanes. Con tal de conocer las armas con que puedo triunfar en la lucha decisiva de mis años de adolescencia».

Bien, muchacho, así me gusta. En el capítulo siguiente voy a ilustrarte sobre este punto con más detención. Pero quiero ya desde ahora subrayar una cosa, para que no te desalientes cuando, a pesar de todos tus esfuerzos, sientas cuan difícil es calmar la tempestad; y para que después del mil victorias no te duermas sobre los laureles, sino que perseveres en el hervor de la lucha.

Considera que es un dragón de siete cabezas, en el sentido estricto de la palabra, el que ataca la pureza de tu alma. Es un enemigo que no podrás aniquilar mientras corra por tus venas sangre joven. Si le cortas una cabeza, le crecerá inmediatamente otra. Si hoy sales victorioso, no sabes por qué lado te acometerá mañana. A la edad de los dieciséis, veinte, veinticuatro años, estás empeñado en una guerra sin cuartel. Más tarde se calmará algo la tentación, pero nunca cesará por completo; y cuando la seriedad reposada de la edad madura calme ya tu sangre hirviente, aun entonces habrás de estar alerta para conservar tu preciado tesoro. Pero no olvides nunca esta verdad: el placer momentáneo que el pecado podrá brindarte es incomparablemente inferior al propio aprecio y a la tranquilidad de la conciencia que consigas triunfando del pecado.

Recuerda a los tres jóvenes que fueron arrojados por causa de su fe y por orden del rey pagano de Babilonia en un horno encendido. En torno de ellos, el fuego ardía con furia infernal: y ellos, los jóvenes heroicos, se paseaban intactos en medio de las llamas, y sus labios entonaban cánticos de victoria. Piensa en su triunfo todas las veces que sientas en tus venas la abrasadora llamarada de la tentación.

¿Te quejas de tener que luchar mucho por la pureza? Pues dime: ¿no ves que en torno nuestro toda la vida es un combate continuo? Si hay algo que no está en lucha, que se mantiene quieto, que no se mueve, esto se pudre, se enmohece, perece. Y si en todo hemos de luchar, ¿justamente iremos con regateos cuando se trate de combatir por la pureza?

Puede infundir alientos este pensamiento: Aunque hayas de luchar con la tentación durante toda tu vida, nadie podrá obligarte a capitular, a deponer las armas... si tú no quieres.

Piensa que tu lucha nunca es sin esperanzas. Si tu alma se conserva todavía intacta, puedes guardar tu pureza también en adelante, aunque no sin combate; y si ya has de llorar graves deslices, y si estás revoleándote en el fango, a pesar de poner a contribución toda tu fuerza de voluntad, puedes aún levantar victoriosamente la cabeza y llegar a la vida nueva de un alma humillada, sí, pero purificada.

Luchar contra nosotros mismos es el más difícil combate; mas vencernos a nosotros mismos es también la victoria más gloriosa.

9. ¡Resiste!

Tu firme propósito pronto será advertido de tus «amigos», que acaso se han sumergido tan profundamente en el pantano, que ya ni se les ocurre el pensamiento de salir del mismo. Notarán la gran diferencia que empieza a haber entre tu criterio moral y el suyo; echarán de ver que tú quieres cambiar de conducta, que ya no te gustan sus carcajadas satánicas, que ya no estás dispuesto a seguir revolcarte con ellos en el fango. Pronto lo notarán... y empezarán la más fuerte ofensiva. Será una verdadera caza la que organizarán contra ti. Se meterán contigo, se mofarán de ti, te echarán la zancadilla a cada paso.

Te hablo de estas cosas con detención porque muchas decisiones nobles se frustraron en este punto con el fuego graneado de la befa. El orgullo de muchacho hizo por esto traición a los más nobles sentimientos.

«¡No sabía yo que fueras un santurrón; no sabía yo que fueras tan cobarde!». Ahí la saeta de la ironía. «Miren, ¡qué chiquillo! Todavía no sabe lo que es ser hombre. Bien, pues; ¡fuera los cobardes!». «¿Qué? ¿Yo santurrón, yo un chiquillo, yo un cobarde?» Ya hierve en ti la sangre «¡Adelante! Adonde quieran».

¡Oh, cuántos firmes propósitos se quebrantaron de esta manera! ¡Cuántos muchachos cayeron así por vez primera en las garras del pecado, tan sólo por querer poner fin a la tunda de los «amigos»! A la segunda o tercera ocasión no necesitaban ya que se les instigase...

Principalmente es grave el peligro si las circunstancias de la vida te obligan a vivir con compañeros cuyo concepto moral es

rastrero y muy lejano de tus nobles ideales (por ejemplo, en un internado, en un cuartel). Porque ser bueno entre buenos es natural. Pero conservarse puro en medio del fango, ser lirio en el cieno... ya es más difícil; para ello se necesitan un carácter broncíneo y una voluntad varonil. Muchos son los jóvenes —aun entre aquellos que con admirable heroísmo supieron conservar la rectitud de su alma y la pureza de su cuerpo durante los años de segunda enseñanza— que en un banquete después del bachillerato, o durante el servicio militar, o quizá en los años universitarios, pierden el sentido cabal por la burla de que los hacen objeto sus compañeros; por esta causa reniegan de su vida honesta y cometen el primer pecado. Porque no quisieron ser «cobardes» a los ojos de los demás.

Y, sin embargo... reflexiona un momento: ¿dónde está la verdadera valentía y dónde se esconde realmente la cobardía?

10. ¿Quién es el cobarde?

Pues así; de modo que eres débil, cobarde.

—Y ¿qué? Y si lo soy, ¿qué? Soy necio, soy chiquillo, soy santurrón... pero no permito que se burlen de mí; me sacan de quicio. ¿Quién necesita una fuerza más equilibrada, una voluntad más firme: el que resiste con un temple de acero a las exigencias ilegítimas del instinto sexual, el más fuerte de los instintos, o el que se inclina débilmente a cada soplo de las bajas concupiscencias como caña movida por el viento? ¿Quién monta mejor a caballo: el que con mano firme domina al corcel fogoso y lo hace andar por donde el jinete quiere, o el que se ve arrastrado en un galope salvaje por el caballo, según el antojo del animal, y después de mil sacudidas e inútiles esfuerzos cae agotado en un charco a la vera del camino?

Y tú ya sabes que la vida inmoral es más inmunda que el charco del camino.

Te dicen a la cara, te lo echan en rostro: «¡Qué chiquillo eres, qué tonto! ¡No haberte atrevido ni a eso!». ¡Ah!, ¿sí? Pero ¿de veras eres chiquillo? Porque la virilidad significa justamente disciplina y voluntad firme. ¿Y no es débil, no es hombre sin carácter el que se inclina sin resistencia a las exigencias de los instintos y va tambaleándose, como flota sobre el Océano la carbonilla que sale de la chimenea de un buque?

«Silva el viento en la caña movediza. Salen de ésta sonidos trémulos de cobardía, y su cabeza va meneándose en una pesada bruma».

¡Sé hombre y no muñeco! ¿Quién merece el respeto de los adultos más que el joven de carácter, que no dejándose atemorizar por la mofa y los pinchazos de los compañeros persiste con voluntad inflexible en la formación de su carácter y prosigue el camino que escogió tras madura reflexión? Yo me descubro ante tal joven y le aplico la magnífica alabanza de la Sagrada Escritura: *«Fecit enim mirabilia in vita sua»*[32] «Él ha hecho cosas admirables en su vida». Las hizo cuando, con valentía, rechazó la tentación astuta que, a media voz, le soplaba un compañero corrompido.

Aunque todos mis compañeros estuviesen contaminados por ese pecado... yo no lo cometeré nunca; aún más, no lo cometeré justamente por esto.

Se me estremece el corazón todas las veces que veo cómo cual mansas ovejas siguen los muchachos a algunos charlatanes por el camino del mal. Y, sin embargo, el remediarlo todo... es privilegio de los monos. Joven de carácter sólo puede serlo el que tiene bastante osadía para ir contra la corriente. Puedes cambiarte la camisa todas las veces que quieras; pero el carácter..., ¡nunca!

¿Cómo vas a permitir que muchachos de tal calaña hagan torcer el rumbo de tus nobles ideales? ¿Qué valor moral pueden tener esos jóvenes? Son un cero a la izquierda.

¿Te has fijado en los cuentos de animales? ¡Cuánto se ríen éstos de que el hombre camine con la cabeza erguida y no se arrastre por el polvo como ellos! Porque para los animales, lo ridículo es caminar derecho. ¡Y si oyeras cuánto gritan los locos del manicomio al pasar el médico! ¿Te crees que el médico se molesta mucho por ello?

De modo que si tú evitas los placeres de los hombres corrompidos y los temes, no vayas a creer que eres cobarde. ¿Es acaso cobarde la humanidad por evitar con pánico los bacilos del cólera y huir de ellos a todo correr? ¿Es acaso valiente aquel compañero tuyo que si nota en alguna parte un charco fétido no mayor que la palma de la mano empieza por «valentía» a removerlo con la lengua, con el ojo, con el tacto? Lee lo que dice un sabio pagano: «Si haces una cosa convencido de que la has de hacer, no temas de hacerla abiertamente, aunque el vulgo piense de otra manera. Si

[32] Sir 31,9.

obras mal, entonces sí, avergüénzate de tus actos; pero si obras bien, ¿por qué temes de quienes te critican sin derecho?» (Epícteto).

Dime: ¿qué es más fácil, mostrar un carácter firme ante las exigencias ciegas del instinto o rendirse a las mismas? Y ya sabes que, en este terreno, el espíritu y el cuerpo han de sostener el más duro combate. Sólo el que puede cantar victoria en este punto tiene derecho de afirmar que verdaderamente es un hombre de carácter.

«El que no se atreve a levantar la voz en defensa de sus convicciones tiene una bondad como la flexible caña, que al ser azotada por el viento se inclina suspirando, mas sin poder detener con su triste gemido el elemento contrario» (Barón de Eötvös).

Por desgracia, gran parte de los jóvenes no saben andar por sus propios pies; nunca meditan el rumbo de su vida, y se ven sacudidos, como las hojas del huracán, por el sentir general de compañeros corrompidos.

Alejandro Magno dijo en cierta ocasión a Diógenes:

—Yo soy el señor del mundo.

Y el filósofo cínico le contestó:

—Más bien eres el esclavo de mis siervos, porque yo domino todas aquellas pasiones que a ti te esclavizan.

Pues bien; yo no quiero aullar como los lobos. Yo no quiero nadar a mereced de la corriente. ¡Yo no quiero ser hombre adocenado! ¡Yo he nacido para cosas mayores!

11. ¡Déjalos plantados!

Puede darse el caso de que no tengas más remedio que romper definitivamente con un antiguo amigo.

En algunas ocasiones será suficiente que no celebres sus bromas y chistes frívolos. Aunque él hable con «chispa» de ciertas cosas, las facciones rígidas de tu cara le darán a conocer sin equívocos tu modo de pensar más noble; le demostrarán que tú consideras pudridero al pudridero, aunque esté rociado de perfumes, y que no tienes ganas de escarbar en él.

Otras veces podrás decir a tu amigo con toda tranquilidad que hiere tu moral, y que es muy humillante para ti el que un amigo quiera tratar contigo de semejantes cosas. Porque realmente es así, te ofende quien supone que encuentras complacencia en la inmundicia.

El célebre Conde Esteban Széchenyi, refiriéndose no ya a una conversación sucia, sino aun a faltas más leves, escribe: «La debilidad, la falta es inseparable del hombre; pero alardear de ella es el escalón más bajo de la corrupción».

Alejandro Magno, en la época de realizar sus mayores hazañas, era modelo de pureza. Cuando, en la guerra de Asia, alguien le dirigió por carta ciertas alusiones de doble sentido, el joven monarca exclamó indignado: «¿Qué cosas humillantes puede saber de mí, ya que se atreve a escribirme de esta manera?». Tú también has de tener por insulto más grave que el mismo bofetón el que alguien quiera distraerte con semejantes cosas. Dile con firmeza que tal modo de hablar hiere tus gustos señoriales y tu noble manera de pensar. Es inmensamente grande el reino del espíritu; se cuen-

tan por millares los temas de qué tratar, y tú estás dispuesto a conversar de cualquier cosa, mientras se prescinda de este punto, de este único punto.

Si, a pesar de todo, el amigo no presta atención a tu advertencia, entonces piensa bien que un príncipe, vestido de blanco de pies a cabeza, nada tiene que ver con gañanes que acarrean basura; y por muy antigua que sea vuestra amistad, ¡rompe con tal amigo!

Has de percibir los ecos de aquellas palabras graves que dijo Jesucristo: «Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácalo y tíralo lejos de ti; mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno»[33]. Si tu amigo se escandaliza, abandónale, porque mejor te es entrar solo en la vida eterna, que ser arrojado con él al fuego del infierno. Sé que acaso te cueste. Pero considera que el que no respeta tus santas convicciones y tu noble modo de pensar, y ni siquiera se abstiene de insultarte a cada paso con un lenguaje grosero, este tal no es digno de que le llames «amigo». Podrá ser tu compañero, tu «compinche»; pero no tu amigo. Como los miembros de una banda de ladrones tampoco son amigos entre sí, sino tan sólo compinches.

Al despedirte, puedes preguntarle con qué derecho, teniendo un modo de pensar tan rastrero, camina todavía sobre dos pies y no a gatas. No tiene derecho de engañar al mundo; que vaya a cuatro patas y que se revuelque en el charco entre sus amados «amigos... que gruñen». ¡Si es que éstos quieren admitirle en su compañía!

Porque ser hombre significa sujetar con cadenas a la fiera que está al acecho en nosotros.

Ser joven significa irradiar con ojos brillantes la alegría esplendorosa de la aurora de la vida.

Tener virilidad significa mandar con puño de hierro a todas las inclinaciones instintivas y ser más duros para con nosotros mismos de lo que es el bisturí del cirujano para con la parte enferma del cuerpo.

Dispénsame el símil algo extraño: si alguien echa a perder su estómago y empieza a vomitar, ¿no es verdad que el hombre de

[33] Mt 18,9.

sentido cabal no se pone delante para deleitarse con tal espectáculo? Por esto, si un joven, enfermo de espíritu, empieza a arrojar en sus palabras el montón de inmundicias de su alma, el hombre honrado no puede escucharle. El médico examina la lengua del enfermo, y ve qué mal tiene; tú también puedes hacer inmediatamente el diagnóstico por la lengua y el modo de hablar de tu compañero, y saber si está enferma o no su alma.

Plutarco, pagano, habla de un filósofo que preguntó por la calle a un joven que corría presuroso. «¿De quién huyes tan aprisa?» «De un hombre que quiere seducirme y arrastrarme al mal» «¡Avergüénzate!—le contestó el filósofo—de que no sea él quien huya de ti». De modo que no te dejes impresionar por una voz estridente. Cuando el pequeño ejército de Alejandro Magno empezó a temblar del enorme campamento de los persas que tenía delante, ¿sabes con qué le animó el caudillo? «¿Por qué teméis? Si bien es verdad que allí hay muchos enemigos, hay pocos soldados». ¿Por qué motivo pudo decirlo? Porque sabía que los persas llevaban una vida inmoral.

Por tanto, si vienen tus compañeros corrompidos y se esfuerzan en «explicarte» esas cosas, yérguete con valentía. Sí, joven mío, ¡valor! Algunas veces basta una mirada seria para ahogar la voz en la garganta... de quien va escarbando en el charco de la inmoralidad; y ya mereció del pagano Horacio este epíteto muy poco halagador: *«Amica luto sus»,* «Cerdo que se deleita en el cieno»[34]. De modo que no te asustes.

«Si eres hombre, sé hombre, ten principios y fe. Y confiésalos, aunque hubieras de pagarlo con sangre. Antes reniega cien veces de tu vida que de ti mismo. Piérdase la vida con tal de conservar el honor» (Petöfi).

---

[34] *Epist.* I, 2.

12. ¡A mí no me daña!

Y no te engañes con la excusa, harto frecuente por cierto, de que a ti no te corrompe este o aquel libro, que excita la voluptuosidad; este o aquel cuadro: esta o aquella pieza teatral; este amigo malo. ¡Funesto error! Si así piensas, es que no sabes cuán metido está en el hombre el instinto de imitación. Ni sabes que hay remolinos tan peligrosos, que el remador más vigoroso procura evitar, y no por ello se le ocurre a nadie decir que es cobarde.

Sea cual fuere nuestra labor, pensamos casi inconscientemente en la manera cómo la hace el otro. En todos está vigente, más o menos, la ley de la imitación. Dícese que el astuto aprendiz de zapatero, delante de la banda militar, mastica limón, y entonces todos los músicos de la banda sienten, sin poderlo remediar, que se les llena la boca de saliva, y cesa la música. Pues de esta misma influencia invencible ejercen sobre nuestra vida moral las lecturas, las miradas, las conversaciones, las amistades.

No hay hombre en el mundo que pueda librarse por completo de la influencia del ambiente. En el fuego arde toda la leña. ¿Y tú alardeas con petulancia de que no te dañará el mal ejemplo de tus compañeros? ¿Puede el molinero, que está moliendo continuamente, afirmar que él no recibirá el polvo de la harina? ¿Y darías crédito al deshollinador, si afirmase que él no se llenará de hollín?

No presumas demasiado. Mucha razón tiene el dicho antiguo: «El fuerte es aquel que sabe que es débil» *«Fortis est, qui se negat esse fortem»*.

13. El único preservativo: evitar el pecado

Habrá algunos de tus amigos que quieran inducirte al pecado diciéndote que hoy día ya no hay que temer de ninguna enfermedad, porque se venden preservativos seguros contra la infección, y que si por casualidad te contagias, hay muchísimos anuncios de médicos que curan «con éxito seguro» las enfermedades secretas...

Quiero creer, amado joven, que si te abstienes de pecar no será, en primer lugar, por temor a la enfermedad, sino por tus principios morales; pero aun así, no está demás que sepas esto: según la afirmación de médicos serios, hasta el presente no hay profilaxis segura contra la infección. Por tanto, este engaño vil de tus amigos no es más que un esfuerzo vano para apaciguar sus propios temores; algo así como cuando el niño que tiene miedo en el cuarto oscuro empieza a silbar con fuerza para animarse a sí mismo. Los anuncios de los periódicos conocen, sí, estos preservativos seguros contra la infección... mas no los conoce la ciencia. Mediante una cura larga y paciente, con mercurio, con yoduro de potasio, con salvarsán, es posible, tal vez, mejorar el estado de tales enfermos; pero aquellos «éxitos seguros» con que te animan tus amigos para inducirte al pecado raras veces llegan a una curación completa, y por regla general, no hacen más que suprimir los síntomas de la enfermedad. Esta sigue latente en el organismo. Y

¿de qué sirve calmar la fiebre, si los bacilos[35] siguen viviendo en el organismo y pueden atarte a la cama en cualquier momento?

Lee lo que escribe respecto al particular un médico: «No se puede negar que la curación, en muchos casos, no es más que aparente. Aun después del más cuidadoso tratamiento clínico, al cabo de meses, muchas veces al cabo de años, aparecen nuevamente enfermedades desagradables, prueba de que el veneno de la sífilis, aunque no se presentase abiertamente, seguía oculto en el cuerpo, estaba "latente", según el término técnico. Si el médico interviene inmediatamente, puede lograr que cesen por algún tiempo los síntomas y la sífilis sea de nuevo "latente"; pero muchas veces con el mismo resultado que en la primera ocasión»[36].

Aún más. Supongamos que se logra la curación. En este caso, la misma enfermedad y el tratamiento, que se hace a base de venenos, de todos modos socavan terriblemente la fuerza de resistencia del organismo; y así, aun el que se cura de la sífilis, es más propenso a otras enfermedades. Este hecho fue descubierto merced a las observaciones del célebre médico de Munich, Gruber, quien notó la llamativa coincidencia de que en las grandes ciudades los hombres mueren, en proporción mucho mayor que en el campo, entre los veintiséis y sesenta años de edad. Al principio no acertaba la Medicina a dar con el motivo de este hecho sorprendente, ya que no se registraba ninguna epidemia especial en las grandes ciudades que pudiese causar tal mortandad. De repente se hizo luz: gran parte de los hombres que en las populosas ciudades morían justamente en la edad madura habían sido sifilíticos en su juventud. Se curaron, pero ya no lograron nunca recuperar su antiguo vigor.

Un joven de distinguida posición logró, a los treinta años de edad, un empleo magnífico, y quiso casarse. Ya estaban cerca sus bodas cuando una enfermedad terrible se ahincó en él con fuerza vehemente. Ni siquiera él sabía la causa; y el médico estaba desconcertado delante de ese caso; no comprendía cómo el joven robusto, al parecer completamente sano, pudo quebrantarse tan

[35] DRAE, Bacilo (Del lat. *bacillum*, báculo pequeño). m. Biol. Bacteria en forma de bastoncillo o filamento más o menos largo, recto o encorvado según las especies. (*N. del Ed.*).

[36] Dr. Med. H. Paull: *Halte deine Pugend rein.* Conserva pura tu juventud. Stuttgart, p. 29.

de repente espiritual y corporalmente. Por fin le dijo el médico que por los síntomas suponía que esa enfermedad la había contraído por algún acto inmoral. El pobre joven rompió en llanto y reconoció entre sollozos que dieciséis años antes, una sola vez en su vida, tropezó, pecó y no reincidió jamás; el médico pudo certificar que en aquella ocasión el terrible bacilo había entrado en el organismo, se había adueñado de él, y ahora, después de dieciséis años, empezaba su trabajo destructor. El desgraciado renunció al empleo, rompió el noviazgo y emigró de su patria.

Yo aconsejo con el mayor encarecimiento que en cuanto se sientan los primeros síntomas de esa enfermedad, se consulte inmediatamente a un médico de conciencia, ya que no solamente los que cometen actos inmorales, sino los mismos inocentes, pueden contraer la enfermedad por contagio; el avergonzarse, el ocultar el mal ante el médico, podría acarrear la agravación de la enfermedad. Y también es verdad que el tratamiento médico, hecho a su debido tiempo, puede poner obstáculo al desarrollo fatal del mal.

Pero, según la ciencia, no hay más que un preservativo seguro contra la enfermedad. ¡Uno solo! ¿Cuál? La continencia absoluta, la vida pura. He ahí la única profilaxis segura.

Un médico de Alemania lo escribe con toda claridad: *«Den Geschlechtskranskheiten kann der junge Mann mit Sicherheit nur durch die absolute restlose Keuschheit entgehen»* «El joven puede evitar con seguridad las enfermedades venéreas únicamente con una castidad absoluta, constante»[37].

---

[37] Dr. Med. H. Paull: *Halte deine Pugend rein.* Conserva pura tu juventud. Stuttgart, p. 62.

14. ¡Que se barran las calles!

Tú podrías, amado joven, hacer algo contra la extensión del contagio moral. Hay que declararle el boicot. Yo creo que daría algún resultado, principalmente en las ciudades pequeñas, donde las librerías no abundan, si algunos jóvenes, los honrados, los de temple, formaran una peña y se dieran esta consigna: «¡Exigimos que se barran las calles!». Bien o mal, ya se retira la basura, los desperdicios de frutas, las colillas de puros (cigarros), los gérmenes. Pero nosotros exigimos una limpieza de calles tal, que una escoba barra sin contemplaciones los escaparates de los estancos, de las librerías, de las tiendas, y reúne en el lugar adecuado, entre la basura de todos los días, aquel montón de groserías que bajo la viñeta de «arte» contagian a los transeúntes. Si se declara la peste en alguna parte, ¿sabes cuál es la primera medida que se toma? Exterminar las ratas, porque son ellas las que propagan el mal. Así tendrían que ser exterminadas también las ratas de la peste moral.

Seguir mirando con los brazos cruzados la caza descarada de dinero a base de excitar las bajas concupiscencias, consentir esos escaparates llenos de novelas, que sólo hablan de amoríos y pintan muchachitas pálidas enamoradas; embobarse ante los «productos de salón» parisienses, es señal de necedad y decadencia. Los mismos cuadros de los pintores más renombrados, las obras de la época clásica, pueden trocarse en ocasión de pecado si se los coloca en ciertos lugares y si se reproducen de manera que no estén en consonancia con la intención de los artistas. ¿Por qué, pues, no

echar mano del medio legítimo de la propia defensa, declarar el boicot a los piratas de la calle, que desde los escaparates lanzan los más ignominiosos insultos a los honrados transeúntes?

Es lástima que la virtud, al enfrentarse con el pecado, siempre sea más tímida y el pecado el más atrevido. Y no ha de ser así. Hemos de defender con tesón nuestros derechos. «¡Tenemos derecho a la calle!». La ley —bien que en otro sentido— reconoce este derecho y nos protege para que nadie nos ataque en la calle.

Pero, además, tengo derecho a exigir a todos en ella un comportamiento honesto. Y si alguien tuviera la osadía de remedar un poco lo que se puede ver en los libros y estampas de los escaparates, el guardia urbano le llamaría al orden inmediatamente. ¿Por qué, pues, han de consentir tantos jóvenes, tantos muchachos y mujeres honradas y hombres de sentido moral tener que pasar, debido a los abusos comerciales de algunos vampiros, con los ojos bajos, con timidez y cautela por delante de ciertos escaparates, para que no les suba la sangre al rostro al ver ese vil pisoteo de la moral, que en lenguaje comercial, tiene el nombre de «postales artísticas»? ¡Pedimos policías y barrenderos de la calle!

La sociedad de moralidad sana declara el boicot. Si en un estanco ves postales impertinentes, di clarito que no volverás allí a comprar nada. Si en una librería ves libros inmorales, dile al dueño que nunca más pondrás el pie en su tienda. Amado joven, no vayas a comprar donde se vende veneno espiritual e inmundicia. Ni mojando la pluma en el fuego de la mayor indignación podría describir los pantanos de miseria moral en que semejantes libros y estampas han precipitado a la juventud.

15. ¡Contra la corriente!

Es posible que hoy día, para defender tus convicciones, tengas que ir muchas veces contra la corriente; pero es cierto que el que nada con la corriente, va bajando. Oponte al sentir general de la sociedad moderna, que no ve nada de qué escandalizarse en el rebajamiento del sexo femenino. Sé que necesitaríamos una revolución para cambiar el concepto moderno, frívolo; y sé también que el que quiere hacer revolución en este punto ha de tener más valor que si tuviera que ir a las barricadas. Pero es de esperar que vengan tiempos mejores, en que no pueda cuajar la inconsecuencia pasmosa que se abrió paso en el sentir general de hoy. Ahora se mira con el mayor desprecio y se declara «indigno de los salones» al que hace la más pequeña estafa, al que roba; pero, al mismo tiempo, se admite —y aún más: se festeja— a los ladrones del honor de la mujer.

Trabaja con tu propio ejemplo por el advenimiento de una época, en que de nuevo sean los espíritus más delicados los que den el tono, y no éstos que se jactan de sus groserías rastreras. Sé verdadero gentleman, es decir, «gentil hombre», hombre noble, joven distinguido en el sentir y en el pensar, que ve rebajamiento de gusto en la menor palabra licenciosa, en la más pequeña broma de mal género, en la más leve insinuación de doble sentido. Piensa «noblemente», es decir, «irreprochablemente», como dice el alemán: *«Adelig, dass heisst untadelig»*.

Hago mío lo que escribe Foerster, uno de los más célebres pedagogos de nuestra época: «Los actos sexuales de muchos hombres modernos, ¿no recuerdan realmente las bandas de gitanos,

que van a hurtadillas, campando al aire libre, en medio de un mundo por otra parte civilizado. Tiempo vendrá en que el orden y la pureza vayan también en este punto tan naturalmente anejos al concepto de hombre irreprochable como el crédito en los negocios; y en que un médico no aconseje con más facilidad a un joven tener relaciones sexuales fuera del matrimonio por causa de «higiene», que a un obrero ir a robar viandas por causa de una alimentación mejor»[38].

[38] Foerster: *Erziehung und Selbsterziehung*. Educación y autoeducación. Zürcih 1917, p. 230.

16. En el fuego graneado de la mofa

Se mofarán de ti por tu conducta decente; se reirán de ti por sentirte encogido cuando otros te quieren animar con conversaciones groseras: serás objeto de burla por ruborizarte a la primera palabra obscena. Hijo mío, ¡ten orgullo de ello! ¡Ten orgullo de saber ruborizarte!

El sentimiento del pudor no es en nosotros una «puerilidad», no es «gazmoñería», no es prenda de «santurrón» —como dicen ellos—, sino que es un valor inestimable, un arma que nos da la Naturaleza para que nuestro yo superior se defienda casi inconscientemente de los pensamientos rastreros. El pudor del joven, con que su alma, sensible como la brújula más perfecta, se aleja aun sin pensar de toda impureza, es un tesoro valiosísimo; es un dique contra las olas impuras, que acometen de continuo la intacta entereza del cuerpo y del alma. Aun el noble pagano Plauto sintió que «perece aquel en quien perece o falta el pudor». *«Ego illum periisse dico, cui periit pudor».* Y es preferible que tus amigos se mofen de ti, llamándote «rancio», «santurrón», «beato», que el que te aplaudan, poniendo en peligro la pureza de tu alma. Acuérdate de la frase magnífica de San Agustín : «No odies a los hombres por sus errores y vicios; pero tampoco ames los vicios y los errores por causa de los hombres».

Es un cobarde el que no sabe soportar por amor a sus convicciones algunos contratiempos. Hubo niños que, por amor a Jesu-

cristo, fueron capaces de sufrir sin una palabra de queja los zarpazos de fieras hambrientas y los más crueles tormentos[39].

Vito, de catorce primaveras, fue puesto en una caldera de aceite hirviendo, y supo sonreírse... ¡por amor a Cristo!

Pelagio, de trece años, soportó que durante seis horas le cortaran los miembros de su cuerpo, uno tras otro; supo soportarlo... ¡por amor a Cristo!

El sarcasmo, las seducciones de tus amigos, se explican muy bien. ¡Cuando un cerdo se revuelca en el fango, gruñe satisfecho a sus compañeros, para que ellos también se metan en el charco... fino, blando, perfumado! ¡Qué gruñir de desprecio, al ver que el hombre no quiere acostarse junto a él en la inmundicia!

La rana, aunque la instales en un trono, de un salto se meterá otra vez en el pantano, porque sólo en él se siente a sus anchas. Acaso conozcas este dicho antiguo: *Sunt, a quíbus vituperari, laudari est* «Hay hombres cuyo vituperio es la mayor alabanza para nosotros». Y créeme: el asno también vitupera la rosa por no dar cardos. Porque es lo que a él le gusta.

Siempre me ha causado sorpresa ver que se concede beligerancia al juicio de esos espíritus trastornados. En Pisa, antigua ciudad de Italia septentrional, la torre de la catedral está inclinada que espanta. Pues si esta torre de Pisa pudiera pensar, seguramente se reiría de todas las demás torres del mundo. «¡Vaya, qué cosa! ¡De todas las torres, yo soy la única que sé tenerme derecha!».

En un pequeño pueblo, escondido entre las faldas de las montañas, todos los hombres tenían la papera, debido al agua mala y a su modo de vivir. Un día pasaron turistas por el pueblo; hombres de cara normal, corriente. Pero todos los niños del pueblo los gritaban: «¡Mirad, mirad! ¡Hombres..., y no tienen papera!».

En todo trance puede comunicarte fuerzas de perseverancia esta reflexión: el que quiera echar a perder su carácter y su personalidad y su honra, y consienta en ser esclavo de los instintos y

[39] Tenemos muchísimos ejemplos en pleno siglo XX, sólo por nombrar algunos santos y beatos mártires por defender la pureza: Santa María Goretti (12 años), Beata Antonia Mesina (15 años), Beato Marcel Callo (24 años), Beata Pierina Morosini (26 años). Beato José Sánchez de Río (14 años), martirizados en México por defender la fe en Jesucristo. (*N. del Ed.*).

hombre vil, allá se las haya, que se sumerja en los placeres; pero el que guarda aprecio de su carácter y quiere llegar a tener una personalidad armónica, ha de conservar como oro en paño la intacta entereza de su cuerpo y de su alma hasta llegar al sacramento del matrimonio, instituido por Dios. «*Tapfer ist der Lowensieger* —escribe Herder— *tapfer ist der Mweltbesieger; tapfer, wer sich selbst bezwang!*» «Valiente es el que vence al león, valiente el que vence al mundo; pero más valiente es todavía el que se vence a sí mismo». El bigote te saldrá por sí mismo; las piernas se te alargarán sin que tú te preocupes de ellas; pero el verdadero carácter no brotará por virtud espontánea. Por él has de luchar día tras día; con un sacrificio firme y un trabajo consciente has de conquistar un trozo, y después otro, de tu debilidad ingénita.

17. ¡No es verdad! ¡Mil veces no!

¿Qué es este «no es verdad»?

No es verdad lo que te dicen algunos amigos, a falta de otros argumentos, para hacerte vacilar en tu firme propósito de llevar una vida pura, de guardar continencia. No es verdad lo que, a base de la propia experiencia y el consejo de algunos médicos, te dicen y repiten hasta ponerte la cabeza como un tambor: «¡Tú, beato, santurrón, tonto!, en vano te esfuerzas por conservarte puro hasta el matrimonio: esto es absurdo, imposible. Quieres lo imposible. La juventud ha de tener expansión. Hay que aprovecharse de los años jóvenes. Tan sólo un modo de pensar rancio puede exigir a la juventud una vida pura. Un cuerpo joven, bien desarrollado, rebosante de fuerza, es incapaz de ello. El deseo sexual es como... la respiración, como el latido del corazón. Viene espontáneamente, no tienes tú la culpa. Y lo que es ley de la Naturaleza no puede ser nocivo ni hay que suprimirlo. ¿Por qué te esfuerzas? Te pondrás enfermo. Te pondrás nervioso, achacoso, si acallas las exigencias de tus instintos, si esperas hasta casarte. Mira: también Juan, también Pablo, fueron a ver al médico, y éste les aconsejó que... "adelante, sin temor; tan sólo con prudencia, con cautela..."».

Pues a esto digo yo: «¡No es verdad!» No es verdad que la juventud haya de solazarse en juergas, como lo pregonan tus amigos. La Iglesia católica exige el celibato, la castidad de sus sacerdotes durante toda la vida, y ellos, a pesar de todo, no se ponen en-

fermos; antes bien, suelen vivir más tiempo que los demás. ¿Y dirás que es imposible conservar la pureza, no durante la vida entera, sino hasta el matrimonio? A esto respondo: «¡No es verdad!» No es verdad que un organismo joven bien desarrollado sea incapaz de guardar continencia. Y no es verdad, mil veces no, que, por consecuencias de la vida pura, hayas de estar enfermo.

Entonces..., ¿qué es verdad?

18. No jugar con fuego

Es verdad que al que está hecho de paja no le conviene acercarse al fuego. Es verdad que el cañón de un fusil se revienta si lo disparas con un proyectil de calibre superior. Es verdad que el conductor eléctrico se funde si coge el rayo. Es verdad que el caballo más manso se hace salvaje y fiero si le echas yesca[40] ardiente en la oreja. Y es verdad también que tus amigos, los que te hablan con fines de seducción, han atrofiado, por el hábito de pecar, su fuerza de voluntad hasta el punto de que ahora les parece realmente imposible la vida pura.

En el Museo Nacional de Berlín hay un cuadro conmovedor: sólo pensamientos tristes puede suscitar en el ánimo del espectador. En el fondo de un precipicio, entre horrorosos peñascos, corre espumante, vertiginoso, casi pulverizándose, un torrente montañés. Pasa un puente sobre el abismo; pero el puente se va estrechando...; hacia la mitad ya no tiene más que una plancha... Con la cara encendida, con los ojos ardientes, va atravesando el puente un joven jinete.

No ve el precipicio, no ve el estrecho pasador, no ve más que una cosa: allá en la otra parte, allá en el peñasco, le llama el hada seductora, la hechicera de los placeres sensuales. No ve más que a ella, por ella se afana con fatal ceguera... Junto a él va la muerte; se sonríe, irónica y fría... Lleva en su mano un reloj de arena. Las arenillas han bajado ya casi todas, el joven jinete ya está para llegar

[40] DRAE, Yesca, (Del lat. *esca*, comida, alimento). f. Materia muy seca, comúnmente de trapo quemado, cardo u hongos secos, y preparada de suerte que cualquier chispa prenda en ella. (*N. del Ed.*).

a la plancha estrecha... un momento... ya cae... ya se precipita... Abajo le esperan las olas espumantes... las fauces abiertas, las fauces sin fondo del Averno...

Sí; el que empezó a pisar la senda de la inmoralidad, difícilmente podrá detenerse... Esto es lo que es verdad.

Los antiguos hablaban de un monte que se yergue en medio del Océano con una fuerza magnética inmensa. Decían que si la tempestad arroja un buque en su cercanía, este monte lo atrae con una fuerza tremenda, lo hace trizas, lo sumerge en el fondo del mar. Hablaban también de las sirenas, que con su canto hechicero atraen a su isla al viajero embrujado, y allí le matan cruelmente.

Pues bien; aquel monte magnético no existe en la realidad, como tampoco existen las sirenas. Pero corre más peligro que si hubiera de luchar contra la fuerza magnética del monte y el canto de las sirenas el que empieza a jugar con los incentivos de la vida inmoral... Esta es la verdad.

Y es verdad también que si tus amigos charlatanes hubiesen sido más severos con sus bajos instintos en las primeras tentaciones, hoy su voluntad no sería cual trapo roto, gastado, impotente ante la tentación. Al principio, estos deseos son todavía tímidos, no tienen tanta vehemencia; entonces es cuando hay que tener temple de acero, y así más tarde no habrá que disculpar el pecado con excusas hueras. Bien sabes que es posible domar la fiera más enfurecida; el domador se aventura a poner la cabeza en la boca del león, y éste no le hace nada. ¡Cuánto más se puede domeñar el temperamento más apasionado!

El instinto, en sí, no es invencible; es sólo el instinto artificialmente excitado al que no puede dominar la voluntad débil.

No quieres estar enfermo. Pues entonces, ¿por qué introduces en tu organismo bacilos de fiebre? No quieres padecer tifus. Pero ¿por qué bebes agua del pantano?

Pero si la misma naturaleza me instiga a la vida sexual, ¿cómo voy a sofocarla? Lee lo que contesta a tal dificultad un profesor de Medicina de la Universidad de Budapest, León Liebermann:

«Y ahora contestemos todavía a aquellos que, fiándose por completo de los instintos puestos en nosotros por la misma natu-

raleza, afirman que dar satisfacción a una cosa que la naturaleza pide no puede ser nocivo.

A estos tales les contestamos que la naturaleza dotó al hombre de varios instintos; cada uno de éstos sirve para su fin, porque no basta un solo instinto para los diversos fines de la naturaleza. Uno de los fines de la naturaleza es la conservación de la especie humana; por esto proveyó del instinto sexual; otro de sus fines es que la nueva generación sea sana y que el individuo, como creador inmediato de la misma, conserve su incolumidad, su salud. Pero ya que la satisfacción del instinto sexual, encaminado a la procreación, podrá fácilmente causar detrimento al otro fin, por esto nos dotó también de otro instinto regulador del primero, instinto que podríamos llamar instinto de pensar.

Los instintos, tomados aisladamente, son, con bastante frecuencia, falaces.

E1 convaleciente de tifus siempre tiene hambre, hasta el extremo de llorar y suplicar que se le dé un bocado de pan. El instinto de alimentarse nunca quizá se manifiesta con tanta fuerza como en este trance. Y, no obstante, ¿qué sucede si por conmiseración cedemos a las súplicas del enfermo y le damos lo que pide? Le exponemos al mayor peligro de su vida. Sus intestinos, cubiertos de llagas apenas cicatrizadas, no resisten el alimento apetecido; las llagas se abren nuevamente, y si uno de estos desgraciados llega a la mesa de operaciones, vemos que es justamente el alimento codiciado lo que le mató, agujereando sus intestinos.

¿Quién no se sintió instigado una que otra vez por el instinto de beber un vaso de agua fría, o de bañarse, cuando está acalorado y como jadeando? Pero todos sabemos las consecuencias fatales que puede acarrear un acto tan imprudente; por esto no creo necesario hablar más de ello. Todos reconocerán la exactitud de nuestra afirmación: el instinto puede ser falaz y puede necesitar freno»[41].

El animal lo hace todo al dictado de un instinto, y éste, guiado por Dios, no le hace errar el camino. Pero en el hombre el guía

---

41 Liebermann: *Az egyetemen és föiskolák polgáraiboz.* A los universitarios y alumnos de escuelas superiores. Budapest 1942, págs. 11, 12.

del instinto es la razón; y la voz de la razón es contraria muchas veces a las exigencias del instinto.

19. ¡Aprovecha la juventud!

Sí, la juventud ha de aprovecharse; de ella ha de sacarse todo el partido posible. No dando rienda suelta a todos nuestros instintos, sino trabajando en la formación del carácter con seriedad santa, con perfecto conocimiento de lo que significan en la vida los años de adolescencia. Si las fuerzas jóvenes están a punto de estallar de puro tensas, si la sangre hierve como lava ardiente en sus venas, lánzate al trabajo y aprovecha tus energías para cumplir del modo más perfecto posible tus deberes diarios. Hagamos todos que florezca y adquiera un papel de guía nuestro yo superior, nuestro espíritu, y que se ejerciten en abnegación y obediencia los deseos carnales.

¡Eres libre! —se te dice—. «Libertad», «independencia», son palabras que seducen a la juventud. Realmente has de ser libre e independiente, pero también prudente y sobrio.

En el mundo de la moral, como en el de la naturaleza, hay leyes, y no es posible prescindir de ellas... por lo menos sin merecer el castigo. Si al escalar altas montañas ves el borde de un sendero peligroso una baranda, por muy libre e independiente que seas, no lanzarás, indignado, a la baranda este reproche: «¿Por qué pones obstáculos a mi libertad?». Y si con todo se te antoja embestir contra ella, caerás irremisiblemente en el profundo abismo. Barandas son las leyes de la moral. Podrían producirte el efecto de una traba molesta; pero, en realidad, son salvaguardia de tu desarrollo moral y no te dejan caer en el precipicio. Aprovecha, pues, tu juventud, mas no pisoteando la ley moral. Sé joven libre; pero

joven que sella con una vida recta la voluntad sublime del Creador.

Te susurran al oído: «El sofocar los instintos, el refrenar las pasiones, el extirpar las malas inclinaciones, va contra la naturaleza». ¿Contra la naturaleza? Los religiosos de la Edad Media talaban los bosques vírgenes, que eran producto espléndido de la Naturaleza; pero lo hacían para crear en su lugar la civilización.

«¡Aprovéchate de la vida! ¡Ama la expansión!», se te dice por todas partes. Pues bien: tampoco lo prohíbe Jesucristo. Tampoco Él enseña que has de ahogarte, que has de vivir cohibido. Lo que Él exige es esto: aunque goces de la vida, no te revuelques en el fango, sino... ¡hacia arriba, hacia arriba! Mira el rosal, que «vivió a sus anchas» en su juventud, es decir, el rosal cuyos retoños no podó el jardinero. ¿Tendrá fuerzas para dar flores? ¡Nunca! Porque malgastó en retoños salvajes las energías más preciosas de su juventud. Hijo mío, tú eres el jardinero responsable del rosal de tu alma.

¡Oh, cuántos muchachos gritaron ya en medio de sollozos y exhalaron su queja en noches oscuras, sin esperanza! ¿Por qué no me llamó nadie la atención a su debido tiempo sobre las consecuencias terribles del pecado? ¡Sobre el primer pecado! ¡El primero...! ¡Aquél...!

20. Pureza y Salud

Vamos a habérnoslas ahora con estos amigos de manga ancha, y aun con algunos médicos que, por frivolidad —no me atrevo a escribir por afán de lucro—, hablan de «los perjuicios que causa la vida pura». Como es natural, los jóvenes juran con gusto sobre la palabra de estos doctores, ya que encuentran en su teoría la excusa de los pecados propios. Hay médicos de esta calaña, lo concedo; pero los serios tildan de curanderos a estos colegas: *«Jeder Arzt, der so rät, begeht ein infames Verbrechen»*, dice con todo derecho el profesor Ziemsser[42]. «El médico que da tales consejos comete un crimen infame».

Y es casi increíble la turbación que causan a los jóvenes bien intencionados las teorías cogidas al vuelo, según las cuales el que lleva una vida pura se pone enfermo, se vuelve nervioso. Los compañeros que ya han caído le marean tanto la cabeza al pobre muchacho, que él, sin darse cuenta, empieza a vacilar en sus principios; y si una noche se despierta, porque le duele la cabeza o porque el corazón le late más apresuradamente; y si un día siente un asomo de vértigo o le salen granos en la cara, ya se le clava el pensamiento: «Ya llegó eso; es verdad. ¡Me pondré nervioso!...». ¡Amado joven! No te dejes engañar por estas necedades.

De todos modos, el mayor tesoro de la tierra no es la salud. El carácter, el honor, el alma recta, valen más que ella. Y aunque te costara un poco de jaqueca o un poco de mareo, ¿te seña lícito

[42] Dr. Med Aug. Müller: *Ihr sollt keusch und züchtig sein!* Tenéis que vivir casta y púdicamente. *Oranienburg,* p. 21.

rasgar y hacer trizas la pureza de tu alma por semejantes pequeñeces? ¿Te es lícito pisotear en el fango los derechos del alma para evitar unas pequeñas molestias?

¡Y no es verdad! No es verdad que la vida pura dañe en lo más mínimo la salud. Enséñame un solo trabajo de especialista, un trabajo serio, cuyo autor se atreva a responder de sus afirmaciones delante de la ciencia; enséñame un solo médico de estos que toman a conciencia su misión, que pueda presentar con pruebas una sola enfermedad originada de la continencia. No le encontrarás en toda el haz de la tierra.

En cambio, hay millares de libros que tratan de los espantosos destrozos causados por la vida de libertinaje. «Médico» hay que quisiera favorecer las inclinaciones sexuales de la juventud —¡con tal que vayan bien los negocios!—, y en sus consultas privadas aprueban las transgresiones de la continencia; pero los que pueden pretender el título de especialistas, las primeras autoridades en la materia, son de muy distinto parecer.

21. Qué dice la ciencia médica

Un estudiante de segunda enseñanza leía este libro —en una de sus anteriores ediciones—, y un hermano suyo, ya universitario, le dijo: «Bien, bien. No es tan seria la cosa. Está muy bien lo que hay en este libro. Pero estas cosas sólo las dicen los sacerdotes. La verdad es que conviene no empezar antes de tiempo. Pero una vez cumplidos los veinte años...».

¡Ah!, ¿sí? «¿Lo dicen los sacerdotes?».

Si no ha de aburrirte, lee las siguientes manifestaciones de algunos médicos eximios, de fama mundial, y que, por cierto, no son sacerdotes.

Krafft-Ebing dice que todo hombre normalmente desarrollado puede vivir castamente, sin que por ello sufra el menor cambio su estado de salud[43].

Forel, el célebre médico de nervios de Zurich, escribe de esta manera en su libro *Die Sexuelle Frage* (La cuestión sexual): «En circunstancias normales, para un joven de tipo general, que trabaje con vigor, así corporal como espiritualmente, y se abstiene de la excitación artificial, principalmente de los medios narcóticos que embotan la voluntad y la reflexión, como, por ejemplo, las bebidas alcohólicas, la continencia no es un imposible... Su salud no sufre por ello... Nunca me he encontrado con una psicosis (enfermedad

---

[43] *Psichopathia sexualis,* 1876, p. 104.

de nervios) que tuviese su origen en la vida pura, y muchísimas veces me he encontrado con las que eran consecuencia de la sífilis o de otros desórdenes. Por otra parte, hemos de insistir en que la vida pura hasta el matrimonio es la más llevadera, no sólo moral y estéticamente, sino también higiénicamente»[44].

El Doctor Roissier escribe de esta manera: «Me siento dichoso de encontrarme entre hombres que se atreven a pregonar que la pureza virginal no puede ser nociva de ninguna manera al joven. Quisiera poderlo decir a todos y a cada uno en particular; no creáis al médico que os dice que no viváis puros antes de casaros, porque su consejo es erróneo y nocivo».

El Doctor Herbst, médico de Nuremberg: «La continencia absoluta no es tan nociva como la inmoralidad. Hemos de subrayar enérgicamente que todas esas afirmaciones son falsas. La perfecta continencia no causa el menor daño. El que sostiene otra cosa se equivoca, o bien busca excusas vanas para encubrir sus propios actos. Y me sea lícito hacer constar aquí otra cosa: la absoluta continencia es posible, con tal de guardarla no sólo corporal, sino también espiritualmente. No es únicamente el cuerpo el que ha de estar alejado de semejantes actos, sino también la fantasía... Sí, la vida pura es posible, y no sólo posible, sino además muy saludable»[45].

El segundo Congreso Internacional que los médicos del mundo entero celebraron del 1 al 6 de septiembre de 1902 en Bruselas, para tratar de higiene y de moral, tomó por unanimidad la siguiente decisión: «... Se ha de enseñar principalmente a la juventud que la vida pura no daña en lo más mínimo la salud; antes bien, es muy recomendable desde el punto de vista higiénico y médico».

El Doctor Surbled: «Es posible vivir puramente, y no es peligroso en lo más mínimo. La vida inmoral puede acarrear muchos males; la continencia, ninguno. Lo demuestra el mero hecho de que las enfermedades originadas por los excesos sexuales son tratadas en voluminosas obras médicas, mientras que las origina-

---

[44] Wegener: *Wir junge Männer*. Nosotros los jóvenes. Düsseldorf, 1906, págs. 152-153.

[45] Dr. Herbst: *Gesblechstrieb und Sittlinchkeit*. Instinto sexual y moralidad, págs. 5-6.

das por la vida casta todavía hoy están esperando al escritor que les dedique un libro»[46].

La *Facultad médica de la Universidad de Cristianía* publicó el siguiente manifiesto: «La afirmación propalada en estos últimos tiempos por ciertos individuos y repetida también con la publicidad en la prensa y en reuniones —es, a saber, que la vida moral y la continencia son perjudiciales a la salud—, según nuestra experiencia unánime, carece de todo fundamento. No conocemos ninguna enfermedad o debilidad de la cual sea lícito o posible afirmar que tiene su origen en una vida completamente pura y moral. — Firmado: J. Niecolayson, E. Winge, Jokmann, J. Heiberg, J. Wänn, Müller, E. Shönberg, *profesores de la Facultad médica de la Universidad de Cristianía*».

El Doctor W. Bergmann: «El hombre soltero, aun no maduro sexualmente, tiene que guardar absoluta continencia, no solamente desde el punto de vista moral, sino también higiénico». Repetimos gustosos la frase dura, pero exacta, que formuló Möbius: «Todo médico que afirma lo contrario es peor que la peste»[47].

El Doctor Ziemseen: «Todo médico que aconseja a un hombre que vaya a un antro de pecado comete un crimen infame (*ein infames Verbrechen*). La ciencia no conoce una sola enfermedad causada por la vida pura»[48].

El Doctor Mantegazza, fisiólogo italiano: «Una cosa sé con certeza, y es que he visto a muchas personas agotadas, idiotas y paralíticas a causa de sus excesos; sé que puedo enumerar por lo menos veinte enfermedades que provienen de un modo de vivir licencioso; pero no he visto todavía una sola enfermedad causada por la continencia»[49].

El mismo autor añade: «Las bendiciones de una vida casta las experimentan en sí todos los hombres, especialmente los jóvenes. La memoria es fácil y tenaz, el pensamiento vivo y fecundo, la

---

[46] Good: *Erküles es cró.* Moral y fuerza, Budapest 1813, pág. 53.

[47] Dr. Med. Bergmann: *Selbstbefreiung aus nervösen Leiden.* Autoliberación de achaques nerviosos. Herder, p. 261.

[48] Dr. Ziemseen (citado por Berger): *Leben rein!* ¡Vive puramente! Tyrolia, Innsbruck, p. 71.

[49] Mantegazza (Geradaus): *Kompass für den deutschen Studenten.* Compás para los estudiantes alemanes. Herder 1922, p. 157.

voluntad fuerte, el carácter adquiere temple de acero... Ningún vidrio, que descompone la luz, muestra el ambiente con colores tan celestiales como el prisma de la pureza que proyecta los colores del arco iris sobre todas las cosas del mundo y comunica una felicidad sin nombre»[50].

Eulenburg, profesor de Medicina psicológica de la Universidad de Berlín, escribe de esta manera: «Yo no admito que nadie, llevando una vida razonable, se haya puesto enfermo, es decir, nervioso, a causa de la continencia sexual. Esta afirmación, harto frecuente, es para mi efecto de charlatanería completamente hueca y sin consistencia»[51].

El mismo profesor, en su libro intitulado *Neuropathia sexualis virorum* (Neuropatía sexual de los hombres), escribe: «Es una creencia muy extendida entre el público profano, por desgracia aprobada abierta o calladamente por ciertos médicos, el que la continencia sexual forzosamente ha de ser nociva, y lo es, en proporciones enormes a la juventud, por hallarse en estado de desarrollo. Esta creencia impulsa realmente a los jóvenes a la vida sexual ilegítima. Nunca nos cansaremos de levantar la voz contra ella»[52].

Osterlen, en su obra intitulada *Handbuch der Hygiene* (Manual de Higiene), dice: «El joven y la joven han de aprender a guardar continencia hasta que llegue su tiempo. No les costará hacerlo si meditan esta verdad: todo su porvenir, principalmente la felicidad de su matrimonio, depende de la vida que hayan llevado en su juventud. Hay que iniciar, por tanto, a los jóvenes, decirles que es rico galardón de la continencia provisional una salud floreciente, una robusta energía de actividad, una conciencia varonil»[53].

«La continencia es posible —escribe un ginecólogo, el Doctor Emmanuel Meyer— sin ningún detrimento de la salud; es un hecho comprobado por miles de casos»[54].

---

[50] Foerster: *Jugendlehre,* 1913, p. 625.

[51] Foerster: *Ib.*

[52] Wegener: *Wir jungen Männer.* Nosotros, los jóvenes. Düsseldorf 1906, p. 115.

[53] Smuszal: *Atistzta életöl.* De la vida pura. Budapest, 1906, p. 171.

[54] S. Meyer: *Von Mädchen zur Frau.* De muchacha a mujer. Stuttgart 1917, p. 121.

Ahí va el parecer del Dr. Starke, consejero de Higiene: «No admito que la continencia sea causa de ninguna enfermedad nerviosa. Yo no he visto ningún caso».

El Doctor Kornig lo dice sin ambages: «La pureza y la fidelidad conyugal son las virtudes que reciben mayor galardón en la tierra»[55].

«Los médicos que aconsejan a los jóvenes buscar satisfacción sexual fuera del matrimonio cometen una imprudencia imperdonable. Si un joven viene con la queja de que padece jaquecas, o el corazón late a veces con ritmo acelerado, es cuestión de proceder a un examen serio para saber si el paciente bebe mucho vino, cerveza, té, café... si fuma mucho, si lleva una vida sedentaria; en una palabra, para indagar si su malestar puede tener otra causa cualquiera; pero no es lícito aconsejarle con tanta falta de responsabilidad»[56].

M. Gruber, profesor afamado de Medicina de Munich, apoyándose en teorías, experimentos y estadísticas, afirma lo siguiente: «Ni sombra de prueba podemos tener de que la continencia daña la salud; en cambio, todos aquellos que han de hacer un fuerte trabajo espiritual y corporal, justamente al hacer el mayor gasto de fuerzas, sienten en qué grado la continencia aumenta su energía y su capacidad de trabajo. Lo sabían ya los atletas de la antigüedad, lo saben los deportistas de nuestros días, lo saben los investigadores geniales y los artistas creadores»[57].

Doctor Stitker: «No repetiremos bastante a los jóvenes que la continencia todavía no ha dañado a nadie; en cambio, el placer sensual sí dañó a muchos»[58].

Doctor May: «En mi práctica casi de treinta años he tenido la triste ocasión de ver innumerables víctimas de la inmoralidad; en cambio, no he visto una sola víctima de la vida moral»[59].

---

[55] Dr. Kornang: *Warnungszeichen am Lebenswege junger Männer*. Señales de aviso para los jóvenes en el camino de la vida. Neu Ruppin, p. 12.

[56] Lo dice Hersen, profesor de Medicina de Lausanne.

[57] Szuszai: *Kalauz a krisztusi*. Guía para vivir según Cristo. Kolozsvár 1910, p. 82.

[58] Stiker: *Geschlechtsleben und Pforpflanzung vom Sandpunkte Arztes*. Vida sexual y propagación desde el punto de vista del médico. M. Gladbach, 1916, p. 60.

[59] E. Hammelrath: *Teutonenkraft und sexeulle Frage*. Fuerza de teutones y cues-

Paull, médico de Karlsruhe: «La objeción que con bastante frecuencia presentan personas superficiales, según la cual la represión del instinto sexual causa un estado enfermizo, carece de todo fundamento. Todavía ningún médico ha podido probar enfermedades cuya única causa haya sido no dar satisfacción al instinto sexual. Un médico concienzudo nunca ha afirmado ni ha podido afirmar que el hombre sano, para conservar la salud, necesite ejercitar el instinto sexual. La secreción de humores, que sufren de cuando en cuando hombres de vida pura y que los analfabetos consideran algo enfermizo —es, a saber, la llamada polución— de ninguna manera es fenómeno morboso. Es un vaciarse completamente natural. Todavía nadie ha enfermado —y lo subrayo con insistencia— por llevar una vida pura»[60]. «Las exigencias de la moral religiosa concuerdan perfectamente con las exigencias de la higiene. Aún más: he de manifestar que la moral religiosa recibe justamente en el campo de la vida sexual su prueba más contundente de las afirmaciones de la higiene»[61].

El Doctor Lajos Nékám: «No solamente en las grandes líneas, sino también en los problemas más ceñidos de la vida sexual y conyugal, los postulados higiénicos y los morales van tan paralelos, son tan idénticos, que la pureza sexual, los deberes de la fidelidad conyugal, el anatema contra la supresión artificial de los hijos, contra el aborto, contra la teoría del hijo único, si son, por una parte, mandatos religiosos morales, suena, por otra, a los oídos del médico como dogmas de higiene expresados con la ideología de la moral; y las graves afirmaciones teóricas del médico respecto de los peligrosos desvíos de la vida sexual y matrimonial parecen arengas de propaganda moral, redactadas conforme a la ideología de la ciencia médica»[62].

Mira con qué seriedad habla también de esta cuestión la Asociación de Scouts Húngaros: «Para afirmar después de Forel, Kraft-Ebinb. Rohleder, Seved, Ribbing, Mantegazza y la Facultad

---

ción sexual. Trier 1917, p. 65.

[60] Dr. Med. H. Paull: *Halte deine jugend rein.* Conserva pura tu juventud. Stuttgart, p. 62-63.

[61] Dr. Med. H. Paull: *Halte deine jugend rein.* Conserva pura tu juventud. Stuttgart, p. 70.

[62] Dr. Lajos Nékám: *Házasság ës orvostudomány.* Matrimonio y medicina. Magyar Kultura, 1930, p. 257.

de Medicina de varias Universidades que la vida moral daña a la salud, o sostener —en contra del hecho palpable que ofrecen los muchísimos ejemplos de hombres continentes, que luchan varonilmente y se vencen a sí mismos—, sostener que vivir según la moral cristiana es imposible, se necesita, no solamente un grado más que regular de desvergüenza, sino también el oscurecimiento de la mente, que una vida inmoral y enfermiza regularmente trae aneja»[63].

Con qué gravedad escribe el grupo femenino de la Asociación Nacional de Médicos Húngaros: «En nombre de las facultativas cristianas, cuya fe y saber te manda unánimemente este mensaje, quisiera gritarte para que lo oigas en toda tu vida, en medio de todos los murmullos de seducción y adulación: ¡No es verdad que la vida casta tenga consecuencias nocivas! No hay un solo médico honrado y bien informado que pueda nombrar una sola enfermedad causada por la "continencia". Si hay estados nerviosos, cuya causa, según algunos, sea la continencia sexual, esos estados nunca se presentan en personas de pensamientos puros y que apartan las imágenes obscenas de su fantasía, sino tan sólo en aquellos que con lectura, compañías, etcétera, han excitado su fantasía y sus nervios y después se han abstenido del acto únicamente por miedo a las consecuencias inmediatas. En cambio, cada médico puede dar una nutridísima lista de personas desgraciadas, que van poblando los manicomios, los institutos para ciegos, las cárceles, por culpa propia o por la de sus padres»[64].

Ahí tienes una breve antología de manifiestos lanzados por médicos serios. Lo repito: estos manifiestos no proceden de sacerdotes, sino de médicos de primer orden.

Añade ahora aquel mar de miserias, de degradación y enfermedad, que son corolarios de la vida depravada; y medita que la maldición de una sola noche la expían miles y miles de personas durante largos años, y quizá lleguen a la bancarrota completa espiritual y corporalmente; medítalo y después cuéntalo a aquellos amigos que peroran delante de ti sobre la imposibilidad y las influen-

[63] Syk: *Magyar Cserkésvezeiök könyve.* Libro de los Jefes Scouts Húngaros. Budapest 1922, p. 62.

[64] Dr. M. Csaba y señora del Dr. Csiá: *Amit egy magyleánynak tudnia bell.* Lo que ha de saber una muchacha crecida. Budapest 1931, p. 31.

cias nocivas de la continencia. Muéstrales los numerosísimos hospitales y manicomios en que sufren por millares las pobres víctimas de la inmoralidad, y ruega a tus amigos que, a su vez, te enseñen, si pueden, un solo hospital en que se someta a tratamiento a aquellos que enfermaron a causa de la castidad. ¡Que te enseñen uno, nada más que uno!

Y lo que vemos en el campo individual lo observamos también en la vida de los pueblos. La Historia conoce grandes pueblos que llegaron a la decadencia por la inmoralidad; en cambio, «no conoce un solo pueblo que haya perecido por causa de sus buenas costumbres»[65].

[65] Sigue leyendo hasta el fin este libro y no te desalientes por el cuadro terrible físico y moral que el autor te describe hasta aquí. Si descorazonado por las caídas o por la dureza y persistencia de las luchas renunciases a proseguir la lectura de este libro, se perdería el fin último pedagógico de lucha optimista, aunque difícil, que se propuso el autor. Sigue, pues, leyendo hasta el fin. – (Nota del T.).

22. Dios y la naturaleza

Ni puede ser de otra manera. Has visto que las leyes santas del Creador exigen continencia completa antes del matrimonio. No vacilo en afirmar: si Dios hubiese dado leyes, sin preocuparse de que a nadie perjudicase su cumplimiento concienzudo, entonces se contradiría a Sí mismo... y esto es imposible.

Los filósofos han hecho una observación interesantísima: han demostrado que en la antigua lengua teutónica la palabra «sano» y «santo» proceden de la misma raíz; es decir, lo que hagamos según la voluntad de Dios, no puede causar detrimento a la vida del cuerpo. (También en el alemán actual: Heilen, heilsam y eilig. Curar o sanar, saludable, santo).

Y si es justamente la continencia que daña, ¿por qué castiga la naturaleza precisamente a la vida inmoral con tan horrorosas enfermedades? La naturaleza no se contradice nunca.

No es una casualidad, sino la voz clara de la naturaleza, el que entre los animales no haya siquiera rastro de enfermedades venéreas, precisamente porque ellos no son capaces de cometer desórdenes sexuales. Únicamente el hombre, por libre albedrío, tiene este triste privilegio.

Nosotros procuramos en todo ser más refinados que los animales: no nos tragamos los manjares con voracidad, sino que los comemos a bocados y, finalmente, los masticamos; si estamos contentos no emitimos sonidos inarticulados, sino que sonreímos; sólo en este punto, en la vida sexual, podemos degradarnos hasta el extremo de llegar más abajo que los brutos.

Entre los seres creados, sólo el hombre recibió de Dios un medio auxiliar tan magnífico como es la mano. Si no fuera un instrumento tan admirablemente perfecto como lo es en realidad, difícilmente podríamos superar a los animales. Con las manos preparamos la comida, esculpimos las estatuas, nos vestimos, hacemos las medicinas, escribimos los libros, gobernamos el buque, conducimos la locomotora del expreso, de todo la cual no son capaces los animales. La mano prueba la gran confianza que tiene puesta Dios en nosotros. ¡Qué grave obligación para todos los hombres usar la mano de modo que ésta los levante por encima de los animales! ¡Y no degradarse más abajo del nivel del bruto, empleando la mano para actos pecaminosos y para la propia contaminación!

¿No se manifiesta con luz meridiana el castigo de Dios en el hecho de que justamente aquella fuerza creadora, que, aprovechada según la santa voluntad del Hacedor, sería fuente de nueva vida, se trueca, por los abusos pecaminosos, en exterminadora de innumerables vidas humanas? ¿Puede levantar su voz la naturaleza de un modo más elocuente contra las relaciones extraconyugales que fulminando contra la vida inmoral tan espantosas enfermedades? La naturaleza se defiende, defiende sus sagradas leyes así como puede: a los que conculcan la ley los ataca con el ejército formidable de millones y millones de bacilos. Y no es casualidad, sino la expresión inequívoca de la voz de la Naturaleza, el que sólo la vida continente o el matrimonio legítimo, ordenado, santo, puedan preservarnos con seguridad de esas enfermedades.

23. ¿Quién es el que no puede permanecer casto?

Reconozco que el que únicamente quiere abstenerse del acto exterior, pero se entrega a pensamientos obscenos y consiente en deseos inmorales, pronto o tarde llegará a los hechos. Porque en este terreno no hay parada en la mitad del camino. El cuerpo y el espíritu están en íntima correspondencia, y los tropiezos de éste influyen en la debilidad de aquél.

En este punto no hay que ser benévolos; no se puede contemporizar. No podemos tranquilizarnos con que «tan sólo llego con el pensamiento hasta el punto en que todavía no hay pecado, y no doy ni un paso más allá». Imposible. El que es impuro en sus pensamientos a sabiendas y en ello consiente es como si hubiese cometido el hecho del pecado. Juvenal escribe: *«Nam scelus intra se tacitum qui cogitat ullum, facti crimen habet»*[66] «El que va rumiando en su interior un pecado oculto, ya es reo del crimen».

Por tal motivo es de gran importancia tener puros los pensamientos. Las imágenes obscenas, el pensamiento impuro, pueden trastornar el organismo; porque la excitación del cerebro se extiende a la médula espinal y de ahí a los órganos sexuales. Y el instinto excitado reclama a gritos la acción inmoral. Claro está que no puedes sofocar el incendio arrasador; pero ¿no has sido tú el que has hecho saltar la primera chispa?

---

[66] *Sátiras*, 13, 209.

Lee lo que al respecto escribe un célebre profesor de Medicina de la Universidad de Pázmány, de Budapest, el Doctor Liebermann:

«El profano se cree muchas veces que, una vez excitado el instinto sexual, es necesario darle satisfacción para conservar la salud. ¿Es verdad?

La continencia no tiene consecuencias nocivas que merezcan tenerse seriamente en cuenta; en cambio, la incontinencia, por la natural conmoción del sistema nervioso, puede producir alteraciones que se manifiestan principalmente en los desórdenes del cerebro y de la médula espinal, y, por regla general, en las anomalías del sistema nervioso y de la actividad espiritual.

Y no se diga que hay bastantes hombres de vida licenciosa que, a pesar de todo, son sanos y robustos. Estos ejemplos nada prueban. Confieso que hay alguno de constitución tan extraordinariamente fuerte que, al parecer, puede pisotear impunemente su salud durante algún tiempo. Pero hemos de pensar que nadie sabe de antemano hasta dónde llegan sus fuerzas. Con derecho se puede preguntar si tal hombre, robusto y sano, no lo sería aún más si hubiese llevado otra vida más moderada. Por otra parte, no hay que fiarse demasiado de la salud aparente o supuesta, por la sencilla razón de que los hombres en general no se sienten muy inclinados a divulgar sus defectos corporales o espirituales; en cambio, son muy propensos a ocultarlos, y aun a aparentar con frecuencia, por vanidad o por orgullo, que sus cualidades son mejores de lo que son en la realidad.

El que vive sobriamente y cumple sus deberes en conciencia y trabaja con seriedad, y evita las compañías frívolas, las lecturas licenciosas, las obras teatrales de mal gusto... y las desprecia como cosas que hacen vil negocio con la excitación de las pasiones, y no descuida el ejercicio corporal, muy poco se sentirá molestado por los incentivos rebeldes, y con pequeño esfuerzo de la voluntad podrá fácilmente vencerlos»[67].

Sabías que en ti duerme una fiera; ¿por qué la has despertado?

---

[67] Leo Libermann: *Az egytemek és föiskolak polgáraiboz.* A los universitarios y alumnos de escuelas superiores. Budapest 1912, p. 9-11.

Sabías que tu temperamento es como la yesca; ¿por qué has jugado con el fuego?

Sabías que no es lícito disparar cohetes en las cercanías de un polvorín; ¿por qué lo has hecho?

Ya lo creo: el que de pensamiento, en la soledad que frecuenta, en las lecturas, asistiendo a obras teatrales y películas inmorales[68], peca contra la pureza y consiente que sus malos pensamientos se erijan en tiranos, no será continente en sus actos.

Pero que al joven puro en los pensamientos y en todo el concepto de la vida le sea imposible la continencia o que ésta le dañe la salud lo más mínimo, esto es lo que yo niego..., ¡esto no es verdad, no y mil veces no!

---

[68] Agregamos el mal uso de internet, por el auge que ha tomado en esta materia. (*N. del Ed.*).

24. Casto de cuerpo y... alma

Joven: fíjate seriamente en las consecuencias fisiológicas y psicológicas de los pensamientos impuros, de los deseos no satisfechos. Los actos inhibidos o cohibidos no suprimen la energía psicológica que suponen y que busca descargarse al exterior por actos directos o por otros derivados. Si quieres vivir sano de cuerpo y alma, sobre todo en tu organismo nervioso, evita los pensamientos y deseos incipientes y prohibidos que llevan a la acción; porque todos sienten, y la psicología del subconsciente lo ha demostrado, que ningún acto interior muere totalmente en nosotros.

Muchos trastornos nerviosos no son debidos a la violencia de la lucha por la pureza, sino al juego terrible de alimentar ligeramente pensamientos, medios deseos, etc., que después siguen como líquidos corrosivos actuando en nuestra psicología espiritual y corporal del subconsciente y nos hacen invertir tesoros enormes de energía para contenerlos en su tendencia irresistible a la realización. Y entonces viene la caída o el estado histérico de melancolía, de mal genio en el trato social, etc. No es, pues, la pureza causa de enfermedades, sino el pretender ser puro de cuerpo sin serlo también de alma.

CAPÍTULO SEXTO

¡LUCHA Y CONFÍA!

«Fortior est, qui se, quam qui fortissima vincit moenia; nec virtus altius potest»

«Más fuerte es el que se vence a sí mismo que el que conquista fortalezas; la virtud ya no puede subir en más alto grado»

Ovidio

Repito lo que te dije en el capítulo anterior. Joven, por muy fogoso que sea tu temperamento, por mucho que sientas las exigencias tiránicas de los deseos instintivos, y aunque éstos te acometan con vehemencia de bisonte y jadear de lobo, no te vencerán... si tú no quieres ser su esclavo.

Si es vehemente la corriente de tu vida, opón la fuerza de voluntad. Ya sabes que es posible remar contra la corriente, aunque sea muy fuerte. Todas las miserias que has visto en los capítulos anteriores te las he mostrado con este fin: para que te horrorices de ellas y te eches a correr... a correr hacia un porvenir más hermoso.

Me preguntas: ¿Qué he de hacer, pues?

Donde se guarda un precioso tesoro, allí se pone cerradura resistente. Y cuanto mayor es la fortuna que se guarda, tanto más se cierran las puertas contra los ladrones. Tu mayor tesoro es la pureza; guarda, pues, con incansable perseverancia las puertas por donde pueda penetrar el enemigo para robarte el tesoro de tu alma. Vigila todos tus sentidos.

Vigila tus pensamientos, tus palabras, tus miradas, tus actos, y principalmente cuídate bien de no dar el primer paso en falso, porque tras la primera caída, con facilidad vienen las otras.

Demasiado sé que en esa época de hervor en que te hallas, en esa época cuyo fuego arde en tus venas, has de estar constantemente sobre aviso, si quieres conservar el equilibrio de tu alma. Pero ahora ya ves claro que en estos momentos te juegas todo tu porvenir, y bien valen estos rudos combates la posibilidad de asegurar el gran tesoro, que es tu objetivo en los años juveniles. Este gran tesoro es el carácter.

1. ¡Vida pura! ¡Alma pura!

De modo que estás dispuesto a todos los combates, con tal de salvar tu pureza. Sabes que para la vida del cuerpo es necesaria la limpieza —casa limpia, trajes limpios, manjares limpios, aire puro— y sabes también que la primera condición de vida para tu alma es una moral pura.

Al fregar una escalera se empieza el trabajo por el peldaño superior; de un modo análogo, para purificar tu vida, has de empezar el trabajo de limpieza por lo más alto: por los pensamientos. Conserva, pues, la pureza no solamente en los actos y en las palabras, sino también en todos los pensamientos, porque el que peca contra ella, sea como fuere, aun sólo de pensamiento, ya empieza a socavar el precioso alcázar de su alma; y sólo es cuestión de tiempo el derrumbamiento definitivo. «Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios»[69]. El espíritu de la pureza es tan sensible como el llamado cristal de Bohemia. La materia se deja caer en agua fría. Llama la atención a fuer de un punto de exclamación. No se le puede quitar el más pequeño trozo, porque al primer roce se deshace como en polvo de cristal. Tú también serás completamente puro —puro hasta en tus pensamientos— o te desharás en polvo. En este punto no hay término medio.

Con la pureza, como con el honor, no se puede regatear: ni es posible ser honrado a medias, ni lo es tampoco ser puro sólo a intervalos. Y muchas veces la impureza del pensamiento y de la

[69] Mt 5,8.

fantasía pueden constituir un peligro mayor para la salud que el mismo acto prohibido. «Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida»[70].

San Agustín, que en su juventud, antes de recibir el Bautismo, sufrió grandes tentaciones y tuvo profundas caídas, explica de esta manera tan triste situación: «Antes de delinquir con el pecado de desobediencia, nuestros primeros padres dominaban el instinto sexual como hoy dominamos, por ejemplo, nuestros dedos. Los movemos como y cuando queremos. No se mueven sin mi voluntad.

«Mas no sucede lo mismo con los rebeldes incentivos de la concupiscencia. Se levantan y se mueven en nosotros pensamientos, sentimientos, deseos, movimientos, aun cuando no lo queremos; y no cesan, por mucho que lo queramos. Les declaro guerra; me esfuerzo por hacerlo huir...; inútil: no obedecen. El hombre —prosigue el Santo— cometió el desatino de desobedecer al Señor en el Paraíso. Ahora Dios le ha impuesto como castigo y como lección una cosa semejante: una parte del hombre —el deseo sexual— no obedece».

¿Qué se deduce de esto? Que no es lícito suscitar en ti, sin motivo y queriendo, este diluvio, que todo lo invade; y si empieza sin culpa tuya, no te es lícito permitir que se adueñe de tu persona. En los primeros momentos no es más que un conato; todavía puedes evitarlo, puedes encauzar tu atención, dirigirla a otros puntos y... sano y salvo. Pero si cedes al primer pensamiento, ya se te escapa de la mano el poder y no sabes cuál será el final.

70 Pr 4,23.

2. Si no quieres, no hay pecado

Justamente serán tus pensamientos, tus deseos repentinos y vehementes, los que te darán más que hacer porque son los que menos dominas. Por este motivo deseo llamarte la atención sobre el particular y así ahorrarte escrúpulos vanos. La inclinación al mal, en sí, no es pecado. Lo que importa es el reino de la voluntad; si tú pones a raya la inclinación natural, se transforma en carácter; si permites que se enseñoree de ti, se trocará en pasión.

No somos responsables de nuestros pensamientos hasta que son conscientes. Antes, no.

Notarás muchas veces que en cualquier lugar y momento —acaso al estudiar, al jugar, leer o rezar— de repente, te asaltan malos pensamientos, y tu conciencia, delicada, piensa con preocupación si ya has lastimado o no la pureza de tu alma. Está tranquilo. Si llegaron sin darte cuenta de ellos, no eres responsable. No evitaremos que los gorriones revoloteen por encima de nuestra cabeza; pero sí podemos evitar que se posen y aniden en ella. Lo que importa es ser fuerte ahora, en este momento, y en seguida, ¡sin un momento de demora!, coge con pulso firme la rienda de tus pensamientos y haz huir al huésped indeseable.

¿Qué has de hacer? Primeramente recházalos con un acto positivo de tu voluntad, pidiendo al Señor gracia para jamás consentirlos. Después ocúpate en cualquier cosa, a fin de que los malos pensamientos sean imperceptiblemente reemplazados por otros.

Aplícate a una lectura interesante, sal a jugar, coge una herramienta, trabaja, estudia, reza, haz cualquier otra cosa, hasta que tu fantasía esté limpia de toda imagen impertinente. Pero hazlo tranquilamente, ni espantado ni excitado.

Los pensamientos torpes son como moscas zumbonas. No vale la pena apesadumbrarse. Es difícil ahuyentar las moscas si estamos excitados, porque vuelven tanto más insistentes y descaradas. Lo que hay que hacer es darles con serenidad y tirio un golpe de muy señor mío que queden tendidas.

No entres en combate inmediato con tales pensamientos; en cuanto te vuelves hacia ellos —aunque sea con el fin de combatirlos— ya cobran fuerza. Lo más prudente es volverles la espalda, dejarlos plantados. ¿Llaman?, ¿tocan a la puerta de tu alma?, ¿mueven escándalo? Sencillamente, haz como si no te dieras cuenta de ello. Di para ti mismo con desdén: ¡Aquí no entraréis! Despáchalos en la primera ocasión; porque si te pones a platicar con ellos, se pondrán impertinentes. No te asustes; continúa con tranquilidad tu camino.

Los perros ladran con mayor impertinencia si notan que el transeúnte se asusta de ellos. Pero si pasa con sangre fría, despreocupado, junto a ellos, bajan la cola y, avergonzados, van a meterse en su guarida.

Aprende a tener esta tranquilidad frente a los malos pensamientos, y diles con desprecio: «¿Para qué mover tanta algarabía? De todos modos nada lograrán. Es sencillamente imposible que yo consienta en ese pecado».

No te desesperes, aunque tuvieras que combatir diez veces en un día o en una hora contra tales pensamientos y deseos. En esto has de tener ideas claras, porque, regularmente, los jóvenes de delicada conciencia malgastan muchas energías y se abaten en la lucha espiritual por falta de orientación.

El instinto de la carne y su madurez entran en el plan de Dios; por tanto, si se agitan en ti tales pensamientos, ello es consecuencia completamente natural del proceso de desarrollo; ni siquiera llegan a tentación. Para cerrarles el paso e impedir que lleguen a pecado, haz como si no los advirtieras.

No te asustes, no te defiendas moviendo manos y pies (porque así se agarran aún más), sino apártalos con reposada superioridad,

como diciendo para ti mismo: «¡Ay, cabecita loca, qué pensamientos tienes! ¡Señor mío, Jesucristo, ayúdame!».

Y no caviles: «¡Ay! ¿He consentido?» Y no te desanimes, aunque te parecía que todo es inútil, que no se van, que no logras, ahuyentarlos.

Las tentaciones frecuentes no son señal de pecado, sino más bien, de incolumidad espiritual, ya que el enemigo también asedia con renovados ataques la fortaleza que todavía se yergue intacta. El soldado que se ve acometido por el enemigo no tiene motivo de avergonzarse; tan sólo es un baldón rendirse al ataque.

Podrá confortarte saber que si distraído y por casualidad te hubieses entretenido con tales pensamientos, todo depende de la voluntad; y si no quieres manchar tu alma —¡y no lo quieres!—, y si quieres conservarla pura —¡y lo quieres!—, entonces saldrás triunfante de todos los combates. *Non nocet sensus ubi deest consensus* (San Bernardo). «No daña el sentimiento, mientras no haya consentimiento».

¡Mientras luchas no hay pecado! El pecado empieza cuando la voluntad cede. De todo cuanto sucede en mi sin querer y saberlo yo, no soy responsable; por tanto, no hay pecado. De cualquier cosa que ocurra mientras duermo, sea cual fuere mi sueño, yo no soy responsable, a no ser que haya dado pie a estos sueños licenciosos con mi comportamiento frívolo del día anterior.

Por tanto, ¡ceder el camino si viene el perro rabioso, no prestar atención al deseo, dirigir por otros cauces la atención! ¿Por qué? ¿Se trata, acaso, de una cosa asquerosa, humillante? De ninguna manera. El designio sublime del Dios creador es santo; y así lo preservas de la profanación, de la mancilla.

3. Santo y seña

En la parte meridional del África vive el pequeño pueblo de los bóers. Durante mucho tiempo nada se sabía de ellos, hasta que hace medio siglo su nombre adquirió celebridad mundial por el heroísmo con que luchaban en la guerra contra los ingleses. Esta guerra tuvo por motivo la pretensión de Inglaterra de apoderarse de las valiosas minas de diamantes de los bóers. Estos no sabían siquiera qué valiosos tesoros naturales poseían. Pero un viajero inglés se quedó pasmado al ver que la chiquillería bóer jugaba con guijarros de diamante en el polvo de la calle. El diminuto pueblo, al darse cuenta de su gran tesoro, resistió heroicamente a la fuerza mucho mayor de los ingleses, dispuestos a morir.

Una mina, una mina mil veces más valiosa que las de diamantes, está oculta en el alma de cada joven; lo malo es que muchos jóvenes lo ignoran y juegan imprudentes en el polvo de la calle con su tesoro de valor inmenso, con su alma. ¡Cuántos la exponen imprudentemente a peligros graves! ¡Cuántos pierden en el juego su precioso tesoro!

En las grandes ciudades hay pasajes entre dos calles. Acortan la distancia; son atajos. Pero no hay manera de tenerlos limpios. Pasa mucha gente, van y vienen los hombres, y dejan mucha suciedad. ¡Cuántas almas de muchachos son, en realidad, pasadizos! Pensamientos, deseos, palabras, miradas... Van y vienen, entran y salen a su antojo. ¿Es maravilla, si llega a amontonarse en ellas la impureza?

El joven prudente guarda su casa. Delante de las puertas pone un centinela, su voluntad disciplinada, y antes de dejar el paso libre exige a cada cual los documentos justificativos.

Por ejemplo, va por la calle, y llega delante de un escaparate en que se presentan varios cuadros. La curiosidad se despierta al momento; veamos este escaparate. De repente, su mirada tropieza con un cuadro obsceno, inmoral, vergonzoso. ¡Detente!, el centinela da un grito de alerta al ojo: «¿Quién vive? ¡Santo y Seña! Tú no tienes derecho a pasar...»; y el joven vuelve la espalda al cuadro.

Así has de pedir el santo y seña a cada pensamiento, a cada conversación, a cada pieza teatral, a cada libro, antes de franquearles la entrada en tu pequeño alcázar, en tu pequeño templo, en tu alma. Si procedes a esto con escrupulosidad, no hayas miedo de nada: eres joven heroico, de alma recta, aunque tengas que huir cien veces al día de los malos pensamientos. En este punto, el valiente es aquel que huye inmediatamente.

Lo importante es esto: no consentir jamás, ni por un momento, pensamientos obscenos. En otras cosas lograrás el éxito dedicándote a meditarlas con detención; aquí la condición del éxito es pensar en ellas lo menos posible.

Al pasearte por un jardín y darte cuenta de que un asqueroso gusano ha caído sobre tu mano, no te detienes a examinarlo, sino que lo arrojas en seguida, porque de otra manera... te ensuciaría. Y si salta una chispa y roza tu vestido, no la miras tranquilamente, no examinas cómo va agujereando el paño, aumentando cada vez más el círculo, sino que la apagas al instante, porque de otra manera... te quemaría. Así has de arrojar y sofocar los pensamientos deshonestos.

Te llamo la atención en especial sobre un punto, que a los muchachos de conciencia delicada puede llenarlos de escrúpulos, si no han oído hablar antes de ello. A los dieciséis o diecisiete años de edad llegas al grado de desarrollo corporal en que tu organismo —regularmente durante el sueño— segrega ciertos humores; y en estos casos sientes en tu cuerpo excitación sensual. No te turbes. Esto —a no ser que suceda con demasiada frecuencia: por ejemplo, varias veces a la semana— no es ni enfermedad ni pecado, sino efecto natural del desarrollo del organismo, de la maduración sexual.

Y aunque suceda con más frecuencia, puede obedecer a la debilidad de los nervios, o al hecho de haberte cansado demasiado el día anterior, durante la preparación de exámenes, o de haberte excitado el espíritu con cualquier acontecimiento, etc. Esta secreción no depende de ti, como no depende de ti el latido del corazón o la respiración, de modo que es una cosa completamente natural. Los sabios planes del Creador lo ordenan así, para eliminar de tu organismo los humores superfluos.

Pero la excitación, el placer que este proceso lleva anejo, ¿no es pecado?

No lo es el sentimiento de placer, porque no lo has provocado tú y es consecuencia natural de la secreción. Pero, ¡alerta!, con facilidad puede trocarse en pecado. Pecado sería si en estado de plena conciencia te alegras de ello, si das el consentimiento de tu voluntad, si lo provocas tú mismo de cualquier manera. En estos casos levanta tu alma a Jesucristo, reza, piensa en seguida en otra cosa y quédate tranquilo hasta dormirte de nuevo; así tu alma guardará su inocencia.

En los años de la adolescencia notarás muchas veces cierta excitación en los órganos sexuales, sin que haya motivo especial. Si esto acaece espontáneamente, no le des importancia, es un fenómeno del desarrollo; pero cuida de que la ropa blanda, estrecha y caliente, la presión del pantalón, el modo de sentarte, los movimientos imprudentes, los tactos innecesarios... no provoquen esa excitación, porque la excitación sexual buscada directamente, adrede, es pecado grave.

Lo repito una vez más: todo depende de la voluntad, del consentimiento. En el hombre hay el apetito sensitivo, apetito rastrero, al que la voluntad no sabe mandar siempre. Por ejemplo, visitas una exposición, y tu mirada tropieza por casualidad con un cuadro indecente. El apetito sensitivo se despierta al momento, y te instiga al pecado, te excita. Esto no es un acto consciente, no eres responsable todavía. Tu alma nota también lo que se prepara contra ti; y si desvías la mirada al instante y la clavas en otro cuadro, ahuyentando hasta el recuerdo del primero... obras bien. Para que haya pecado ha de haber voluntad, consentimiento.

4. El contagio de la inmoralidad

La fantasía o imaginación es regularmente el campo de batalla en que se decide la suerte del combate entablado por la pureza. Es el foco del primer fuego; el lenguaje y la obra no son más que arroyuelos, cuya fuente mana del antro oculto de la fantasía. Por tal motivo, el que es dueño en la propia casa, el que rige sus propios pensamientos, procura con más ahínco que los otros no le echen a perder su vergel.

No olvides que el contagio moral se propaga con más rapidez que la peste o el cólera más espantoso. Y hemos de precavernos contra la inmoralidad como nos defendemos contra las enfermedades contagiosas, cuya mejor medicina es, como bien sabes, la limpieza. Donde se declara el cólera aparecen al día siguiente los carteles que llaman la atención a toda la población, encareciéndole que se esmere en la mayor limpieza posible: que nadie se toque la boca con la mano, ni coma frutas que no estén en punto de madurez; que se laven con frecuencia las manos; que no permitan una sola mosca sobre la comida...

Yo también quisiera poner carteles, escritos con letras de fuego, en el alma de los jóvenes, con las reglas preventivas para conservar la pureza.

—Hijo mío, ¡alerta con los bacilos que propagan la inmoralidad! Están merodeando por todas partes. Es posible detener un ejército con alambradas, es posible encauzar con diques la corrien-

te desbordada...; pero el contagio de la inmoralidad es más fuerte que los ejércitos, es más peligroso que las inundaciones.

—Sí; he de vigilar. Pero ¿no sabe usted en qué mundo de pecado, en qué mundo de trastorno y confusión vivimos? —me pregunta, con la mejor intención, un joven—. He de estar sobre aviso para conservar el alma pura. ¿Pero si en torno mío levanta nubes de espuma de oleaje sucio y de mil y mil tentaciones, y me amenaza constantemente con engullir mi alma?

Siento con emoción la terrible y legítima acusación que vibra en estas o semejantes quejas, que muchos jóvenes de alma levantada lanzan contra la moderna vida de pecado. Siento, joven mío, que tienes razón al acusar; pero permíteme, no obstante, que no ceje en mi demanda y en mis exigencias: tú has de permanecer puro de corazón.

—¿ Hasta en medio de las mil y mil tentaciones de la vida?

—Sí.

—¿En medio de tantas y tantas ocasiones de pecado?

—Sí.

—Pero ¡si hoy día se exhibe tanta suciedad en los cines! ¡Presentan en el teatro tanta basura!

—¿Quién te obliga justamente a ver esas cintas o piezas?

¡Pero si en los cabarets se ríen los hombres a mandíbula batiente con cosas tan asquerosas!

—¿Quién te obliga a visitar semejantes lugares?

—¡Si los carteles son tan descarados, y los escaparates están tan atestados de cuadros impúdicos!

—¿Qué necesidad tienes de mirarlos?

—¡Si en la calle se lanzan sobre mí todo un enjambre de mujeres de mala vida y me arrastran al pecado!

—No te metas con ellas, ni siquiera atravieses semejantes calles.

—¿Y si en la escuela mis compañeros traviesos y charlatanes aprovechan todos los recreos para despachar groserías y obscenidades?

—No tomes parte en la conversación, ni aun la escuches.

Por muchos que sean los jóvenes corrompidos, créeme, amado, todavía hay, y quizá en número mayor de lo que tú sospechas, jóvenes de vida pura, que han de luchar como tú; y que, en vez de desalentarse en el combate, en vez de perder ánimo y fuerza, sienten crecerse en la lucha. Traba amistad con ellos: con las almas nobles que merecen respeto.

Muchos se me han quejado de esta manera: «¡Qué torturas me causa ese instinto que se despierta en mí! ¡Cuántas tentaciones turban los años de mi juventud! ¿Por qué no se despierta más tarde ese deseo? ¿Por qué nos acomete con tal furia en una edad, en que todavía ni podemos pensar en el casamiento?».

No sabe el pobre cuán sabiamente habla al quejarse de esa manera. En efecto, hoy día, el instinto sexual se despierta en los muchachos más pronto de lo que pide su natural desarrollo, el crecimiento normal. La causa es que la vida moderna se alejó demasiado de sus cauces naturales.

Los cines y teatros, las lecturas y anuncios excitantes, los numerosísimos bailes y saraos[71], el modo de vivir demasiado sedentario y la falta de ejercicio corporal, los manjares excesivamente condimentados, etc., atizan deseos en el organismo del estudiante afeminado de la ciudad mucho antes y con mayor vehemencia que en el joven campesino, que se fatiga en trabajos corporales y lleva una vida más natural y sencilla. El estudiante, entregado al trabajo espiritual, tiene muchas más tentaciones de esta índole que el joven labriego.

De ello se deduce nuevamente que has de evitar con mayor esmero las ocasiones que puedan excitar tus instintos.

---

[71] DRAE, Sarao (Del port. *sarão*, y este del lat. **serānum*, de *serum*, la tarde). m. Reunión nocturna de personas de distinción para divertirse con baile o música. (*N. del Ed.*).

5. Tus lecturas

Centinela: ¡alerta!, ¡cuidado con los ojos! No permitas nunca, con ninguna excusa, que miren nada que pueda ofender en lo más mínimo la pureza de tu alma. No olvides que en el mundo actual merodea en torno tuyo toda una caterva de enemigos. En los periódicos, en los libros, en la calle, en el teatro, en el cine, ves y lees cosas que ocultan millares y millares de bacilos contagiosos. Vigila en todas partes y sé cauto... en tus lecturas.

Tratemos de éstas en primer lugar. Muchos libros frívolos son escarnio no solamente de la moral, sino del buen estilo. De modo que, aunque te aconseje que leas mucho —es un postulado de cultura—, te pido con no menor encarecimiento que no admitas libro alguno que se ría de la moral, propugne conceptos frívolos y fomente la licencia de costumbres, abierta o veladamente. Estos libros, aun desde el punto de vista del estilo, son hez y basura; por este motivo, es lástima perder tu tiempo con ellos. Tal «literatura» no ayuda a la cultura, sino que abre la fosa sepulcral en que enterrar, deshechos en polvo, los ensueños de los padres y los nobles ideales de los jóvenes.

Pero, por desgracia, hay maestros del buen estilo, especialistas en la descripción, hombres que recibieron de Dios una pluma bien cortada, y no se avergüenzan de mojarla en el cieno, y con ondulaciones de serpiente recorren las «bellezas», las «alegrías», los «goces» de la vida inmoral, para excitarla y propagarla. Estos son de cuidado, son repugnantes, porque con el poder de la pluma atraen a su propia degradación el alma de los lectores.

«Viel Talent und wenig Charakter» (Mucho talento y poco carácter). Esta frase podría ponerse como lema en los libros de esos escritores, que, si bien se consideran semidioses, son... unos inmundos irracionales. Por muy artística que sea la hechura de la pistola que tienes en la mano, no por ello querrás dispararla y darte un balazo en la cabeza. Cuidado con que de esos libros «artísticos» no venga la muerte de tu alma. ¿Para qué escarbar en el estercolero —¡aunque esté cubierto de polvillo de oro!— cuando en nuestra literatura, a Dios gracias, encontrarás con abundancia diamantes?

Hemos de hacer constar con profunda tristeza que la literatura actual, la literatura «moderna», no es, en gran parte, sino panegírico de amoríos, de abusos y aberraciones de la vida sexual. Si este grupo de novelistas y poetas anduvieran en lo justo, tendríamos que admitir que el hombre ha de enorgullecerse, no de sus pensamientos nobles, no de sus anhelos sanos, sino tan sólo de sus bajos instintos, de sus deseos sexuales, y en éstos precisamente se asemeja el animal.

De modo que... está alerta y sé precavido en las lecturas. ¡Qué tristes son estas palabras, escritas por un muchacho!: «Al principio buscaba el placer sensual en las novelas; más tarde lo busqué en la realidad». No imites a los muchachos que leen a tontas y a locas todo lo que encuentran al alcance de su mano. El que se traga todo cuanto encuentra echa a perder su estómago, ¿no es verdad?

6. Libros

No pienses ahora en los *Nick Carters, Fantomas, No body, Míster Hércules* y otras novelas detectivescas. Es lástima malgastar el tiempo en tales lecturas. También excitan tu fantasía y la llenan de un romanticismo huero. Cuando hay tantísimos libros buenos, que ni siquiera tienes tiempo de leer, es necio despilfarrar tus ratos libres en esta literatura chabacana.

Quiero referirme ahora a aquellos libros inmundos, inmorales, a aquellas revistas humorísticas y a aquellos folletines que tus compañeros corrompidos leen en los escondrijos de los parques públicos o a hurtadillas en casa, con la sangre hirviente, con el corazón palpitante, con la fantasía encendida; escritos en que pululan renacuajos hambrientos de fétidos pantanos cercando el alma del incauto adolescente. Estas lecturas son tan perjudiciales —y acaso más— al sistema nervioso que el alcohol, la nicotina o la cafeína.

Ya sé que te sentirás ofendido si alguno de tus compañeros te ofreciese semejantes lecturas y quisiera iniciarte en los secretos de tales libros.

Pero hay jóvenes que razonan de modo extraño respecto al particular. Leen sin ton ni son, sin encomendarse a Dios ni a la Virgen, el primer libro que encuentran, aun sabiendo que es de los que ofenden sus convicciones religiosas y la moral pura. Pero... «sólo quiero saber qué cosas escriben los que son de otro parecer; de todos modos, no me dañará; no lo leo con mala intención». Concedo, sin reparo, que no lee el libro por mala intención, sino por curiosidad; pero no admito que esta lectura no le dañe.

Tú tampoco me creerías si te dijese que no moriré por entrar en la farmacia con la intención de probar todos los venenos que allí se pueden encontrar, puesto que quiero probarlos «no con mala intención», no para que me dañen, si no «tan sólo porque quiero conocer sus efectos». Y, sin embargo, amado joven, las páginas de muchos libros sueltan un polvo más venenoso que el más fuerte cianuro potásico, y este veneno cubre el alma del lector.

Hay hombres realmente incomprensibles: si encuentran un cabello en la sopa, ya no pueden seguir comiendo; si se siente algún olor en el cuarto, ya no lo resisten; pero, al mismo tiempo se tragan y devoran los libros más sucios y pestilentes.

Sea tu conciencia delicada el mejor termómetro de tus lecturas. Toma un libro, el que quieras, el más artístico según los pregoneros. Si encuentras en él un pasaje que ofenda en lo más mínimo la pureza de tu alma, ten suficiente fuerza de voluntad para pasar esas páginas sin leerlas; y si te encuentras repetidas veces con semejantes pasajes, deja el libro, quémalo. No te arrepentirás si sigues esta regla y tomas por el lema lo del antiguo poeta:

«Dios mío, darme un corazón bueno y una mente despejada. Pero si hubieras de negarme uno de estos dones celestiales, niégame la ciencia deslumbrante y dame un corazón puro» (Ferenc Verseghy).

Al llegar a los cursos superiores, es imprescindible que leas, además de novelas y libros científicos, algunos libros serios, de estos que forman el carácter y educan la voluntad; es decir, más que leerlos como sueles hacer con las novelas, has de meditarlos rumiarlos capítulo por capítulo. Verás qué recta orientación te dan estos libros y estas meditaciones, y cómo robustecen tu voluntad. Naturalmente, para este fin has de escoger los mejores libros.

No quiero engañarte diciendo que esta clase de lectura es fácil, ya que encierra pensamientos profundísimos. Pero si durante el día puedes consagrar diez o quince minutos a uno de estos libros, harás tus trabajos con ánimo más vigoroso y con más fresca energía. Sería costumbre muy provechosa leer cada noche, después del ejercicio del cristiano, algunas oraciones, algunas frases de los Evangelios y meditarlas hasta que te duermas. Pruébalo, y verás qué profunda influencia ejercen en tu alma.

7. Periódicos

Has de escoger bien tu periódico. No perdería mucho tu formación espiritual si durante los años de segunda enseñanza no leyeras ningún diario. Tendrías tiempo más tarde para ello.

Sin embargo, ya que hoy está tan extendida la lectura del periódico, quizá tú también te intereses por los acontecimientos del día. Si tienes tiempo, no te prohíbo en absoluto que lo hagas; pero ¡alerta con los periódicos!

Gran parte de ellos salen de mano de editores cuyas preocupación principal es el mayor beneficio material posible; en cambio, se cuidan muy poco de que las publicaciones literarias de su diario estén o no en consonancia con un concepto honrado, moral de la vida. Los cuentos, las poesías, las novelas de estos periódicos —para no hablar de las secciones de «Correspondencia» y «Anuncios» que están al servicio de amoríos inmorales—, se refieren a historietas amorosas, que solapada o abiertamente pregonan la vida inmoral y la meten en el ánimo del público.

Apreciado joven, sabes ya cuál es tu deber en este punto. Hay diarios y revistas de primera fila, católicos, en que puedes leer con tranquilidad la parte de la literatura; mas si por cualquier motivo hubieras de leer otros periódicos, cuidado siempre con los cuentos y las novelas que allí se publican, Porque ¿de qué sirve huir de la serpiente cuando ya te ha mordido?

8. Cuadros

Sé cauto también en mirar los cuadros. El cuadro, la estatua y cualquier objeto o espectáculo solamente son dignos de ser contemplados si despiertan en ti pensamientos nobles. En cuanto ofendan tu alma en lo más mínimo —aunque sea la Venus de Milo, de fama mundial—, tu deber es desviar la mirada. ¿Y qué decir de las llamadas «postales artísticas», que los estudiantes se pasan unos a otros bajo el lema de «historia del arte»? Muchas veces no son más que baja seducción del pecado.

Los artistas clásicos de la antigüedad y del medievo presentan muchas veces desnudo el cuerpo humano; pero sus obras no se dirigen a excitar la sensualidad, sino que irradian el poder del espíritu, este poder que comunica al hombre dominio sobre el cuerpo. Ellos procuran conciliar lo sensible con lo suprasensible y representar en el cuerpo desnudo el cuerpo glorificado; en sus obras, el rostro se distingue por una expresión de extraordinaria gravedad; el mismo cuerpo desnudo lleva un sello de nobleza divina.

Es posible que hasta esas estatuas turben la tranquilidad de tu alma delicada; en tal caso, no las mires.

Lo que no tiene vuelta de hoja es que los artistas modernos, en su mayoría no intentan con los desnudos otra cosa que excitar la sensibilidad; aún más: pintores hay que se aprovechan del desnudo para encubrir lo impotente y desmañado de su arte.

No des crédito a la excusa que ponen algunos para encubrir su pecado: «El cuerpo del hombre también fue creado por Dios; por tanto, no puede haber en él nada indecente que no me sea lícito mirar». Severo contigo mismo —¡vigila tus ojos al bañarte!—, sin

una causa seria no mires siquiera en tu propio cuerpo nada que pueda excitar tus bajas pasiones. Verdad es que Dios creó el cuerpo del hombre, y que este cuerpo es una obra maestra. En él descubrimos la mano del Creador y su providencia admirable y amorosa con mayor abundancia que en cualquier otra criatura. La falta, claro está, no estriba en el cuerpo humano, sino en la debilidad de quien lo contempla.

Con esto habéis de contar tanto el artista como tú. Por más acabados artísticos que sean el cuadro, la estatua, la película, si excitan las inclinaciones pecaminosas, no pueden pretender la categoría de verdadero arte. Porque obra maestra es aquella cuya contemplación no se ve turbada por ninguna excitación pecaminosa. Corolario del placer estético es la serenidad del alma.

Sí, para nosotros es tanto el cuerpo humano, y puede ser objeto de nuestro interés; pero sólo en la medida que sirve de instrumento al alma, y en cuanto manifiesta los sentimientos y afectos del alma. Pero en el momento en que el artista muestra el cuerpo por sí mismo, ya reduce a esclavitud el alma; el estado de desorden así creado ofende nuestro sentido moral y excita la sensualidad.

No solamente las leyes de la ética, sino también las de la estética, exigen que sólo se presente desnudo el cuerpo con el fin de manifestar fenómenos espirituales, y nunca por sí mismo. Hace subir la sangre al rostro el pensar que los escultores paganos, griegos y romanos, procedían mucho más correctamente en este punto que los pintores y escultores cristianos de nuestros días. Las estatuas antiguas —aunque sean desnudas— regularmente están tan saturadas de espiritualismo y delicadeza, que no nos escandalizan. En cambio, los «desnudos» de los artistas modernos no son sino germen de pensamientos inmorales y bajas concupiscencias.

¿Qué fin intentan en los «salones», en las exposiciones, los interminables desnudos, las «academias» de los pintores modernos (y regularmente los de menos talento)? «Quieren hacer arte», «quieren una contemplación abstracta, estética». No lo tomes a mal si te digo sin tapujos lo que quieren: quieren... excitar adrede los instintos de bruto que hay en el hombre.

Resumiendo: ¿te es lícito mirar un cuadro o una estatua de desnudo? La respuesta depende de dos circunstancias: primera, qué

fin persigue el artista al presentar desnudo el cuerpo humano; segunda, qué clase de temperamento tienes tú.

Si el fin del artista es producir una excitación impúdica y enardecer los instintos animales —y, por desgracia, éste es el objeto en la mayoría de los cuadros modernos de desnudo—, entonces pasa con asco por delante de esas obras. Si, en cambio, el artista se propuso representar el cuerpo humano sin cubrirlo, para expresar así, más reciamente una idea levantada y moral —por ejemplo, en el magnífico grupo de Laocoonte—, entonces puedes contemplarlo.

Pero en este caso fíjate también en la segunda condición: ten en cuenta tu temperamento.

Hay individuos de sangre fría, que dominan su voluntad hasta el punto de que tales obras no los perturban; éstos pueden mirar ligeramente los desnudos sin detrimento de su alma. ¡Ojalá todos los jóvenes tuviesen tal dominio de sus pasiones.

Hay otros a quienes al principio no asaltan malos pensamientos, pero más tarde sí; en tal caso, apenas se presenten esos pensamientos, han de cesar en la contemplación del cuadro, de la estatua.

Finalmente, hay otros excesivamente sensibles que no pueden contemplar las obras maestras sin ser acogidos de malos pensamientos; estos tales no han de mirar siquiera esas obras excelsas.

Por tanto, ¿cuál es la regla? No mires nada que esté por encima de tus fuerzas, que suscite en ti malos pensamientos, que después no puedas dominar.

Una observación: hay cuadros y estatuas que son demasiado fuertes, demasiado crudos, para todo hombre honrado.

9. Teatro, cine

También he de llamarte la atención sobre el peligro del teatro y del cine. La crítica de los periódicos, espléndidamente pagada en su mayor parte por los autores o por los empresarios, alaba todas las piezas, de modo que de antemano es casi imposible saber si van a propinarte o no durante tres horas las inmoralidades más refinadas.

Críticos de fama mundial, críticos imparciales, han afirmado que hoy día el teatro tiene muy poco que ver con el arte.

Tú mismo habrás podido observarlo. Basta echar una ojeada a tu derredor: ¿en qué teatro se representan hoy las obras de los grandes dramaturgos, las piezas clásicas, las obras consagradas? En ninguno, y en caso de excepción, rarísimas veces.

En cambio, las obras «modernas», saturadas de inmoralidades, adulterios, seducciones, amoríos secretos, son el pan nuestro de cada día. Estas gustan más al vulgo, dan mejor taquilla... Lo concedo; pero que nadie abogue en favor de tales teatros bajo el pretexto de la cultura.

De tener razón los dramaturgos y novelistas modernos, tendríamos que hacer constar con asombro que el objeto más sublime y elevado que se puede proponer el hombre es la satisfacción de la vida sexual, de los bajos instintos. ¿Y es éste realmente el fin del hombre? En este punto precisamente no nos levantamos sobre el nivel del animal.

¿Dónde hallar hoy una obra teatral sin una historia amorosa; más aún; sin relaciones pecaminosas? Y lo que queda de semejan-

tes obras en el ánimo de los espectadores es que el objetivo principal de la vida es el amor. Y esto es mentira. El amor, este amor de novela y de teatro, se limita a unos pocos años de la vida humana, y aun durante estos años es tan sólo una de las innumerables cosas a que se dedica el hombre.

Antiguamente el teatro era un instrumento al servicio de la cultura; los hombres iban al teatro para corregirse de sus defectos. Hoy día no es más que un lugar de corrupción, que atiza positivamente el fuego de las pasiones. El mero anuncio llamativo de muchas películas el mismo título de muchas obras teatrales, son seducción e incentivo para la inmoralidad.

Catón el Viejo no quería un teatro permanente, porque éste, en su sentir, llevaba al pueblo a la inmoralidad. Y Séneca, apoyándose en la experiencia, escribe: «No hay cosa más peligrosa para las buenas costumbres que el teatro. En él, los pecados nos acometen bajo el velo del placer con mayor facilidad. Al salir del teatro soy más avaro, más sensual y hasta más cruel, más inhumano»[72]. Por desgracia, no hay motivo alguno para rectificar, respecto del teatro moderno, el juicio severo de los paganos.

No afirmo, desde luego, que la literatura moderna sea completamente mala en obras de gran valor.

Pero los acontecimientos literarios de cierto contenido se pierden, por falta de una crítica merecedora de confianza, en medio de los innumerables y fútiles libros y piezas teatrales que se introducen con bombo y platillo, con charlatanería de mercado. Por falta de crítica seria, nos pasa lo que a aquél jardinero que no se preocupa de su jardín, y en éste, junto a las rosas, sacan la cabeza el cardo, la cicuta, la belladona, y los cerdos hozan a su placer en los cuadros de flores que aún quedan.

De modo que si frecuentas el teatro «moderno», si lees la literatura «moderna», no olvides un solo momento que echar las cadenas de la esclavitud sensual sobre los puros ideales del hombre por muy artísticos que sean los procedimientos no es cultura, sino violencia al progreso de la humanidad.

Tales escritores no hacen sino encubrir con el lema del arte las muchas inmoralidades que hoy no se atreven todavía a despachar

[72] Döllinger: *Heidentum und Judentum,* p. 727. Paganismo y judaísmo.

abiertamente. Por tanto, no temas ser un atrasado en el arte, en la cultura, si escoges con esmero las obras teatrales o las películas que vas a ver, el libro moderno que vas a leer. En muchos casos basta el título para saber que la mercancía que allí se despacha es burda.

Sé que tú no irás a ver tales piezas.

Pero ¿y si vas de buena fe y te encuentras con semejante provocación? Acaso no puedas retirarte sin llamar la atención; pero puedes cerrar los ojos —¡no dejes de hacerlo!— mientras dure la escena inmoral o mientras pase la película inconveniente. Te preservarás de muchas tentaciones si sigues éste consejo y si puedes refrenar la curiosidad que se despierta en tales casos. En la guarda de la pureza, tu principio ha de ser éste: prefiere ser más tímido de lo necesario, que no más osado de lo debido.

10. Baile

Después de tratar del teatro y del cine, ahí van ahora algunas líneas respecto del baile. Ya estarás pensando asustado que voy a prohibírtelo.

Despacio, joven, despacio.

Es cierto que esa locura del baile que cunde en la sociedad actual sienta bien a cualquiera menos a un hombre reposado, de serio pensar. Hay gran parte de razón en el juicio severo de los antiguos romanos, que contaban el baile entre las cosas que desdicen del hombre libre. Muchos jóvenes que tienen la fiebre de baile deberían leer las palabras con que Cicerón defendió al cónsul Murena, acusado de haber bailado: «No hay que lanzar imprudentemente tal acusación contra un cónsul romano. ¿Qué crímenes ha cometido hasta ahora para poder creer de él semejante cosa? No baila sino el borracho o el loco»[73].

Aunque el imponer a tus piernas una dura gimnasia de varias horas en las salas de baile, calientes en demasía, llenas de polvo, con el aire corrompido, no es la diversión más saludable —¡no temas!—, yo soy más moderno que Cicerón, y no te prohíbo en absoluto el baile. En su tiempo y lugar puede ser una diversión honesta para los jóvenes de carácter.

Acaso preguntes con sorpresa: ¿qué tiene que ver el baile con el carácter? Pues justamente, al bailar, se hacen patentes o el carácter varonil o la voluptuosidad repulsiva. Acaso no se destacan uno

[73] *Pro L. Murena,* 6, 13.

y otra en ningún punto con mayor facilidad que en el baile. El baile es la gran prueba; en él se revela el carácter.

En cada movimiento, en cada mirada, en cada palabra, se te ve lo que sientes por dentro. El carácter torcido aprovecha esta ocasión para la frivolidad, para excitar las bajas concupiscencias. En cambio, el joven de carácter recto no olvida entonces que él es el «caballero» de la joven con la cual baila, y el caballero defiende a su protegida no sólo contra el ataque de los demás, sino también, y en primer lugar, contra el más pequeño pensamiento o deseo ofensivo del propio instinto.

El joven de carácter preserva a la compañera de baile del aire frío, y la defiende también del calor excesivo del propio temperamento, presta atención a los pasos del baile, y se cuida también del rumbo que va tomando la conversación. Este joven no ha de temer resbalar en el piso del salón, como tampoco ha de creer que el baile termine con una caída mortal.

Los jóvenes débiles de carácter tan sólo se cuidan de no tropezar en el piso resbaladizo, y no saben que es mucho más importante evitar que dé un paso en falso su carácter.

Puedo afirmar, con plena convicción, que el comportamiento de los jóvenes durante el baile es la mejor prueba de la firmeza de su carácter y de su noble modo de pensar.

Por otra parte, no deja de ser verdad lo que dice el proverbio: *«Beim Tanz geit der Teufel gerne»* (El diablo toca con gusto el violín durante el baile.) Es decir, el baile es siempre ocasión de peligro para el joven. Por tanto, nunca vayas al baile sin antes levantar tu alma a Dios en una oración breve, pidiéndole que guarde la blancura de tu alma y la preserve de toda mancilla. Si observas lo dicho, puedes tomar parte en los bailes con mesura.

Un estudiante de los cursos superiores, después de leer este pasaje en una edición anterior de este libro, me escribió, en tono de protesta, que habría de condenar en absoluto la manera de bailar «de hoy día», porque el baile «moderno» no es otra cosa que la excitación consciente de los bajos instintos. Claro está, huelga decirlo: yo doy el permiso únicamente para bailes irreprochables. Porque hay bailes que deben ser boicoteados inexorablemente y relegados a los monos, a las cabras y... a los «hombres» que ya

hace tiempo pasaron la línea de demarcación de la conducta honesta.

11. ¡Sé caballero!

Te entusiasman los héroes de la Historia. Un Aníbal, un Alejandro Magno, un Julio César, un Napoleón; o, para no ir tan lejos, un Hindenburg. Pues bien: no hay en el mundo un héroe mayor ni triunfador más glorioso que el que sabe imponer a los bajos deseos del instinto la ley de la razón; como tampoco hay para el hombre llamado al predominio del espíritu esclavitud más humillante que gemir encadenado por las pasiones. Piénsalo bien los momentos difíciles, cuando te veas en trance de sostener un nuevo combate contra las bajas concupiscencias.

Trata siempre a la mujer con espíritu verdaderamente caballeresco. Y sea tu conducta exterior la expresión de tus sentimientos. Realiza en ti lo que dice Schiller en su célebre poesía de *«La campaña»*:

Wie ein Gebild aus Himmleshöh'n

Sieht er die Jungfrau vor sich steh'n.

Das Lied von der Glocke.

«Como una imagen de los altos cielos está la Virgen ante tus ojos».

No pienso ahora en aconsejarte el donaire, el almíbar, los incesantes y atolondrados piropos que los jóvenes «peras» de hoy suelen llamar caballerosidad, sino que tengo la vista puesta en aquellos caballeros de la Edad Media, que tenían la espada en la mano para salir en defensa de los pobres y el pecho siempre abierto para luchar por el honor de la mujer. El verdadero caballero la

respeta y defiende, empezando por no acercarse a ella con el deseo carnal ni con frivolidad. El caballero recuerda a su propia madre y hermana en cada mujer, aun en la pobre desgraciada; y considera ignominioso acercarse a ella con bajas concupiscencias, como consideraría un ultraje digno de venganza que esto hiciera otro con su hermana o con su madre. Honra a la mujer, como honramos a la madre tierra, que nos da los manjares, la fuerza, la vida. Honra a la mujer, como honramos la flor, que ha de marchitarse para dar fruto.

12. Con el sexo débil

Si es éste el concepto que tienes de la mujer, se clareará en todas tus conversaciones.

Por ahora no has de buscar todavía la compañía de las muchachas; pero si te encuentras alguna vez entre ellas, tampoco has de turbarte. Tus nobles pensamientos serán la salvaguardia de tu conducta impecable.

En la conversación, en la mirada, en el juego... nunca pierdas de vista tus deberes de caballero. Y no has de permitirte con una muchacha lo que verías con malos ojos si otro joven lo hiciera con tu hermana. En cuanto sientas que el juego, inocente al principio, pasa a ser ocasión de pecado (por ejemplo, si se da rehén, y hay que pagarlo con un beso u otra inconveniencia cualquiera), sé hábil y encauza por otros derroteros el buen humor y el juego.

No se afemine nunca, debido a las caricias, a los mimos de tus deudos o de tus mismas hermanas, tu carácter juvenil.

Voluntad firme, temple de acero, corrección pronta a la acción y llena de nobles afanes: he ahí lo que ha de ser tu ilusión.

El sentimentalismo, los besos, las caricias, los mimos incesantes... pasan entre mujeres; pero en las venas del joven ha de correr sangre vigorosa, no jugo de horchata ni agua azucarada. «El ensueño es el ángel malo». Algunos muchachos son capaces de soñar durante semanas con una figura de novela, y van tejiendo grandes planes para el porvenir, y ni siquiera notan el momento en que el sentimiento degenera en sensualidad.

Por lo expuesto, comprenderás por qué recomiendo a los muchachos que no frecuenten demasiado la compañía de las jóvenes hasta llegar a la edad de casarse. Se afeminan. Si se educan en tal ambiente, su carácter carecerá de los rasgos varoniles. El amor no es juego de niños, ni los años de juventud están destinados a aventuras y frivolidades.

No puedes tener relaciones más estrechas con una mujer sino cuando estás ya en edad de poder pensar seriamente en casarte. La intimidad que no tenga este fin es jugar con fuego, es exponer a peligro inminente la decencia y la honra.

13. Tu blanca novia

Muchos pasos en falso evitarás si en tus años mozos piensas algunas veces que un día, siguiendo los planes de Dios, jurarás fidelidad eterna a una muchacha inocente, la cual está rezando ahora para que en su blanco y puro velo nupcial no haya un crespón de luto moral, y, en un lugar desconocido de ti, conserva con pudor la inocencia virginal para su futuro caballero.

Este caballero eres tú, amado joven.

Tu alma, ¿es realmente pura?

Tu modo de pensar, ¿es sano?

Guarda todas tus fuerzas, todos tus planes, todos tus pensamientos, para aquel amor grande, único, con que has de unirte para toda la vida con tu futura novia.

Su figura ha de ser para ti como el ángel custodio que te ayude a guardar tu gran tesoro, la pureza, de que brotarán más tarde las flores de tu amor y la vida de tu familia. Tu vida actual, pura, sin mancha, ha de ser lo que ofrezcas como arras sagradas a tu esposa virginal.

El hombre de pies a cabeza no intenta conquistar más que a una mujer: su futura esposa. Y le prepara el más rico presente: un cuerpo puro y un alma incontaminada.

Sabes que no podrá ser feliz tu vida de casado si antes no es pura tu vida de soltero. De ahí brota la consecuencia de que tan sólo pueden permitirse aquellas relaciones que tienen por objetivo el matrimonio, y aun éstas sólo en la edad oportuna. Los demás amoríos son juego imprudente y falta de carácter.

14. La limpieza exterior

A las anteriores amonestaciones quiero añadir todavía unos consejos de orden puramente práctico.

Ama la limpieza exterior. Lávate varias veces al día y báñate con frecuencia (por lo menos una vez por día). Por la mañana, lávate hasta la cintura con agua que hayas dejado correr del grifo la noche anterior. El orden contribuye al orden de espíritu.

No quiero afirmar con ello que todo joven elegantemente vestido tenga orden perfecto en su interior. Por desgracia, no es así. Pero es verdad que el alma sale en cierta manera al exterior, y el muchacho desgreñado, de traje sucio y cara embadurnada, que lleva las uñas con un marco de luto, regularmente es desaliñado en los pensamientos y propenso a las palabras sucias y a los actos innobles y soeces.

En cambio, la limpieza exterior es en muchos casos garantía de pureza interior; acrecienta nuestras simpatías por todo lo puro y nos hace circunspectos con todo lo que pueda manchar nuestra alma. Es interesante este hecho: el que se baña con frecuencia se conserva más fácilmente limpio en el espíritu, como si el cuerpo aseado rechazara con energía todo cuanto puede manchar el alma.

15. ¡Muere y resurge!

No quiero engañarte, amado joven; sin eufemismos te lo digo: es cosa harto difícil educar con tanta perfección la voluntad, que ésta obedezca como manso corderito al pensamiento. Por este motivo has de echar mano de todos los medios que te ayuden en la consecución de tu propósito.

Auxiliar poderoso en este punto es la negación de sí mismo.

—¿Negación de sí mismo? ¡Brrr! —replican muchos jóvenes—. ¡El oscurantismo de la Edad Media! Hoy estamos en la época de «afirmar la vida»; hoy día no se puede hablar más que de «vivir con intensidad», hoy día todo el mundo quiere «vivir» su vida, y no menguarla, no ponerle sordina, no negarla.

Aguarda un momento. Vamos a ver. ¿Qué es la abnegación? Un anhelo y un medio de lograr una voluntad fuerte, y ya sabes que ésta es necesaria en absoluto para tener un carácter noble.

Negarse a sí mismo es refrenar las inclinaciones desordenadas y los deseos carnales. De modo que —fíjate bien— no se trata de pisotear la naturaleza, ni de atacar las capacidades de nuestra especie —ya que sin éstas nada valdríamos—; el fin de la abnegación es refrenar los deseos desordenados, cortar los excesos que puedan poner en peligro nuestra propia existencia.

Estamos llenos de defectos; por tanto, necesitamos un freno. La abnegación da por resultado el dominio de sí mismo, y es indudable que se pierde aquel joven al que, por falta de abnegación, sojuzgan las pasiones.

La abnegación nos da paciencia para con nosotros mismos y para con el prójimo; sin ella nada podemos en la vida social.

La abnegación nos da el triunfo sobre el propio yo, triunfo sin el cual no hay ideales nobles y sublimes, no hay personalidad, carácter, cultura, civilización, progreso.

Estos objetivos no pueden lograrse sino con arrojo y bravura, con la «violencia» que se haga a las inclinaciones torcidas. Esta violencia que llamamos abnegación no es un fin; no es más que un medio, una maniobra, un estado de transición para llegar a la victoria y conseguir la alegría a que puede aspirar el joven educado por mano hábil. En cambio, los que hablan de «satisfacer libremente los instintos», de «vivir su vida»..., y se inclinan cobardes ante cualquier deseo desordenado, son justamente los que pierden el sentido de la verdadera alegría y socavan la propia voluntad, el propio carácter la propia salud y también... la cultura humana.

«Hay que vivir con intensidad». Conforme; pero esto no significa soltar la rienda para que galopen los instintos, sino más bien refrenarlos con pulso firme. Bajo una fuerte presión, el agua alcanza una fuerza increíble, y la prensa hidráulica levanta toneladas de peso como si fueran briznas de paja. Así también la presión de la abnegación levanta al hombre, que por su naturaleza corrompida gravita hacia el suelo.

Este es el sentido de la célebre frase de Goethe: *«Stirb und werde!»* «¡Muere y resurge!».

16. Almas raquíticas

¿Has visto algunos de esos niños pálidos, macilentos, que tienen las piernas o el cuello o el dorso oprimidos por un aparato y van arrastrándose encorvados bajo el peso de sus males? Los hombres los miran con compasión: «¡Pobres niños raquíticos!».

Si tuviéramos una lámpara como la de Aladino, el del cuento, con que pudiéramos mirar el alma de los hombres, cómo nos veríamos obligados a exclamar a cada paso: «¡Pobres almas raquíticas!» ¿Cuáles son éstas?

Las que, debido a las mil comodidades de la civilización y a la pereza que han fomentado, perdieron sus bríos. Estas son como la gelatina: siempre ceden; rehúyen todo esfuerzo, todo deber, todo dominio propio, toda abnegación. Quizá se nutre su mente, pero su voluntad es floja, enclenque, anémica, inútil. ¡Pobres almas raquíticas! Joven, ¿quieres tú permanecer en tal estado?

—¿Permanecer? —me preguntas—. ¿Pero acaso soy yo así?

—Sí, así eres. El raquitismo corporal, gracias a Dios, es bastante raro entre los niños; pero el raquitismo espiritual —precisamente por la debilidad de la voluntad—es cosa general, innata. Hemos de someternos a un tratamiento especial.

¿Tienes un hermanito de cuatro o cinco años de edad? Observa su conducta y verás cómo predomina en él la vida corporal. Si, en la merienda, tu galleta es un centímetro mayor que la suya, ¡cómo grita, cómo lloriquea! ¡Y qué poco sabe resistir a sus deseos, cuán poco se domina! Su voluntad todavía es débil.

Resulta, por ende, de gran importancia por sus consecuencias prácticas el consejo que voy a darte en seguida relativo al robustecimiento de la voluntad y a la disciplina del cuerpo.

17. ¡Robustece tu voluntad!

Los que más pronto tropiezan en el terreno de la moral son los que, frente a las exigencias de sus sentidos, no resisten y consienten en ser juguetes de los deseos instintivos. Quiero llamarte la atención de un modo especial sobre este punto. Acostumbra tu cuerpo a un poco de abnegación. Renuncia de cuando en cuando a cosas que serían muy agradables a tus sentidos y que tampoco son prohibidas.

No digo que a menudo; pero sí de cuando en cuando, a manera de prueba, para ver si tu alma tiene firmes las riendas, abstente de beber, durante un cuarto de hora, al llegar a casa muerto de sed después de una excursión.

Al llegar tus dulces favoritos en la comida, deja un trocito: y si algún plato sabe a quemado, cómelo sin proferir palabra.

Si a la una llegas hambriento de la escuela, no refunfuñes, no des queja a tu madre ni a las criadas porque te morirás de hambre si no te dan al momento la comida.

Al servirte la sopa, por mucha hambre que tengas, no te pongas a engullir con avidez; antes bien, impón disciplina a tu estómago hambriento.

Por mucho que los escaparates de las pastelerías exciten tus deseos y eches la mano al portamonedas, resiste alguna que otra vez.

Si al lavarte se te escapa de las manos el jabón no te sulfures sino suelta una carcajada y diviértete con el juego de agarrarlo.

Si se rompe el cordón del zapato cuando más prisa tienes en vestirte, no eches el zapato al suelo, sino silba una cancioncita alegre, hasta atar el cordón roto.

Si se te escapa el montón de libros que llevas a la escuela, no eches maldiciones, sino ponte a juntarlos con buen humor y canturrea un aire alegre.

Si no sabes desatar el hilo, no tomas en seguida la navaja, sino procura desenredar con paciencia, sin acudir a la espada, el nudo gordiano.

Y cuando el sol de mayo envía sus alegres rayos, ¿sabes estarte quieto junto a los libros y estudiar en vez de correr a jugar?

Y por la mañana, cuando suena la hora de levantarte, ¿sabes saltar inmediatamente de la cama, con buen humor, y no bostezar y estirarte un rato, a pesar de la tentación que te brinda la manta caliente y la blanda almohada?

Y después de una prolongada excursión, cuando no puedes con tus piernas de pura fatiga, ¿sabes andar con el cuerpo erguido y con paso firme?

Con el compañero que te es tan «antipático», ¿sabes portarte afablemente? Si te mandan algo, ¿lo cumples inmediatamente, sin réplica, aunque al orden se te haga muy cuesta arriba?

Y si no encuentras en seguida lo que buscas, ¿sabes dominar tus nervios?; y si te irritan, ¿sabes contestar sin mal humor?; y si se abre la puerta, ¿no miras en seguida hacia ella?; y si recibes una carta, ¿sabes no abrirla al momento?

Y si alguien te ofende, ¿sabes aplicar la venda fría de una contestación reposada a la fiebre ardiente de la cólera? Y si una noticia pugna por salir de tu boca, ¿sabes tenerla en secreto durante todo el día?

Y, después de comer, ¿eres capaz de colocar sobre tu mesa de estudio algunos bombones de chocolate y dejarlos intactos hasta la noche, por mucho que se encabrite en ti la gula? Y si tienes una lectura interesantísima, ¿sabes cerrar el libro en el punto culminante y no reanudar la lectura hasta el día siguiente?

¿Sabes estarte quieto en la mesa durante la comida y no moverte como una sanguijuela en el banco de la escuela? ¿Sabes sentarte siempre derecho, aunque estés cansado?...

Me objetas: estas cosas son fruslerías. Es verdad, lo son. Pero todas las cosas grandes se componen de fruslerías, y de ladrillos diminutos se construyó el rascacielos de cincuenta pisos de Nueva York.

Estas pequeñas victorias de todos los días aumentarán tu confianza en ti mismo, y así no retrocederán tan fácilmente ante las dificultades con que hayas de encontrarte en la vida. El que sale victorioso del más difícil combate, el que se vence a sí mismo, sabrá triunfar también en las demás luchas de la vida. Y de éste decimos que es «hombre de carácter».

La más pequeña abnegación con que vas ejercitando tu cuerpo, acostumbrándolo a seguir los dictados de la razón, es un acopio inapreciable de energías para los tiempos de tentación, que exigirán una decisión firme. Así como los acumuladores forman con pequeñas chispas una imponente fuerza eléctrica, así estas fruslerías te irán convenciendo de que el espíritu es capaz de dominar la materia.

La juventud que se conserva pura es un ideal sublime, elevado. Pero sólo a costa de continuos avances, de incesantes esfuerzos, de pequeños sacrificios, se puede llegar a las alturas.

Roma no fue edificada en un solo día, ni se ganó Zamora en una hora.

Y el carácter no es el premio gordo de la lotería, que nos cae del cielo.

18. La alegría del triunfo

El mejor medio de adquirir robustez y bríos contra los excesos de tu instinto sexual es, por regla general, no entrar en lucha directa con ellos, sino atacarlos, por decirlo así, de soslayo, por los flancos. No caviles mucho sobre estas cosas, no les prestes atención mientras te sea posible; en cambio, ataca a fondo tu pasión dominante y entabla combate contra todas tus debilidades. Cuantas veces triunfas de la pereza o vences la falta de puntualidad, o haces un acto de renuncia, de silencio, de paciencia, adquieres nuevas fuerzas para resistir las exigencias ilegítimas de tus instintos.

El que nunca se priva de una cosa lícita no es capaz de evitar todas las prohibidas. Para caer en un pecado no se necesita hacer esfuerzo alguno; en cambio, para una vida de carácter es necesaria una voluntad fuerte.

El mejor método para lograr esta fuerza de voluntad contra los rebeldes incentivos es imponerle una gimnasia ruda en otros terrenos, mediante pequeñas pruebas, abnegaciones y renuncias.

A fuerza de gimnasia se robustecen los músculos; con gimnasia también se acostumbra la voluntad a obedecer, y el bien obrar se nos hace fácil, y de nosotros se apodera una alegría indescriptible, gracias a la vida espiritual que de ahí brota.

El que cuando niño, cuando muchacho, cuando joven, sabe refrenar en cosas pequeñas la curiosidad, la gula, la pereza; y con pecho firme y ojos encendidos, con los dientes cerrados y la cabeza erguida sabe soportar el calor y el frío, el hambre y la sed; el que sabe callar y mandar a sus ojos; el que sabe ahogar la ira que le

sube a la garganta..., no corre ya gran peligro por los asaltos de su instinto. Porque a su voz de mando los instintos más rebeldes se replegarán gimiendo, como cachorros heridos. El que a la edad de diez años sabe abstenerse espontáneamente de un pastel, a la edad de dieciséis sabrá vencer las tentaciones de sus sentidos.

¿Que es dura la refriega? Conforme; pero esta misma lucha trae alegría.

Precisamente, a los muchachos les gusta tomar parte en los concursos de fuerzas. Sus juegos favoritos son aquellos en que se ha de hacer alarde de habilidad y de fuerza. Pues bien; ahí está la ocasión propicia para demostrar tu fuerza de voluntad, y, más aún, robustecerla, vigorizarla. Prueba con seriedad los pequeños ejercicios que mencioné más arriba. No hoy o mañana, sino siempre.

Te aseguro que hallarás gusto en ello. Esta misma lucha, esta prueba de fuerza, te llenará de gozo; y ¿qué decir cuando flamee en ti el sentimiento de satisfacción por el triunfo de tu fuerza, de tu energía, capaz de vencer todos los obstáculos; y cuando saborees la dulce alegría que te proporcionen los primeros y pequeños triunfos alcanzados sobre la voluntad terca, sobre los caprichos, sobre las exigencias de tu cuerpo?

La alegría de la victoria te impulsará a ulterior perseverancia. Por esto, si has de luchar contra un hábito inveterado, lo más prudente es fijarte al principio un corto espacio de tiempo, por ejemplo, cuatro o cinco días. ¡Para tan breve tiempo confiarás preservarte del pecado! Dentro de cinco días ves que, efectivamente, lo has logrado... «¡Dios mío!, entonces yo tengo todavía fuerza de voluntad. ¡La próxima semana he de vencer de nuevo!» Si lo logras, ya tienes en tu haber dos semanas de victoria, y ésta te incita, te anima a proseguir la lucha.

Los indígenas de las islas Sandwich creen que si se mata a alguien, la fuerza de éste pasa al homicida. Es superstición. Pero no es superstición, sino la pura verdad, que cuantas veces sofocas los instintos cobra nuevas fuerzas tu voluntad. Porque el que una vez ha saboreado estas alegrías siente en sí el ímpetu de sus energías tensas, que le empujan hacia mayores triunfos; y forzosamente se siente mucho más feliz que el que se inclina impotente ante sus

deseos carnales, como la débil caña al soplo de todos los vientos; y por cobarde le asedian y asaltan sin miedo los deseos.

Lee, amado joven, la siguiente carta, que recibí de un joven estudiante, alumno de los cursos superiores. ¡Qué triste es la primera parte, pero cuánta confianza respira la segunda!

Reverendo Padre:

Estas líneas se las escribe un muchacho que va poniendo algunas piedras sillares en medio de un montón de desgracias, entre los escombros a que quedaron reducidos castillos encantados, ensueños juveniles, brillantes planes de vida; un muchacho que sabe llorar con fuertes sollozos de arrepentimiento...; un muchacho que quisiera borrar un período de su vida; un muchacho que pasó la juventud mañanera en los horrores del pecado; un muchacho que salió de la taberna diabólica, de los antros de la inmoralidad, medio despojado, medio borracho y con el grito lastimero del alma afeada... acaso porque ya no tenía con qué pagar el vicio.

Padre: le digo cosas que no he podido decir a otros. Cosas que pesaban sobre mí como una cruel acusación y me llenan de vergüenza. ¿Mi pasado?... ¡Muchas caídas, reacciones y luchas, nuevas derrotas! ¡La fuerza del primer traspié! Andar con mil titubeos por los caminos de error, con la alforja medio vacía... más por débil que por malo.

Por fin he hallado una señal de orientación. En ella se lee: Energía y Pureza.

Padre: Todas las letras del libro están viviendo en mí. Levantan una fortaleza en mi alma, la fortaleza indestructible de la firme decisión. Le miro a usted en los ojos, y digo: ¡Padre, yo quiero!... ¡Por la Patria, por mí mismo...! Puede usted contarme entre aquellos que saben querer, entre aquellos que usted ha levantado.

Cada trazo de mi pluma se inspira en la gratitud. Seguiría escribiéndole con agradecimiento infinito. Y siempre repetiría lo mismo: ¡Dios le bendiga a usted, Padre! ¡Dios le bendiga!

Con modesta expresión de gratitud, le envía estas líneas un muchacho que quiere.

Al leer esta carta me vino a la memoria la magnífica frase del pagano Boecio *«Superata tellus sidera donat»* (Vence a la tierra y tendrás las estrellas).

Y no te creas que esta vigilancia continua y guerra sin cuartel haya de amargarte la vida, ni que el dominio propio y la abnega-

ción sean un peso que oprimirá tus hombros. Pero sí lo es, pero un peso que te levanta. También las alas son un peso para el pájaro; pero quitárselas, y no podrá lanzarse a las alturas. En todas las guerras, y también en los combates del alma, la ofensiva es la mejor defensa. Lo que haces con vigorizar tu voluntad en una época en que todavía no sufres los ataques de las bajas concupiscencias, es defenderte eficazmente de antemano.

Porque el robustecimiento consciente de la voluntad llega, con el tiempo, a tener un galardón especial. Para el débil de carácter, para el que ha de espiar receloso y con miedo cada paso, cada palabra, cada mirada, la vida es realmente un suplicio; mas para ti no reza esto, porque con la gimnasia constante de tu voluntad lograrás que ésta te obedezca a la primera mirada, cual manso corderito, y se defienda como por virtud espontánea, con inconsciente reflejo, contra todo pensamiento y deseo deshonesto. Será tu broquel.

Cuando el polvo de la calle quiere entrar en tus ojos, las pestañas se cierran instintivamente para defenderlos. El mejor galardón de tu trabajo metódico será también éste: tu voluntad fuerte, como por reflejo, sin darte de ello cuenta, a fuer de broquel invisible e invulnerable, defenderá tu precioso tesoro, la pureza de tu alma.

19. En la tierra, mas no de la tierra

Sé que algún joven pensará ahora alarmado: Hoy ya no es posible realizar tan bello ideal; no digo que, recogiéndose en una ermita, viviendo solitario, lejos del mundo, no sea posible dedicarse a la perfección, modelar el propio carácter... Quizá, quizá así sería posible. Pero ¿tal como están las cosas hoy día? Vivir en medio de un mundo que hierve: ir al colegio, Instituto, Universidad y tratar con un sinnúmero de compañeros, que acaso tengan un concepto completamente opuesto de la vida; ir al teatro, al cine; pasar aturdido por el ruido febril de unas calles, moverse en el remolino de una metrópoli moderna, y no tener vértigo... ¿quién es capaz de tanto heroísmo?

Mira joven: yo no intento encerrarte en el desierto; y, no obstante, espero que cumplirás todo cuanto llevo escrito. No vayas a la ermita, porque allí la fragancia de tu santidad se exhalaría solitaria, únicamente a la vista de Dios; quédate aquí, entre nosotros, en la confusión de los caserones que respiran pecado, en medio del ruido ensordecedor de la vida hirviente... Quédate aquí y sé aquí el rosal profundo del carácter varonil y de la moral cristiana.

¿Ves la rosa? Sus raíces están en el fango, en el frío suelo, en la oscuridad, y, no obstante, sus pétalos aterciopelados, encendidos, ¡qué pureza de rocío tienen! Su raíz está en el fango, pero ella no se salpica de barro; crece en el polvo, pero ella nunca se cubre de suciedad.

Camina tú también en la tierra, pero sin que el alma llegue a coger el olor del fango; tu ideal de moralidad, cual ardiente rayo de sol, ha de hacer brotar en tu espíritu las rosas ultraterrenas del carácter inconmovible.

¡Pues bien! ¡Aunque me envuelvan nubes de polvo, yo lo sacudiré! ¡Aunque en torno mío no haya más que fango, yo nunca me salpicaré de barro! ¡Aunque todos vivan en suciedad, yo nunca, nunca!

¡Antes agotarse, quebrantarse... que ceder un ápice del noble modo de pensar!

Justum ac tenacem propositi virum

si fractus illabatur orbis

Impavidur ferient ruinae.

«Si el mundo descoyuntado se derrumbase, sus ruinas hallarían impávido al hombre justo y tenaz en sus propósitos».

En las tardes de invierno, llenas de escarcha, paso mucho tiempo mirando al pequeño gorrión que está acurrucado en el brocal del pozo. Allá fuera un tiempo glacial, allá fuera todo el mundo tiembla con el frío de diez grados bajo cero, y, no obstante, he ahí este pajarillo, que se ríe de todo. Puede soplar el viento, puede caer la niebla —parece decir el gorrión—, puede helarse el mundo entero; aquí tengo yo una lucecita, una lumbre para mí, que me vivifica: mi corazoncito encendido: ¡aquí nadie puede entrar!

20. El que no sabe mentir

El amor a la verdad también puede prestarte valiosa ayuda en el combate. No me refiero a la fuerza con que el carácter te exige que digas siempre la verdad, ni quiero ponderar lo menguado que es el honor de aquel cuyas palabras no merecen confianza. En este lugar sólo quiero advertirte que el que nunca miente, está casi seguro de no caer en los pantanos de la inmoralidad. El camino de la conciencia pura y de la verdad es recto, abierto, claro; el secreto, el doblez, la astucia, la mentira, empiezan cuando turban la conciencia pensamientos y actos denigrantes.

El que miente se deshonra a sí mismo, vilipendia su carácter, su alma, y no vacila ya en deshonrar su cuerpo, con actos inmorales. En cambio, el que siente rebelarse el propio respeto contra la mentira y no la consiente, lucha también más fácilmente contra la degradación del cuerpo. Acostúmbrate, pues, a no decir la más leve mentira, para que en todas las circunstancias se pueda dar crédito a tus palabras, como si fueran sagradas. Edúcate de manera que realmente seas incapaz de proferir una falsedad. ¡Qué magnífica alabanza si puedes afirmar de ti mismo con todo derecho: Yo soy de aquellos que no saben mentir!

El que no sabe mentir no se corrompe moralmente, porque se abstiene de todo pensamiento o acto que pudiera forzarle a mentir.

21. ¡Vigoriza tu cuerpo!

La robustez del cuerpo puede ayudar a tu alma, como también es hartas veces causa de caída moral la negligencia en el cuidado del cuerpo; por ejemplo, la suciedad en la propia persona, la cama excesivamente caliente o demasiado blanda, una alimentación exagerada, un sistema nervioso agotado.

Ama el deporte y cultívalo, cuando no sea peligro para la salud y puedas ejercitarlo con holgura. No estés sentado durante mucho tiempo, porque esto estorba la circulación de la sangre. Tu lema ha de ser: cansar mucho el cuerpo todos los días. Has de estar cansado cuando vayas a acostarte, y así podrás conciliar más fácilmente el sueño. Ocasión de muchos pecados ha sido el estarse despierto en la cama sin poder conciliar el sueño.

En el deporte no busques como fin principal conseguir una musculatura fuerte; menos todavía llegar a ser campeón y descollar sobre todos los demás, sino ayudar al alma con el cuerpo; porque si el cuerpo está sanamente desarrollado, contribuye más eficazmente a la consecución de los nobles anhelos que si es enfermizo, enclenque; y el que se ocupa hábilmente en sus quehaceres ordinarios tiene menos que hacer con los deseos desordenados. El cuerpo joven, robusto, acostumbrado a privaciones, disciplinado, es un medio de defensa natural muy útil contra la desidia y la relajación. ¡Ejercicio corporal, no para ser un as del boxeo o el campeón de carreras, sino para lograr que todo tu cuerpo obedezca a tu voluntad!

No vayas tampoco con excesivos mimos en la cuestión de abrigarte. Hay jóvenes que cada día observan con afán y preocu-

pación el termómetro, el viento, la lluvia, la nieve, el sol... «Hoy me pondré tal camiseta, he de ponerme además un sweater, ¡ah!, y la bufanda, porque sopla un viento que pela; ¡ah!, y los borceguíes y otro abrigo...». Cuando veo a tales jóvenes, no puedo remediarlo, empiezo a dudar de su pureza moral.

El cuerpo joven disciplinado calienta más que el caro abrigo de pieles: en cambio, el muchacho que malgasta sus fuerzas jóvenes en actos inmorales no ha de maravillarse si sus nervios, su piel, sus venas no funcionan normalmente, si le daña cualquier corriente, si cae con facilidad como botín de enfermedades contagiosas, y si está tiritando de frío aun envuelto en abrigo de pieles.

Admiramos a los héroes de otras épocas por las magníficas hazañas que llevaron a término. ¿De dónde sacaban ellos las musculatura? No malgastaron sus fuerzas en el pecado. ¿Cuál es el joven que llega a hombre ilustre? Sólo aquel que, hoy como ayer, según la receta antigua de Horacio, aguanta, trabaja, suda y se abstiene de la inmoralidad y se priva del vino:

Muta tulit fecitque puer, sudavit et alsit.

Abstinuit Venere et vino…

Iba en embarcación velera un grupo de estudiantes. En medio de su alegría y entusiasmo se vieron sorprendidos por repentina tempestad cuando estaban ya lejos de tierra en el lago Balatón[74]. Zarparon en Földvar con un cielo despejado; y animados como iban, ni se dieron cuenta de que al pasar frente a Badacsony empezaba a nublarse el cielo. De repente, a lo largo de la orilla de Zalá, desde Badacsony a Tihany, se traza una tira estrecha, de verde subido, por la superficie del agua; sopla la primera embestida del huracán y al momento siguiente las perlas de las espumas pulverizadas caen a millones sobre los muchachos...

Estos se miran perplejos, asustados... algunos palidecen, los demás van dando órdenes sin ton ni son. Conozco a un muchacho de la pequeña tripulación: Pepe, alumno mío, estudiante de séptimo curso, de alma pura como la nieve. Es él quien recobra primero la presencia de ánimo. Los demás todavía están titubean-

[74] *Balatón* es el lago mayor de Hungría. Suele llamársele también el «mar húngaro». Son característicos en él las tempestades repentinas y peligrosas. (N. del T.).

do; Pepe da un salto para coger el timón, y su voz de mando vibra sobre el viento que brama: «¡Muchachos! Obedeced todos, porque si no, perecemos. Arriad a babor... en seguida... Así... ¡Esteban, la vela botalón!... ¡Cuidado, cuidado con las escotas!... Templad la cangreja...; calzadla ahora...».

El viento canta entre las cuerdas de alambre, la pequeña barca choca ruidosa contra las olas, y crujen todas las junturas. Pasa una ola enorme por encima del chinchorro; los muchachos se quedan calados hasta los huesos. ¡No importa! Pepe sujeta el timón con las dos manos y sigue gritando: «¡Nicolás! Atención a esa remilga...; caza el puño, todavía más, así, basta... ¡Esteban! Saca el agua, saca el agua, está todo lleno... Ahora... Atención a estribor... ¡Viren!».

El chinchorro[75] da una gran vuelta, y se inclina por completo de un lado, al coger el viento el velamen. «¡Ay! -grita Pepe- Se ha roto la cangreja..., aprisa..., aprisa, suelten la cuadrada... Así... sujétenla...». Y la pequeña embarcación, aunque crujiendo, obedece, sigue la dirección que le señala el piloto, avanza con firmeza en medio del desatado huracán, sobre las olas embravecidas, hacia el muelle de Földvar...

Una vez en la orilla respiran los muchachos.

¿Quién ha sido el más valiente? Mi discípulo, el joven de alma pura. ¿Quién salió de la tempestad sin coger siquiera un leve resfriado? Mi discípulo de alma pura, que sintió el calor de su fuerza vital no malgastada en el pecado.

«Entrega tu espada», dijeron a Skanderbeg, vencido. «La espada puedo entregarla —contestó él—; pero el secreto de mi fuerza no está en la espada, sino en el brazo; más aún, ni siquiera en el brazo, sino en la sangre». ¡En la sangre pura, sana, no contaminada por inmoralidades!

Tu ideal ha de ser Godofredo de Bouillón, el célebre caballero cruzado, que al partir de un golpe de espada el cuerpo de su enemigo hasta llegar con el arma a la silla de montar, levantó su mano y exclamó : «¡Esta mano nunca fue mancillada por la impureza!».

---

[75] DRAE, Chinchorro. Embarcación de remos, muy chica y la menor de a bordo. (*N. del Ed.*).

22. ¡Soporta el dolor!

Aprende a conservar tu serenidad y firmeza de ánimo ante el dolor del cuerpo y la tristeza del alma. No cuadra a un hombre de carácter gemir ni apretar los dientes bajo el contratiempo más o menos grave de la vida, ni bajo los más rudos golpes de la suerte. No hay que sufrirlos a regañadientes; antes bien, nos hemos de asimilar las contrariedades y poner a contribución las fuerzas que de ellas sacamos, y así modelar armónicamente nuestros ideales.

Si te duelen las muelas, si estás enfermo, si hay algo que no te ha salido como deseabas, si se te ha inferido una injusticia, si has sido objeto de una preterición, si se te ha regañado sin motivo... no te sientas postrado, no te sumas en la tristeza. Ya el pagano Epicteto sabía que el camino de la virtud es la privación y la paciencia. *«Abstine, sustine!»* (Abstente y aguanta); tal fue su lema.

El primero que tropieza y cae en el pecado es el que se porta con diferencia y pasividad frente a las fuerzas, frente a los instintos que en él se agitan. Tú, por tanto, procura intervenir de un modo activo, con fuerza positiva y vigorosa, en todos los acontecimientos de tu vida. Si te hiere una desgracia, si estás enfermo, si sufres una preterición, si te tratan injustamente, no te desesperes, no te muerdas los labios, no cierres el puño, sino procura sacar provecho de todo ello. ¿Provecho? Pero ¿cómo?

Aprovecha el contratiempo para educar tu alma. Cuando el herrero deja caer el pesado martillo sobre el yunque, entonces cobra forma el hierro incandescente y el mismo acero; cuando caen sobre tu dorso los golpes de la desgracia, no los sufras con aire de impotencia; antes al contrario, levanta tu frente según el ideal pre-

concebido. El que de este modo sabe levantar los acontecimientos de la vida corporal, nunca hará traición a su alma por amor a las exigencias del cuerpo.

Haz tu trabajo lo mejor que puedas. *«Age, quod agis!»* (¡Haz lo que haces!) Si la vida ya es de suyo amarga y difícil, no la amargues más soportando con espíritu de abatimiento las pruebas, que de todos modos no puedes evitar; trátalas con la superioridad de un espíritu inquebrantable.

No te creas que, aprovechando de un modo consciente el valor educativo del dolor, echas a perder las alegrías de tu juventud. Todo lo contrario: consigues una coraza de acero para el porvenir.

Aprende en tus años juveniles, cuando es tan frecuente la terquedad, a inclinarte ante la voluntad de los demás, por mucho que le cueste a tu temperamento y a tu obstinación.

Estima tu cuerpo, mas no lo mimes en demasía. Piensa de él conforme al espíritu profundo de San Francisco de Asís, que lo llamaba «hermano asno». «Hermano», y no enemigo; es compañero de viaje en la vida, es un tesoro precioso, como es compañero y tesoro para el peregrino italiano el jumento que lo lleva. «Hermano asno»; por tanto, no es señor, no está para mandar, sino obedecer. El que mima excesivamente su cuerpo, el que lo llena continuamente de manjares y golosinas, el que no sabe negar nada a su estómago exigente, no tardará en experimentar que el cuerpo se enseñorea del alma.

Dime, joven amigo: ¿qué te parecería si un día, al salir a la calle, vieras que los cocheros van uncidos al carro y los caballos están sentados en el pescante? ¡Cuidado, no entronices en tu interior la naturaleza material, cuya misión es obedecer, ni impongas el yugo al espíritu, llamado a dominar!

23. ¡Vida higiénica!

COMIDAS — Te recomiendo encarecidamente que, en cuanto de ti dependa, pongas orden razonable en tus comidas. El comer excesivamente fomenta las exigencias del cuerpo, que se crece, al ser tratado con mimos; en cambio, una prudente sobriedad puede mitigar los deseos sensuales. Los manjares muy condimentados excitan los nervios, y los nervios excitados difícilmente querrán obedecer.

No abuses de los alimentos con gran cantidad de albúmina, ni comas tampoco demasiada carne, principalmente por la noche. Come más bien legumbre, fruta, acaso pasteles. Principalmente en la cena sé muy sobrio. «El que es moderado en el comer es buen médico de sí mismo» *(Modicus cibi, medicus sibi)*. No te acuestes inmediatamente después de cenar, sino por lo menos dos o tres horas más tarde. Interrumpe también tus estudios, principalmente los de materias difíciles, una hora antes de ir a la cama.

En la cena y después de cenar bebe la menor cantidad posible de líquido; y antes de acostarte ve a satisfacer tus necesidades. Durante el día hazlo en un intervalo de tres a seis horas. Es importante que las evacuaciones sean regulares.

El cuerpo humano es como la estufa: hay que echarle combustible para que esté caliente. A la estufa le damos carbón; al cuerpo, comida. El carbón se quema aprisa en la estufa, la comida se quema lentamente en el cuerpo. Una pequeña parte de los combustibles se va por la chimenea en forma de humo y de hollín; la mayor parte se queda en forma de ceniza, sobre la reja de la estu-

fa, y hay que limpiarla diariamente, porque de lo contrario se obtura la reja y se apaga el fuego.

También en nuestro cuerpo hay combustible. La parte menor se va por los poros de la piel; de ahí el sudor y otras secreciones, y también la necesidad de limpiar los poros con baños frecuentes para tenerlos abiertos. La mayor parte de las materias inasimilables, lo que el cuerpo no puede elaborar, se queda en nosotros como un montón de ceniza. Y es necesario descargarlo todos los días, por la mañana con preferencia, porque si no podría causar perturbaciones, jaquecas y aun enfermedades graves. Hay jóvenes muy descuidados en este punto, porque nadie les ha llamado nunca la atención.

BEBIDAS — No tomes bebidas alcohólicas. Muchos actos inmorales se cometen por la excitación que causan las bebidas alcohólicas.

No sin fundamento nos previene la Sagrada Escritura: *«Nolite inebrian vino, in quo est luxuria»* (No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria)[76]. Y en otro pasaje: «Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entrega»[77]. Ya los antiguos romanos decían que donde Baco, el dios del vino, atiza el fuego, detrás de las chimeneas, se esconde Venus, la diosa de la inmoralidad. Muchos jóvenes conservaron durante años, con un esfuerzo heroico, la inocencia de su alma, y después la perdieron cuando los instintos enardecidos por el vino atacaron a la voluntad debilitada.

Empiezan por perder la razón cabal en una noche de juerga y embriaguez; después, en la misma noche, pierden también la pureza.

¡Ay! ¡Qué verdad espantosa encierra esta sentencia de la Sagrada Escritura: *«Fornicatio et vinum et ebrietas auferunt cor»* (La deshonestidad y el vino y la embriaguez quitan el buen sentido)[78].

Lee la siguiente cita, que copio del libro de un médico alemán:

---

[76] Ef 5,18.
[77] Pr 20,1.
[78] Os 4,11.

«En Friburgo, en el primer semestre del curso universitario, tomé parte en una reunión patriótica. Nos fuimos a casa muy tarde. Iba del brazo con un amigo que estudiaba Derecho.

Mis pensamientos revoloteaban todavía en torno de esta primera fiesta universitaria, cuando noté que en mi amigo empezaban a manifestarse despacio los efectos del alcohol. Con tono turbado y cínico, efecto de la bebida, empezó a hablar de las mujeres. Y al llegar delante de casa, con voz fuerte, aunque vacilante, exclamó de repente: «¡Vámonos a un prostíbulo!»

Quise disuadirle... Pero no me escuchó... Nos despedimos...

Diez años más tarde contó lo de aquella noche.

Estaba en Berlín, donde fui a verle. Después de acabar sus estudios de Derecho, llegó a ser abogado de un gran Banco, se casó y tenía entonces un hijo enclenque que daba lástima. También él estaba enfermo... de cuerpo y de alma. Remordimientos continuos le atormentaban por haberse casado, a pesar de tener una enfermedad venérea, por haber hecho desgraciada a una mujer joven, floreciente, rebosante de vida, y por haber puesto en el mundo un niño que desde el primer momento de su vida llevaba en sí el castigo de la inmoralidad del padre. Tenía una enfermedad ya crónica en los ojos, y sufría horrorosamente de jaqueca

E1 pobre se quejaba amargamente, diciendo que no cometió en su vida inmoralidad alguna, a no ser en aquella maldita noche. Habían pasado años sin sentirse enfermo, se juzgaba sano, se casó, y he ahí, le salió después la terrible enfermedad; había probado todos los tratamientos; ninguno le curó.

Me despedí de él profundamente emocionado —escribe el médico—. No lo ví más. Después de dos meses ya estaba el desgraciado en el sepulcro»[79].

No olvides que la alimentación y cuidado excesivos del cuerpo acrecientan en gran manera todos los instintos del animal. Este se envalentona cuando se le trata con respeto.

VESTIDO — Lleva el pantalón bastante ancho, para que no te apriete, porque esto también puede excitarte. El cruzar las pier-

---

[79] Dr. Med. H. Paull: *Halte deine Jugend rein.* Conserva pura tu juventud. Stuttgart, p. 14.

nas al sentarte, tener las manos en el bolsillo, estar sentado largo rato, principalmente si es blando el sillón, puede también ser peligroso.

Por la noche no te acuestes hasta sentirte cansado; y por la mañana, en cuanto notes que ya has descansado, no sigas en la cama.

La cama sea más bien dura que blanda; más bien fresca que caliente. Pruébalo: cuanto más dura es la cama, con tanta más facilidad podrás dominar tu cuerpo caprichoso. La manta sirve para guardar el calor del cuerpo, que durante el día se conserva por el movimiento y por el traje. Por esto, si das más calor al cuerpo que la temperatura normal durante el día, este calor excesivo excita tus nervios, y de ahí pueden originarse tentaciones muy fuertes. El calor y la cama excesivamente blanda son temibles incentivos de los deseos sexuales, que no necesitan de excitación.

Ten las manos por encima de la manta, o a lo más, si durante el invierno usas doble manta, entre las dos. Procura que el aire del dormitorio sea puro. Mientras sea posible, duerme con la ventana abierta; el aire fresco viene a ser un baño para el pulmón, como lo es para el cuerpo el agua. ¡Qué diferente es el despertar de aquel que ha dormido al aire puro, principalmente al aire libre, del despertar de aquel otro que sólo con gran esfuerzo puede recobrar el sentido en una atmósfera cargada de gases!

SUEÑO — Duerme siempre sobre el costado derecho. No de espaldas, porque el calor de la espina dorsal excita el sistema nervioso, ni del costado izquierdo, porque así oprimes el corazón. Por la mañana, una vez despierto, no permanezcas más tiempo en la cama. Puedo sentar, por regla general, que el que permanece durante mucho tiempo en cama por la mañana, después de despertarse, llega a caer en el pecado de la impureza. El pagano Horacio hacía ya esta pregunta: «Los asesinos se levantan también por la noche para matar a sus víctimas: ¿y tú no serás capaz de levantarte para servirte a ti mismo, para salvarte?»[80].

El diablo es un gran señor; se levanta tarde, dijo un orador. Cuando empieza su vuelta de corrupción, los diligentes hace ya

[80] *Epist.*, I, 2. *Ut iugulent homines, surgunt de nocte latrones; Ut te ipsum serves, non expergiscaris?*

tiempo que están trabajando; a éstos no les puede causar daño. Pero ¡ay de los holgazanes, que encuentra todavía en la cama! Los engatusa, los seduce hasta hacerlos esclavos suyos.

El verdadero sueño es sustituido por un estado soñoliento, y en éste, la voluntad es... como mantequilla derretida; cae sin resistencia, cae en la esclavitud de la animalidad. El que está en la cama sin dormir, está acostado sobre los almohadones del diablo. Si no tienes nada urgente que hacer, duerme mientras puedas; pero una vez despierto, salta de la cama. Es una regla importante, aun para el tiempo de vacaciones, en que no tienes ningún deber que te apremie.

GIMNASIA Y BAÑO — Lávate con agua fría. No temas. Si puedes, haz cada mañana ejercicio de gimnasia durante un cuarto de hora, con la ventana abierta; lávate después todo el cuerpo, o, por lo menos, la parte superior, con agua fría; y una vez enjuagado, refriégate fuertemente con la palma de la mano seca. Esta gimnasia de la mañana y el uso del agua fría robustecen tus nervios.

Si hubieras de guardar cama durante algunos días, por causa de enfermedad, ten especial cuidado. Ocúpate entonces en alguna cosa fácil —reza, lee— porque es un hecho que muchos jóvenes se corrompen con pensamientos y actos pecaminosos justamente en la enfermedad, es decir, precisamente cuando esperan el restablecimiento de su salud corporal como gracia del amor de Dios.

24. ¡No estés ocioso!

No en vano dan a la pereza el nombre de «almohada del diablo». Nunca podré encarecerte bastante que jamás estés ocioso. Ni siquiera durante las vacaciones.

Al vagar entre montañas, me detengo siempre con emoción a la orilla de un arroyuelo impetuoso, espumante. ¡Qué arduo trabajo hace este pequeño hilo de agua! ¡Cómo va abriéndose camino debajo de la tierra! ¡Cómo va royendo la roca, cómo va preparando, cavando su álveo! No descansa, no se detiene ni un momento. Y aunque salga de un suelo fangoso, si se estrella contra las rocas y se pulveriza... su agua, no obstante, es tan hermosa, tan limpia como el cristal. En cambio, al llegar al llano cómodo, donde todo va como una seda, donde ya «no tiene mucho que hacer», allí se vuelve perezoso, menos esforzado, modera su marcha. Y más vale no hablar del arroyuelo puro, cuya agua se estanca en una oquedad[81]; se trueca en pantano fétido, lleno de gusanos.

La inercia y la inmovilidad son señal de muerte en la naturaleza, y en la vida espiritual promueven la degradación. Mientras el joven va taladrando, pulverizando con rudo trabajo las rocas que le cierran el paso en la vida; mientras va abriendo con esfuerzo el camino de un bello porvenir, entonces su alma puede conservarse pura con relativa facilidad. Pero es inminente la caída cuando las fuerzas jóvenes, en vez de un trabajo serio, se atascan inertes en la oquedad del tedio y de la holgazanería. *«Wer rastet, rostet»* (El que

[81] DRAE, (De hueco). f. Espacio que en un cuerpo sólido queda vacío, natural o artificialmente. (*N. del Ed.*).

está sin hacer nada se cubre de orín). No en vano escribió Ovidio: *«Venus otia amat»* (Venus, la impureza ama el ocio; la holganza alimenta la inmoralidad).

Si te acomete una tentación muy vehemente y temes no poder resistir el pecado, te servirá de ayuda el no estar a solas. Levántate inmediatamente, sal del cuarto y busca la compañía de los hombres, de tus padres, de tus hermanos. El mismo Ovidio, por otra parte asaz frívolo, aconseja lo siguiente:

Quisquis amas, loca nocent, loca sola caveto!

Quo fugis? In populo tutior esse potes.

«¡Tú, que amas los lugares solitarios perjudican; evita los lugares solitarios! ¿Adónde huyes? En medio del pueblo estarás más seguro».

El mismo consejo nos brinda otro dístico: «¿Qué harás al encontrarte ante el rostro de Venus (la inmoralidad)? No estés sentado, sino muévete, para no perecer a causa de aquel rostro».

Quid facies, facies si Veneris veneris ante?

No sedeas, sed eas; ne pereas per eas!

La piedra de molino; o muele trigo bueno o, si no tiene trigo, se muele a sí misma; el alma humana también se corrompe a sí misma si no se ocupa en trabajos serios. De modo que ¡centinela, alerta!, especialmente durante las vacaciones de verano, en que muchos jóvenes llegan a tener, no solamente una piel curtida por el sol —esto no está mal, es cosa higiénica—, sino también un alma negra por las inmundicias de la inmoralidad.

La perdición espiritual de muchos empieza justamente en los ratos de tedio de las vacaciones, cuando dicen que «no hacen nada». El que «nada hace» aprende a hacer mal. Muy profunda es la Sagrada Escritura al decir: «La ociosidad es maestra de muchos vicios»[82].

La ociosidad es sobre manera peligrosa durante la siesta, después de la comida, porque el «*plus*» de fuerzas que el comer comunica puede inducir con facilidad al pecado; entonces es cuando el diablo brinda con más seducción la manzana prohibida.

[82] Sir 33,29.

Con el mismo cuidado has de evitar estarte despierto en la cama —descontando los casos de enfermedad—, porque el calor excita la espina dorsal, y de esta manera, tus bajos instintos. No en vano dice un adagio que «el diablo se cuida bien de dar trabajo a los que están sin trabajo».

El espíritu humano desea continuamente trabajar, siempre está activo, y si el muchacho «no hace nada», regularmente ya peca, porque el vigor de la vida, condenado a inercia, se abre paso en excrecencias de inmoralidad.

El que no sabe ocuparse de algo, se ve asaltado por los malos pensamientos. Del pensamiento brota el deseo, del deseo el acto, del acto viene la corrupción, la degradación. «El trabajo es la sal de la vida; la preserva de la corrupción» (Tompa). Ahoga, por tanto, en el trabajo las excelencias de tus bajas inclinaciones. Ocúpate siempre en algo, en cualquier cosa!

Todo joven ha de tener una pasión favorita, en que cifre su mayor complacencia y en que aproveche las fuerzas que se desbordan. Uno es herbolario apasionado, el otro hace trabajo de calado, el tercero se dedica a la mecánica. Este hace experimentos de física; aquel fotografías. Este cría palomas o conejos; aquél colecciona minerales o trabaja en el jardín. Hay quien encuentra gusto en aprender idiomas extranjeros; otro, en la música, encuadernación, radio, etcétera.

Todo joven tiene cierto exceso de fuerza. Pues bien: los que son arrastrados por la corriente del mundo malgastan sus fuerzas en pecados. Aquellos en cambio, que piensan con prudencia saben que el «plus» que hay en el presupuesto no ha de ser necesariamente despilfarrado, sino que es posible introducirlo en otra sección y transformarlo en energías aptas para hacer otros trabajos importantes.

Cuanto más hayas de luchar contra tus instintos, lánzate con tanto mayor entusiasmo al trabajo; por decirlo así, mata en el trabajo tu energía rebosante de vida. Con ello preparas tu porvenir.

25. ¡Ama la Naturaleza!

Una pregunta: ¿amas la Naturaleza? Todos podemos hallar en sus bellezas una fuente abundantísima de gozo; pero nadie sentirá el alma más llena de alegrías puras por la pompa florida y sugestiva de la Naturaleza que la flor del género humano, ¡la juventud!

¿Te gusta respirar a pulmón lleno el aire puro, saludable, de los bosques? ¿Te gusta detenerte a la orilla del silencioso arroyuelo que corre por las amplias llanuras y escuchar el zumbido de la abejita? ¿Te gusta echarte sobre el blando césped y así sonreírte al rayo acariciador del sol? ¿Te gusta soñar debajo de los arbustos y oír los trinos del ruiseñor, el canto de la alondra? ¿Te gusta contemplar detenidamente el fondo cristalino de los lagos montañeses y suspirar en medio de tus reflexiones: ¡Ah!, así tendría que ser de cristalino el fondo de mi alma? ¿Te gusta mecer tu espíritu con el dulce ritmo del riachuelo parlanchín? ¿Te gusta canturrear con la brisa rápida, alegre, charlatana? ¿Te gusta escalar con la cara encendida los altos picachos y allí, en la cima de las rocas que se yerguen entre nubes, explayar en una canción alegre la felicidad desbordada de tu alma?

¿Amas la Naturaleza?

¿O prefieres pisar un día y otro día el asfalto del paseo de moda y respirar el aire polvoriento de la calle?

La vida estudiantil te retiene bastantes ratos encerrado en tu aposento. Y el estarte acurrucado continuamente cohíbe también la actividad del espíritu. De modo que, si se te presenta la ocasión sal al aire libre, ve al bosque, sube a la montaña. El muchacho

sano no sabe estarse quieto en el valle si ve delante de sí el alto monte.

Ya habrás experimentado que después de saturar tu pulmón, tu corazón, tus nervios, con el aire fresco de los bosques, los mismos estudios te son más fáciles durante algunos días. No solamente has robustecido tu salud, sino que, además, has dado vigor, resistencia, a tus energías espirituales.

El muchacho que no sabe tomar parte en los alegres juegos de los compañeros, sino que, melancólico y sombrío, se acurruca en un rincón, conviene que vaya al médico, porque su cuerpo debe de estar enfermo y mejor será aún que se dirija a un experimentado director espiritual, porque a buen seguro que está enferma su alma. Mueve a risa que un hombre maduro observe una conducta de muchacho; pero es más ridículo todavía que un joven tome de los viejos una madurez fingida y aires de grave suficiencia.

Mil veces prefiero yo los muchachos que turban el silencio de los bosques con juegos alborozados, con canciones alegres, los muchachos que se mueven con el tintineo de una risa argentina, a aquellos otros que gastan el asfalto de las calles o están metidos en casa, sin humor, tristes, amargados, sentados detrás de los cristales, sintiendo en su alma ilusiones rotas, esperanzas tronchadas, y sabe Dios qué planes van tejiendo en su cabeza.

¡Al aire libre todo el tiempo que puedas! Acecha el cuchicheo del arroyuelo, el murmullo de las fuentes, el paso de los ciervos, los arpegios de los mirlos, el vuelo del águila. Mira los ojos de los corzos, escucha la conversación de los pájaros, abre tus brazos como para abarcar la inmensa bóveda llena de estrellas, y resuene en tus labios una canción, canción de alegría, canción de pureza.

Mi ideal es el estudiante sano, jovial, rebosante de fuerzas, de corazón ardiente, de espíritu pronto, vivaracho, que sabe reírse de corazón, pero... que también tiene un sentido delicado de moralidad; el que sabe confiar en sí sin asomo de presunción.

26. Algunos consejos médicos

En el año 1932 se organizó en Budapest una exposición de defensa higiénica social. La *Asociación Sexual Ética de los Médicos Húngaros* expuso allí, entre otras cosas, dos pequeños tableros, que a continuación vamos a copiar; cada palabra es índice de un criterio sano, digno de médicos cristianos serios.

En uno de los letreros se leía:

1. No comas mucho de una vez. Cena tres horas antes de acostarte, y sea tu cena de manjares escasos y fácilmente digeribles.

2. No tomes bebidas alcohólicas, demasiado té, café fuerte; no comas manjares excesivamente condimentados, ni mucha carne.

3. Cuídate de evacuar diariamente, porque el estreñimiento congestiona la sangre en el bajo vientre.

4. Duerme en aposento fresco, sobre colchón duro, del costado derecho; para taparte usa una manta ligera, no excesivamente caliente; no uses colcha.

5. Evita, por la mañana, estar despierto en la cama; levántate en cuanto te despiertes; tu modo de vestir no ha de hacerte muelle o afeminado.

6. Pon especial cuidado en la limpieza del cutis, lávate gran parte del cuerpo, báñate muchas veces y, si es posible, dedícate un poco a la natación. El baño tibio de la noche contribuye a dar un sueño tranquilo.

7. Muévete cuanto puedas, ama la Naturaleza, haz en cuanto sea posible algún deporte, dedica por lo menos una hora diaria al paseo.

8. Rechaza los libros, las revistas, los cuadros licenciosos; huye de quienes sostienen una conversación inmoral; no andes por los lugares de diversión frívola y obscena; no te dediques al baile.

9. Procura crear en ti y en torno tuyo un ambiente puro desde el punto de vista de la moral; la mejor defensa es el ataque.

10. Busca las relaciones personales con Dios, lee su revelación, ábrele tu alma, espera con fe el ser escuchado, vive con el pensamiento de que Él siempre está presente.

El segundo letrero dice:

DECÁLOGO DEL MATRIMONIO

1. En cuanto tu cuerpo se haya desarrollado y disponga de los recursos necesarios para sostener, aunque modestamente, una familia, cásate lo más pronto posible.

2. Aprovecha los años de la juventud principalmente para prepararte a sostener la gran lucha de la vida.

3. De soltero gasta lo menos posible en diversiones, y guarda el dinero que así ahorres para fundar una familia. No tomes bebidas alcohólicas, no fumes.

4. No mires el matrimonio como fuente de placeres, como tiempo en que todo te será permitido, porque la vida conyugal también tiene sus dificultades, sus tentaciones y sus luchas.

5. El matrimonio es un deber grave de la vida, es un ingente cúmulo de obligaciones; justamente por tal razón es un campo de batalla muy apropiado para un carácter varonil.

6. No escojas la compañera de tu vida guiado por ventajas materiales, porque una mala administración o un golpe de suerte adversa pueden destruir la más grande fortuna. Edifica tu existencia material sobre el trabajo y la economía.

7. Lo importante para ti no ha de ser el exterior agradable, porque la belleza se marchita, y aun cuando se conserve, es un tesoro de valor equívoco, porque acarrea muchas tentaciones.

8. Busca en la compañera de tu vida las cualidades espirituales: la fidelidad, la diligencia, la economía, la delicadeza, la paciencia, la pureza, y sé tú también así.

9. Por este motivo, no te precipites al escoger la compañera de tu vida; procura conocer antes profundamente a tu elegida en la vida diaria, y no te dejes guiar por la casualidad ni por impresiones de momento.

10. El noviazgo no ha de ser excesivamente largo; evita los encuentros impuros, sensuales; prepárate con seriedad santa para el gran deber que te espera. La unión más feliz es la de las almas que creen en Dios.

Así puedes ver que cuanto te exige la moral cristiana en interés de tu propia tranquilidad y del desarrollo reposado de tu carácter, lo percibe también y lo exige la seria ciencia médica.

Pero los diez puntos de ambos letreros me inspiran un pensamiento sublime, del que quisiera hablarte ahora más ampliamente: es la relación que hay entre la vida religiosa y la pureza.

27. Un amigo paternal

Busca un director espiritual. A tus amigos no les preguntes nunca, pero nunca, sobre cosas sexuales. Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa. ¿Cómo podrá darte luces para aclarar tus grandes problemas una persona que también se debate en la oscuridad de semejantes dudas y recibe sus conocimientos de «iniciación» acaso de fuentes muy turbias, libros frívolos y obscenos o conversaciones de la misma calaña? Esos amigos «experimentados» hablan regularmente de estas cosas sumamente graves en un tono tan bajo y frívolo, que, después de conversar con ellos, tu alma se queda en mayor desasosiego, tu fantasía se enardece y se llena de cuadros excitantes. Con ironía, añade la Sagrada Escritura: «Vete a tratar de santidad con un hombre sin religión, y de justicia, con un injusto...; de guerra, con el cobarde...; con el deshonesto, de honestidad...; con el siervo perezoso, sobre el tesón en el trabajo. Nunca tomes consejos de éstos sobre tales casos»[83].

No busques la solución de tus dudas en los léxicos ni en los llamados libros de Medicina. Los que bajo este título se venden y cunden entre los jóvenes, regularmente son trabajos chabacanos, que no sirven para dar enseñanza seria, sino más bien para excitar la fantasía de los jóvenes, ya de suyo fogosa. Además, en este terreno, como hice constar en muchísimas ocasiones, lo que decide la victoria no es el saber, sino el querer. Es posible conocer hasta los últimos pormenores el funcionamiento de nuestros órganos y los peligros que corren los que de ellos abusan, y con

[83] Sir 37,12-14.

todo, caer y debatirse en la vida inmoral si falta una voluntad fuerte, disciplinada, preparada por una educación metódica.

Lo que sí te recomiendo es que no te encierres a solas con tus dudas. «Ay del hombre que está solo —leemos en la Sagrada Escritura—, pues si cae, no tiene quien le levante»[84].

¿A quién has de pedir explicaciones si te asaltan dudas graves? En primer lugar, a tu padre, a tu madre o al director espiritual. Si tus padres no tuvieran tiempo, o tú no te atrevieras a ser completamente sincero con ellos, puedes dirigirte siempre, con toda confianza, a un sacerdote o al director espiritual. Pero con él has de ser completamente sincero; y sentirás que con sólo contarle tus luchas, tus tentaciones, ya sientes alivio y tienes la victoria medio ganada.

No temas que él abuse de tu confianza si en momentos de efervescencia tú le abres por completo tu alma. No se reirá de tus luchas; antes bien, se sentirá honrado de que hayas acudido a él para tranquilizarte. Sabe que si no resuelve tus dificultades, tú buscarás solución en otra parte, donde puedes recibir una contestación que, lejos de serte provechosa, te causará grave daño. Sabe que tú estás vagando en medio de luchas, como un peregrino solitario extraviado en noche oscura.

Pero lo que él te diga no lo comuniques a tus compañeros con imprudente charla; acuérdate de que ese conocimiento es un tesoro sagrado, y sacarlo a la luz del sol, descubrirlo a los otros, puede ser perjudicial de puro prematuro. Piensa que empuñas un cuchillo afilado. Si no te hiere a ti, puede dañar a tu compañero.

---

[84] Qo 4,10

28. Del diario de un estudiante de séptimo curso

¡Oh, diario amado, no he escrito aún cosas semejantes en tus páginas! ¿Qué he de hacer? No puedo silenciarlo. Te lo descubro: ¡estoy enamorado! ¡Sí, sí! No te ruborices, no te escandalices, no tengo yo la culpa.

¿Sabes? Hace ya algunas semanas que, por la mañana, en el mismo tranvía en que voy a la escuela, viaja también una muchacha admirablemente hermosa. Tan guapa, que no hay manera de describirla. No es posible. Me ha trastornado por completo. Desde entonces no tengo reposo...

No sé qué me pasa. Temo escribirlo; pero a ti, amado diario, he de decírtelo todo. Me muero de amor. Y lo que es más: mi madre está enterada de todo.

Ayer, después de cenar, me senté para escribir las impresiones del día. De repente, sin levantar ruido, entró mi madre. Con un gesto instintivo quise ocultar mis notas; pero me arrepentí al instante. Nunca he tenido secretos para mi madre. Supongo que el rubor debió de subirme a las mejillas.

—Hijo mío, quisiera tratar contigo de un asunto. Hay algo que te tortura, y tú no me has dicho nada.

—¿Que me tortura? ¿Por qué dices eso, mamá?

¡Oh! Los ojos de una madre son muy penetrantes. En la cena te he servido uno de tus platos favoritos. Ni siquiera te has dado cuenta. Tus pensamientos vagaban por otra parte. ¿Qué tienes, hijo mío?

Sus ojos se clavaron en los míos. Tuve un momento de estremecimiento. Me acordé de que, por descuido, había dejado mi diario abierto.

—Mamá, ¿has leído mi diario?

—Tan sólo una frase, una frase que pusiste ayer y se quedó aquí, en la página abierta.

—Ya, ya. Pues sí. ¿A qué negártelo?

—No, no lo niegues; no te avergüences. Más bien habla. ¿Desde cuándo y cómo?

—Hace unas semanas siempre vamos juntos en el tranvía, camino de la escuela. Sube en la plaza mayor y baja cerca del puente. No le he hablado todavía. Durante algunos días no hice más que mirarla, de paso; después, cuando ella también respondió a mi mirada, sentí que me ganaba un calor extraño. Un día se le cayó, en medio de empellones, el bolso que llevaba lleno de libros; yo se lo levanté apresuradamente. ¡Era tan encantadora al darme las gracias!

Un día no vino; me faltaba algo durante toda la jornada; toda la mañana estuve de mal humor. Mamá, ¿te ríes? Es posible que sea ridícula la cosa. Pero yo reflexioné sobre el asunto. Vino como un rayo de sol... Estoy sentado muchas veces junto a los libros y sueño con ella. ¿Qué pienso? Nada. Nada absolutamente. Es decir, pienso en ella, como es natural. Pero sólo así, vagamente. Me gusta tanto estar sentado así y mirar, sin hacer nada; mirar en la oscuridad.

No sé cómo llegaron a enterarse los muchachos. ¡No me faltaba otra cosa! Ayer, por la mañana, hicieron bromas conmigo. "¡He ahí el gran guardián del honor, el enemigo de las muchachas (así solían llamarme); ahora él también se ve atrapado en las redes!". Aunque no sea mujeriego, como muchos de mis compañeros, no obstante, no soy enemigo de las muchachas. Pero llegaron a excitarme mucho con estas cosas.

No todavía no soy tan loco como los demás. No me paseo durante media hora delante de los colegios de señoritas para ver salir a las colegialas. No les escribo billetes.

Pero, después, los muchachos empezaron a hablarme de cosas; ya no les bastaba mofarse de mí; soltaban bromas de mal género y empezaron una conversación obscena...

A estas palabras mi madre me miró temblando.

—No temas, mamá, no sucedió nada. Yo tengo mis principios, y persisto en ellos. Les he hablado sin tapujos.

—Pero, hijo mío, ¿por qué has escuchado su conversación?

—Mamá, es imposible evitarla. Doquiera que vaya, me encontraré con semejantes cosas. No es la primera vez que oigo algo parecido. Pero ya lo ves: gracias a Nuestro Señor Jesucristo, no me he corrompido. Sigo siendo tu hijo de antes, con la diferencia de que hoy tengo dieciséis años. No soy malo. ¿No lo crees, mamá?

—Amado hijo, ¿cuándo no te he creído yo? —y me tomó la cabeza con sus manos—. Pero ¿has hablado ya de estas cosas con el Padre?

¡Es una cosa tan reciente! Todavía no. Pero cuento ir a verle estos días.

Pues bien; ya no pude más, y fui a ver al Padre. Sea como fuere, había de explayarme. Nunca le había ocultado nada. Pero esta vez tuve que sudar tinta para abrirle mi alma. Pero no —pensé—, se lo digo.

Ya hacía un cuarto de hora largo que estaba sentado junto a su escritorio. Por fin, me solté:

—Padre, quisiera decirle algo.

—Pero, Pepe, ¿te crees tú que no he notado ya hace tiempo cuánto luchas? ¡Cuenta!

—Padre, me gustaría decirle algo... de ella... No pude continuar. El Padre me interrumpió:

—¿Quieres decir que estás enamorado?

La pregunta ni siquiera me sorprendió. Ya estoy tan acostumbrado a que su mirada penetre en mi interior, que tampoco esta vez me causó admiración.

«No ha de censurármelo», pensé. Y se lo conté todo: nuestro encuentro, mis sueños.

—Padre, ¿está permitido a un muchacho del séptimo curso enamorarse? —le pregunté ya con valentía, y sentí que en mis mejillas se agolpaba la sangre.

El me miró acaso más pensativo que de costumbre, y contestó con otra pregunta:

—Pepe, ¿no quieres ya acabar este curso con sobresaliente? Me sorprendí.

—Claro que sí. Pero ¿es ésta la respuesta a mi pregunta anterior?

—¡Y tanto como lo es! Ya sabes, por los estudios de Religión, que el amor entra en los planes de Dios. Sabes que es uno de los pensamientos más sublimes del Creador. Pero el amor no puede ser juego de niños. Y lo son los amoríos estudiantiles. Soñar durante horas y más horas, ir a los paseos, escribir poesías amorosas, hacer la corte, correr tras las muchachas, y con todo, cumplir el deber... es imposible. ¿No lo crees tú así?

—Sí. Pero no puedo dejar de quererla, Padre. Tiene mi corazón cautivo. ¿He de romper todos los hilos que me atan a ella?

Y mi voz temblorosa delataba la lucha que se libraba en mi interior. Esperé, ansioso, la respuesta decisiva.

—No, no digo eso, Pepe. Claro está que más valdría no hubiese sucedido nada de esto. Pero, realmente, no tienes tú la culpa de que aquellos dos ojos de la muchacha te interesen más que las letras del alfabeto griego. Esta crisis llega, pronto o tarde, a todos los muchachos. Pero haz lo posible por olvidar. No rompas violentamente, pero procura olvidarlo todo, y entonces pasará la turbación. ¿La encuentras muchas veces?

—Tan sólo en el tranvía.

—¿No se escriben?

—No. Una vez intenté escribirle, pero sentí que no estaba bien, y lo dejé.

—¿Sabes estudiar con el mismo sosiego que antes?

—¡Y tanto! Y lo que es más, me siento más dueño de mis pensamientos. Si se me ocurre un pensamiento malo, ahora me cuesta menos ahuyentarlo.

—Bien, muchacho; no te preocupes y presta al caso la menor atención posible. Pero has de prometerme una cosa: ¿serás siempre sincero conmigo? Si notas algún cambio en tu estado espiritual, ¿vendrás a consultarme en seguida? Mientras vengas con absoluta confianza, no temo por ti. Lo malo sería si hicieras algo y dijeras para tus adentros: Esto no se lo diré al Padre.

Mis ojos estaban un poco turbios por la emoción cuando, levantando la mirada hacia su rostro bondadoso, le dije sin titubeos:

¡Esto, Padre, no sucederá nunca...!

Apretó mi mano. Yo bajé la escalera con el corazón henchido de felicidad.»

Hasta aquí el fragmento del diario.

¡Qué bendición es para un muchacho un buen director espiritual!

29. Junto a las fuentes de una vida nueva

Hay otro medio poderoso para ayudarte en la lucha de los años juveniles: la Confesión y la Comunión. No voy a detenerme ahora en el estudio de este medio eficaz de autoeducación, de autoinspección, que robustece, enmienda y preserva. Pero quisiera, por lo menos, que tú pensases respecto de este punto como debe pensar un joven de conciencia.

El niño no quiere que le laven; tampoco suele quererlo el que es pequeño espiritualmente. Los bisoños[85] en la vida espiritual tienen escalofríos al pensar en la Confesión; pero tú ya sabes apreciar la fuerza educativa de la misma, tú ya conoces los profundos surcos que abre en el alma. No solamente la aprecias, sino que, además, la aprovechas; espontáneamente, sin necesidad de ser instigado.

El cuerpo envenenado no descansa hasta arrojar el veneno; y si acaso lo retiene, llega a perecer. Así perece el alma que guarda en sí la materia venenosa, el pecado. Por tanto, a medida que arrecie la lucha, redobla tus visitas al confesionario, y mientras sea posible, ve siempre al mismo confesor.

Confiésate con sinceridad... y con firme propósito de enmienda. Desde el momento que cuentas tus luchas al director espiritual

---

[85] *Que son nuevos o inexpertos para el desempeño de algún tipo de actividad, arte u oficio. (N. del Ed.).*

ya das un gran paso por el camino de la enmienda, porque obligas a tu naturaleza obstinada a seguir caminos que no quería andar.

Allí encontrarás una mano paternal que te saque las espinas. Allí encontrarás un bálsamo que te cure las heridas. Allí encontrarás a un Padre benévolo, que con amor estrecha al hijo contra su pecho y le salva del peligro. Errar es de hombres; pero reconocer el error con propósito de enmienda, ya es varonil.

¡Qué fuentes de energía brotan en tu alma al arrodillarte en el confesonario y abrir tu alma herida! Las más secretas manifestaciones de tus pasiones, las incipientes conquistas del pecado, las tempestades desatadas de la tentación, las heridas abiertas en carne viva, todo lo descubres allí delante del confesor, que no solamente toca tus llagas con mansedumbre cristiana, con amor de samaritano, compasivo y experimentado, sino, además, con la fuerza curativa que brota de su misión superior, divina.

«He ahí, Padre, en qué he pecado; tantas veces he caído; he probado tal o cual cosa; ¿qué he de hacer para ser más fuerte? ¿Qué he de hacer, ya que quiero librarme?»

Y luego prestas atención a las prescripciones de un director espiritual experimentado, y después te levantas del confesonario; tu rostro brilla como el templo en Nochebuena; respiras fuerte; se te cae un gran peso de encima: «¡Por fin, gracias a Dios, puedo empezar una vida nueva! Y no volveré a pecar. ¡No! ¡No! ¡Nunca!».

Son innumerables los que fueron rescatados de su humillante esclavitud mediante la confesión y la comunión. Yo te encarezco, amado joven, que te fijes bien en este principio: El que empieza en los años mozos y continúa en la edad madura, y sigue durante toda la vida la santa costumbre de ir a confesarse con sinceridad, con devoción, una vez al mes, no ha de temer mucho por su alma. Es posible que tropiece en la vida, es posible que llegue a caer; pero se levantará de nuevo, y no se quedará tendido en el pecado.

¿Lo dudas?

Lee esta carta, que recibí de un estudiante universitario.

Reverendo Padre:

Me cuesta empezar a escribir para contarle cosas tan graves, que aun soñando quería ocultar a los demás; sin embargo, para conocerme de veras es necesario saber todas estas cosas. El que pudiese penetrar en mi alma vería

con espanto que el joven, acaso bueno en apariencia, es inmundo, sucio, por dentro, y volvería la espalda con asco, huiría de mí como se huye de los leprosos.

Hace tres años llegó a mis manos el libro Energía y Pureza. A la sazón estudiaba yo el séptimo curso. Pero ¿qué era en verdad? Espiritualmente, una ruina. En mi fantasía bailaban las imágenes más obscenas, y el pecado solitario me esclavizaba. Pero ¿qué digo? Ahora todavía estoy en el pantano, sólo que, gracias al cielo, voy saliendo y tengo arraigada confianza. Me acuerdo que durante la lectura del libro, y también después, me dolía el alma, mi conciencia me acusaba con vehemencia, y me sentía tan miserable como el criminal al salir de su obcecación. ¿Cómo pude llegar a tal extremo?

Mis padres son gente sencilla, campesina. A los doce años empecé mis estudios de bachillerato. Fui alojado, conforme a mi humilde posición, en una pensión modesta, donde lo corriente es que no haya esmerada inspección.

Por otra parte, creo que es muy difícil evitar el encuentro con los malvados, que ya están metidos hasta el cuello en el pecado, y procuran arrastrar consigo a los demás. Mi perdición fue ésta. ¡Desgraciado de ti, que me iniciaste en esas cosas! ¡Desgraciado de ti... si yo no fuera cristiano!

Caí en las primeras vacaciones de verano. Al principio, la cosa me parecía interesante, y propiamente no pensaba siquiera que fuese pecado. Y, por desgracia mía, no hubo nadie que, viendo al muchacho antes alegre, puro, de brillantes ojos, sombrío después, melancólico..., y viendo cómo se enturbiaban sus ojos, cómo secreteaba, me mirase cara a cara y con espíritu comprensivo me aconsejase, llamándome la atención sobre el peligro que corría.

¡Oh! ¡Dichosos los muchachos que tienen un verdadero amigo en la persona de su padre, o del director espiritual, o de cualquier otro! Para mí, ese consejero que salva tiene mayores merecimientos que el que libra de la muerte al que va a ahogarse.

Yo no lo tuve. Entre los hombres sencillos hay pocos de inteligencia robusta, y lo que es más, son pocos los que, en medio de la lucha por el pan disponen de tiempo suficiente para notar o indagar semejantes cosas. También yo, como tantos otros, empecé a rodar por la pendiente.

En el tercer curso tuve por última vez calificación de sobresaliente en todas las asignaturas. En el primer semestre del cuarto tuve tres aprobados. Al final, del año un aprobado. Por otra parte, durante ese año, todas las lecciones las aprendía sólo en la escuela durante los descansos. Pero ¡qué manera de estudiar! Mientras tanto, el pecado solitario se desmandaba, y ya era un hábito.

Ahora pienso, asombrado, ¡cuán vigorosa es la constitución del joven! ¡Cuántas energías he malgastado! El pecado estaba a la orden del día. ¡Una locura! Si pienso en ella, siento asco de mí mismo, estoy horrorizado. Nadie sabe mejor que yo ¡cuán inagotable es la misericordia de Dios! Es una maravilla que mi constitución no se quebrantase por completo. Muchas y preciosas energías he malgastado en eso. Me volví holgazán en el sentido estricto de la palabra. Perdí mi fuerza de voluntad. Más tarde me di cuenta de haber pecado.

Algunas veces, después de sentir más agudo el aguijón de la conciencia, hacía el propósito de no volver a pecar jamás. Pero, por la noche, en la soledad, estando medio dormido, mi buena voluntad se esfumaba. Entonces se apoderaba de mí la desesperación, y casi estaba por aceptar lo irremediable; pero aquel fondo de inextinguible sentimiento religioso, que adquirí, por obra de mis padres, en el hogar sencillo, siempre me salvaba de esta terrible crisis.

¿Cuál era mi vida? Por la mañana, propósito firme; por la noche, pecado; a la madrugada, remordimientos; después, un triste miserere y otra vez el «me levanto»...

Una decisión sin resultados positivos. Y si añado a esto mi estado de ánimo, siempre melancólico, que de nada sabía alegrarse, y formaba el fondo de mi vida, el sentimiento amargo de mi impotencia, en todos los terrenos, cuya causa verdadera no alcanzaba a descubrir, entonces puedo afirmar con todo derecho, Padre, que ya he sufrido una parte del castigo.

¡Oh! ¡Qué daría yo por poder recobrar mi alma inocente, mi alma pura como el lirio! Con sudor de sangre lo pagaría. Me duele el alma cada vez que veo a un amigo de corazón puro, que no se vio arrastrado por la inmundicia, y quisiera azotar con disciplinas mi cuerpo pecador, por haber servido de nido al pecado asqueroso.

Ahora comprendo al religioso medieval que atormentaba su cuerpo; y si no fuera por mis padres, que han puesto en mí toda su esperanza, entraría sin vacilación en un convento de los más severos, para azotarme por mi gran pecado.

Ahora que llega nuevamente a mis manos el libro de usted, reverendo Padre, siento nuevas fuerzas. Hasta ahora, mi desgracia ha sido no cuidar bastante la pureza de mis pensamientos. Al leer, hace años, por primera vez Energía y Pureza, creí que esto no era importante; mis torcidas inclinaciones relegaron a la subconsciencia este pensamiento, y así ni me daba cuenta de que lo olvidaba, porque ¡ay! la naturaleza corrompida del hombre es muy comodona si se trata de obrar bien.

Pero espero que la Gracia de Dios me ayudará a salir del vicio, y lo espero con fe, porque la santa confesión me ayuda en mis anhelos. No sé dar gracias cumplidas a Dios por haber nacido católico y por haber deparado el Señor padres tan piadosos, que sólo a la educación religiosa de ellos recibida he de atribuir el hecho de no haber llegado al fondo del abismo. Porque ¡cuántas ocasiones se me ofrecían!

Y, finalmente, he de pensar con la más profunda gratitud en usted, Padre, por ser usted a quien más debo... Energía y Pureza fue el despertador y el acicate que me hizo dar el primer paso serio hacia la enmienda; y desde entonces, aunque despacio, voy avanzando continuamente. Perdóneme usted por haberle molestado con esta carta tan larga; pero ¡es tan grato descubrir a alguien la propia alma! Le ruego, Padre, que me tenga presente en sus oraciones, al rezar a Nuestro Señor Jesucristo por aquellos que han caído y que anhelan, no obstante, recobrar el lirio de la pureza.

Su agradecido y seguro servidor,

Un Universitario.

Al recibir cartas de este estilo, me arrodillo con profunda emoción al pie del Crucifijo e imploro del Señor gracia para el joven que lee mis páginas allá lejos...

«¡Señor mío, estrecha contra tu pecho esta alma que sufre y lucha...!».

«¡Señor mío, concédele una alegría radiante, una virilidad feliz, pura!».

30. ¡Conmigo está el Señor!

Los bacilos de las enfermedades son vencidos por el organismo si una sangre caliente, pura, corre por todo el cuerpo y vivifica las más pequeñas células. Del mismo modo perecen en tu alma los bacilos de la enfermedad moral cuando te enardeces y vivifica, después de la sagrada comunión, la sangre preciosísima de Jesucristo, y tú puedes reposar en sus manos tu frente abrumada por la lucha, y así dirigirle la magnífica *Plegaria de Comunión*.

«Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh mi buen Jesús!, escúchame.
Dentro de tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame
Y mándame ir a Ti.
Para que con los Santos te alabe
Por los siglos de los siglos. Amén.»

Santa Teresa quiso edificar un convento, pero no tenía más que tres cuartos. Dijo: Tres cuartos y Teresa poca cosa son. Pero

tres cuartos, Teresa y Dios, esto ya es muchísimo. Y levantó la casa.

Tú también quieres levantar en tu alma el templo más hermoso de Dios. Acaso lo has intentado ya varias veces y has fracasado. «Yo solo poca cosa soy. Pero mi propósito firme, mi buena voluntad y la gracia de Dios..., ¡ah! esto ya no es lo mismo. Así lo lograré».

No en vano dice un adagio antiguo: *«Deo favente, navigas vel vimine»* (si Dios te ayuda, puedes pasar el Océano, aun en un canastillo). Toma, pues, muchas veces «el Pan de los Ángeles», «el Pan de los fuertes»; recibe a Jesús en la Santa Comunión. Da entrada al Señor en tu alma, en tu navecilla, con frecuencia; y cuando ruja el huracán pide con vivas instancias, como lo hicieron los Apóstoles en la barca zarandeada por la tempestad: *«Domine, salva nos, perimus»* (¡Señor, sálvanos, que perecemos!»[86].

Las profundas convicciones religiosas son nuestro más firme apoyo en la lucha por la pureza. A todos se les ocurre esta dificultad: «¿Por qué no ha de serme lícito hacer lo que la naturaleza me pide tantas veces y con tal vehemencia?». No dará con la contestación satisfactoria sino aquél que admite más allá de la naturaleza el orden sobrenatural, y sabe que el deber de moverse y obrar dentro de este orden superior es el más sublime de la vida humana.

Mozart, a los veinticinco años de edad, en 1781, escribía de esta manera:

«El instinto natural funciona en mí lo mismo que en los demás y acaso con más fuerza que en el sencillo campesino. No obstante, yo no puedo aceptar como modelo de mi vida la de muchísimos compañeros jóvenes. Porque por una parte soy creyente, tengo el sentido del honor y amo a mi prójimo lo bastante para no consentir en seducir a una inocente criatura; por otra parte, quiero de sobra mi salud para no exponerla a relaciones que degradan. Por esto me atrevería a afirmar con juramento que nunca en mi vida he tenido todavía un momento de debilidad».

Así como de todos los puntos de la circunferencia hay caminos para llegar al centro de la misma, así también puedes tú orientar

---

[86] Mt 8,25.

todas tus manifestaciones, todos los acontecimientos de tu vida hacia el gran centro del universo, hacia Dios.

Procura por ello, amado joven, entablar relaciones íntimas, de gran confianza, con Nuestro Señor Jesucristo. Dirígete a Él en todas las cosas con amor vivo, sincero, palpitante. La persona de Jesucristo no es un borroso cuadro histórico, sino que también hoy y siempre Él es tu Redentor que irradia energías, que ama tu alma y la conforta.

Por tanto, Él no ha de ser un mero recuerdo, una imagen pálida para ti, sino la gran Realidad vivificadora; con Él has de consultar todos tus planes, a Él has de ofrecerle todas tus esperanzas, porque sabes que se alegra de tus victorias y se entristece de tus caídas.

En esta edad todos anhelan una amistad ideal; y de este sentimiento brota también el primer amor. Si me es lícito expresarlo de esta manera, te diré enamórate de Jesucristo, ya que por mucho que busques, no hallarás ideal más noble, amigo más leal y fuerte, ayuda más eficaz.

Acostúmbrate al pensamiento de que Nuestro Señor Jesucristo está siempre y en todas partes contigo. Desde la mañana hasta la noche te acompaña, y te acompaña por doquier; está contigo en la calle, en la escuela, en el juego, en el cine; está presente cuando estudias, cuando estás a solas, cuando te diviertes y cuando te acuestas por la noche; se sienta a la vera de tu cama, te mira con ojos de amor y te alaba: ¡Hijo, hoy has luchado bien!

Aprende a rezar con este espíritu. Dime: ¿sueles rezar con regularidad? ¡Con regularidad! Es decir, cada mañana y cada noche, y lo que es más, siempre bien: prestando atención, con amor encendido, con el espíritu fresco, de todo corazón, entregándote sin reserva.

Si no riegas la flor, se seca; también las flores de tu vida moral se marchitan si no las riegas como corresponde, con el agua cristalina de la oración. Si rezas bien, con regularidad, sentirás cerca de ti la eternidad. En la oración te arrodillas ante el augusto acatamiento del Dios Omnipotente; y se apacigua la tempestad, y se pone terso el espejo del alma agitada, y se hace fácil, o por lo menos confiada, la lucha.

Dime, joven mío: ¿sabes rezar tú de esta manera? ¿Nunca lo has sabido? Pues apréndelo. ¿Hace ya tiempo que lo has dejado? Empieza de nuevo. Pero no mañana. Hoy mismo. Esta noche. Y continúa siempre en adelante.

Un hombre quiso entrar en una Orden religiosa muy severa. Antes de admitirle le sometieron a prueba, para cerciorarse de si tenía o no vocación. Le condujeron al templo, donde tendría que velar durante horas de la noche. Le enseñaron el refectorio, en que habría de ayunar más que comer. Probó el duro lecho en que habría de pasar las noches más bien velando que descansando. Finalmente, le preguntaron: «¿Qué? ¿Qué piensas ahora? ¿Te sientes con ánimo de entrar en esta casa? ¿Resistirás todas estas pruebas?». El no hizo más que esta pregunta: «¿Habrá un crucifijo en mi celda?» «Sí, lo habrá» «Entonces me sentiré con fuerzas», contestó. Y entró en la Orden.

Amado joven, ¿sabes tú querer de esta manera a Jesucristo, de modo que en cualquier tentación puedas pensar inmediatamente en Él, y decir: ¿Me siento con fuerzas?

Sin el auxilio de la religión es moralmente imposible conservar la pureza durante la juventud. El que quiere llevar una vida pura sin la gracia de Dios hace como el que pretende volar sin alas, como el que quiere sacar agua de la roca o cavar un pozo con un cortaplumas. Así lo confesó de sí mismo el Rey Sabio del Antiguo Testamento. «Ya de niño era yo de buen ingenio, y me cupo por suerte un alma buena... Y luego que llegué a entender que no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba... acudí al Señor y se lo pedí...»[87].

San Agustín hace notar, con verdadero tino, que si no reina en nuestra alma la caridad de Dios, domina en ella la voluptuosidad. *«Regnat carnalis cupiditas, ubi non est Dei charitas».*

No es posible llevar una vida pura, a no ser con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo... *per Dominus nostrum Jesum Christum.*

Mira los ojos de Jesucristo crucificado, así como mira el polluelo a su madre que lo cobija con amor. Sé pajarillo enamorado de la pureza eterna, ten espíritu de oración, lleva en ti continua-

[87] Sb 8,19-21.

mente a Jesucristo y notarás con satisfacción que con Él es posible conservar la pureza.

¡Amado joven! Algunas veces la tentación del pecado sexual te acometerá como incendio devorador; se alzará en ti como mar embravecido que todo lo engulle; vendrán momentos en que te creerás que todo otro pensamiento, que todo entusiasmo noble, todo afán elevado se ha extinguido en ti, que el animal es el único que levanta su exigente voz y te clava profundamente su agudo aguijón. Nada hay que pueda ayudarte a atravesar incólume estos momentos de tempestad sino la mano vigorosa del Redentor.

No puedo darte consejo mejor que el que dio Santa Catalina de Génova a su ahijado en un mundo increíblemente corrompido: «Que Jesús esté en tu corazón, la eternidad en tu mente, el mundo debajo de tus pies, la voluntad de Dios en tus actos y sobre todo brille su amor en ti».

31. «¿Y después?...»

Y si todo esto aún no puede dar bastantes fuerzas a tu alma para romper definitivamente con el pecado, lee por lo menos la pequeña historia que sigue. Cierra después el libro y medita.

Un joven entró entusiasmado un día en el aposento de San Felipe Neri.

—Pero ¿qué es lo que te da tanta alegría? —le preguntó el Santo.

—¿Cómo no alegrarme? Acabo de hablar con mi padre y me dio su venia para ser abogado.

—Bien, serás abogado. ¿Y después?

—Después ganaré mucho dinero.

—Bien, ganarás mucho dinero. ¿Y después?

—¿Después? Pues al tener mucho dinero, tendré todo cuanto necesite; y al llegar a la vejez viviré con toda comodidad.

—¿Y después? —sigue preguntando el Santo. El joven se entristece.

—¿Después...? Después tendré que morir.

—¿Y después? —repitió una vez más el Santo—. ¿Qué será de ti después de la muerte?

Francisco Spazzara —que así se llamaba el joven— llevó desde aquel día una vida honrada, buena, pura, porque nunca olvidó que un día tendría que rendir cuentas a Dios.

¡Amado joven! Si no hallas fuerza capaz de sacarte de los pecados inveterados, piensa en esta pregunta, de una gravedad que abruma: ¿Y después? ¿Qué será de ti después? Después... cuando te presentes para rendir cuenta al Dios omnipotente, justiciero, que te ve dondequiera que estés.

«En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás», dice la Sagrada Escritura[88].

En una antigua lápida funeraria se lee esta inscripción: *«Ut moriens viveret, vixit ut moriturus»* (Para alcanzar la vida en la muerte, vivió como quien sabe que ha de morir.) ¡Qué profunda sabiduría en estas pocas palabras!

Acuérdate de que Dios te pedirá cuenta un día, no solamente de tus actos, sino de las más insignificantes palabras, de los pensamientos más ocultos. Aquel Dios que te veía cuando no te veían los demás, te veía en el dormitorio oscuro, te veía debajo de las mantas, te veía en tu escondrijo, oía tus conversaciones secretas, leía tus pensamientos.

Hijo mío, ¿quieres presentarte con el cuerpo y el alma manchados el gran día de la rendición de cuentas? ¿Verdad que no?

¿Verdad que quieres ser joven de alma pura?

---

[88] Sir 7,40.

32. Devoción a María

A los consejos piadosos del autor añade, querido lector, el de que profeses una devoción sincera, ardiente y filial a la Virgen María bajo el título que más confianza te inspire. Rézale por lo menos tres Avemarías todas las mañanas, invócala con frecuencia.

Si conservas aún sin mancilla el lirio de tu pureza e inocencia, confíaselo a ella, Virgen de las Vírgenes, y con solicitud de madre velará por ti en todos los peligros.

Si ya se agostó y tronchó la azucena de tu virginidad, pero quieres levantarte y florecer de nuevo por la penitencia, llámala también, hijo mío; pídele que te tienda su mano salvadora, porque es la Madre Dolorosa. Refugio de pecadores. Consoladora de arrepentidos. Ella te estará esperando siempre con lágrimas de cariño para volverte a los pies de Jesús Crucificado, primero, y después al ejército de los valientes que luchan por llevar una vida arrepentida y pura.

Por desesperado que te veas en tus combates y hasta en tus caídas, jamás tardes en acudir con sinceridad a la Santísima Virgen. Y tenlo muy grabado en tu alma: a fuer de hijo y de caballero, aun en tus caídas, no ultrajes el nombre de esta Señora, tu Madre del Cielo, ni toleres en silencio cobarde que nadie haga tal cosa en tu presencia. Te aseguro, joven, que Jesucristo, su Divino Hijo, te lo tendrá muy en cuenta en tu vida y en tu muerte. Innumerables ejemplos de milagros lo han comprobado. No harías tú menos con quien tal se portase con tu madre de la tierra.

CAPÍTULO SÉPTIMO

ALMA SONRIENTE
OJOS DE FUEGO

«La conciencia pura es un sentimiento celestial; sin ella, el trono es un desierto; con ella, el potro de tormentos y el cadalso no tienen nada de espantosos»

Conde Esteban Széchenyi.

Dios Nuestro Señor nos dejó tres recuerdos del Paraíso: la luz de las estrellas, la belleza de las flores y el brillo de los ojos de los jóvenes puros. De los tres, el más hermoso es el último. Porque el joven puro es un héroe. Héroe verdadero, que ha de soportar refriegas más duras que los combates de una guerra cruel, pero cuyos laureles no se tiñen de carmín con la sangre del enemigo; antes bien, reflejan siempre la serenidad luminosa y dorada del espíritu triunfante. Esta luz brillante y serena es la tranquilidad de la conciencia. Debido a la unión sustancial del alma y del cuerpo, la serenidad de aquélla se manifiesta en éste en la mirada. El alma sonriente enciende los ojos.

1. El mayor triunfo

El mayor triunfo es dominarse a sí mismo. En pleno conocimiento de esta verdad, la antigüedad pagana rendía tributo de homenaje y de respeto a todos aquellos que sabían mandar con voluntad firme al más fuerte de los instintos: el instinto sexual. Y al remontarnos cuanto sea posible por la serie de documentos escritos, encontramos no pocas veces, aun entre los antiguos, el aprecio de la pureza.

Cicerón, entusiasmado, escribe: *«Nihil est virtute amabilius»* (Nada hay más amable que la virtud).

En Roma se erigió un templo a *Pudicitia*, la diosa de la pureza; y Tibulo pregona con orgullo en su libro: *«Casta placent superis»* (La castidad es grata a los dioses).

Las vestales romanas eran precedidas —en señal de respeto— por los lictores, como acostumbraba hacerse con los cónsules. Y si la carroza de una vestal se encontraba por casualidad con un condenado a muerte, éste era indultado. Como las vestales en Roma, así también los Druidas en la Galia, los sacerdotes del Nilo en Egipto, eran objeto de profundo respeto debido a su vida continente.

El sabio del Antiguo Testamento exclama con admiración: «Tres cosas son difíciles de entender, o más bien cuatro, las cuales ignoro totalmente: el rastro del águila en la atmósfera, el rastro de la culebra sobre la peña, el rastro de la nave en alta mar y el proceder del hombre en la mocedad»[89]; es decir, lo difícil es entender

[89] Pr 30,18-19.

cómo el hombre pasa incólume por las sendas peligrosas de la juventud.

Todavía hoy, aún el hombre que ha llegado a la pendiente de la inmoralidad, siente espontáneamente cierta emoción, cierto respeto ante los que triunfantes realizan la vida pura.

Schiller, el gran poeta alemán escribe:

Dem holdem Zauber nie entweihter Jugend,
Dem Talismán der Undschuld und der Tugend,
Dem will ich sehn, der diesem troszen kann.

«¿Quién hay que no se sienta vencido por el dulce encanto de una juventud nunca profanada, por el talismán de la inocencia y de la virtud?».

Ni siquiera el que niega cínicamente los valores morales puede sustraerse a la influencia de la superioridad que irradia el joven de alma pura. No hay valor más grande en la tierra que el carácter perfecto, el carácter del que es todo un hombre.

La joya más preciosa de la corona de la humanidad es el joven puro, el joven que sabe vencerse a sí mismo. Él es la primera pilastra de la sociedad, la cual, en cambio, con una juventud moralmente degradada va a la bancarrota; él es el rehén de un porvenir más hermoso, la estrella de la esperanza. Es tan brillante como la estrella, que ni el aliento puede empañar.

2. ¡Oh, cuán bella es la generación casta!

Hoy se habla mucho de la belleza del cuerpo humano. Es verdad; el hombre es la corona de la Creación. Pero no tanto por su hermosura corporal como por la dignidad de su alma. Porque ¡qué insignificante resulta aún la encantadora cabecita de un niño con dorados rizos, el brillo encendido de unos ojos infantiles grandemente abiertos, los labios encendidos de los pequeñuelos que nunca llegan a callarse..., qué poco es todo esto si se considera que el cuerpo humano es templo santo de Dios y que tras unos ojos de sonrisa, puro como el rocío, hay un altar para servir de trono al Dios eterno.

Según un adagio antiguo, la mirada es el espejo del alma. Pues bien; la belleza del alma que puede reflejarse más triunfalmente en la mirada es la pureza que se manifiesta en los ojos del joven. «Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios»[90].

Enciérrase un pensamiento profundo, interesante en el hecho de que el lenguaje humano llama «virginal» a la hermosura intacta, sublime, fresca, de la Naturaleza. Hablamos de «cimas vírgenes», de las montañas gigantescas, de los «campos vírgenes cubiertos de nieve», de los «bosques vírgenes» que no sintieron todavía los golpes del hacha. Aquel silencio, aquella piedad y emoción santa que se levanta en nuestra alma al contemplar las bellezas vírgenes

[90] Mt 5,8.

de la Naturaleza se acrecienta al ver a un joven de «alma virginal». Como si una voz secreta nos susurrase al oído en estos momentos: «Quítate aquí las sandalias, habla con respeto, porque este lugar es sagrado, virginal; es el lugar de la armonía entre el alma y el cuerpo, de la amistad entre el alma y Dios».

Mira el ánimo ferviente de vida, la prontitud para la acción, aquella alegría inalterable, aquella felicidad que canta, aquella primavera risueña...; mira cómo saltan de sus ojos encendidos. Todo él parece una vela tendida al viento, una promesa de alba, un himno celestial.

En los años juveniles, henchidos de promesas, brotan de día en día en el muchacho fuerzas nuevas, se acumulan energías latentes, y el alma se estremece con una expectación santa. La fuerza sexual conservada incólume, dominada y llevada a otro campo, viene a ser fuente abundantísima de energía para la labor varonil que reclama los mayores esfuerzos.

Los planes y deseos fogosos de vivir testifican un hecho corroborado por la experiencia de quienes han desarrollado una seria e imponente actividad: la continencia contribuye de un modo misterioso y benéfico a incrementar la labor espiritual. Una primavera llena de fervor y lozanía canta en el adolescente puro el entusiasmo, las esperanzas, los esfuerzos de una vida joven. Y mientras los otros —los pobres desgraciados— han malgastado en la inmoralidad la mejor parte de sus energías varoniles y ahora van arrastrando con fatigas y miserias su vida prematuramente agotada y sumida en un letargo de indiferencia, harapientos, andrajosos de espíritu, el corazón del joven casto late vigoroso de alegría, sus ojos azules brillan como miosotis de aguas de ensueño y sus fuerzas están a gran tensión, si se trata de abrazar grandes empresas.

Los excesos sexuales llevan a la bancarrota; la continencia da lozanía y fuerza de vida al espíritu y al organismo. Nada más fácil para el joven casto que cumplir el gran mandamiento de Dios: «Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas»[91].

---

[91] Dt 6,5.

El río montañés corre con fuerza entre las rocas. Si se le diera camino libre, podría causar daños espantosos. Pero la razón humana lo encierra entre fuertes diques, entre paredes de tubos de acero, y lo lleva a las turbinas; y así la fuerza elemental que podría ser destructora se transforma en luz eléctrica, en fuerza motora de grandes máquinas.

Fuerza natural que irrumpe con empuje salvaje en el instinto sexual. Si lo dejas a sus anchas, causa una espantosa destrucción de tus ideales, en tu ánimo de trabajo, en tu alma y en tu cuerpo; en cambio, si lo reprimes, si lo contienes entre las paredes de acero de la autodisciplina hasta el tiempo en que puedas aprovecharlo, según los planes sublimes del Creador, en el sacramento del matrimonio, este mismo instinto, esta fuerza sexual destructora se transforma en fuente de vida risueña y feliz.

La pureza comunica fuerza invicta a la voluntad humana frente a todas las bajezas; por esto la pureza es el fundamento del carácter firme. La pureza hace hombres de pies a cabeza. El que se venció a sí mismo no será vencido por otro. Los mártires heroicos del primitivo cristianismo eran de vida virginal, y así recibieron su magnífico título: *Virgo et martir*.

En Lucerna hay un monumento espléndido, obra de Thorwaldsen, para perpetuar la memoria de aquellos setecientos suizos que cayeron en defensa del rey de Francia, Luis XVI. Un león que agoniza defiende con su garra derecha el escudo de lirios de los Borbones, y debajo se lee esta inscripción: *Helvetiorum fidei et virtuti.* (A la fidelidad y valor de los suizos).

¡Amado joven! También en tu alma florece el lirio de la pureza; si sabes conservarlo, no te levantará un monumento conmemorativo Thorwaldsen, pero no faltará tu galardón: una vida armónica y dichosa.

¡Qué magnífico florecer el de una vida joven llena de esperanzas! ¡Deseos, sentimientos, esperanzas de un alma humana destinada a la eternidad; anhelos que se levantan a alturas celestiales! ¡Ah, cuán bella es la generación casta! «No hay cosa de tanto valor —exclama la Sagrada Escritura— que pueda equivaler a esta alma casta»[92]. «La pureza espiritual es la fuente de todo lo bello»[93].

---

[92] Sir 26,20.

Si los jóvenes supieran qué maravillosa fuente de fuerza es la pureza, no la desecharían con tanta frivolidad.



[93] Conde Esteban Széchenyi: *Eszmetöredékek*. Fragmento de ideas, pág. 36.

3. ¡Sin cadenas!

La libertad entusiasma al joven. Está bien; le cuadra este ideal. Pero ¿hay hombre más libre que el que sabe ordenar, mediante el imperio de la razón, el santuario de su propia alma y defenderlo de los bajos instintos? ¿Y hay esclavo más digno de compasión que el que se ve atado, cual con cadenas de galera, por los instintos ciegos del propio cuerpo, por el pecado de la impureza? El hombre libre no es el que hace cuanto se le antoja, sino el que sabe querer lo que ha de hacer; el que sabe mandarse a sí mismo y cumplir las órdenes dadas.

Vivir en la inmoralidad...; ¿es esto libertad? Si así fuera, el modelo sería... una piara de cerdos que se revuelcan en el cieno completamente a su antojo. Con derecho condenan tal libertad las duras palabras de Longau:

Fenn dieses Freiheit ist: frei tum nach aller Lust,

So sind ein freies Volk die Sau' in ihren Wust.

«No puede apreciar ni comprender la verdadera libertad sino el joven de vida pura, porque la verdadera libertad consiste en la libertad del alma».

¡Ah, amado joven! ¡Si lograras conservar siempre tu alma pura! ¡Si fueras siempre soldado invicto en esta guerra de verdadera y noble independencia!

Guarda este libro que para ti he escrito, y léelo también en los años que van a transcurrir. En la Universidad, si eres alumno de la misma; en la oficina, si eres funcionario, tenlo contigo, y cuando te asalten las tentaciones repasa algunas páginas. Grande es el

número de jóvenes que de su lectura sacaron fuerzas, valor, perseverancia para una vida pura.

¡Ojalá te alistaras tú también en las filas de los que propagan estos ideales sublimes! Mira, amado joven, ¡cuántos se debaten, cuántos se sumergen, cuántos se ahogan en este terrible pecado! Acaso conozcas entre tus compañeros alguno de éstos. ¡Sé tú su ángel custodio!

Pon este libro en manos de otros muchos jóvenes. Cuantos más mejor. ¡Quién sabe a cuántos salvarías de la degradación si así lo hicieras! Cuando veas en el curso de tu vida cuan innumerables son los propagandistas, pajes y colaboradores del pecado, de la impureza, de la lujuria; cuando veas cuántos son los que corrompen las almas y siembran la inmoralidad, enardézcase tu espíritu y toma con santa valentía esta decisión: «Si otros corrompen las almas, yo intentaré mejorarlas. Si ellos las pierden, yo procuraré salvarlas».

Algunas veces los jóvenes son los que más pueden en este punto. Acaso contigo se explaye con más facilidad otro joven. En cuanto empiece a hablar de cosas obscenas, o aludir a ellas, llámale tú la atención con seriedad, con emoción santa, pero con firmeza. Es posible que salves de la primera caída a tu compañero. ¿Y puede haber mayor satisfacción para ti que poder dar gracias a Dios en el rezo de la noche: «Gracias, Señor, por haber salvado un alma para Ti»?

Habla a tus compañeros con palabras encendidas; avíales principalmente con el ejemplo de tu vida. Estremézcase tu alma de alegría, alegría grande e indecible, por poder salvar y conquistar con tu ejemplo, con tus palabras, o prestando el libro Energía y pureza, miembros valiosos para la patria y almas inmortales para una vida recta. Diles con las palabras del poeta:

«Dios me envía a vosotros para que irradie por doquiera, en silencio, el fuego vivo de sus rayos que han hecho arder mi corazón, Dios me envió a los hermanos que caminan en la noche para servirles de luminar» (Sik).

4. Voluntad, Fuerza, Victoria

Esta libertad del espíritu comunica a la mirada del niño inocente una expresión tan encantadora que los pintores más insignes del mundo, al querer pintar a los ángeles —por tanto, una hermosura ultraterrena—, toman por modelo los rostros infantiles.

Esta mirada sonriente es rocío refrescante, puro, en el capullo de la humanidad.

También en el rostro de los jóvenes puros se dibuja una hermosura celestial. El pagano Platón escribía de esta manera: «¿Qué se necesita para ver a Dios? Pureza y muerte». No tiene tal serenidad la bóveda despejada al sonreírse al alba; ni fulguran así las estrellas encendidas de la noche; ni brilla con tan vivos colores la perla del rocío; ni es tan límpido el arroyuelo cristalino...; acaso sería así la mirada de los ángeles si tomasen cuerpo. Por aquellos ojos mira un alma angelical en florecer de primavera; a través de aquellos ojos se manifiesta en una virginidad intacta la serenidad de un alma que no ha rozado el polvo.

Y si es hermoso el reflejo de la inocencia natural e inconsciente, si es bella la pureza espiritual en el rostro de un niño, todavía subyuga más en el rostro de un joven, que hubo de lograr la virtud a costa de duras refriegas sostenidas con varonil firmeza. Conocida es la grave sentencia de Goethe: *«Grose Gedanken und ein reines Herz, das int's was wir von Gott erbitten sollten»* «Pensamientos grandes y corazón puro: esto es lo que tendríamos que pedir a Dios»[94].

[94] Wilhelm Meister: *Wanderjabre,* L. I. cap. 10.

La vida pura crea armonía entre la parte baja y la parte superior del hombre. El alma pura es el tesoro más noble del hombre, el fundamento de la vida heroica; una chispa celestial, la más hermosa manifestación de la semejanza divina.

Apenas hay cosa más santa en el mundo que el corazón joven libre de pecado.

5. «¡Despierto!»

Es posible, amado joven, que tú te hayas desviado, y al volver de lejos te espante el espectro de los años pasados en pecado. No importa. Si llegas a encontrar nuevamente al Señor, permanece junto a Él siempre, joven mío. Si te has despertado de tu terrible sueño, está despierto en adelante.

Fíjate en la inefable alegría que irradia esta carta, que me escribió un joven lector cuando, después de varios años de tropiezos, encontró de nuevo el camino que lleva a Nuestro Señor:

«...Iba bajando y bajando cada vez más. Tuve que entrar en un hospital; no me bastó. Tuve que ir otra vez. Y ni esto me bastó. Volví por tercera vez... Entonces dije: ¡Basta! Esta ha de ser la última.

Al salir del hospital fui directo al confesonario. Esto ha sido mi resurrección. ¡Dios mío! ¡Qué confesión fue esa! todas las felicidades del mundo, todas las noches de embriaguez, no son capaces de brindar una alegría como la que sentí después de la santa comunión. Fue un trabajo duro; hube de volver tres veces al confesonario, pero porque quería, tenía que lograrlo. He sido soldado y lo soy, de corazón duro, y no obstante, delante del altar empecé a llorar. Lloré como un niño. Antes de sentirme completamente rendido y roto en el hospital, buscaba la felicidad en el pecado; y si lograba sentirme feliz unos breves instantes, después me sentía cien veces más desamparado. Me faltaba algo, y lo buscaba donde nunca lo podía hallar.

Ahora he conseguido una felicidad duradera. Me gustaría dar a conocer esta inmensa dicha a todos los jóvenes descarriados para que vieran cuánto han perdido a trueque de unos momentos de vil goce. ¡Hermanos! Es indescriptible la felicidad que experimento ahora.

Ya unos días antes de recibir la Sagrada Comunión me siento impaciente con el tiempo; entonces no tengo más que una idea: el Santísimo Sacramento. Y después mi pecho parece que va a estallar, y yo quisiera postrarme en el suelo y exclamar:

"Bueno es para mí, Señor, estarme aquí..."

Me gustaría, hermano desgraciado, poderte comunicar mi alma. ¿Te ha dado jamás el mundo semejantes alegrías? No voy a creerte si me dices que sí.

Yo también conozco este calvario, conozco ese pecado, esa ciénaga, como tú. ¡Dios mío!, ojalá no tuviese que decirlo de mí mismo; pero después de la embriaguez dirigía una mirada rígida al porvenir y buscaba un sitio en que hubiese felicidad más larga, más duradera...

Ahora el pasado triste no me parece sino una pesadilla; al recordarlo desaparece de mi rostro la expresión de sonrisa, de alegría, me entristezco; pero este dolor no es como los otros, me es grato, me alegro de que no me duela ahora el haber pecado tanto. Me pasa algo como cuando despertamos de un sueño terrible, y exclamo: ¡Dios mío!, qué bien que me haya despertado...».

¡Amado hermano, sigue despierto!

¡Sigue despierto, y sé feliz, alegre, jovial! La alegría verdadera pura, es también excelente medio en la lucha contra la inmoralidad. Donde no penetra el sol, todo se cubre de moho, el aire es pesado, pululan asquerosos los ciempiés. El moho del pecado, y el aire pesado de la corrupción, y los ciempiés de la inmoralidad, cercan también con más facilidad el alma sombría, sin alegría.

Cuanto más pura sea tu alma, tanto más ha de caer de tus labios la risa argentina de la alegría. ¿Quién puede estar más alegre que un joven de alma pura, de noble pensamiento, que ama a Dios? Den un rotundo mentís, muchachos, a los prejuicios en boga: que el pecado da alegría, y que si un joven quiere placeres ha de acudir al pecado.

Amado joven, si lo has probado, verás que todos los goces prometidos y todos los alicientes falaces y capciosos de mil y mil pecados son cosa insignificante en parangón con la dulce tranquilidad y la alegría pacífica que inundan el alma de un joven casto, la de aquel joven que puede mirar con la conciencia tranquila el rostro del Salvador.

6. Será así, ¿verdad?

El último consejo que quiero dirigirte en este libro, amado joven, no puede ser sino éste: conserva tu preciado tesoro, la pureza de tu alma. Y si hubieras de llorar ya alguna caída de tu pasado, no te desalientes; por lo menos, de hoy en adelante otra será tu vida. No olvides mis palabras: no se pierde irremisiblemente sino el que abdica de sí mismo. Por mucho que te hayas degradado, querido joven, hay retorno. Si sabemos mandar a las ondas eléctricas, sin duda alguna podemos dominar también las olas de las pasiones.

Conserva tu alma pura, como la perla más preciosa, como una joya magnífica. La perla y las piedras preciosas —la esmeralda, el zafiro, el rubí— son muy sensibles; si se las toca demasiado, si se las expone al sol, pierden su brillo, su color encendido. Por esto las guardamos cerradas en un armario especial. Tu alma pura también se decolora si no la guardas.

En los años de la adolescencia, todos han de sentir las luchas que entonces promueve la misma naturaleza. Hay muchacho que sortea con más facilidad los obstáculos de los años juveniles; otro ha de sostener más duros combates. Acaso tus instintos te acometan con tanta furia que, espantado, exclames: «Es imposible conservar la pureza». No, joven, no es así. Ya sabes que puedes vencer, que es posible llegar con tu alma y tu cuerpo puros al altar nupcial.

Es posible, pero... cuesta. Ha de haber propósito sin reserva, vigilancia continua, perseverancia sin desmayos. Tu lema ha de ser el que puso en su escudo Zelandia, una de las provincias de Holanda, siempre en lucha abierta con el mar: *«Luctor et amergo»* (Es-

toy luchando, pero siempre levanto la cabeza victoriosa de entre las olas).

Este libro te ha hablado con sinceridad: es posible llevar una vida pura, es necesario llevar una vida pura; pero no es ésta tarea fácil. Mejor es que lo sepas de antemano: el hombre no nace continente, sino que se hace casto mediante una lucha dura; o, con otras palabras, una vida pura, incontaminada, hasta el altar de bodas no se puede conseguir en el mundo actual sino a través de una lucha heroica.

Tu razón te dice: Sé puro; tu religión te dice: Sé puro; pero el mundo moderno la frivolidad que hoy cunde, y las mil tentaciones y la naturaleza humana, propensa al mal, te gritan: No lo seas, no luches por la pureza.

Y con todo, tú has de mantenerte firme, porque el galardón que te espera bien vale la pena de soportar los más encarnizados combates. «*Je schwerer der Krieg, je herrer der Sieg*» (Cuanto más difícil es la guerra, tanto más gloriosa es la victoria).

El reconocimiento más expresivo de las virtudes varoniles, la condecoración de María Teresa, se concedía tan sólo por méritos de guerra. Este camino lleva a las alturas espirituales; y de él ya dijo Séneca que no es camino fácil: *«Non est ad astra mollis e terris via»* (No hay un camino llano que de la tierra nos lleve a los astros). Mas la fuerza moral que has desplegado en tu juventud dorará con suave alegría los años de la edad madura.

Contra las tentaciones más vehementes procura sacar fuerzas de este pensamiento: Ahora no lucho tan sólo por mí, sino también por mis descendientes. ¡Qué gozo si dentro de veinticinco o treinta años mi hijo adolescente puede decirme!:

«Te doy las gracias, padre, por haber luchado heroicamente en tu juventud contra las tentaciones, y haber logrado con ello que sea más fácil mi propia lucha.

Te doy las gracias por haber conservado con esmero tu pureza, y así haber encendido en mí el deseo de una vida pura.

Te doy las gracias por haber guardado la blancura de tu alma, porque a esta lucha y a estos triunfos debo yo ahora la sonrisa de mis ojos.

Te doy las gracias por haber gobernado con mano firme los deseos instintivos de tu juventud, ya que por esto tengo yo ahora músculos de acero, nervios fuertes, salud rebosante»

Los periódicos están llenos de anuncios de diferentes drogas que robustecen, que vigorizan la sangre. «Tome usted somatosa, biosón, sanatógeno, bioferrina, hemoglobina, bioglobina... —y no sé cuántas cosas más— y tendrá una vida larga». ¿Sabes cuál es la mejor garantía de una vida sana y larga? La juventud casta, nunca mancillada por la impureza.

Creo que en este libro has podido ver con toda claridad que la vida sexual no es invención del diablo, no es en sí cosa mala, sino todo lo contrario, don sagrado del Dios augusto y creador, señal de la enorme confianza que Él deposita en el hombre. Y si es don de Dios, no puede en sí ser pecado, sino cosa santa.

La vigilancia en los años juveniles y la lucha continua no se dirigen a matar las relaciones sexuales, sino que las ordena, tiene su razón de ser, se emprenden para llegar con alma y cuerpo puros y sin mancilla a la edad en que, según la voluntad de Dios, te será lícito ejercitar tus derechos varoniles en el santo matrimonio.

Y si prestas ahora atención a los consejos de este libro, verás cómo dentro de unos años —cuando tu sangre hirviente ya esté templada por la reflexión a una edad más madura— pensarás con gratitud que un día, en tu juventud, leíste un libro, de cuyo autor no te acuerdas, cuyo título ya has olvidado, pero... que te preservó de una caída grave, de la degradación moral.

Por muy tristes que sean los tiempos, no hay miedo de que se apague el fuego sagrado del genio nacional, mientras brille en el alma de los jóvenes la llama de la vida ideal, de la vida pura.

No hay peligro de noches sin luceros en la historia patria, mientras los ojos de los jóvenes se enciendan con el fuego de ideales puros, mientras sigan la admonición del insigne Conde Esteban Széchenyi: «Las cualidades más brillantes del cuerpo tan sólo pueden alcanzar su fulgor verdadero mediante la luz del alma, y lo más excelente del cuerpo no es sino negra mancha en parangón con el alma resplandeciente»[95].

[95] *Döblini hagyaték*. Legado de Dublín, III, 604.

¡Amado joven! He pasado largos años entre adolescentes. He visto a muchos jóvenes empezar su camino rebosantes de fuerzas, como un magnífico capullo; he visto el roble, firme y lleno de promesas; pero he visto también cómo se hacían trizas todas las esperanzas de muchas vidas jóvenes, prometedoras... ¡Ah! He visto marchitarse el capullo, caerse el joven roble, roídos por oculto gusano.

Y, sin embargo, muchos jóvenes dieron los primeros pasos por el camino del pecado sólo por ignorancia, por imprudencia, porque no tenían a nadie que les llamase la atención a tiempo con palabras cariñosas. Creo firmemente que las páginas graves de este libro abrirán en la vida de algunos jóvenes una nueva época: época de ruptura con el pecado, de vida nueva, de vida idealmente bella, de vida pura y viril.

7. Nueva generación

Va poniéndose el sol de una era. De aquella era del cientificismo, que, orgulloso, llevaba en su bandera esas dos solas palabras: «técnica» y «ciencia». Su lema era éste: saberlo todo y tan sólo saberlo.

Pero este saber aislado destruye muchos valores verdaderos.

Pues bien: venga ahora la nueva generación. La generación joven, que lleva escrita en su frente la rectitud del alma y en cuyos ojos brilla la luz de la pureza. Venga la juventud, cuya victoria saludaremos todos con cánticos de júbilo.

Se te acercarán amigos seductores que quieran hacerte titubear, diciéndote que «de todos modos, vanos son tus esfuerzos, que todo es inútil...; que no hay en el mundo un joven de vida casta...; que fulano cayó en los años de la segunda enseñanza, y el otro en los años universitarios...; que hoy día nadie se conserva puro hasta el altar nupcial»…

Amado joven, créeme a mí: Hay jóvenes estudiantes de segunda enseñanza, universitarios y con diplomas, que, invictos, sin caídas, van sosteniendo el combate diario por la pureza. Hay jóvenes, sí, señor —y su número va creciendo de año en año—, que saben pasar incólumes por las mil tentaciones del mundo moderno, y que en el altar nupcial no colocan junto al alma pura de su inocente novia un cuerpo gastado, una sangre corrompida y un alma en jirones, sino la corona triunfal del combate sostenido con tesón: un cuerpo robusto, joven, una salud a toda prueba, un corazón fogoso, un alma ideal.

Y estos jóvenes aumentan en número; este fuego, al principio indeciso, va dilatándose cada vez más; esta fragancia cristiana se deja sentir con mayor fuerza; sí, la juventud de vida pura ya es hoy una realidad encantadoramente bella, grande y santa. De ti depende, amado joven, el que se aumente en uno el número de estos héroes.

¡Oh joya la más valiosa del hombre, santa virtud de la pureza! Vence las innumerables trampas de los placeres sensuales, véncelas e impón tu suave yugo al mayor tesoro de la nación, al cuerpo casto de los estudiantes y a su noble alma, que corre en pos de sublimes ideales.

¡Jóvenes! Acudid todos a la bandera que tiene en sus pliegues el lirio de la pureza... Por vuestra felicidad corporal y espiritual, por vuestro porvenir, por vuestra nación, por el florecer de la patria.

8. Voluntad santa

Cuando en China muere una muchacha inocente, sus deudos tienen derecho de levantar en su honor un arco triunfal con esta inscripción: *Schoeng Dsche*, es decir, «la Santa Voluntad». El arco de triunfo significa que es la voluntad santa la que guió a la joven por la vida. Esta voluntad fuerte, santa, es la guardiana de los jóvenes que quieren conservar su pureza en medio de todas las luchas. Bien merecen que al llegar salvos a la patria inmortal se les levante un arco de triunfo en el camino de la vida.

En ti, joven amado, vive esta «santa voluntad». Luchas —¿no es cierto?— con inquebrantable perseverancia, con el cuerpo erguido, en el grupo de jóvenes que tienen un lirio por distintivo y levantan como señal de victoria contra toda inmundicia la bandera de la pureza. O tal vez luchas en aquel otro grupo, en el grupo de los que vuelven y desean enmendarse, y a costa de la propia caída han aprendido de nuevo a querer con ardor la felicidad sin par de la vida pura. De un modo o de otro, tienes esta voluntad santa. Y si la has perdido, la recobrarás de nuevo. ¿No es así?

Tú serás fuerte, amado joven. Cultivarás la pureza. Así será. ¿Lo prometes?

Mira: la vida pura es fuerza, alegría, distinción, libertad, hermosura... ¿No vale la pena de luchar por ella?

En este momento me imagino que estás delante de mí; y a manera de despedida te miro larga y profundamente a los ojos, y te veo como una vela que se despliega al viento, como una gran promesa en la luz de la aurora; pero veo también las enormes tempestades morales, las tribulaciones, las tentaciones que se

desatarán sobre ti en los años juveniles, y brota una oración fervorosa de mi corazón:

«Eres tan puro, tan hermoso, tan intacto, como la rosa; si te miro llora mi alma, tiembla una lágrima en mis ojos.

Poniendo mi mano sobre tu cabeza, pido al Padre Celestial que conserve puro, blanco como la nieve, el lirio de tu alma»

¡Joven mío! Yo confío en ti. Confío mucho. Ahora dame la mano... Mírame a los ojos... largamente, profundamente..., así. Y dime:

Yo seguiré en adelante el camino de la pureza...

O —si fuese necesario— dilo de esta manera:

Yo me alisto nuevamente en el ejército de los jóvenes puros como el lirio...

Yo... quiero..., quiero... ser casto.

9. Un último consejo

Para adquirir y conservar esta «santa voluntad», de que te habla el autor, nunca te recomendamos bastante, querido adolescente, que todos los días, sin faltar uno sólo, reces en la mañana, al levantarte, tres Avemarías a la Santísima Virgen, seguidas de esta jaculatoria, compuesta por San Alfonso María de Ligorio:

«Por tu Inmaculada Concepción, oh María, haz puro mi cuerpo y santa mi alma».

Es también de recomendar la siguiente oración:

¡Oh Señora mía, oh Madre mía!: yo me entrego del todo a Vos. Y en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de piedad!, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén.

Dile también la siguiente décima, tan popular en los países de habla española:

Bendita sea tu pureza, Y eternamente lo sea, Pues todo un Dios se recrea En tan graciosa belleza. A ti, celestial Princesa, Virgen sagrada, María, Te ofrezco desde este día Alma..., vida... y corazón. Mírame con compasión, No me dejes, Madre mía.

Y está seguro: la Santísima Virgen, a quien llamas como a Madre, te ayudará siempre. Joven, con la protección de María serás casto hombre maduro, con su bendición formarás un hogar cristiano; de anciano, verás con plácida alegría acercarse los últimos días de tu vida, que María Santísima, tu Madre del cielo, endulzará y santificará. Y al cerrar tus ojos a la luz de la tierra, te hallarás en

brazos de esa Madre amantísima, a quien amaste en tu vida de aquí abajo. ¡Bendito sea Jesucristo, que nos dio a María por Madre!


IVE Press